

GUIA PRACTICA DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

A. Hamman



DB

ueva biblioteca de



A. HAMMAN

GUIA
PRACTICA
DE
LOS
PADRES
DE LA IGLESIA

DESCLÉE DE BROUWER

Esos hombres llamados Padres de la Iglesia

NIHIL OBSTAT

Dr. Andrés E. de Mañaricúa
Censor Ecco.

IMPRIMATUR

Bilbao, 13 de diciembre de 1968
Dr. León María Martínez, Vic. Gen.

© Editorial Española DESCLEE DE BROUWER - 1969
Henaio, 6 - BILBAO-9

LA EDITORIAL VIZCAINA, S. A. - BILBAO - Depósito Legal BI: - 516-1969

El hombre cuyo oficio es escribir, es alienado por su obra. Se presenta no como un hombre sino como un libro. Hasta el punto de que se ha forjado la expresión: «Habla como un libro abierto», lo cual no es sin embargo una alabanza. Basta con pensar en los conferenciantes que leen el texto de su ponencia.

Clemente de Alejandría solamente para los doctos es el autor del Pedagogo. Todo el mundo sabe que Agustín escribió Las Confesiones. Algunos, atraídos por el título, se aventuran a abrirlas, pero las cierran rápidamente cuando caen en la cuenta de que no desarrollan con indiscreción el film de sus amores ilegítimos. Es una lástima. El lector iba buscando al hombre que se llama Aurelio Agustín.

En lugar de enumerar las obras de un autor, más vale intentar antes descubrir al hombre: descubrir al hombre concreto, vivo, de carne y hueso, apasionado y rencoroso, débil o violento. En definitiva, su obra nos interesa no tanto porque con sus quince volúmenes llena un plúteo en la estantería de la biblioteca, sino porque es la obra de un hombre excepcional que se llama Agustín. Ella nos hace descubrir a un hombre y un hombre, además, cristiano, lo cual significa: comprometido por la fe en Cristo.

Los escritores de los cinco primeros siglos del cristianismo que llamamos Padres de la Iglesia son fisonomías, caracteres bien definidos, claramente diseñados. Sería fácil aplicarles las clasificaciones de los caracterólogos y ver —con H. Marrou—

en Agustín un emotivo activo secundario, y en Juan Crisóstomo un retraído básico.

Más vale, puesto que es necesario desconfiar de todas las clasificaciones, saber simplemente que Gregorio Nacianceno era un angustiado con necesidad de calor y de presencia, Tertuliano un pesimista, independiente e insatisfecho.

En literatura hay que tener en cuenta la geografía. El africano Cipriano no reacciona como el poitevino Hilario; los griegos tienen una sensibilidad, un vigor filosófico que les permite superar a la mayor parte de los latinos. Y no hablemos de la emotividad, del lirismo de los sirios, de un Efrén por ejemplo.

Al esculpir la imagen, nos hemos esforzado en levantar el yeso en el que nuestros convencionalismos han levantado estatuas a estos grandes primogénitos, impidiéndoles vivir, respirar, ser ellos mismos. Nuestro constante deseo ha sido encontrar al hombre, que muchas veces hace vibrar el texto o deja caer en él una lágrima, con una sensibilidad y una inteligencia, que su misma fe pone al servicio del Evangelio.

Si la época en que vivieron Ireneo y Cipriano no es idéntica a la de San Agustín o Gregorio de Nisa, lo es menos aún a la nuestra. Es importante, para comprenderla, acercarla a nosotros, aclarar lo desconocido con lo conocido, las situaciones lejanas con las que nos son más cercanas pero se les parecen. Atanasio e Hilario fueron de la «resistencia». Tuvieron el coraje de decir no al totalitarismo imperial, semejante en sus métodos a todos los totalitarismos. ¿No hemos pensado nosotros espontáneamente, en el transcurso de los años sombríos de 1940 al 1944, en los tiempos apocalípticos de Agustín, y comprendido así mejor su libro sobre la Ciudad de Dios?

Al conocer mejor el hombre y su medio, comprendemos mejor la contribución que su obra aporta a la historia del cristianismo, y quizá nos sintamos tentados a familiarizarnos con la obra misma. Nada vale tanto como el contacto personal con el hombre por medio del texto que prolonga su presencia. En Fran-

cia (1) felizmente no faltan buenas traducciones, a menudo accesibles.

El retorno a los Padres forma parte de esta vuelta a los orígenes cristianos que se ha llamado la vuelta a las fuentes. Nosotros, en el transcurso del siglo XX, somos los beneficiarios del movimiento bíblico y litúrgico. No hay mejor guía que Orígenes o Agustín para llegar al alma y al espíritu de la Escritura, con la condición de no perder jamás de vista los progresos realizados por las ciencias bíblicas.

En lo que concierne a la liturgia, los Padres no se han contentado con comentarla a los catecúmenos y a los fieles, sino que la han forjado, la han construido, la han vivido. Ambrosio y Basilio han desempeñado un papel determinante en la composición de los textos litúrgicos. La renovación bíblica y litúrgica sería incompleta si no fuera acompañada de una vuelta a los Padres de la Iglesia. Nuestra patología «concreta» quisiera inclinar hacia ella al público cristiano.

Hemos intentado familiarizarnos con Justino y Ambrosio tratando de dibujar su fisonomía. Nuestros retratos, está de más el precisarlos, no son una reconstrucción romántica, sino una deducción sacada del estudio asiduo y minucioso de sus escritos. Hemos reducido al mínimo las referencias para no sobrecargar el libro ni perder de vista el público al que nos dirigimos. El hombre de la calle verá fácilmente la deuda que hemos contraído ante eruditos como Mgr. Duchesne, A. Puech, P. de Labriolle, G. Bardy, J. Quasten, H. von Campenhausen (2). Hay que decir que el libro no se dirige a especialistas. No llegaremos hasta el punto de prohibírsele, ya que a veces hace falta llenar los momentos de ocio. Sin embargo, al redactarlo, en el transcurso de dos años de enseñanza en la universidad de Quebec, he pretendido intentar que los jóvenes estudiantes descubran a los Padres desde un ángulo visual nuevo, cercano a la vida de ayer y a la de hoy (3).

(1) Para lo referente a España véase el último capítulo. (Nota del trad.)

(2) Ver H. VON CAMPENHAUSEN. *Les Pères grecs*, París, 1963; *Les Pères latins*, París, 1967.

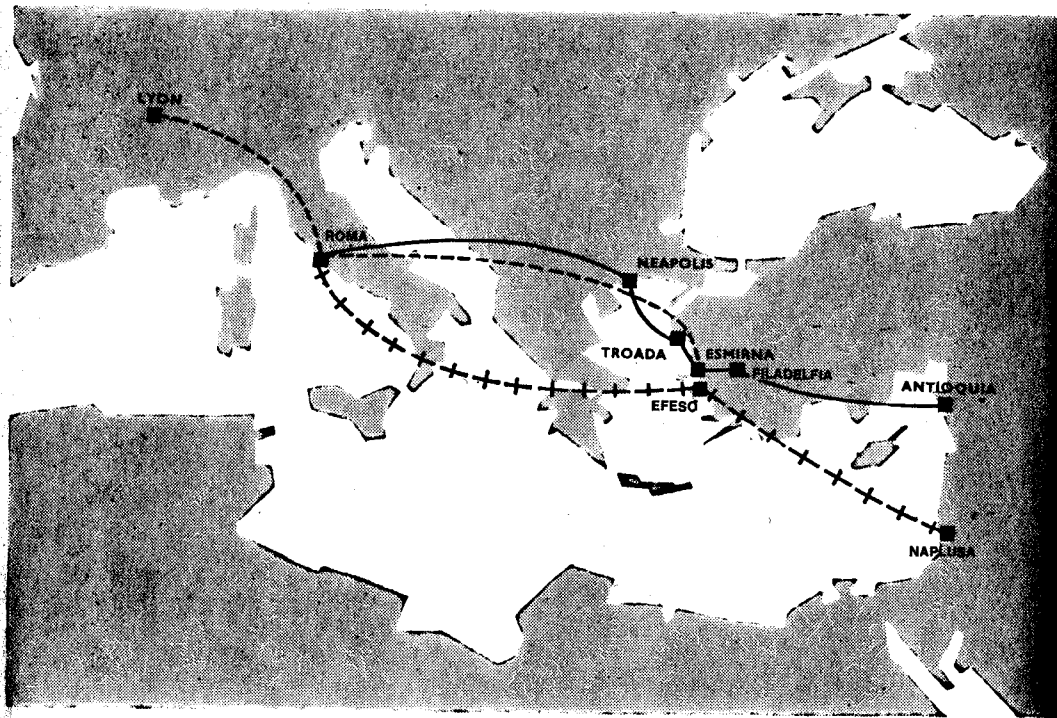
(3) Agradecemos al P. Camelot que ha accedido a releer atentamente el manuscrito. Sus observaciones nos han sido de gran utilidad. No seríamos justos si no mencionáramos a nuestro colega, el Padre Steiner, que nos ha ayudado con amistosa colaboración.

siglo II

Ignacio de Antioquía

Justino de Roma

Ireneo de Lyon



ITINERARIO DE:
 Ignacio de Antioquía —————
 Justino de Roma + + + +
 Ireneo de Lyon - - - - -

El giro dado en el primer siglo cristiano es de gran importancia para la historia de la Iglesia. La Iglesia está en manos de hombres nuevos. Uno tras otro, los testigos que han conocido a Cristo, han visto sus milagros y oído sus enseñanzas, desaparecen. Pedro y Pablo han sido martirizados en Roma por los años 66-67. Solamente Juan, el último testigo, sobrevive a este primer período y viene a ser un personaje casi legendario. Permanece largo tiempo en Asia Menor, como testigo de los orígenes. Los presbíteros recogen con respeto sus palabras. Policarpo, a quien escribe Ignacio, se cuenta entre ellos.

Alrededor del año 100 comienza un período nuevo, a la vez oscuro y decisivo. Todos los apóstoles han desaparecido. Las iglesias han conservado su recuerdo y se apoyan en su autoridad.

La obra del Fundador se encuentra desde entonces en las manos de hombres que no han tratado con él, que sólo le conocen por la tradición oral que se transmiten los fieles y por el relato de los Evangelios, que han fijado lo esencial de su doctrina. Justino los llama «Las Memorias de los Apóstoles».

Este período representa en la historia una etapa de intenso desarrollo para organizar las comunidades, la vida litúrgica y promover el pensamiento cristiano. El cristianismo ha oscilado al principio entre Jerusalén y Roma, entre la capital de ayer y la del mañana, después entre el pensamiento judaico y el pensamiento greco-romano. No se trata solamente de una rivalidad de Iglesia sino de una tensión doctrinal: ¿va a permanecer el pensamiento cristiano ligado a la cultura semítica o va a moldearse en los marcos del pensamiento griego? Los escritores del siglo segundo nos permiten seguir este debate y asistir a la victoria de Occidente.

El cristianismo hubiera podido permanecer como una secta judía, sacudiendo a Palestina, ese minúsculo

país, con una extensión como el ducado de Luxemburgo, que el Imperio se ha anexionado sin gran provecho. Pero el Evangelio rebasa rápidamente los lindes de Judea, alcanza las comunidades judías diseminadas por el Imperio y después las mismas poblaciones no cristianas. Ignacio, obispo de Antioquía, es de origen pagano. Marca una etapa en la expansión cristiana.

El Evangelio pasa a las naciones. La Iglesia de la misión —Ignacio, Justino, Ireneo— piensa desde entonces el mensaje cristiano con categorías helénicas. Las consecuencias de este cambio aparecerán más claramente en el siglo siguiente. Desde el 150, Justino inicia el diálogo entre Platón y el Evangelio.

Por eso, la segunda mitad del siglo de Ireneo es decisiva para el cristianismo. Los cristianos han salido del gueto en el que el paganismo quería encerrarlos. Han dejado el Oriente para expandirse por el Imperio. Según la frase de Tertuliano, llenan ya en Roma y en Cartago el foro, los baños y los mercados. Ante esta amenaza, el Imperio se hace perseguidor, la multitud les desprecia y les calumnia.

Estas amenazas, lejos de parar el impulso, hacen adultas a las comunidades. Ha nacido un nuevo tipo de cristianismo. El pensamiento y el mundo greco-romano han recibido la simiente evangélica. No acabará el siglo sin que surjan hombres nuevos en Africa y en Egipto. La acción de Ireneo contiene el empuje de los herejes, consolida la fe y favorece el primer desarrollo teológico.

Ignacio de Antioquía

† hacia el 110

Ἐπεὶ κοσμίως καὶ τε
 λεσίους ἠκούσ. καὶ τὸ
 τε μὲν ἀπὸ τῶν νόμιμῶν
 τῶν φαινομένων. τότε
 δὲ ἀπὸ τῶν ἀφ' ὧν οὐ
 σιμῶν. καὶ τὸ πρὸς ἡ
 κόν τοις ἄπο κειμένοις
 ἱεροῖς πράγμασιν, καὶ
 μοῖσ. καὶ ψαλμοῦ. οὐ γὰρ ἰ
 σορίαν ψαλμῶν. ἀλλὰ οὐ
 τὴ κινῶν τελεῖσιν. ὅ
 προκείμενος ὡς τοῖς ἄλλοις
 τε καὶ διὰ πάντων λόγος.
 χεῖ τοι γὰρ ὡς καὶ ἡμεῖς,
 λητὴ τῆσ ἀπαόδοις πε
 ρὶ αὐτοῦ ἀπολιψέως.
 εἰσὼ τῶν ἱεροῦσιν ἡμῶν
 χροῖ ἱεροῦσιν πρὸς διέμ
 βλάσειν. καὶ μὲν δὲ αὐτὴ
 μὲν βεῖν αὐτῶν. ὡς οὐκ ἔστιν
 ὄν τῶν εὐαγγελίων ἐκγο
 ραῖ καὶ ἀποτυπώματα.
 καὶ ἰκόμασιν εὐαγγελί
 οῦν ἄπο τῶν ἁγίων καὶ ἄπο

μῶσ. καὶ τὰ μὲν τῶν ἁ
 θύλοπαπε πύρωμασιν.
 περὶ σέ τι δὲ. καὶ ὡς οὐ
 ἴτα ῥά μιν καὶ μοῖσιν ἡ
 ἀγγέλου τοῦ θεοῦ δειῖν
 διώκοσμοι. ποικίλως.
 μορφαῖσ διαμείβουσι.
 καὶ πολυεὶ δέ σὶ καὶ εὐ
 πύροισι σχηματισμοῖσ.
 καὶ ἄλλοσ χεῖ τῆσ αὐτῶν
 τοῦ πύροσ εἰκόμασ, κα
 τὰ τοῦ ἄπερ μὲν σὶν θύ
 λογο μὲν ἡν ἐκλαμείν. ἀ
 λλωσ δὲ κατὰ τῶν νό
 μῶν αὐτοῦ προμοῖωσ,
 ἡ λόγον. καὶ ἄλλοσ, ὡς
 τῶν ἀγγέλουσ. καὶ τῶ
 μῶσ, κατὰ τῶν ἁγίων. τῶν δὲ
 καθ' ὑπερῶν. τῶν δὲ κα
 ταμείθεισ. καὶ ἄλλα λή
 λωσ. ὡς ἐκατὰ τῶν ἁγίων
 περὶ τῶσ, ἐν ἡκατὰ ὑ
 βρατοῦ λῶν τοῦ αἰώνοσ
 τῶν ἁγίων διαμείβουσ. μὲν δὲ

¿Sabe el cristiano de hoy, que lee en el canon de la Misa: «Admítenos en la asamblea de los santos apóstoles y mártires Juan, Esteban, Ignacio...», quién es ese Ignacio interpelado? ¿Es obispo o monje? ¿De dónde es? ¿Cuándo vivió? ¿Qué sabemos de él?

Antioquía cristiana

Ignacio es obispo de Antioquía en los comienzos del siglo segundo, en el momento en que la Iglesia cumple cincuenta años de existencia. El peregrino o el turista en vano buscaría hoy la ciudad de Antioquía, gozne entre la Turquía y la Siria actuales. Los turcos, que al concluir la Gran Guerra la reivindicaron y obtuvieron, no velan más que sobre un nombre. Ya no queda nada. Una vista aérea permite medir la superficie de esta ciudad-encrucijada, una de las tres grandes metrópolis del Imperio romano, gozne entre Oriente y Occidente.

De Antioquía parte Pablo para plantar la cruz en Asia Menor y en Grecia. El Apocalipsis nos facilita el nombre de siete ciudades que tienen obispo; están agrupadas en la parte occidental de Anatolia. Antioquía hereda el patrimonio espiritual de Jerusalén después del saqueo de esta ciudad. Se hace uno de los centros de la fe y de la vida cristiana. Su liturgia va a penetrar y a influenciar la Iglesia griega. En Antioquía, Juan Crisóstomo ejerce el ministerio sacerdotal en el momento de ser llamado a gobernar la Iglesia de Constantinopla.

Ignacio es sin duda, junto con el Papa Clemente de Roma, el primer escritor de la Iglesia, venido del paganismo, preparado por los filósofos griegos. De Pablo a Ignacio hay la distancia que separa a un misionero que se adapta a las costumbres indias, de un indio que se convierte al Evangelio y medita el cristianismo. Mientras que la primera literatura cristiana queda bajo la dependencia judía, las cartas de Ignacio no



retienen de la herencia más que los valores bíblicos y espirituales. Son cartas de un griego, para quien el griego es la lengua de su alma y de su sensibilidad, de su cultura y de su pensamiento. Ignacio toma del helenismo la forma literaria y las categorías filosóficas.

Su lengua y sus imágenes le permiten traducir sus aspiraciones místicas con fórmulas que un platónico no hubiera desaprobado. Al expresar el más puro amor a Cristo, la lengua y el pensamiento griegos reciben su consagración suprema. Sirven en adelante a una Señor nuevo, que ha bautizado con su sangre el mundo gentil con todos sus valores auténticos.

El Obispo

La Iglesia que gobierna el joven obispo es de origen estrictamente helénico. Es testigo del primer progreso de la evangelización. Desde finales del siglo primero los cristianos no se contentan con integrar las figuras relevantes, saben ponerlas al frente del timón. Ignacio hace que se enriquezcan con una personalidad de incomparable calidad.

Este obispo, preocupado por su rebaño y su martirio, se encargaba además de otras Iglesias que tenían dificultades. No esperó a que la colegialidad de los obispos fuera votada en el Concilio para practicarla. Por eso es uno de los primeros testigos de la colegialidad, citado a menudo en las aulas del Vaticano II.

En tiempo del emperador Trajano (85-117), Ignacio es arrestado, juzgado y condenado a las fieras. Toma el camino de los confesores de la fe y será ejecutado en Roma, que se reserva las víctimas de más prestigio. Su deseo de martirio no le impide estigmatizar la crueldad imperial, que le envía «diez leopardos» para custodiarle, ni la dureza de sus tratos que responden con mal a su propio afecto.

Conducido de Siria a Roma, el obispo hace escala primeramente en Filadelfia, después en Esmirna. Estamos en el mes de agosto, el sol es plúmbeo. En la





ciudad abrigada al fondo de una bahía, los curiosos ven pasar un grupo de prisioneros encuadrados por una escolta militar. Los cristianos, conducidos por el joven obispo Policarpo, saben que el prisionero es el obispo de la gloriosa ciudad de Antioquía, acuden y testimonian a los confesores de la fe un respeto impregnado de veneración.

Era tal el prestigio de Ignacio que las iglesias de las ciudades de Asia por donde no pasaba le enviaban delegaciones «que iban de ciudad en ciudad a esperarle». Efeso había delegado a su obispo Onésimo, al diácono Burrhus y otros tres hermanos. Magnesia al obispo Baso, dos sacerdotes y un diácono.

Desde Esmirna el obispo encarcelado escribe mostrando su gratitud a las diversas comunidades que le han salido: Efeso, Magnesia, Tralles. También desde allí redacta la carta más bella y más cuidada a la Iglesia de Roma, «la Iglesia pura que preside en la caridad» (4). Les pide que no hagan ninguna gestión que pudiera frustrarle la alegría del martirio. «Soy el trigo de Dios. Soy molido por los dientes de las fieras para llegar así a ser el pan inmaculado de Cristo».

Después continúa, como Pablo, el camino hacia Tróada. Antes de embarcarse en esta ciudad para Neápolis, la actual Kavalla, escribe aún a los cristianos de Filadelfia, de Esmirna y a Policarpo, para que envíe delegados a su ciudad episcopal, preocupación constante de sus pensamientos, para felicitarle por la paz recobrada. Lo cual denota la delicadeza de su ternura pastoral.

El hombre No conocemos al hombre más que a través de sus siete cartas, que por sí solas nos permiten penetrar en su interioridad. Aquí «el estilo es el hombre». Qué hombre y qué corazón. En frases cortas, densas, llenas hasta reventar, de estilo sincopado, corre un río de fuego. Ningún énfasis, ninguna literatura, sino un hombre excepcional, ardiente, apasionado, heroico pero modesto, bondadoso pero con lucidez; un don innato de simpatía, como Pablo, de doctrina segura, clara, dogmática antes que moral, en la que se percibe la influencia de Juan, la experiencia mística y la santidad.



La importancia de estas cartas no ha pasado desapercibida a los historiadores. Su autenticidad ha sido apasionadamente discutida durante dos siglos, por razones en que las tesis se imponían a las conclusiones. Los críticos más severos, como Harnack, afirman su autenticidad y su originalidad. «El asunto, escribe

(4) Ver más adelante en el texto, p. 25.

el Padre Camelot, está ahora definitivamente zanjado». Ignacio tiene el sentido de los hombres, y respeto al hombre. La dificultad no está en amar a todos sino en amar a cada uno; y sobre todo al pequeño, al débil, al esclavo, al que nos hiere o nos hace sufrir; como escribe y recomienda a Policarpo. Ama lo bastante a los hombres para corregirles sin herirles. Aplica con predilección la palabra médico a Cristo, y este apelativo le cae perfectamente a él mismo. Sirve a la verdad de la fe, hasta el punto de predicar en el momento en que resulta incómodo y le hace correr el riesgo de la incomprensión y aun de la misma hostilidad. El afecto que le rodea es sobre todo una estima; este «yunque bajo el martillo» no es hombre de concesiones.

Ignacio ha conquistado el dominio a fuerza de paciencia, palabra que le es querida y le caracteriza. Este fogoso se ha hecho suave al triunfar sobre la irritabilidad que él mismo se reprocha. Qué bien se conoce cuando escribe: «Me impongo una medida a fin de no perderme por mi jactancia». A la jactancia opone la humildad, a las blasfemias la invocación, a los errores la firmeza de la fe, a la arrogancia la deferencia sin tregua.

La madurez cambia su lucidez en vigilancia, su fuerza en persuasión, su caridad en delicadeza. «No os doy órdenes». Prefiere convencer. No trata con rudeza a nadie, prefiere esperar. Nada se le pasa desapercibido en Esmirna. Espera escribir su carta de gratitud para transformar su crítica en humildes sugerencias de quien ha marchado definitivamente y cuya mirada no humillará más.

La responsabilidad de los otros no le ha hecho perder la lucidez sobre sí mismo. Se conoce. Se sabe sensible a la adulación, y propenso a la irritación. Con humildad, en la ruta triunfal, rodeado de honores, confiesa: «Estoy en peligro». Los signos de deferencia no le embriagan.

El místico Si en diversas cartas se le escapan confidencias, la dirigida a los romanos es una confesión. Cuando escribe a los de Esmirna, o a los de Efeso, es el obispo que agradece y exhorta, cuando lo hace a los romanos, es el hombre arrebatado por Dios el que habla. Este carácter singular de la carta no ha pasado desapercibido a los historiadores. Renán, que rechazaba las otras, la encontraba «llena de una extraña energía, de una especie de fuego sombrío e impregnada de un especial carácter de originalidad».

La lengua en ella es atropellada. La llama y la pasión provocan la expresión y la vuelven incandescente. ¿Qué importan las palabras? Sólo le importa llegar a Dios. «Qué glorioso es ser el sol poniente, lejos del mundo, hacia Dios. Que yo pueda salir en su presencia» (Rom. 2,2). Para Ignacio no se trata simplemente de la espera de la fe, sino de una pasión que le estrecha la garganta y le oprime, de un amor que le quema con quemadura que deja lejos, tras de sí, todas las de nuestros corazones de carne. Fuera de Dios todo está ahora clavado en la picota.

«Ya no hay en mí pasión por la materia; no hay más que un agua viva que murmura dentro de mí y me



dice: Ven hacia el Padre. No encuentro ya placer en el alimento corruptible ni en las alegrías de esta vida; lo que quiero es el pan de Dios, ese pan que es la carne de Jesucristo, el hijo de David; y como bebida quiero su sangre que es el amor incorruptible». Los historiadores podrán buscar razones para criticar el sentido de estas expresiones. Pero el que lee la carta a los Romanos encuentra en ella uno de los testimonios más conmovedores de la fe, el grito del corazón que no puede engañar ni engañarse, que llega hasta el fondo porque es verdadero.

La Iglesia en el siglo segundo

Las cartas de Ignacio están abarrotadas de datos sobre la Iglesia de principios del siglo segundo. Es un momento crucial. Si bien los apóstoles han muerto uno tras otro, la sombra de su prestigio sigue perfilándose en las regiones evangelizadas por ellos.

La Iglesia se ha extendido y sigue prosperando en medio de las persecuciones. Se organiza, se estructura, se jerarquiza. El episcopado está sólidamente fundamentado en las comunidades del Asia Menor, como lo atestiguan las cartas de Ignacio.

El cambio y el progreso chocan con las dificultades que ellos mismos provocan. La multitud abigarrada de los nuevos creyentes encierra, como la red del Evangelio, una mezcla. Las amenazas pesan sobre las comunidades. La autoridad es discutida, quizá aceptada rechinando. Ignacio recalca sin cesar la unidad del clero y de los fieles en torno al obispo, que deben armonizarse «como las cuerdas de la lira». La fe misma está amenazada por la herejía. Asia Menor parece especialmente infectada por lo que Ignacio llama «la peste». El obispo pone en guardia a la comunidad de Efeso, a las de Magnesia y Tralles. ¿Presentía ya el misticismo gnóstico que iba a desgarrar al Oriente cristiano, más destructor que las fuerzas del Imperio? La persecución curte, la herejía destruye la unidad.



Ignacio es uno de los primeros y pocos testigos de la Iglesia, en el momento en que ésta se abre al mundo greco-romano. Si bien sus cartas pertenecen más a la vida que a la literatura, pero nos descubren maravillosamente la fe que hincha las velas del navío en alta mar.

La comunidad está agrupada en torno al obispo, y más profundamente en torno a la Eucaristía, palabra que Ignacio hace adoptar para expresar en adelante la reunión litúrgica en la acción de gracias. Su carta a los Magnesios nos da a conocer la institución del domingo para conmemorar la victoria pascual. Por vez primera la carta a los de Esmirna se esfuerza por integrar el matrimonio en la vida de la comunidad.


Temas principales

Dos temas se repiten con predilección en sus cartas: la fe en Jesucristo y la caridad. Le gusta volver al tema de la enseñanza que concierne a Cristo: «No hay más que un solo médico, carne y espíritu a la vez, engendrado y no engendrado, Dios hecho carne, verdadera vida en el seno de la muerte, nacido de María y de Dios, antes pasible y ahora impasible: Jesucristo, nuestro Señor» (Ef. 2,2).

Ignacio no tiene más pasión que la de imitar a Cristo. Es para seguirle perfectamente por lo que aspira al martirio y a dar su vida como El: perderlo todo para encontrar a Cristo: «Que nada visible o invisible me impidan alcanzar a Cristo. Que todos los tormentos del diablo caigan sobre mí, con tal de que yo llegue a Cristo... Es más glorioso para mí morir por Cristo que reinar hasta los confines de la tierra. A El es a quien yo busco, a ese Jesús que ha muerto por nosotros. A El es a quien yo quiero, a El que ha resucitado por causa nuestra. Ahora es el momento en el que comenzaré a vivir» (Rom 5,3; 6,1-2). A todas las comunidades les recomienda la caridad. Esta palabra se repite como un estribillo, resume para él la

fe que quema su corazón. La fe es el principio, la caridad, la perfección. «La unión de las dos es Dios mismo; las otras virtudes les acompañan para conducir al hombre a la perfección» (Ef 14).

«Está bien enseñar, a condición de practicar lo que se enseña», escribe también Ignacio. Este principio ha regido su vida antes de expresarse en sus cartas. Este es el primer obispo de Asia cuyo eco perpetúan sus cartas. A primera vista puede parecernos de otra era, pero basta con que removamos las cenizas: sus páginas han conservado el fuego que le quemaba.

PRELECTVS * CESQVEI *
IN PACE * VIXIT ANNIS VIII
 MENSES VIII DIEBUS III
NVTRICATVS DEO CRISTO MARTVRIBVS

Ignacio está camino de Roma, se alegra de ver pronto a los hermanos romanos. Que no le arranquen del martirio sino que rueguen para que sea un verdadero cristiano, haciéndose «trigo de Dios»: Dejádme imitar la Pasión de Cristo e ir hacia el Padre.

Carta a los romanos IGNACIO A LOS ROMANOS

Ignacio, llamado Teóforo, a la Iglesia misericordiosamente agradecida en la grandeza del Altísimo Padre y de Jesucristo, su Hijo único, querida e iluminada por voluntad del que quiere todo lo que existe, según el amor de Jesucristo, nuestro Dios; que preside en el lugar del territorio de los romanos (5), digna de Dios, de decoro, de bienaventuranza, de elogio, de éxito y de santificación, adalid de la Caridad, sumisa a la ley de Cristo y adornada del nombre del Padre: a la que también saludo en el nombre de Jesucristo, Hijo del Padre, a los que en carne y espíritu están unidos en cada uno de sus mandamientos, llenos, sin distinción, de la gracia divina, y exentos de todo tinte ajeno: ¡a todos en Jesucristo, nuestro Dios, muchísima e irreprochable alegría!

1. Después de haberlo pedido a Dios (y cada vez con mayor insistencia) me cupo en suerte ver vuestros pios semblantes. Espero, pues, saludaros maniatado en Cristo Jesús, si es voluntad (de Dios) hacerme digno de llegar hasta el fin. El comienzo se encaminó bien, siempre que consiga la gracia de llegar sin obstáculos a mi suerte. Porque es que tengo miedo a vuestro amor, no sea que me perjudique. Pues a vosotros os es fácil hacer lo que queréis; para mí, sin embargo, será arduo llegar a Dios, si vosotros no me tenéis consideración.

2. No quiero que tratéis de complacer a hombres sino a Dios, como de hecho le complacéis. Porque ni yo conseguiré jamás otra ocasión igual de llegar a Dios, ni vosotros —quedando en silencio— de contribuir a mejor obra. Porque, quedando vosotros

(5) «El sentido más natural de este lenguaje, es que la Iglesia romana preside en el conjunto de las Iglesias» (L. Duchesne).

en silencio y dejándome (a mi suerte), seré palabra, palabra de Dios; pero si os enardecéis en amor hacia mi carne, volveré a ser mero sonido. ¡No tratéis de prepararme cosa más grande que derramar mi sangre en libación por Dios, mientras el altar está todavía preparado, para que vosotros, hechos un coro en amor, cantéis loores al Padre, en Jesucristo, por haber Dios hecho digno al obispo de Siria de encontrarse en el ocaso, enviado desde el Oriente. Y bien está ocultarse del mundo (como el sol) hacia Dios, para levantarse en El.

3. Nunca envidiasteis a nadie; enseñasteis a otros. Pues yo deseo que sea verdad aquello que enseñando encarecéis. Sólo pedid en mi favor la fortaleza interior y exterior; que no sólo hable sino que también tenga voluntad; que no sólo me llame cristiano sino que también sea hallado como tal. Porque si he de ser reconocido como cristiano, también puedo llamarme así, y ser fiel aun entonces, cuando ya no aparezca en el mundo. Todo cuanto es apariencia carece de valor. Asimismo nuestro Dios, Jesucristo, mientras vive en el Padre, está más manifiesto que nunca. El cristianismo no es obra de persuasión (humana), sino de grandeza (de la virtud de Dios), cuando es odiado del mundo.

4. Estoy escribiendo a las Iglesias, y les encarezco a todas que muero libremente por Dios, con tal que vosotros no me lo impidáis. Os exhorto a no favorecerme con benevolencia intempestiva. Dejadme ser pasto de las bestias, por medio de las cuales podré llegar a Dios. Soy trigo de Dios y seré molido por los dientes de las fieras a fin de ser encontrado pan puro de Cristo. Más bien atraed a las bestias con halagos, para que me sean tumba y no dejen nada de mi cuerpo a fin de que, fallecido, no resulte gravoso a nadie. Entonces seré discípulo verdadero de Jesucristo cuando el mundo ni siquiera vea mi cuerpo. Rogad a Cristo en vuestras oraciones por mí para que, por medio de esos instrumentos, sea encontrado víctima para Dios. No os mando como Pedro y Pablo. Esos fueron Apóstoles (6), yo soy un condenado; ellos fueron libres, yo hasta ahora esclavo. Pero en virtud de mi padecimiento, seré liberto de Jesucristo, y resucitaré libre en El. Ahora, en mis cadenas, aprendo a no codiciar nada.

5. Desde Siria hasta Roma yo estoy luchando contra bestias, en tierra y mar, de noche y de día, condenado a diez leopardos, es decir, a un pelotón de soldados, quienes cuanto mejor son tratados, peores se hacen. Bueno, por esos malos tratos por parte de ellos, cada vez más me vuelvo discípulo; pero «no por eso estoy justificado». Ojalá que disfrute de las bestias que están preparadas para mí, y ruego hallarlas ya prontas contra mí. Hasta voy a acariciarlas para que sin demora me devoren, y no (me

(6) Este texto supone la venida de los dos apóstoles a Roma y confirma el prestigio de que se les rodea.

suceda) como a algunos, a quienes, intimidadas, no tocaron. Y si ellas se resistieren, yo mismo las provocaré. ¡Perdonadme! Yo sé lo que me aprovecha. Ahora empiezo a ser discípulo de Cristo. ¡Que nada de las cosas visibles o invisibles me tenga celos, por llegar a Jesucristo! ¡Que fuego o cruz, manadas de bestias, amputaciones, desmembraciones, descoyuntamientos de los huesos, miembros cortados, tormentos de todo el cuerpo, crueles azotes del diablo vengan sobre mí, con tal de llegar a Jesucristo!

6. Nada me aprovecharán los deleites del mundo ni los reinos de este siglo. Más me vale morir en Cristo Jesús que reinar en los confines de la tierra. Porque: «¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?» A Aquel busco que muriré por nosotros; a Aquel anhelo que por nosotros resucitó. Mi nacimiento veo delante de mí. ¡Perdonadme, hermanos, no me impidáis vivir! ¡No queráis mi muerte, que quiero ser de Dios! ¡No halaguéis al mundo, ni prevalezca el engaño de la materia! ¡Dejadme recibir la luz pura! Cuando haya llegado allí, entonces seré hombre (substancial). ¡Dejadme ser imitador de la Pasión de mi Dios! Si alguno lo tiene (a Dios) en sí, comprenda lo que quiero, y acompañadme en mi padecimiento, sabiendo lo que me oprime.

7. El príncipe de este siglo desea raptarme y destruir mi voluntad para con Dios. ¡Ninguno, pues, de vosotros, que habéis de estar presentes, le ayude! ¡Más bien, poneos de mi lado, es decir, del lado de Dios! ¡No habléis de Jesucristo, mientras sigáis codiciando el mundo! ¡No existan recelos entre vosotros! Aun cuando yo, estando entre vosotros, os pidiera (por mi debilidad, vuestra intervención), no me escuchéis; seguid más bien las indicaciones de esta carta. Porque, viviendo, os escribo con voluntad de morir. Mi amor está crucificado, y no hay en mí fuego para cosas materiales, sino agua viva que habla dentro de mí, diciéndome interiormente: ¡Ven al Padre! Ya no tengo gusto para la comida de la corrupción ni para los gozos de este mundo ¡Pan de Dios quiero, pan celestial, pan de vida, que es la carne de Jesucristo, del Hijo de Dios, nacido en los últimos tiempos de la simiente de David, y la bebida de Dios quiero, la cual es su sangre, su amor sin fin!

8. Ya no quiero vivir la vida humana. Y, si no la queréis, así será. ¡Queredlo, para que también vosotros seáis queridos! En pocas palabras os ruego: ¡Creedme! Y Jesucristo os revelará que hablo en verdad: su boca sin dolo, por la cual el Padre ha hablado en verdad. ¡Elevad súplicas en mi favor, para que lo consiga! No según la carne os escribí, sino según la sabiduría de Dios: Si padezco será que me quisisteis bien. Si soy rechazado será que me habéis odiado.

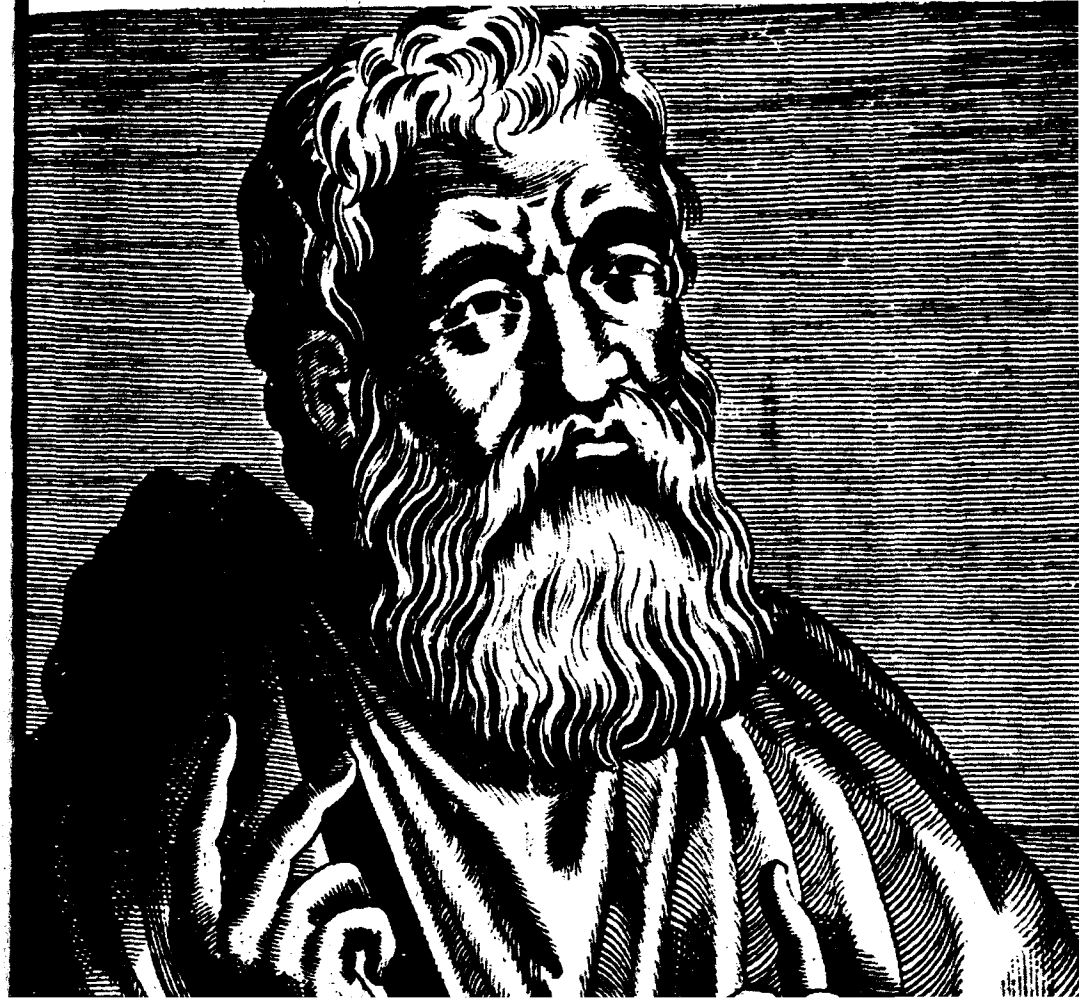
Acordaos en vuestras oraciones de la Iglesia de Siria, que ahora en mi lugar tiene a Dios como Pastor. Sólo Jesucristo será su obispo, y vuestro amor. Yo, empero, me ruborizo, si me llaman uno de ellos, ya que no lo merezco, siendo el último entre ellos y un abortivo. Pero por la misericordia seré alguien, si llego a Dios. Os aludan mi espíritu y el amor de las Iglesias que me acogieron en el nombre de Jesucristo, no como a un peregrino extranjero. Pues aun las que no tocaba en mi camino según la carne, me acompañaban de ciudad en ciudad.

10. Os escribo esto desde Esmirna por los dignísimos Efesios. Junto con muchos otros está conmigo Croco, nombre querido. Confío en que ya habéis conocido a los hermanos que desde Siria, precediéndome, llegaron a Roma para la gloria de Dios. ¡Manifestadles que estoy cerca! Porque todos ellos son dignos de Dios y de vosotros, y conviene les atendáis en todo. Os he escrito esta carta nueve días antes de las Calendas de setiembre. ¡Adiós hasta el fin, en la constancia de Jesucristo! (7)

(7) Trad. de Sigrifido Huber, en *Las cartas de San Ignacio de Antioquia y San Policarpo de Esmirna*. Ed. Desclée de Brouwer. Buenos Aires, 1945.

Justino de Roma

✠ Ⲅ / G ϣ († hacia 165)



De todos los filósofos cristianos del siglo segundo, el más célebre y el más grande es Justino. Es también el que más íntimamente nos conmueve. Este laico, este intelectual, instaura el diálogo con los judíos y los paganos. Su vida ha sido una larga búsqueda de la verdad. De su obra redactada con rudeza y sin arte se desprende un testimonio cuyo valor han ido aumentando los siglos. El cristianismo para él no es ante todo una doctrina, sino una persona: el Verbo encarnado y crucificado en Jesús.

En este hombre de hace dieciocho siglos vemos el eco de nuestras inquietudes, de nuestras objeciones, de nuestras certezas. En él descubrimos una abertura de alma, una posibilidad de acogida, una voluntad de diálogo, que desarma y seduce. Si muchas de sus obras se han perdido, las que quedan nos ofrecen el diario íntimo de este cristiano y son suficientes para descubrirnos su vida, desde su nacimiento y formación, hasta su martirio.

Vida intelectual en el siglo

En tiempos de Justino los filósofos han adquirido el derecho de ciudadanía en Roma. Aunque victoriosa por sus ejércitos, Roma permanece sometida a la cultura y al fermento religioso del Oriente. Los maestros del pensamiento vienen de Asia para enseñar en Roma. Los romanos admiran la filosofía griega y las religiones de los misterios. Roma había absorbido imperios, le faltaba recibir sus divinidades en el Panteón.

Cansados de una religión sin poesía y sin alma, los romanos vuelven su mirada hacia los filósofos. La filosofía se convierte en escuela espiritual de paz y de serenidad, y el filósofo en director de conciencia, en guía. El mismo emperador Marco Aurelio hace ostentación de la moral del estoicismo.

En el momento en que Justino se convierte, la Iglesia está en plena fermentación. El hombre de fuera,



el pagano de Roma o de Efeso, apenas podía distinguir la Iglesia de Cristo en medio de las múltiples escuelas que proliferaban ya a su alrededor.

Los falsos profetas agrupan comunidades que se oponen a la Iglesia. ¿Cómo distinguir el buen grano de la cizaña? El pagano de entonces, como el incrédulo de hoy, no podía menos que verse desorientado en medio de tanta proliferación de sectas que se disputaban a Cristo.

El medio cristiano

En el interior de la Iglesia los mecanismos no están completamente montados. La tradición apenas acaba de nacer. Justino ha podido ver a hombres que habían conocido a Pedro y a Pablo. En Efeso ha encontrado, ciertamente, a cristianos que habían oído a Juan el Vidente. Cien años le separan de la vida de Jesús; la distancia que separa a nuestra generación de Víctor Hugo.

Justino entra en un cristianismo joven, de fe ardiente y contagiosa, que busca la formulación de su doctrina. El pensamiento de Justino revela su propia historia, argumenta como razona. Sus escritos abogan por la fe que ha escogido.

Dos cosas han cambiado: la Iglesia, en tiempos de Justino, llega hasta el público culto: filósofos y patricios piden el Bautismo y toman el relevo a los cargadores y a los esclavos. La expansión cristiana provoca la zumba de los escritores paganos y las calumniosas acusaciones de la multitud. A esta oposición, los cristianos responden con la juventud de su fe: «Nada de literatura, sino vida», decía Minucio Félix. Justino le hace eco: «Hechos y no palabras».

El Evangelio se extendía con rapidez. Para frenarlo los mundanos propagaban habladurías que la masa, siempre crédula, creía. Los cristianos eran acusados de adorar a un Dios con cabeza de asno, de darse a excesos y tomar parte en festines de antropófagos. Fi-



lósofos y retóricos lanzaban el descrédito sobre estos molestos competidores.

No hay por qué tachar sin más de hostilidad a la resistencia al Evangelio. La oposición en el siglo segundo, como la de todos los períodos de la historia religiosa, proviene de prejuicios, de opciones previas, de ignorancia y malentendidos que los escritores cristianos se esforzarán en eliminar para establecer el diálogo entre la fe y el pensamiento, entre la Iglesia y el mundo. Justino será el hombre del diálogo. Una de sus obras principales se titulará *Diálogo con el judío Trifón*.

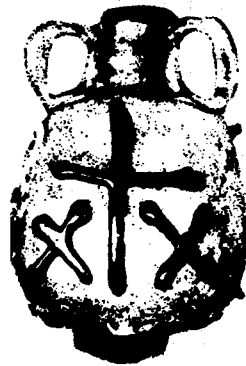
El hombre Nadie mejor preparado que Justino para esta confrontación. Había investigado, practicado y amado el pensamiento de los filósofos; lo conocía por dentro, no habiendo buscado nunca la verdad si no era para vivirla. Se había fatigado, había viajado, había sufrido en busca del saber. Por esta razón, sin duda, encontramos en él un desasimiento tras su hallazgo, un testimonio que no engañan. Este filósofo del año 150, está más cerca de nosotros que muchos pensadores modernos. «Justino, hijo de Prisco, hijo de Baccheios, de Flavia Neápolis, en Siria de Palestina», así es como

Justino se presenta a sí mismo, en la primera página de su *Apología*. Había nacido en el corazón de Galilea, en la villa de Naplusa, ciudad romana y pagana, construida sobre el emplazamiento de la antigua Siquem, no lejos del pozo de Jacob, donde Jesús había anunciado a la samaritana el culto nuevo. Naplusa era una ciudad moderna, donde florecían los granados y los limoneros, encajonada entre las aristas de dos colinas, a mitad de camino entre la fértil Galilea y la ciudad de Jerusalén.

Los padres de Justino eran colonos acomodados, de origen más bien latino que griego, lo cual explica la nobleza de su carácter, su gusto por la exactitud histórica y las lagunas de su argumentación. No tiene ni la soltura ni la sutil dialéctica de un griego. Ha vivido en contacto con judíos y samaritanos.

El filósofo Naturaleza noble, apasionado por lo absoluto, sintió desde pequeño el gusto por la filosofía, en el sentido que se le daba en aquella época: no especulación de diletante, sino búsqueda de la sabiduría y de la verdad que lleva a Dios. Ella le condujo, paso a paso hasta el umbral de la fe. El mismo Justino nos cuenta en el *Diálogo con Trifón*, el largo itinerario de su pesquisa, sin que sea posible distinguir entre el artificio literario y la autobiografía. Alternativamente sigue en Naplusa, las clases de un estoico, y luego de un discípulo de Aristóteles, al que dejó rápidamente por un platónico. Esperaba ingenuamente que la filosofía de Platón le permitiría «ver inmediatamente a Dios».

Retirado a la soledad, paseaba Justino por la playa a la orilla del mar, meditando sobre la visión de Dios, sin que su inquietud fuese acallada, cuando encontró a un misterioso anciano que disipó sus ilusiones. Este le hizo ver que, el alma humana no podía alcanzar a Dios por sus propios medios; sólo el cristianismo era la filosofía verdadera, que completaba todas las verdades





parciales: «Platón para disponer al cristianismo», dirá más tarde Pascal.

Momento inolvidable, que marca una fecha en la historia cristiana y que Péguy evocará más tarde, en la que se encuentran el alma cristiana y el alma platónica. La Iglesia acogía a Justino y a Platón. Hacia el año 130, este filósofo, cristiano ya, lejos de abandonar la filosofía, afirma haber encontrado en el cristianismo la única filosofía segura que colma todos sus deseos. Se presenta siempre cubierto con la capa de los filósofos. Es para él un título de nobleza. No rechaza, sino que introduce en la Iglesia el pensamiento de Platón. A Justino le gusta decir que los filósofos eran cristianos sin saberlo. Y esta afirmación la justifica, en primer lugar, con un argumento sacado de la apologética judía, donde se afirmaba que los pensadores debían lo mejor de su doctrina a los libros de Moisés (Apol 44; 40). El Verbo de Dios ilumina a

todos los hombres, lo cual explica las partículas de verdad que se encuentran en los filósofos. Los cristianos no tienen por qué envidiarlos, ya que poseen al mismo Verbo de Dios.

Testimonio de la comunidad cristiana

Ya cristiano, Justino no fue nunca sacerdote. Vive en Roma como un simple miembro de la comunidad cristiana, cuyas reuniones dominicales describe: el Bautismo (8) y la Eucaristía. Así nos facilita la primera descripción de la liturgia y da testimonio de la fraternidad y unidad que anima a los miembros de la comunidad.

En Efeso primeramente, y después en Roma, hacia el año 150, Justino funda escuelas filosóficas cristianas. En la capital del Imperio, vivía, como nos cuenta en su interrogatorio, «cerca de las Termas de Timoteo, en casa de un tal Martín». Allí tiene él su escuela y enseña la filosofía de Cristo.

La escuela de Roma

Roma es para el cristianismo un lugar estratégico. Todas las sectas se esfuerzan por implantarse allí, y en cuanto sea posible, dominar en ella. Interesaba mucho que la ortodoxia estuviera representada en Roma y defendiese la verdad cristiana contra la herejía y el paganismo.

Justino hizo adeptos. La historia ha conservado el nombre de Taciano, que más tarde caerá en la herejía. Seis de sus discípulos serán sus compañeros de martirio. Su éxito dejó en la penumbra al filósofo cínico Crescencio, que, en lugar de combatirle lealmente, se limitó a denunciarle cobardemente. La enseñanza del filósofo cristiano obligó a las autoridades y pensadores a contar con el cristianismo. El dio al pensamiento cristiano derecho de ciudadanía. Su martirio prueba que su actuación y su influencia eran temidas por las autoridades romanas.



(8) Ver más adelante, p. 33.

Justino puso empeño en la demostración de la fe cristiana, con vistas a convertir a judíos y paganos. Su controversia debía refutar la herejía, que amenazaba proliferar de manera peligrosa. Cincuenta años más tarde, Ireneo de Lyon atestigua su veneración al maestro de Roma, que había sido todo un precursor.

El escritor La obra literaria de Justino es considerable. Muchos de sus escritos se han perdido. Quedan tres cuya autenticidad es indudable: las dos *Apologías* y el *Diálogo con el judío Trifón*, que permiten hacernos una idea de la apologética cristiana, tal como se desarrollaba hacia mediados del siglo segundo.

Justino no es un literato. «Escribe rudamente, dice Duchesne, con un lenguaje incorrecto». El filósofo no cuida más que de la doctrina. Su planteamiento es flojo y la marcha de su desarrollo entreverada de digresiones y vueltas hacia atrás. Como hombre, nos conmueve más por la rectitud de su alma que por el arte de su dialéctica o su composición. La originalidad de Justino no está en su calidad literaria, sino en la novedad de su esfuerzo teológico. Esfuerzo, tras el cual descubrimos el testimonio de un hombre, de una conversión, de una opción definitiva. Los argumentos que aporta tienen una historia, la suya. Las tentaciones contra las que pone en guardia, las ha sentido él. Para el que sepa descubrir este testimonio, los libros de Justino no envejecen.

El exegeta El lector moderno se ve algo desorientado por la exégesis de Justino. Este percibe a través de toda la Biblia la palabra del Verbo de Dios. Para él, la Biblia toda entera anuncia a Cristo. El Verbo que se ha encarnado ha preexistido e inspirado a los profetas. El es la unidad de los dos Testamentos. Esta exégesis tan querida para San Pablo, se hará tradicional en el período patrístico. La volveremos a ver en Ireneo y en San Agustín.

No poseemos ninguno de los tratados teológicos compuestos por Justino. Nos vemos obligados a limitarnos a sus libros apologéticos. El Dios del universo no nos es conocido sino por su Verbo, que para él representa el puente entre el Padre y el mundo. Para él, Dios crea el mundo, obra en él y lo gobierna, e ilumina a toda alma de buena voluntad. Todo lo que los poetas, filósofos o escritores poseen de verdad es un rayo de su presencia luminosa. El verbo guía no solamente la historia de Israel, sino toda búsqueda sincera de Dios.

Esta admirable pintura al fresco, esta visión amplia y generosa de la historia, a pesar de la torpeza de ciertas formulaciones, encierra la intuición de un genio, a la que volverán San Agustín a San Buenaventura y más cercano a nosotros, Maurice Blondel. Es una problemática muy semejante a la de nuestros días.

«Nadie creyó a Sócrates, hasta morir por lo que él enseñaba. Pero por Cristo, artistas y aun ignorantes han despreciado el miedo y la muerte». Estas nobles palabras, que pudieran creerse de Pascal, fueron dirigidas por Justino al prefecto de Roma.

El mártir El filósofo cristiano había dirigido una primera apología al emperador Marco Aurelio, para defender a los cristianos calumniados. No hablaba al emperador-filósofo como un acusado, sino de igual a igual. La *Apología* no había preparado a este hombre serio a

Καὶ τὸ χεῖρ δὲ καὶ πρὸς ἡμῶν ἰσχυρῶς
ἀπὸ οὐ βίβλου ὡς ἡμαῖοι. Ἐταπύτου ὅμοιως
ὑπὸ τῶν ἡγουμένων ἀλόγως περὶ τὸ μὴ λ' ἔχει
πλάσμα ὑπὲρ ἡμῶν. ὅμοιος τῶν ὀμίων ἀδελφῶν
φῶν. καὶ ἀγνοῦτε καὶ μὴ εἰλητε διατῶ δ' ἔδει

conocer mejor la nueva secta, que unía en la misma fraternidad a esclavos y patricios. El emperador siguió condenando sin conocer. Este hombre, nota el P. Lagrange, que hacía a diario su examen de conciencia y se acusaba de sus pequeñas faltas, jamás se preguntó si obraba como verdadero tirano con respecto a los cristianos.

Justino fue denunciado por un filósofo celoso, que no tenía de filósofo más que el nombre y la placa de anuncio; se han conservado las actas del proceso. Son de una autenticidad indiscutible. El filósofo comparece ante Rústico, que había iniciado a Marco Aurelio de joven en la moral de Epicteto. La suerte está echada. Justino lo sabe. No se trata ya de convencer, sino de confesar.

—¿A qué ciencia te dedicas?

—He estudiado sucesivamente todas las ciencias. He acabado por adherirme a la doctrina verdadera de los cristianos.

Las respuestas son sencillas y nobles, limpias como el metal. Justino fue condenado a ser azotado, después a sufrir la pena capital. Glorificó a Dios con ello. Su vida, como las actas que nos lo cuentan, concluía en doxología. Era su última celebración.

Justino no se encontraba solo: estaba rodeado de sus discípulos. Las actas nos citan a seis de ellos. Y esta presencia era el homenaje más conmovedor que se puede hacer a un maestro de la sabiduría.

Justino nos da la primera descripción del Bautismo, llamado también iluminación. Nos describe su preparación, su rito y su significado.

LA INICIACION CRISTIANA (*)

Os expondremos ahora cómo, renovados por Cristo, nos consagramos a Dios. Si omitiéramos este punto en nuestra exposición nos faltaría algo (9).

Los que creen en la verdad de nuestras enseñanzas y de nuestra doctrina, prometen en primer lugar vivir según esta ley. Entonces nosotros les enseñamos a orar y a rogar a Dios, con el ayuno y el perdón de sus pecados, y nosotros mismos oramos y ayunamos con ellos.

Después les llevamos a un lugar donde hay agua y allí, del mismo modo que nosotros hemos sido regenerados, son regenerados ellos. En el nombre de Dios padre y maestro de todas las cosas, de Jesucristo nuestro salvador y del Espíritu Santo, son lavados en el agua. Porque Cristo ha dicho: «Si no volvéis a nacer de nuevo, no entraréis en el reino de los cielos». Es evidente que los que han nacido una vez no pueden volver de nuevo al seno de su madre. El profeta Isaías, como hemos dicho más arriba, enseña cómo borrarán sus pecados los pecadores arrepentidos. Se expresa en estos términos:

Lavaos, purificaos,
quitate el mal de vuestros corazones
aprended a obrar bien,
haced justicia al huérfano
y defended a la viuda;
venid entonces y disputemos, dice el Señor.

(*) 1 Apol., 61.

(9) Justino quiere responder a las calumniosas acusaciones que circulan a propósito de las asambleas cristianas. Los datos aportados son de un valor excepcional. Aquí tenemos la primera descripción completa de las reuniones cristianas.



aun cuando vuestros pecados os hayan vueltos rojos como la [púrpura

os dejaré blancos como la lana;
aunque estuviérais rojos como la escarlata
os dejaría blancos como la nieve.
pero si no me escucháis
seréis devorados por la espada.
Porque la boca del Señor ha hablado (10).

He aquí la doctrina que nos han transmitido los Apóstoles sobre esta materia. En nuestro primer nacimiento hemos nacido sin saberlo y por necesidad, de una simiente húmeda, gracias a la mutua unión de nuestros padres. Después vivimos con costumbres malas e inclinaciones perversas. Para que no permaneciéramos así hijos de la necesidad y de la ignorancia, sino de la elección y de la ciencia, para que obtuviéramos el perdón de nuestras faltas pasadas, se invoca en el agua, sobre el que quiere ser regenerado y se arrepiente de sus pecados, el nombre de Dios, padre y dueño del universo. Esta denominación es precisamente la que pronuncia el ministro que conduce al baño al que debe ser lavado. ¿Puede darse, en efecto, un nombre al Dios inefable?

¿No sería locura orgullosa atreverse a decir que tiene uno? (11)
Esta ablución se llama iluminación, porque los que reciben esta doctrina tienen el espíritu lleno de luz. Y también en nombre de Jesucristo, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, y en nombre del Espíritu Santo, que predijo por medio de los profetas toda la historia de Jesús, se lava al que es iluminado (12).

(10) *Isaias*, 1, 16-20.

(11) Justino trata a menudo de esta trascendencia divina que expresa en fórmulas platónicas. Ver también, *Diálogo*, 126; 127.

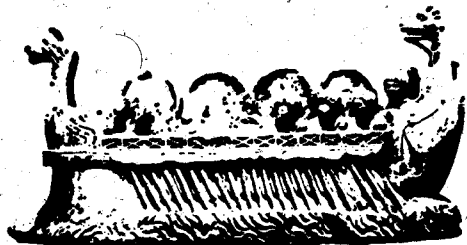
(12) Traducción francesa de G. Archambault, aparecida en *La philosophie passe au Christ*, col. *Jetys*, núm. 3, París, 1958, pp. 88-89. En este volumen encontrará el lector toda la obra de Justino, con una presentación del hombre y su pensamiento.

Ireneo de Lyon

† # S / G M († hacia el 202)



Desde antiguo tomaron los mercaderes orientales la ruta de Occidente. Sólo los extranjeros pueden admirarse de encontrar en Marsella o en Lyon buhoneros o vendedores de cacahuetes. ¡Están allí desde hace dos milenios! Allí se encontraban ya en tiempo de Vercingetórix, y en tiempo del Imperio romano, que gustaba de mezclar la población de su inmensa «Commonwealth» y favorecía el contacto de los pueblos que desgastaba los nacionalismos.



El Lyon cristiano En el siglo segundo, los orientales se habían afincado a orillas de los dos grandes ríos, en Vienne y en Lyon, capitales contiguas. Hablaban el griego, muy pronto se expresan en latín y aun chapurrean el céltico. Sus costumbres amables hacían más sociales a los habitantes de la Galia con los que comerciaban.

Todos vienen de la misma región, fenómeno que se observa aún en las migraciones de hoy día. Algunos se habían convertido en Esmirna o en Pérgamo a la nueva religión de Cristo. La practicaban sin ostentación, pero sin respeto humano. Hablaban a gusto de la fe en casa o en el taller. Los lioneses, a los que la religión romana o gálica no les llenaba, se sentían subyugados. Los mejores de ellos venían a pedir el Bautismo.

En el momento de la persecución del 777, los cristianos de Lyon son un millar. Hay entre ellos un abogado, un médico de Frigia, una dama romana, muchos proletarios y esclavos, y un obispo nonagenario

asistido por su diácono. Un sacerdote iba a sucederle, Ireneo. Estaba en la plenitud de la vida. Era inteligente, prudente, equilibrado, dispuesto a escribir y a combatir, preocupado por proteger la fe y propagar el Evangelio.

Desde su puesto, ve cómo la herejía amenaza la fe. El será el defensor de la fe. Situado en el extremo del mundo cristiano, se propuso hacer recular sus fronteras hacia el norte: Dijon, Langres, Besançon, y hacia las orillas del Rin.

Discípulo de Policarpo ¿Quién era aquel joven obispo? ¿De dónde venía? Ireneo era asiático. Venía como muchos de sus compatriotas de Frigia, quizá de Esmirna, cuya comunidad cristiana conoce y donde ha tratado con el anciano obispo Policarpo; esto nos lo cuenta él mismo

en una carta a Florino, conservada por el historiador Eusebio. Florino había caído en la herejía y él se esfuerza en llevarle de nuevo a la ortodoxia. «Siendo yo muy pequeño, te vi en el Asia Inferior, cerca de Policarpo; tú tenías una situación brillante en la corte imperial y querías ser bien mirado por él. Tengo mejores recuerdos de entonces que de los sucesos recientes, y es que lo que se ha aprendido en la infancia se desarrolla al mismo tiempo que el alma, no formando más que una cosa con ella. Hasta el punto que puedo decir el lugar donde se sentaba para charlar con nosotros el bienaventurado Policarpo, sus idas y venidas, su manera de ser, el aspecto de su cuerpo, los discursos que dirigía a las multitudes, y cómo nos refería sus relaciones con Juan, y con otros que habían visto al Señor, y cómo relataba sus palabras, y lo que por ellos sabía acerca del Señor, de sus milagros, de su enseñanza, en una palabra, cómo Policarpo había recibido la tradición de los que con sus ojos habían visto al Verbo de vida; en todo lo que decía estaba de acuerdo con las Escrituras.



Yo escuchaba esto atentamente, por el favor que Dios me ha querido hacer, y lo anotaba no en el papel, sino en mi corazón y, por la gracia de Dios, no he cesado de rumiarlo fielmente. Puedo atestiguar delante de Dios que si el bienaventurado anciano, el hombre apostólico, hubiese oído algo semejante (las doctrinas gnósticas) hubiera gritado, se habría tapado los oídos y habría dicho como de ordinario: «Oh Dios mío, para qué tiempos me has reservado, ¿es preciso que soporte esto? y habría huido del sitio en el que, sentado o de pie, hubiera oído tales cosas» (*Hist. eccl.*, 5,20, 5-7).

Apenas una generación sépara a Ireneo del apóstol Juan. Su juventud nadaba en los recuerdos que los testigos de los orígenes del cristianismo cultivaban con piedad. Esto le dejó una huella imborrable. Quizá naciera hacia el año 140. Se convirtió al cristianismo de joven. No sabemos qué razones le hicieron abandonar el Asia Menor. De paso parece haberse detenido en Roma, puesto que conoce bien los ambientes romanos. Viene a Lyon, donde el obispo Potino le ordena sacerdote.

Ireneo en Roma Ireneo se encuentra en Roma en el momento de la persecución de Marco Aurelio que azota a la comunidad de Lyon. Era portador de un mensaje de Eleuterio, obispo de Roma. «Nosotros le tenemos en gran estima, decían los fieles de Lyon, a causa de su celo por el testamento de Cristo». Venía para intervenir en favor de la paz, con ocasión del movimiento montanista que estaba tomando cierto auge en la región lyonesa, especialmente entre los confesores de la fe. A su regreso, el anciano obispo había muerto mártir. El le sucede. En adelante su acción se despliega en dos frentes: se consagra a la evangelización de la población gala, especialmente la campesina, cuya lengua sabe y habla. Desarrolla una poderosa acción literaria para defender la integridad de la fe contra las innovaciones gnósticas.

Hacia el año 190 desarrolla una labor conciliadora ante el Papa Víctor, que quería imponer autoritariamente en Asia, heredera de la primitiva tradición, la costumbre romana de celebrar la Pascua no el día del aniversario sino el domingo siguiente. Ireneo debió hacerle comprender que la unidad no consistía en la uniformidad y que la paz y la concordia imponían a todos alguna concesión de detalle.

Es el último acto de Ireneo que conocemos. Debió morir hacia finales del siglo tercero. Jerónimo le da el título de mártir, pero guarda silencio sobre la clase de suplicio que sufrió. A los que se extrañan de que no sea doctor de la Iglesia, hay que responder que este título nunca se añade al de mártir. Si no es doctor de la Iglesia, sí es Padre de ella, y de los mayores.

Asiático de origen, galo de adopción, el hombre que se manifiesta a través de sus hechos y de sus escritos, resulta uno de los más atractivos. Es el testigo de la edad apostólica y está nutrido de las aspiraciones de Occidente. Colocado en la vanguardia, en medio de los bárbaros, este asiático juzgaba con espíritu lúcido y universal. Para los magnánimos la situación geográfica importa muy poco, mientras que los débiles sienten necesidad de colocarse en el centro. El juz-



gaba en su valor y en su gravedad las elucubraciones procedentes de Oriente, que amenazaban a la Iglesia universal. Gracias a Ireneo, Lyon fue para el cristianismo «un fermento de unidad, una garantía de duración».

El escritor Ireneo tenía una formación clásica. Conoce los autores y filósofos paganos. Cita a Homero a menudo. Pero desconfía del pensamiento profano, ya que su espíritu no se encuentra a gusto con él. Ve en él los furrieles de la gnosis, cuyos peligros valora mejor que nadie. Pertenece sobre todo a la Iglesia. El único saber que le interesa lo ha sacado de la Escritura y de la tradición por medio de testigos directos. Por eso sus escritos conservan un cierto sabor primitivo.

Solamente dos libros suyos nos han llegado: el *Adversus haereses* y la *Demostración de la predicación apostólica*, y éstos, por medio de traducciones. Del original griego sólo nos quedan restos.

El *Adversus haereses*, cuyo título completo es *Revelación y refutación de la falsa gnosis*, queda ligado a una de las crisis más graves que ha amenazado a la Iglesia en la antigüedad. La gnosis es, en sus comienzos, un esfuerzo de reflexión sobre el dato de la fe. Pero no contentos con profundizar su contenido, los gnósticos volatilizaban la revelación como base del conocimiento religioso, mezclándola con teorías filosóficas paganas y con elementos que provenían de los cultos orientales. De este modo, elaboraban sistemas teológicos atrevidos, de múltiples matices, y se esforzaban por adaptar el cristianismo al pensamiento del tiempo.

Frente a la gnosis Marción, espíritu aventurero y peligroso, oponía al Dios justo del Antiguo Testamento, a quien hacía desaparecer definitivamente, el Dios bueno, revelado por Jesucristo. Valentín desarrollaba el dualismo que opone el mundo a Dios. La literatura gnóstica ha sido



la primera literatura teológica cristiana. En la época de que hablamos es mucho más considerable que la literatura ortodoxa. Invade todos los dominios, los libros apócrifos y aun la poesía. La riada gnóstica amenazaba con barrerlo todo. La biblioteca de obras gnósticas descubierta en 1945 al nordeste de Nag-Hammadi, tan sensacional aunque no tan pregonada como la de Qumrán, permitió conocer mejor la extensión de aquella literatura que amenazaba a la Iglesia. Ella hace ver al mismo tiempo el sólido conocimiento y la perfecta objetividad de Ireneo, que habla de los diversos sistemas gnósticos con conocimiento de causa.

Uno de los gnósticos más peligrosos, Markos, había llegado a Lyon. Este pensador era un seductor que abusaba del carácter místico y apasionado de los lyoneses. So pretexto de comunicarles la chispa mística, se permitía las peores familiaridades. Desengañados, estos cristianos volvían de nuevo a la Iglesia, confesando su pecado, otros se ocultaban «con el fruto que habían sacado de su contacto con la gnosis», añade Ireneo, no sin malicia.

El hombre de la Tradición En este momento, el obispo de Lyon es, en algún sentido, la conciencia de la Iglesia. Comienza por exponer las doctrinas gnósticas (la escuela de Valentín, de Markos, de Simón el Mago, y todas sus ramificaciones), y después las refuta en nombre de la razón y de la verdad heredada de los apóstoles y consignada en los Evangelios. Los cinco libros han sido compuestos, con sucesivos retoques y ampliaciones, sin plan alguno preestablecido.

Lo que Ireneo impugna en los dirigentes de la escuela, es su autoridad. No enseñan la verdad recibida, sino las creaciones de su propio espíritu. La Iglesia y los obispos fundan su autoridad no en su valía personal, sino en el cargo del que están investidos y en su fidelidad a la Tradición, a la fe transmitida.

Frente a la proliferación de las sectas, Ireneo expone la unidad de la fe, la unidad del designio de salvación. Lejos de hacer de la historia judía un conglomerado, como los gnósticos, Ireneo expone la unidad maravillosa en la que la Humanidad, paulatinamente arrancada al pecado, es atraída por Dios. En Cristo, Dios lleva su obra hasta la perfección. «El Padre se complace y ordena, el Hijo asiste y da forma, el Espíritu nutre y acrecienta, el hombre suavemente progresa y sube hacia la perfección, es decir, se acerca al Dios increado». La idea de desarrollo, tan grata a Newman, ocupa un lugar central en el pensamiento de Ireneo.

La otra obra, *Demostración de la predicación apostólica*, se había perdido. No se encontró hasta 1904, en una traducción armenia. Es una especie de catecismo, sin carácter polémico, que presenta el contenido de la fe cristiana y la basa en pruebas sacadas de la Sagrada Escritura. En ella encontramos las etapas de la historia de la salvación, expuesta con claridad, sin afectación ni digresiones.

El hombre Las obras que quedan permiten juzgar mejor al hombre. Espíritu justo y equilibrado, Ireneo es no solamente honrado, sino que respeta a todos, aun cuando sean sus adversarios. Refutando el gnosticismo no pone ninguna pasión, ninguna agresividad. Sabe distinguir el hombre de su error. Es pastor y vigila con ternura a sus ovejas. ¿No escribió un día esta frase exquisita: «No hay Dios sin bondad»? Como pastor, tiene el sentido de la medida, la riqueza de la doctrina y la llama apostólica. Algo de joaneo se desprende de su persona: un calor, una pasión contenida, un fervor que se expresa menos en la elocuencia que en la acción, el sentido de lo esencial, pero también la perspicacia, que mide la gravedad de las primeras grietas en el edificio.

Ireneo escribe con sencillez y corrección. A veces se apodera de él la emoción y su tono se eleva hasta la elocuencia. Véase cómo acaba el comentario al capítulo



cuarto de los Hechos de los Apóstoles: «Esta es la voz de la Iglesia, de donde toda la Iglesia ha sacado su origen; esta es la voz de la metrópoli de los ciudadanos de la Nueva Alianza; esta es la voz de los discípulos del Señor, de estos hombre verdaderamente perfectos que han recibido su perfección del Espíritu» (13).

El hombre interior es más difícil de delimitar. Procede de aquella Asia donde florecen los carismas del Espíritu. El obispo ha vivido en un clima espiritual, donde la perspectiva del martirio favorecía la exaltación mística. Ha conocido las caras de los que confesaron su fe en Lyon. Se le ha podido atribuir la carta que refiere su epopeya maravillosa a los hermanos de Frigia. Tenía cierta inclinación a las manifestaciones extraordinarias del Espíritu. Este cristiano equilibrado era milenarista, creía en el reinado próximo del Señor que duraría mil años.

En el *Adversus haereses* la oración llena el texto. Es como un brote espontáneo de su alma, una confianza que se le escapa. Su discreción esconde la brasa bajo la ceniza. Sus impulsos místicos brotan de una fe viva, que se expresa ante Dios. Los peligros y las amenazas se acallan cuando se vuelve hacia el Dios de su alma.

No escribe para dar mandobles a los herejes, sino para que dejen su error, «se conviertan a la Iglesia de Dios y Cristo se forme en ellos». No se trata de confundirlos, sino de hacerles encontrar el Cristo de la fe. Y añade esta confianza que nos descubre su alma: «Por eso tratemos con todas nuestras fuerzas y sin cesar, de tenderles una mano». Este libro de refutación lo ha escrito en presencia de Dios, es sobre todo una confesión del Dios de Abraham y del Dios de Jesucristo, por el que está dispuesto a dar su vida. Cuando definía al hombre cristiano como la «gloria viviente de Dios» se definía a sí mismo.

(13) *Adv. h.*, III, 13, 5.

S. IRENEO Ep. et Mart. 28 jun.



S. IRENEO Ev. et Mart. de Lion

Actualidad teológica San Ireneo conoce hoy día una rivalización de su actualidad; lo cual es justo. Hay pocos escritores cristianos de los primeros siglos que hayan envejecido menos, y cuyas cualidades el mismo tiempo las haga apreciar mejor. ¿No es él mismo semejante al ánfora de la que nos habla, aromatizada por el mismo perfume que contiene? Pocos teólogos esclarecen mejor algunos de los problemas más importantes que hoy están sometidos a nuestra reflexión. No porque él haya deseado responder a nuestros interrogantes, sino porque su pensamiento estimula nuestra reflexión y nos marca un sendero.

Nos bastará con traer algunos ejemplos. Frente a los gnósticos que rechazaban el Antiguo Testamento, Ireneo se ve obligado a desarrollar una teología de la historia. En lugar de oponer los dos Testamentos, intenta esclarecer el valor pedagógico de la Ley y de los preceptos judíos. Los dos Testamentos corresponden a dos etapas de la Humanidad. La Ley nos dispone para el Evangelio. El padre de familia que es el Señor, explica, da a los siervos aún no formados la Ley que les conviene, y a los hijos, justificados por la fe, les abre su herencia con los preceptos que les conviene.

De una economía a otra, hay no solamente correspondencia y unidad, sino progresión. Así se desarrolla el plan de salvación, que se manifiesta desde los orígenes del mundo en los que Dios «forma al hombre con magnificencia», y le lleva, gradualmente, desde las promesas a su realización en Cristo. Este es a la vez el perfeccionamiento, la «recapitulación» de toda la historia y la anticipación de todas las profecías.

Cristo realiza el esbozo frustrado del primer hombre. El es, pues, el nuevo Adán, arquetipo del hombre cristiano. Ireneo desarrolla una antropología donde se vuelve a encontrar como en un espejo el designio de Dios. El hombre, cuerpo vivificado y gobernado por un alma, es modelado a semejanza divina por el Espíritu



Santo. «Nosotros recibimos ahora una parte del Espíritu que nos perfecciona, nos prepara a la incorruptibilidad y nos acostumbra poco a poco a recibir a Dios».

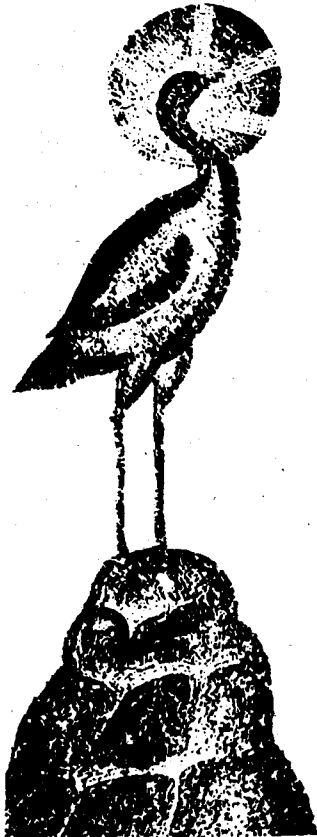
Los gnósticos negaban la resurrección de los cuerpos. Ireneo muestra que la obra total de la creación, el cuerpo mismo por el que el hombre está ligado a la materia, participará en la resurrección. Lo cual supone no el anonadamiento de la carne, sino su comunión con el Espíritu, no la destrucción de la materia, sino su transfiguración. Ireneo ve en la Eucaristía el símbolo sacramental y la prenda de este proceso, que lleva al hombre y a la creación —de la que él permanece solidario, en la gloria como en la caída— hasta su perfección.

En otros muchos puntos el obispo de Lyon es un testigo de la Iglesia. Elabora el principio de la tradición que constituye en la Iglesia la fuente y la regla de la fe. Esta tradición se apoya en la sucesión ininterrumpida de los obispos, de las iglesias, desde los apóstoles. El afirma el primado de la Iglesia de Roma.

Sería fácil multiplicar los ejemplos para demostrar la riqueza de su pensamiento y las perspectivas que éste abre a la reflexión. Ningún obispo de aquel tiempo ejerció sobre las comunidades cristianas una influencia comparable a la de Ireneo. Las ideas que él defendió se impusieron en la Iglesia entera. Su visión de la historia parece una anticipación. Es el profeta de la teología de la historia.

Lo que admira en Ireneo, como hoy en Newman, es la unidad realizada entre la personalidad íntima y la doctrina. Lo que seduce es la calidad humana de su fe, su caridad con el hereje, al que no trata tanto de convencerle de su error, como de ponerle en el camino de la verdad. Es, auténticamente, el maestro del diálogo ecuménico.

Ireneo es a la vez el profeta del pasado y el profeta del porvenir. El enraizamiento en la verdad recibida le permite todas las audacias y produce las intuiciones teológicas de las que nosotros aún vivimos. Para nuestro tiempo que pone todo en duda y es sensible a lo que es auténtico y suena a verdad, quizá sea él, sobre todo el profeta del presente.



San Ireneo combate simultáneamente dos errores de los gnósticos: el que atribuye la creación a un demiurgo, distinto del Padre, y el que niega la resurrección de la carne. Uno y otro los refuta por la Eucaristía. El pan y el vino son creaciones de Dios. ¿Los admitiría si no fuera su autor? Estos dones consagrados dan la incorruptibilidad a nuestra carne.

CRISTO NOS RESCATA POR MEDIO DE SU CARNE QUE NOS DA EN LA EUCARISTIA (*)

1. Vanos son también, los que pretenden que Cristo haya venido en una carne que no era la nuestra (14), como si, celoso de la obra del prójimo, quisiera mostrar el hombre, cuyo autor era otro, a ese Dios que no había creado nada, sino que había visto desde el comienzo que se le quitaba el poder de crear hombres. Su venida a nosotros es inútil, si, como ellos creen, se ha encarnado en una naturaleza diferente a la nuestra. Tampoco nos ha rescatado verdaderamente con su sangre, si no se ha hecho verdaderamente hombre y no nos ha rehecho con su propia sustancia, ya que como hemos recordado hace poco, el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios; y si finalmente, en lugar de tratar de arrebatarse el bien del prójimo, no ha tomado sobre sí su propia creatura, con justicia y misericordia. Digo justicia, porque hacía falta el precio de su sangre para rescatar a las creaturas que le habían abandonado. Digo misericordia, porque pienso en nosotros mismos que hemos sido rescatados. Porque nosotros no le habíamos dado nada antes ni él nos pide nada como lo haría un pobre; sino que éramos nosotros los que teníamos necesidad de comunicarnos con él y por eso se ha incorporado a nosotros para reunirnos en el seno de su Padre.

2. Insensatos, por tanto, los que desprecian la economía de Dios con respecto al mundo, niegan la salvación de la carne, toman en broma el nuevo nacimiento y la estiman incapaz de llegar a la incorruptibilidad. ¿No puede salvarse la carne? En-

(*) *Adversus haereses*, V, 2, P. G., 7, 1.123-1.128.

(14) Los gnósticos distinguían diversos Cristos, entre Dios y los hombres.

tonces es que el Señor no nos ha rescatado con su sangre; el cáliz de la Eucaristía no nos hace participar de su sangre, ni el pan que partimos, de su cuerpo. Porque no hay sangre que no provenga de las venas, de la carne, de la sustancia misma del hombre, que el Verbo de Dios ha asumido realmente. Nos ha rescatado con su sangre, también el apóstol da testimonio de esto: «En él tenemos la redención y el perdón de los pecados» (15).

Nosotros somos sus miembros y su creación nos alimenta. El es quien nos la da, cuando hace que su sol se levante y que su lluvia caiga, como él quiere. El declara que este cáliz que es creación suya, es su propia sangre, de la que se impregna nuestra sangre; y este pan, que es también creación suya, es su cuerpo, que hace crecer a nuestros cuerpos.

3. Cuando el cáliz, mezclado con agua, y el pan reciben la palabra de Dios, cuando la Eucaristía se hace cuerpo de Cristo y nuestra propia naturaleza saca su fuerza y su consistencia de este cambio, los herejes se atreven a afirmar que la carne es incapaz de recibir el don de Dios, es decir, la vida eterna, aunque sea alimentada con el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, y así haya llegado a hacerse una parte de él mismo. Como escribe el bienaventurado Pablo a los Efesios: Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos (16). Y no hace aquí alusión a un hombre espiritual e invisible. Porque el Espíritu no tiene ni hueso ni carne (17). Habla del cuerpo del hombre real, compuesto de carne, de nervios y huesos, que se alimenta del cáliz, sangre de Cristo, y se fortifica con el pan, cuerpo de Cristo. Como la cepa, plantada en la tierra, se carga de frutos a su tiempo; como el grano de trigo, enterrado en el suelo, se seca primero y luego se eleva, multiplicado por el espíritu de Dios que se ocupa de todo a la vez —puestos por la sabiduría de Dios a disposición del hombre, reciben la palabra de Dios y se hacen Eucaristía, el cuerpo y la sangre de Cristo—, así nuestros cuerpos, nutridos con ella y sepultados en la tierra, se disuelven en ella, pero a su tiempo, por la palabra de Dios, resucitarán para la gloria de Dios Padre, que regala al mortal la inmortalidad y dará gratuitamente la incorruptibilidad a su cuerpo corruptible: el poder de Dios se realiza en nuestra debilidad.

No detentamos la vida por nosotros mismos; no nos engriamos, pues, y no nos dirijamos contra Dios con corazón ingrato. Conozcamos por experiencia propia que sólo su longanimidad, y no nuestra naturaleza, nos procurará el descanso eterno; no nos privemos de la gloria que rodea a Dios tal como es; no nos en-

(15) *Colosenses*, 1, 14.

(16) *Efesios*, 5, 30.

(17) *Lucas*, 24, 39.

gñemos respecto a nuestra naturaleza. Veamos lo que está dentro del poder de Dios y el beneficio de que colma al hombre. No nos equivoquemos sobre la verdadera naturaleza de las cosas, quiero decir, sobre Dios y sobre el hombre. ¿No ha tolerado Dios, como ya lo he dicho, que nos disolviéramos en la tierra, para que instruidos en todas las cosas, nos inquietásemos por toda la verdad, y no le ignorásemos más a él ni a nosotros mismos? (18).



(18) Traducción francesa de F. Quéré-Jaulmes, aparecida en *la Messe, Liturgies anciennes et textes patristiques*, col. *l'Élys*, vol. 9, pp. 195-198. Ver también los textos escogidos y presentados por R. Poelman, París, 1959.

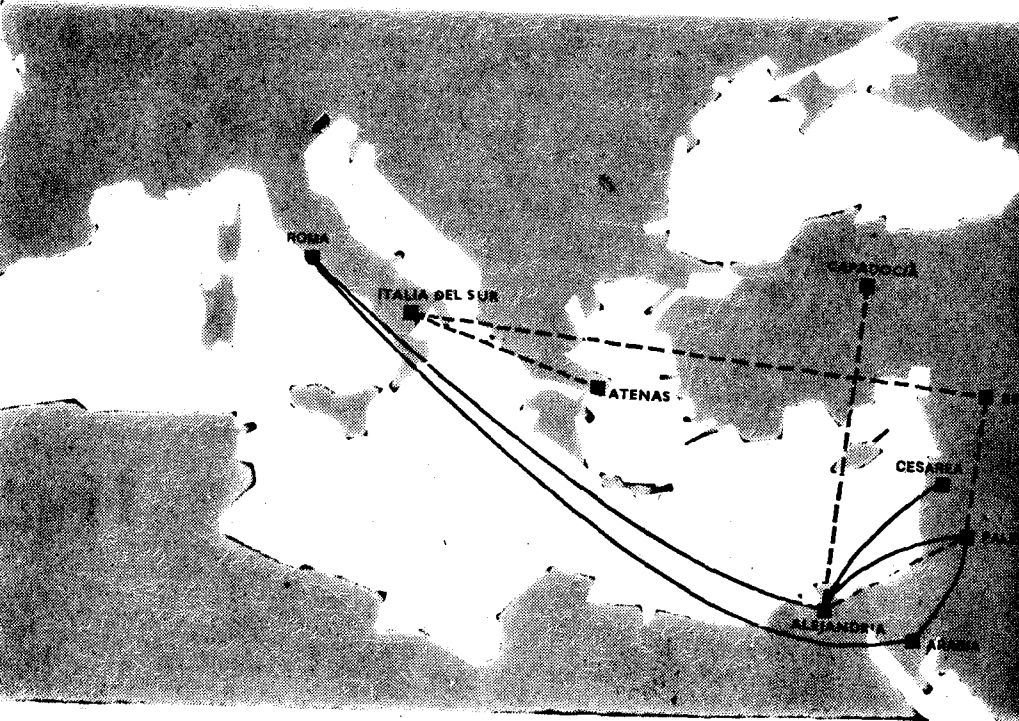
siglo III

Tertuliano

Cipriano de Cartago

Clemente de Alejandría

Orígenes



ITINERARIO DE:
Clemente de Alejandría ———
Orígenes —————

Siglo y medio nos separa de la salida misionera de Pablo, siglo y medio, de la edad de oro de los Padres.

En el transcurso del siglo tercero, la Iglesia intensifica sus actividades y desarrolla su expansión por el Occidente. Junto a Alejandría, Cartago se convierte en centro que irradia a toda la Iglesia. El Evangelio se extiende a España, al norte de Italia y hacia las riberas del Danubio. Hasta comienzos del siglo tercero no existe más que un obispado en las Galias, el de Lyon. A mitad del siglo, Cipriano cita a los obispos de Arlés y de Lyon. Sabemos que existían otros en Toulouse, Narbona, Vienne, París, Reims y Tréveris. El número de cristianos aumenta de manera considerable. Dos centros dominan en Occidente: Roma y Cartago.

El crecimiento de la Iglesia exige un esfuerzo de organización. Los candidatos al bautismo son sometidos en adelante a un tiempo de preparación. Se crean escuelas para su formación. Orígenes se ha consagrado durante algún tiempo a esta tarea. Junto a la iniciación cristiana está la cuestión de la reconciliación: los partidarios del rigorismo y de la moderación se enfrentan. Tertuliano, Cipriano y Orígenes nos informan sobre estos debates, que se hicieron más agudos en el momento de las grandes persecuciones.

La Iglesia alcanza ya a los medios cultos, en Oriente a los filósofos, en Occidente a los retóricos. Se convierten con armas y bagajes. Ponen su formación al servicio del cristianismo. Esta formación filosófica permite a Clemente y Orígenes poner todas las ciencias al servicio del estudio de la palabra de Dios. Tertuliano y Cipriano forjan el lenguaje teológico recurriendo a términos jurídicos. El derecho va a permitir a Tertuliano defender ante el Imperio la causa de los cristianos.

Los creyentes son ya mayoría. Invaden la sociedad. El grano echado en la tierra se ha hecho un inmenso árbol que extiende sus ramas. El enfrentamiento de

las costumbres cristianas y las costumbres paganas se prevé más peligroso que el enfrentamiento de las inteligencias. ¿Qué línea de conducta habría de seguirse en una sociedad pagana? La tarea de los pastores se esfuerza por responder a esta pregunta. Tertuliano y Cipriano en Cartago y Clemente en Alejandría, serán los moralistas que descubrirán las exigencias cristianas, en la vida personal y familiar, económica y política.

La Iglesia se encuentra en plena expansión. Las fuerzas del Imperio romano decaen. El vigor de la Iglesia no cesa de crecer. Las conversiones afectan a todos los estratos de la sociedad: la élite, la clase comerciante, los funcionarios y los necesitados. La calidad marcha difícilmente al ritmo del número. El nivel baja. Orígenes se lamenta de esto: «Si juzgamos las cosas según la realidad y no según el número, según las disposiciones y no según las multitudes reunidas, veremos que ya no somos creyentes».

La persecución da la alarma. Es el grito del Imperio mortalmente herido. No es una amenaza para la Iglesia, sino una advertencia para los mediocres. Cipriano multiplica las advertencias, el huracán sacude las hojas muertas. Para los discípulos del Evangelio, Cipriano y Orígenes, es la hora del martirio para el cual no han cesado de prepararse.

Tertuliano

L O M († después del 220)

APOLOGY TICŪ TERTULIANI DE IGNORANTIA IN XPO IHŪ.

SINON LICET UOBIS SŪ ROMANI
IMPERII ANTISTITES IN APERTO ET CEDITO
IPSO FERRE UERTICE UICITATIS PRÆSIDENTIBUS. AD
IUDICANDUM PALAM DISPICERE. ET CORAM EXAMI
NARE QUID SIT LIQUIDO IN CAUSA XPIANORUM.
SI AD HANC SOLAM SPECIEM, AUCTORITAS UESTRA
DE USTITA Q̄ DILIGENTIA IN PUBLICO AUT AMET
AUT ERUBESCAT INQUIRERE. SI DENIQ: QUOD PRO
XIME ACCIDIT, DOMESTICAS IUDICIIS NIMI SOPERA

El cristiano de hoy visita con melancolía el Africa del Norte, donde las ruinas de una Iglesia próspera se unen a las de la dominación romana, en un pasado que parece doblemente sepultado. El Africa que los árabes llaman Djezirat-el-Maghreb, «la isla de Occidente», podía reunir en el siglo tercero un concilio con un centenar de obispos. Una carta de los obispos del siglo tercero, muestra la irradiación de Cartago, clave estratégica de la economía política, antes de ser la capital de un cristianismo conquistador, apasionado hasta la herejía y hasta el martirio.

Tres nombres se destacan, que por encima de Africa, honran a la Iglesia y la civilización, tres personalidades, tres nombres deslumbrantes nacidos en el suelo de Africa, que llevan las virtudes y los errores de la raza: Tertuliano, Cipriano y Agustín.



Un convertido de clase

Tertuliano, antes de finalizar el siglo segundo, escribe el *Apologeticum*, para acusar en nombre del derecho al Imperio intolerante y perseguidor (19). «Vamos, queridos gobernadores, más estimados aún por la plebe si inmoláis ante ellos a los cristianos, atormentados, ponednos en la tortura, condenadnos, aplastadnos: vuestra iniquidad es la prueba de nuestra inocencia. Todos vuestros refinamientos no sirven para nada, redoblan más bien el atractivo por nuestra secta, nos hacemos más numerosos cada vez que somos segados por vosotros: la sangre de los cristianos es una semilla». Momento solemne en la historia de la Iglesia. Fogoso, apasionado, Tertuliano no se contenta con parar los golpes, sino que pasa a la ofensiva.

No se trata ya de invocar la razón, la tolerancia; el africano apela al derecho romano, la instancia suprema. Ha pasado la hora de la tolerancia; Tertuliano reclama derechos. El joven maestro de Africa conocía Roma, acababa de tocarle en el punto sen-

sible. Hasta entonces la Iglesia había sido heroica, Tertuliano le da la bravura.

¿Quién era aquel joven polemista temible, fogoso y hábil? Se llamaba Quinto Séptimo Florencio Tertuliano. Era de Cartago, la ciudad que desde su promontorio vigila los mares. Su padre, militar y pagano, se había preocupado de darle una formación particularmente fuerte en derecho, la disciplina de los altos empleados, y el arte de la oratoria, que hacía rentable el saber. Su curiosidad intelectual era tan insaciable como su sed de placeres y de juegos.

El joven africano, como muchos de sus compatriotas, era bilingüe. Escribía indistintamente en griego y en latín. Su cuidada formación se perfeccionó en Roma, donde el brillante estudiante encontró, como Jerónimo, la vida del espíritu y las satisfacciones de la pasión. Después volvió a Cartago, como sus compatriotas, que preferían Africa a todo lo demás.

La juventud de Tertuliano fue agitada. Confiesa haber sido pecador: *Intelligenti pauca*. Frecuentaba los espectáculos y cometió el adulterio. Las condiciones de su conversión siguen oscuras. La paciencia y el heroísmo de los cristianos le habían hecho impacto. La moral del Evangelio y el misterio cristiano ejercían gran atractivo en él. Jamás tuvo un espíritu gregario, sino que admira a los que desafían la opinión. El uso de la Escritura y la gracia hicieron el resto.

Tertuliano entra en la joven Iglesia, fuerte ya en cuanto al número, sólidamente jerarquizada, con el prestigio de su cultura, la riqueza de su naturaleza, que busca el freno de la disciplina y los rigores de la ascesis cristiana. Está casado, pero trata a su esposa, como a las mujeres, con unos celos tales, que acaba por prohibirle el que vuelva a casarse, en caso de muerte.

El hombre Este apasionado no era ni tierno ni hombre de corazón. San Jerónimo afirma que fue sacerdote.

(19) Ver más adelante, p. 72.

Tertuliano vivía en medio de una sociedad que amaba el ruido y la violencia. Unía el arrebato, la independencia y la sensualidad del africano a las cualidades romanas que valoran lo que es vigoroso y útil. Los historiadores se han cebado en su lengua que algunos han tratado injustamente de «mal dialecto provinciano». Se ironizaba mucho en la época sobre el acento latino de los africanos que debía parecerse al francés de los «pieds-noirs» de nuestros días.

Este forjador del verbo ha triturado, renovado, adaptado y enriquecido la lengua latina. Ha forjado un vocabulario para expresar las verdades de la fe. Su acción es decisiva en la literatura cristiana. Tuvo la suerte de llegar el primero, en el momento en que la Iglesia latina formulaba su pensamiento.

Es un mago de la palabra. Sus fórmulas son como flechas. El último pedante ha retenido algunas de ellas como «el alma naturalmente cristiana» o «la sangre de los cristianos es semilla». «Tantas palabras, tantos pensamientos», dijo Vicente de Lérins. Conoce todos los recursos de la retórica y de la sofística, pero también de la sutileza y de la casuística. Nada le embaraza. ¿Tiene necesidad de una palabra nueva? La crea. Si le molesta la sintaxis, la tortura. Abogado astuto, cambiará de sistema para las necesidades de una causa nueva.

Sea que polemice o predique, sea como moralista, jurista o teólogo, Tertuliano está entero en sus escritos. Impetuoso, violento, feroz. Retuerce el lenguaje, lo mismo que al adversario, estruja la palabra y carga la frase hasta la oscuridad. Abusa del ingenio y del artificio, y carece totalmente de gusto y de medida. Su frase, cargada de palabras explosivas, de imágenes brutales, tiene, como él, algo de cortado, de jadeante, de dislocado, que choca y agota, y jamás trae reposo. Es la desesperación de los traductores.

Los autores distinguen en Tertuliano las obras católicas y las obras montanistas, pero unas y otras son



de la misma pluma, con un coeficiente de amargura y de acidez creciente. Su mismo paso al montanismo está inscrito en una conversión, en la que la disciplina atrae más que el Salvador. Rara vez se ve un grito, una llamada a Cristo.

Lo que hiera en Tertuliano no es la maldad de su ironía, ni el arrebato de su cólera, sino una pasión que no perdona nada ni a nadie. Es un hombre de ideas, de convicciones, parece carecer de ternura. No tenía amigos y ni aun hoy día suscita simpatías. Es un personaje de Vigny. Nos recuerda al Moisés de éste. Se le ha podido comparar con el gran Arnauld. Deslumbra, pero no encanta, brilla pero no calienta.

A la edad en que los hombres engordan y buscan la comodidad, Tertuliano se hace más seco, más nudoso y se pasa al montanismo. Desde que conoce esta doctrina, la mira como el país de sus sueños y de sus instintos. Este espíritu lúcido, decidido, cae en las elucubraciones de una secta de profetas y de profetisas de Frigia. Cansado de moderación, ansioso de soluciones extremas, Tertuliano busca y encuentra en el montanismo la doctrina del Paráclito y de los carismas que alarga a su espíritu de independencia, una disciplina que seduce a su puritanismo.

El polemista La ortodoxia más intransigente, está amenazada de infidelidad doctrinal, como lo vemos aún en nuestros días, por falta de moderación: la moderación es la humildad del saber, del cual es la percepción más verdadera.

El montanismo arrojó a Tertuliano a compromisos e incoherencias, cuyos puntos débiles debía descubrir él mejor que nadie. Demasiado lúcido para no ver, era un apasionado con demasiada violencia como para desandar el camino, demasiado agitado como para encontrar la paz, siempre dispuesto a luchar, desinteresado por todo lo que es justo y generoso, de-



jando a la historia el cuidado de desenredar la madeja de sus contradicciones.

La obra literaria de Tertuliano es considerable. El habla por medio de los libros. Se da a sí mismo en sus escritos, donde aborda los temas más variados, habitualmente en forma de alegato o de libelo. La palabra *contra* se repite en muchos títulos: *Contra los judíos*, *contra Marción*, *contra Hermógenes*, *contra los Valentimianos*, *contra Práxeas*, *contra los síquicos*. En todos estos casos se trata de personas.

Fue el martillo de los herejes del tiempo y de los adversarios del cristianismo, especialmente de los judíos que eran numerosos y activos en Africa del Norte. Cuando la protesta o la requisitoria no está en el título, la encontramos en el texto.

El *Apologético*, del que ya hemos hablado, queda como una de sus obras maestras (20). Composición nerviosa y potente: «No sólo refutaré las acusaciones que se hacen contra nosotros, las volveré contra sus propios autores». Raramente un defensor cristiano habrá conocido tal precisión en el argumento jurídico, tal dureza en la ironía, tal aspereza en la lógica, donde los argumentos son asestados como martillazos; las fórmulas martilladas, los dilemas ineludibles, sin concesiones para con los poderes públicos o los filósofos. No solamente quiere convencer al adversario, sino que lo derriba, lo pisotea, lo humilla. En este hombre hay crueldad.

Tertuliano se manifiesta ya por entero en el *Apologético*. No solamente es dueño de su estilo y de su dialéctica, sino que está en plena posesión de su arte, que a veces está cercana al sofisma, donde se manifiesta la extremosidad, la dureza, y una cierta soberbia por defender la justicia, la tolerancia y la nobleza de cristianismo. El libro fue rápidamente traducido al griego, hecho bastante raro que nos permite medir

(20) Ver el exordio, más adelante, p. 72.

su difusión. Es de esos que enriquecen «el tesoro común de las naciones civilizadas». A pesar de algunos temas más pasajeros no ha perdido nada de su grandeza, ni de su actualidad.

Orgullosa por el éxito y la lucha, Tertuliano se vuelve hacia otros enemigos: los judíos y los herejes. El libro *Sobre la prescripción de los herejes*, uno de los mejor forjados y de los más acabados, es aún uno de los más actuales, ya que en él se esfuerza por precisar el papel de la tradición en la vida de la Iglesia y desarrollar las relaciones entre Escritura y Tradición. Frente a la multiplicación de las herejías, Tertuliano lanza dos afirmaciones: Cristo ha encargado a los apóstoles, y a nadie más, la predicación de su doctrina. Los apóstoles no han confiado esta tarea más que a las comunidades que ellos han fundado. Sólo la Iglesia está en legítima posesión de la fe y de la Escritura. El autor deniega las ilegítimas pretensiones de los herejes.

Si las obras apologéticas constituyen la parte más vibrante de su obra, los numerosos tratados de moral y de ascética se encargan de caracterizar la actitud cristiana frente a una sociedad pagana. En ella encontramos «el espíritu de cólera y de pasión». Como su contemporáneo Clemente de Alejandría, Tertuliano se preocupa de poner a los cristianos en guardia contra el paganismo. A principios del siglo tercero, la Iglesia ha hecho estallar los grupos pequeños para invadir la sociedad. «Frecuentamos vuestro foro, vuestro mercado, vuestros baños, vuestras posadas y vuestras ferias. Con vosotros navegamos y al igual que vosotros servimos como soldados» (*Apol* 41,3).

Tertuliano preconiza un cristianismo de combate, que haga frente al mundo pagano, sin estrechar lazos, sin voluntad de diálogo.

Como sacerdote encargado de la preparación al bautismo; como moralista, ávido de modelar a los demás según su imagen, escribe los tratados sobre el Bautismo, la Penitencia, la oración, el tocador de las

mujeres, que ciertamente parecen situarse dentro del cuadro de la catequesis. Da leyes sobre la vida social de los cristianos, les prohíbe los espectáculos, el circo, el teatro y el estadio. Una vez se pasa de la raya, cuando les consuela con masoquismo, prometiéndoles el espectáculo del juicio final: «¡Qué motivos de admiración, de risa y de alegría, ver a todos estos reyes expiar en las tinieblas la gloria de su apoteosis!»

El montanista Hecho montanista, el inquisidor extrema el rigorismo hasta prohibir las profesiones de escultor y de astrología, por los lazos que unen a éstas con el culto de los ídolos. Es igualmente uno de los primeros objetores de conciencia de la Iglesia. En el libro *Sobre la corona*, condena a los que abrazan la vida militar porque es incompatible con la vida cristiana. Condena a los que huyen de la persecución. Llega hasta la ironía hiriente: «Del Evangelio no han conservado más que la frase: *huid de ciudad en ciudad*».

Como numerosos ascetas, el sacerdote de Cartago se ha ocupado mucho de la mujer cristiana. Es una especie de compensación a la hora de la continencia.

No las comprendió mejor que Jerónimo. Aún estamos lejos de las heroínas de *Soulier de Satin* y de *Partage de Midi*.

Tertuliano se ocupa de los menores detalles. ¿Era necesario que las jóvenes llevaran velo fuera de las reuniones litúrgicas? El determina su longitud, cómo disponerlo por delante, por detrás, hasta dónde debe llegar y la edad exacta en la que se debe comenzar a llevar. Este hombre de espíritu autoritario y puntilloso no deja nada a la iniciativa privada. Se ocupa con insistencia de la coquetería femenina, del cuidado de sus cabellos y de su cutis, de sus vestidos y de sus perfumes. Y se vale incluso de coquetería literaria, de refinamiento en el estilo, cuando escribe: «Tomad de la sencillez vuestro blanco, del pudor vuestro rojo,





vestid vuestros ojos de recato, vuestros labios de silencio... ataviadas así, podréis tener a Dios por amante». Nos gustaría ver el diario de su mujer.

Todas estas obras contienen páginas admirables, repletas de datos sobre la abigarrada sociedad de los cristianos de Africa, a la que de grado o por fuerza, trataba Tertuliano de empujar hacia el camino estrecho, en los acantilados del Evangelio. Este inquisidor temible suscita la admiración y el terror. Nos conmueve cuando reconoce, quizá con más impaciencia que humildad, haber compuesto su libro sobre la paciencia porque carecía de esta virtud. «Desgraciadamente estoy siempre dominado por la fiebre de la impaciencia». No parece que por haber escrito al libro haya cambiado de carácter. Este hombre que nos habla con tanta frecuencia de su temperamento nos revela muy poco el misterio de su vida interior.

Tertuliano nos conmueve también en el homenaje que rindió a sus compatriotas, Felicidad y Perpetua, las extraordinarias mártires de Cartago, donde aletea el estremecimiento de una admiración que traiciona a este hombre misterioso.

Según Agustín, Tertuliano tuvo una vejez solitaria. Acabó por no entenderse mejor con los montanistas que con los católicos. Por eso reunió a su alrededor unos cuantos fieles, llamados tertulianistas, que sobrevivieron hasta el tiempo de Agustín. La fecha de su muerte no la conocemos. Su ruidosa vida acabó silenciosamente.

Así es este hombre explosivo, cuyos escritos acarrear a menudo lava de fuego. Fue apasionado, lleno de soberbia y de coquetería literaria, pesimista, pero sin dejar de combatir. Vivió siempre en alta tensión, solitario. Su obra marca con su impronta al cristianismo en plena fermentación. Africa le ha admirado por su genio y su independencia. Era de Cartago y

no de Roma, era de esa Africa que de sus corsarios hace héroes. De esa raza es él.

Agustín ha hecho que se le olvide un poco, hasta el punto de que la historia no valora suficientemente lo que el obispo de Hipona debe al Maestro. Agustín no ha disimulado nunca su admiración ni su dependencia. La Edad Media a penas le conoce. Los tiempos modernos le han puesto en su lugar. Es difícil exagerar su importancia y su grandeza, porque tiene la estatura de los más grandes.



El exordio da la las razones de la presente defensa. El pueblo odia a los cristianos sin conocerlos. Los que se molestan en conocer el cristianismo se apresuran a abrazarlo.

EL APOLOGETICO (*)

¡Magistrados del Imperio romano! Vosotros ocupáis la presidencia para hacer justicia ante el pueblo casi en lo más alto de la ciudad. Pero no os atrevéis ante la multitud, a instruir públicamente la causa de los cristianos. Vuestra autoridad teme y se avergüenza de informar en público, según las leyes más elementales de justicia. Y hace poco, aun habéis cerrado la boca a la defensa, por odio a nuestra «secta», recibiendo con demasiada alegría las denuncias familiares. Oid al menos las palabras silenciosas de este escrito, que os transmite la expresión de la verdad.

El odio público

La verdad no pide indulgencia para sí misma, porque no se extraña de su condición. Ella sabe que vive aquí abajo como extranjera, espera el odio de los que la desconocen. Sabe que su familia, su morada, su esperanza, su crédito y su gloria descansan en el cielo. Mientras espera, su único deseo es no ser condenada sin ser oída.

¿Qué pueden perder vuestras leyes, que rigen soberanamente en su dominio, con que la verdad sea oída? ¿Resplandece más su poder si condena a la verdad sin dejarla hablar? Condenándola sin oírla, además de lo odioso de la injusticia, vuestra justicia merecerá el reproche de haber condenado a la verdad sin escucharla, por miedo a no poderla condenar después de haberla oído.

Ignorancia de los jueces

En primer lugar reprendemos vuestro odio al cristianismo, aun cuando vuestra ignorancia pueda excusarlo en parte. Es tanto más injusto y criminal en cuanto que vosotros no lo conocéis.

(*) *Apologeticum*, I. Traducción francesa de F. Papillon.

¿Hay algo más inicuo que odiar una cosa que se ignora, aun cuando fuera odiable? No se puede odiar más que por razones válidas, de otro modo el odio es ciego y no puede ser justificado más que por el azar. ¿Y por qué un odio tal, motivado por lo que detesta, no sería al fin completamente injustificado? Por eso os reprochamos la necesidad de odiarnos por ignorancia, y la injusticia de hacerlo sin razón.

La prueba de su culpable ignorancia, a pesar de las excusas que se puedan encontrar, está en el hecho de que los que nos odian sin conocernos, generalmente cesan de hacerlo una vez que su ignorancia ha sido disipada. Hay incluso quienes se hacen cristianos con todo conocimiento de causa y comienzan luego a detestar sus prejuicios pasados y a profesar lo que antes vilipendiaban. Son tan numerosos que vosotros os dais cuenta de que existimos.

Por eso, se grita por todos los sitios que la ciudad está invadida por ellos, los cristianos han penetrado en los campos, en las islas y en las ciudades fortificadas; gente de todos los sexos, de toda edad, de toda condición —aun de las más notables— pasan al cristianismo. Y vosotros os lamentáis de ello como de un desastre. Y a pesar de esto no os daréis cuenta de que allí yace un tesoro escondido. No se admite el derecho de verificar esta hipótesis, no se quiere hacer la experiencia. Se está despertando la curiosidad para todo lo demás. Les gusta ignorar lo que a los otros agrada conocer. Con qué razón hubiera reprochado Anacarsis a los que no saben juzgar a los que saben.

Prefieren ignorar porque ya odian, porque el conocimiento del cristianismo les impediría odiarlo. Efectivamente, si no existe ningún motivo legítimo para odiar, más vale renunciar a un odio injusto. Si, por el contrario, se saca la convicción de que el odio está justificado, no se atenúa el odio sino que se intensifica. Se añade además una razón para perseverar en él y la satisfacción de estar en pleno derecho (21).

(21) Sobre Tertuliano existen pocos estudios de conjunto y biografías recientes. Han aparecido muchas obras en la colección *Sources chrétiennes*, con extensas introducciones.

Cipriano de Cartago

✠ / L M ✠ († hacia el 258)



Tertuliano hace pensar en esos espíritus brillantes que en una sociedad, con la semi-inconsciencia de los poderosos, apagan los fulgores de los demás. ¡No hay más que para ellos! Ellos se imponen, se afirman. Cipriano no solamente tiene conciencia de su inferioridad y de su dependencia, sino que descuida un tanto sus cualidades y literariamente se pone abiertamente a remolque del que él llama «el Maestro». Esto confirma el prestigio del viejo luchador a quien Africa, lejos de tener rencor, rinde homenaje. En el almirante hay materia de pirata y viceversa. Es cuestión de circunstancias. Lo importante es la estatura, el esplendor de sus acciones.

Tertuliano y Cipriano En Cipriano no es principalmente el escritor el que se impone, sino el hombre, el obispo. Su grandeza no está en el resplandor del genio, sino en la finura de su psicología. Su retrato resultaría mejor labrado en hueco que en relieve. Tertuliano se impone, Cipriano se descubre. No es que tenga menos personalidad, sino que la tiene más matizada, más equilibrada. Decididamente Africa produce los hijos más diversos.

Cipriano posee las cualidades que faltaban a Tertuliano: la moderación, la simpatía, la finura, la habilidad para manejar a los hombres, la prudencia, el gusto por el orden y la concordia. Había nacido para el quehacer público. De haber permanecido pagano hubiera sido un gran procurador, hecho cristiano, será un obispo admirable, el más admirado de su siglo.

Es posible que los acontecimientos políticos del Imperio, los años de anarquía y los repetidos golpes de Estado militares que hacen pensar en alguna república de Sudamérica, hayan sorprendido al joven abogado cartaginés. El había podido observar que sólo la administración romana, el principio de orden y jerarquía habían salvado al Imperio amenazado.

Cipriano había nacido a principios del siglo tercero, en Africa, probablemente en Cartago. Sus padres

eran ricos y paganos. Siguió el curso normal de los estudios y se hizo retórico. El mismo confiesa a Donato que su juventud fue muy poco casta, sin dar más detalles sobre sus amores pasajeros.

El converso El retórico es ya célebre cuando se convierte al cristianismo bajo la influencia, en Cartago, de un anciano sacerdote, Cecilio. Este puso entre sus manos la Biblia. La gracia hizo lo demás. La lucha fue sin embargo dolorosa para este joven mundano, apasionado por la vida elegante. Lo ha contado en su carta a Donato que sirve de prelude a las *Confesiones*: «Vagaba yo a ciegas en las tinieblas de la noche, zarandeado al azar en el mar agitado del mundo, flotaba a la deriva, ignorante de mi vida, extraño a la verdad y a la luz. Dadas mis costumbres de entonces, juzgaba difícil e incómodo lo que para mi salud me prometía la bondad divina. ¿Cómo podía un hombre renacer a una vida nueva por el bautismo del agua de salvación, ser regenerado, despojarse de lo que había sido y, sin cambiar de cuerpo, cambiar de alma y de vida?» (*Ad Don 3-4*).

Esta conversión fue un acontecimiento en Cartago. El cambio fue radical y continuo. Cipriano nunca



hizo una cosa a medias. Renuncia a las letras profanas, como Orígenes, vive en continencia y se consagra a dos lecturas: la Escritura y Tertuliano. Se prohíbe a sí mismo aun la lectura de los autores paganos, de los cuales no encontramos ninguna cita en sus escritos.

Cipriano dio la mayor parte de sus bienes a los pobres y recibió el bautismo. Recluta de calidad para la Iglesia de Cartago que le ordenó sacerdote a fines del año 248 o a comienzos del 249, fue elegido obispo de la ciudad «por el juicio de Dios y el sufragio del pueblo», escribe su biógrafo. El pueblo había juzgado bien a pesar de algunos sacerdotes. Todo disponía a Cipriano para el gobierno: la clarividencia y la moderación, la suavidad y la firmeza, las cualidades de jefe y la pasión por la Iglesia. Inmediatamente se consagra al restablecimiento de la disciplina y a la reforma de las costumbres. Su actividad pastoral fue rápidamente frenada por la violenta persecución del emperador Decio, que estalló en los primeros meses del 250.

El obispo en la tormenta

Fue una catástrofe. La calma y la seguridad habían multiplicado las conversiones. Numerosos neófitos, grandes comerciantes, funcionarios, continuaban una vida poco rigurosa. Este relajamiento llegó hasta los clérigos. La persecución sembró el pánico entre los cristianos blandengues, que corrían al Capitolio para sacrificar aun antes de ser convocados. Los notables llevaban allí a sus esclavos y a sus colonos, los maridos a sus mujeres, los padres a sus hijos. Se vio allí a sacerdotes e incluso a obispos. Los más astutos, en lugar de sacrificar, se procuraban cédulas de confesión pagana, que les ponían a salvo.

Durante todo este tiempo, el obispo permanecía oculto, no lejos de Cartago, desde donde podía seguir vigilando con solicitud sobre la comunidad. Una veintena de cartas se remontan a esta época. Esta huida,



que duró alrededor de catorce meses, provocó comentarios malévolos en Cartago y en Roma. Su correspondencia contiene cartas en las que justifica su actitud.

A su vuelta tuvo que arreglar casos delicados. Muchos cristianos habían apostatado durante la persecución. Cualquiera que fuese su culpabilidad, trataban de entrar de nuevo en la Iglesia sin someterse a la penitencia exigida. Otros conseguían cédulas de reconciliación a bajo precio.

Moderado en la forma, Cipriano era intransigente en el fondo y aun algo riguroso. Excomulgó a los jefes de la oposición que se agrupaban en torno a un laico, Felicísimo, a los sacerdotes descontentos, e impuso una prolongada penitencia a los apóstatas, según la gravedad de la falta. Un concilio ratificó la decisión tomada por Cipriano.

Nuevas pruebas se abatieron sobre los cristianos de Africa: razzias de cristianos númeridas, peste espantosa de la que se hizo responsables a los cristianos. El obispo no se contentó con sostener los ánimos, sino que organizó socorros, sin distinción de religión, lo que le valió la admiración de sus compatriotas paganos. De esta época tenemos un libro sobre *la Mortalidad*, que añade al estoicismo de *La Peste* de Camus, la esperanza cristiana de los que quieren «encontrarse pronto con Cristo».

Los últimos años se vieron oscurecidos por el conflicto que le enfrentó con el Papa Esteban a propósito de la validez del bautismo conferido por los herejes. Cipriano, como anteriormente Tertuliano, defendía la tesis regorista y se pronunció con los obispos de Asia Menor por la invalidez. Convocó un Concilio para ratificar el uso africano del bautismo de los herejes que se convertían. El prestigio del obispo crecía, había hecho ya de mediador en muchos litigios en tierras de España y las Galias. Occidente tenía sus ojos fijos en Cartago, como un siglo después en Hipona.

El conflicto sobre el bautismo de los herejes pareció al Papa una ocasión favorable para afirmar el primado romano. Lo hizo sin miramiento. A la postura africana, arguyó con la tradición romana que él afirmaba ser la tradición universal. La sequedad del mandato hirió la susceptibilidad africana. Cipriano convocó un nuevo sínodo. Con tacto y diplomacia, el obispo de Cartago que presidía pidió a los obispos que expresasen libremente su parecer. «Vamos a declarar, uno tras otro, nuestro pensamiento sobre este asunto, sin pretender juzgar a nadie ni excomulgar a los que fueran de distinta opinión». La alusión al autoritarismo romano es manifiesta.

La muerte del Papa Esteban y luego el martirio de Cipriano pusieron fin a un conflicto que iba a terminar de mala manera. El conflicto había puesto a Cipriano en una situación corneliana. El admitía a su manera el primado romano. Reconocía «la cátedra de Pedro de donde procedía la unidad sacerdotal», es decir la unidad de toda la Iglesia. La unidad eclesial la encontraba simbolizada en la túnica inconsútil, en los granos de trigo y uva que no hacen sino uno en el pan y en el vino eucarísticos. Pero en nombre de esta unidad de la Iglesia, que era para él especialmente querida, no reconocía más que una fe y un Bautismo, el que era dado por la Iglesia, porque sólo ella era la esposa de Cristo.

Más que a los principios implicados, Cipriano era sensible al procedimiento. Este príncipe, apasionado del orden, poseía el respeto al hombre; le repugnaba el procedimiento administrativo que rebajaba a la Iglesia a una simple sociedad.

El escritor La obra literaria de Cipriano es considerable. Es la obra de un pastor consciente de su responsabilidad, más que de un escritor preocupado por su gloria literaria. Es la prolongación de su catequesis y de su predicación. Cipriano es más hombre de palabra que

de pluma. Sus obras tienen relación con las controversias habidas sobre disciplina religiosa y espiritual.

Su tratado teológico más importante está consagrado a «la Unidad de la Iglesia». Es el primer tratado de la Iglesia. Su doctrina tienen cierto modo dos polos, que se manifiestan en las dos ediciones del tratado, las dos auténticas: por una parte es el campeón de la unidad de la Iglesia, que descansa sobre la unidad del cuerpo episcopal, en comunión con la Sede romana, y por otra afirma el episcopado local, principio concreto de la unidad eclesial, de este modo se manifiesta también como el campeón del episcopalismo. Solamente el tiempo permitirá conciliar estas dos tesis y quitarles la ambigüedad. Lo cierto es que tras estos casos particulares se enfrentan el autoritarismo centralizador y el particularismo africano.

Cipriano ha reunido en dos volúmenes de *Testimonia* los legajos de los textos bíblicos utilizados en la catequesis, que confirman su familiaridad con la Escritura. Aunque no es el inventor del género literario, él es quien le dio su brillo. Lo mismo que para Orígenes, para él la Biblia es el libro de cabecera, el único libro. En la palabra de Dios busca siempre la luz, la solución y las armas.

Los tratados de Cipriano son sobre todo cartas pastorales, que tienen relación con la disciplina y con la vida espiritual. Un libro se ocupa de los *lapsi*, los caídos, que han apostatado. Recuerda con insistencia el deber de la limosna, que es como la reguladora de la justicia social. En un opúsculo sobre este asunto, reprende a una noble matrona que va a misa sin llevar una parte para el pobre: «Tus ojos no ven al necesitado y al pobre, porque están cubiertos de una noche espesa; tienes bienes de fortuna y eres rica y piensas celebrar la cena del Señor sin tener en cuenta la ofrenda. Vienes a misa sin nada que ofrecer; tomas la parte del sacrificio que es la parte del pobre» (*De el. 17*).





Como Tertuliano, el obispo de Cartago se ocupa de las vírgenes que han consagrado su vida a Cristo, en el tratado *sobre el vestido de las vírgenes*. Les prohíbe la coquetería, acicalarse, maquillarse, teñir sus cabellos, asistir a banquetes nupciales que degeneraban en desórdenes y asistir a los baños públicos que eran mixtos. En otras palabras, se preocupaba por poner a salvo su virtud, y les enseñaba a no ser una tentación para los demás. Ahí encontramos sus características: la mesura, el pudor, la moderación. Aunque sigue a Tertuliano, no imita su violencia y emplea un tacto que nos hace pensar en Ambrosio.

Muchos de sus escritos siguen las huellas de Tertuliano. Lejos de disimular esta dependencia, él la acentúa cuando escribe sobre la oración, la paciencia, sobre el martirio o sobre la muerte. Se acusa en él un complejo de inferioridad con respecto a su Maestro. Se esfuma ante él. Esta dependencia no disimula, sin embargo, sus propias cualidades: la finura de observación, el sentido pastoral, la delicadeza de su caridad. Comparado con Tertuliano, su obra gana en inspiración bíblica lo que pierde en originalidad.

El lenguaje de Cipriano es clásico hasta la afectación. La elegancia de la forma es el único bien al que nunca ha renunciado. Le falta la petulancia, que Tertuliano poseía hasta la saciedad. Sus consideraciones

teológicas son algo monocordes, su sentido pastoral se confirma cuando intervienen cuestiones concernientes al gobierno y a la moral. Es él mismo en plenitud «cuando toma contacto con la realidad contemporánea».

El hombre Cipriano es quizá más natural en su correspondencia. Esto es un documento de capital importancia. Nos presenta multitud de datos sobre la organización eclesíastica, la disciplina y la liturgia de la época. Nos permite medir el papel y la concepción del obispo según Cipriano. Nos descubre al hombre.

En ella hace el elogio de la disciplina, «guardiana de la esperanza, vínculo de la fe, guía en el camino de la salvación», y que tiene por fiador a la jerarquía. Cipriano tiene plena conciencia de los derechos, pero también de los deberes del obispo. «El obispo está en la Iglesia, y la Iglesia en el obispo; el que no está con el obispo no está en la Iglesia». Reconoce claramente el lugar del pueblo cristiano y la legitimidad de sus intervenciones en la organización de la Iglesia. Este hombre de gobierno no manifiesta ningún clericalismo. Organiza la jerarquía, fija sus atribuciones, echa a andar los concilios africanos. Es un precursor.

Cipriano no se contenta con gobernar, ni con imponer la disciplina, sino que cuida de todos y cada uno, ante todo de los necesitados, de las viudas, de los huérfanos y de los confesores de la fe. Este hombre de orden ama la paz, la unidad y la concordia, a las cuales sacrifica su amor propio y subordina su gusto del orden.

La correspondencia nos muestra hasta qué punto no se contenta Cipriano con formular ideas de generosidad, sino que obra según los principios que ha formulado. Es el mismo en la acción y en las cartas. Este hombre de gobierno ha sabido realizar la unidad en su vida, aliar la firmeza y la suavidad, la prudencia y el entusiasmo, la previsión y la habilidad. Este

hombre de acción es un místico, tan plenamente él mismo en la oración como en la eficacia. Como Orígenes, se siente impulsado a una exaltación espiritual, que la perspectiva del martirio desarrollaba en él. Es chocante en sus escritos la frecuencia de visiones.

Su teología y su acción se encuentran en la oración. Ora del mismo modo que cree, con las mismas preocupaciones de la unidad y el fervor de la Iglesia. La comparación con Tertuliano nos permitiría esclarecer la dimensión eclesial de su oración.

«Nuestra oración es pública y comunitaria, y cuando oramos no lo hacemos por uno solo sino por todo el pueblo, porque somos uno con todo el pueblo. El Dios de la concordia y de la paz, que nos ha enseñado la unidad, ha querido que cada uno ruegue por todos, como él mismo nos ha tenido presentes a todos en uno» (*De dom. or.*, 8).

La acción ejercida por los escritos de Cipriano fue tal que numerosos apócrifos circularon ocultamente. Sólo se presta a los ricos, decía el proverbio. Su influencia literaria fue grande en Oriente y Occidente. Ha influido en la legislación latina. La historia ha eliminado la incoherencia de ciertas posturas y se ha quedado con el hombre de Iglesia: «Nadie puede tener a Dios por Padre, si no tiene a la Iglesia por madre» es una frase muy repetida por Cipriano.

Bastante pronto fue confundido con un mago Cipriano y con este tapujo se ha convertido en el antepasado lejano del doctor Fausto. El mayor testimonio que nos deja es el de su martirio.

El mártir En agosto del 257, el emperador Valeriano promulgó un nuevo edicto de persecución. Cipriano fue invitado a sacrificar. Se negó y fue confinado en la pequeña ciudad de Curubis, donde estuvo durante un año. Allí continuó velando por su Iglesia, escribiendo cartas de consuelo a los confesores de la fe y envián-

doles socorros materiales que su caridad realista no olvidaba nunca. Se dispuso al martirio, sabiendo por una revelación, nos dice él, que moriría por la espada.

Un año más tarde un edicto imperial agravó el primero. Cipriano es llamado a Cartago. No vuelve hasta que el procónsul está ya de vuelta. Porque, escribía él con la grandeza que le define: «Conviene que un obispo confiese al Señor en la ciudad de su iglesia, y deje a su pueblo el recuerdo de su confesión». Se prepara a la muerte con la misma lúcida valentía que pone en todo.

Cuando los fieles conocieron la llegada de su obispo rodearon su casa. Cipriano con el tacto que le define, pidió únicamente que se retiraran los jóvenes para evitarles las impertinencias de los soldados. La noche antes de comparecer fue como una vigilia de un martirio. A la mañana del día siguiente el obispo comparece ante el procónsul. Poseemos el proceso verbal, lacónico, donde cada palabra habla por sí sola.



- ¿Eres tú Tascio Cipriano?
 —Lo soy.
 —¿Tú te has hecho Papa de estos hombres sacrílegos?
 —Sí.
 —Los santos emperadores han ordenado sacrificar.
 —Ya lo sé.
 —Reflexiona.
 —Haz lo que te han mandado. En semejante situación la reflexión es inútil. El procónsul deliberó, luego pronunció la sentencia: «Ordenamos que Tascio Cipriano sea ejecutado por la espada».
 —Gracias a Dios, Deo gratias, respondió el mártir.

Seguidamente el condenado fue conducido al lugar del suplicio. Se despojó de su capa, después de su dalmática que entregó a los diáconos, no quedándose más que con la túnica de lino. Se arrodilló para sumergirse en una larga oración. Con regia magnanimidad hizo entregar al verdugo veinticinco piezas de oro. Se vendó él mismo los ojos, pidió que le ataran las manos un sacerdote y un diácono para ofrecer su último sacrificio, y recibió el golpe mortal.

Era el 14 de setiembre del año 258. Inmediatamente su culto se impuso en Africa para venerar una de las más bellas figuras de obispo de la Iglesia. Durante varios siglos fue el patrono de Africa. En Cartago muchas basílicas estaban dedicadas a su nombre. Aún conservamos los sermones de San Agustín pronunciados en la fiesta del ilustre cartaginés.

Cipriano nos hace pensar en ciertos obispos modernos, en un Saliege o en un von Galen, naturalezas de bronce, siempre a la altura de las circunstancias y todo ello como sin esfuerzo. Saben plegarse pero no ceden. Grandes en la desgracia como en la acción porque tal es su estatura. Heroicos sin contradicción, porque la hora exige el heroísmo y porque nada sorprende a su magnanimidad. Sólo su muerte nos permite medir su vida.

El cristiano ora siempre como miembro de una comunidad reunida por el Padre común. Aun aislado, no pierde de vista a sus hermanos. Le basta con dirigirse al Padre.

QUE NUESTRA ORACION SEA PUBLICA Y COMUNITARIA (*)

Ante todo el maestro de la paz y de la unidad no ha querido que oremos individualmente y por separado, para que el que ore no ruegue únicamente para él. No decimos: Padre mío que estás en el cielo, ni: mi pan de cada día dámelo. No ruega cada uno por sí para que Dios le perdone su deuda; o que no le deje caer en la tentación y le libre del mal.

Nuestra oración es pública y comunitaria, y cuando oramos no oramos por uno solo sino por todo el pueblo, porque con todo el pueblo somos uno. El Dios de la paz y el señor de la concordia, que nos enseña la unidad, ha querido que cada uno ruegue por todos como él nos ha llevado en su oración en uno.

Los tres jóvenes en el horno observaron esta ley de la oración, estaban unidos en la oración y no formaban más que un solo corazón. La Escritura da testimonio de ello y, mostrándonos su manera de orar, nos da un ejemplo para imitar en nuestra oración, a fin de poder asemejarnos a ellos. Entonces, nos dice, los tres a coro, se pusieron a cantar glorificando y bendiciendo a Dios, dentro del horno (22).

Hablaban como con una sola boca, y sin embargo Cristo no les había enseñado aún a orar. Su súplica fue poderosa y eficaz, porque una oración apacible, sencilla y espiritual obliga a Dios. Todos, se ha dicho, «con un mismo espíritu perseveraban en la oración en compañía de algunas mujeres, de María la madre de Jesús, y de sus hermanos» (23).

(*) *De la oración dominical*, 8-9.

(22) *Daniel*, 3,51.

(23) *Hechos*, 1,14.

Perseveraban en la oración con un mismo espíritu, lo cual manifiesta a la vez su fervor y su unidad. Porque Dios, que reúne en su casa a los que tienen un mismo espíritu, no admite en su divina y eterna morada más que a los que oran en comunión, unos con otros.

Decimos «Padre»,
porque hemos sido hechos hijos.

¡Qué numerosas y grandes son las riquezas de la oración del Señor! Están reunidas en pocas palabras, pero de una densidad inagotable, hasta el punto de no faltar en este resumen de la doctrina celestial nada de lo que debe constituir nuestra oración. Se nos ha dicho: «Orad así: Padre nuestro que estás en los cielos». El hombre nuevo que ha renacido y ha vuelto a su Dios por la gracia, dice en primer lugar: Padre, porque se ha hecho hijo suyo. «Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre» (24). El que ha creído en su nombre y se ha hecho hijo de Dios debe comenzar por darle gracias y profesar que es hijo de Dios. Y cuando llama Padre al Dios que está en los cielos, afirma con ello que renuncia al padre terreno y carnal de su primer nacimiento, para no conocer más que a un solo Padre que está en los cielos. Pues se ha escrito: «El que dijo de su padre y de su madre: no les he visto, el que no reconoce a sus hermanos, y a sus hijos ignora, esos han observado tu palabra y guardado tu alianza» (25).

El Señor nos ordena también en el Evangelio no llamar padre a nadie en la tierra, ya que no tenemos más que un solo Padre que está en los cielos. Al discípulo que menciona a su padre difunto le responde: «Deja que los muertos entierren a sus muertos» (25 b). El discípulo hablaba de un padre difunto, mientras que el Padre de los creyentes está siempre vivo (26).

(24) Juan, 1, 12.

(25) Deuteronomio, 33, 9.

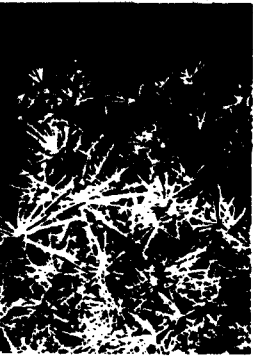
(25 b) Mateo, 8, 22.

(26) Traducción francesa de A. Hamman, aparecida en *Prêtres des premiers chrétiens*, París, 1952, núms. 344 y 345. Se encontrará una compilación de opúsculos en la colección *Écrits des Saints* y una pequeña presentación en la colección *L'Église d'hier et d'aujourd'hui*.

Clemente de Alejandría

☩ / G ϕ ☩ († antes del 215)





El viajero europeo que desembarca hoy en el puerto de Alejandría puede hacerse una idea atenuada de la importancia de esta metrópoli: mercado del mundo en la encrucijada de las rutas de Africa y Asia, en el gollete en que se angosta el Mediterráneo. Apenas puede imaginarse la vitalidad de aquella aglomeración, en constante crecimiento, no solamente en tiempos de los Tolomeos sino aun en el siglo tercero, en la época de Clemente y de Orígenes. Era una ciudad de un millón de habitantes.

La inteligencia disponía allí de una biblioteca incomparable, y de un museo que era la universidad del helenismo. La industria del papiro completaba el aparejo intelectual. Si la población en su mayoría era comerciante e industrial, la ciudad, intelectualmente, había tomado el relevo de Atenas, en manos de mujeres, e incluso de Roma. Todas las filosofías, todas las morales, todas las religiones se daban cita en ella. Alejandría era el mercado mundial de las ideas, la encrucijada de los sistemas.

Alejandría cristiana

Cuando Clemente aparece allí hacia el año 180, la ciudad puede ya catalogar diez obispos. El cristianismo parece haberse desarrollado allí principalmente entre la población judía —un tercio de la ciudad era judío— conocida por su amplitud de espíritu, después había llegado a los medios paganos. Apolo, del que se trata en la epístola a los Corintios, era de Alejandría.

En la metrópoli egipcia se instalan, junto a la gran iglesia, las escuelas gnósticas de Valentín, de Basílides y Carpócrates, cuyas doctrinas iban a tomar, juntamente con los tejidos y las especias, el camino de Europa. Panteno, llegado indudablemente de Sicilia, dirigía allí una escuela análoga a la de Justino, que se parecía a una universidad cristiana por la amplitud de las materias enseñadas, y a un cenáculo por el carácter restringido de los estudiantes, agrupados alrededor de un maestro.

La búsqueda de Clemente

Allí concluyen los viajes y las búsquedas de Clemente; allí encuentra el maestro y la luz. De discípulo se hace a su vez maestro. En la «didascalía», como se llama a la escuela, reúne a oyentes de ambos sexos, la clase culta y rica de la ciudad. En su enseñanza se esfuerza por establecer la alianza entre el Evangelio y la cultura. Su impulso permite al cristianismo, procedente de un medio semítico, recibir la educación griega. Gracias a él Alejandría se hace, en el recodo del siglo segundo, la cuna del helenismo cristiano. Es el primero de un linaje que han ilustrado a la Iglesia.

Clemente tenía nombre romano, quizá el de su dueño, que le había manumitido. Nació probablemente en Atenas, hacia el año 150, de padres paganos. Recibió una sólida formación literaria. Parece haber sido iniciado en los misterios de Eleusis, después se convirtió al cristianismo. Las circunstancias de su conversión son oscuras. Quizá fue seducido por la elevación y la pureza de la moral evangélica. Intervinieron, además, otros motivos más intelectuales: la doctrina cristiana debió parecerle el perfeccionamiento de la filosofía helénica.

Una vez convertido, Clemente viajó por la Italia meridional, Siria y Palestina, en busca de los maestros más famosos, hasta que encuentra a Panteno, el maestro soñado, que le fija en Alejandría. Allí permanece hasta la persecución de Septimio Severo, el 202 ó 203. En el exilio continúa sirviendo a la Iglesia y redactando sus obras. Una carta conservada por Eusebio le presenta como «el bienaventurado pres-





bítero». ¿Fue realmente sacerdote? Los historiadores siguen discutiéndolo. Murió el 215, sin haber vuelto a ver Egipto.

Si los detalles sobre su vida son pocos, su personalidad se descubre a través de los escritos, en los que se manifiesta tal como es y revela su fe y su cultura. Esta última era más extensa que profunda. Admira por su facilidad de acogida a todo lo que sea noble y bello. El espíritu del Evangelio, lejos de frenarlo, desarrolla en él esta disponibilidad universal. Entusiasta por naturaleza, poeta y místico, persuasivo y elocuente, espíritu intuitivo, cuando hace falta. Clemente seduce por su naturalidad, su espontaneidad, su sensibilidad y su imaginación siempre despierta.

El hombre Newman ha definido su seducción comparándola a una música. El alejandrino es de esos hombres que saben hacerse amar y que con toda naturalidad suscitan cenáculos en derredor suyo. Ama al hombre con ardor y con tolerancia mostrándole confianza con agrado. Es lo opuesto a Tertuliano. Al contrario de éste, asombra por su moderación, lejos de las posturas extremas, como lo muestra su actitud respecto a la riqueza y al matrimonio.

La imagen del pedagogo que él aplica a Cristo, con las debidas proporciones, le cuadra igualmente. Es un educador nato, lúcido, observador y a veces socarrón, que sabe castigar con pleno conocimiento y acusar los vicios, no como el comediante que imita las extravagancias, sino como un sabio que distingue la inanidad ontológica y moral de la glotonería, de la coquetería, del lujo y del dinero. Su constante afán es convertir, educar, llevar los hombres a la perfección. Clemente es más bien maestro que no escritor. Hablar no es escribir. A pesar de su brillantez, como escritor, prolijo, difuso y difícil, parece falto de rigor, de plan y de método. Hay que saber pasar por alto los defectos de la composición, para llegar al inteli-

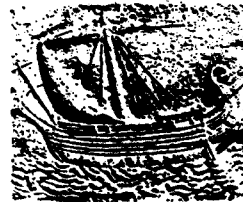
gente cristiano cuya enseñanza no tiene nada de pedante. Nos introduce en el espíritu de infancia comunicándonos el secreto de su vida y el fervor de su fe. El contacto con los hombres ha enseñado a este filósofo a abordar los problemas con realismo y dirigir la enseñanza a la vida. Los problemas filosóficos no le interesan sino en la medida en que transforman al hombre.

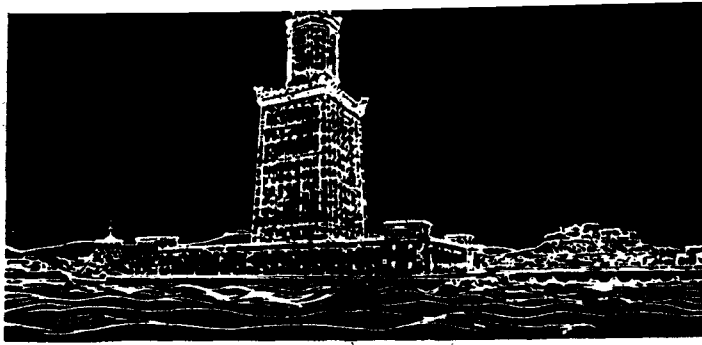
La obra Se han conservado tres obras que constituyen lo que podríamos llamar la trilogía de Clemente: *El Protréptico*, *el Pedagogo*, y *los Stromata*. Representan una progresión, un itinerario espiritual de la conversión a la perfección.

El Protréptico debería traducirse por «Exhortación a los griegos», que es su título completo. Este libro, destinado al público pagano, es también el que ha sido redactado con mayor cuidado y compuesto con más método. Se lee con facilidad, ya que en él su cultura es atractiva, su tono espontáneo y entusiasta, y su psicología del medio alejandrino, perspicaz para descubrir lo que el escepticismo ocultaba de inquietud y de espera.

El libro se abre con un himno a Cristo, rítmico, de una escritura refinada, de un lirismo comunicativo. Este nuevo canto es más bello que todos los cantos de la leyenda. «Y este descendiente de David, el Logos de Dios, que existía antes que David, ha despreciado la lira y la cítara, instrumentos sin alma; ha regulado por medio del Santo Espíritu nuestro universo y nuestro microcosmos, el hombre cuerpo y alma. Se sirve de este instrumento de mil voces para celebrar a Dios. El mismo canta al ritmo del instrumento del hombre» (1, 5, 3).

Después de este exordio lírico, Clemente pasa revista a las doctrinas y las instituciones para descubrir su debilidad y su indignidad. Sólo la filosofía cuenta





con su beneplácito. Con gesto dramático Clemente trae a Platón a escena. Le interroga. La respuesta sacada del Timeo le ofrece el tema de su exposición. Después de los filósofos, los poetas. El *Protréptico* recoge la tesis de Justino: Platón ha sido iluminado por la Escritura. Pero la verdad total no se encuentra más que en los profetas que llaman a todos los hombres. Para Clemente el libro es en adelante la Escritura.

El libro se acaba, como una sinfonía, con el tema de la obertura, que interpreta la unión de la Humanidad en torno de Cristo.

Clemente habla del paganismo como quien lo conoce por dentro, sin cargar las tintas en las condenaciones, como lo hará Agustín en *La Ciudad de Dios*. No quiere humillar al adversario, sino mostrarle la debilidad del paganismo, y encaminarle, por encima de la niebla que tapa su vista, hasta el encuentro de Dios y llevarle a la exclamación (tomada de Esquilo): «¡Salve, oh luz!»

Este es el libro de fervor y de poesía, que no se contenta con aclarar y conmover, sino que pretende llevar a los paganos a la conversión. «Démonos prisa, nosotros que somos imágenes del Logos, imágenes que aman a Dios y se le asemejan. Démonos prisa, corramos, tomemos su yugo, persigamos la incorruptibilidad» (12, 121, 1).

El *Protréptico* era el libro de la iniciación. El *Pedagogo* es el manual del creyente. Se dirige a los convertidos, para perfeccionar su formación evangélica. El pedagogo en la antigüedad era el encargado de velar por la educación del joven ateniense y formar su carácter. Hacía el papel del tutor en Oxford. Al escoger este título, Clemente subraya el papel educativo de Cristo. Se trata, pues, de un manual de ética cristiana, teórico y práctico a la vez, que dispone al discípulo para recibir la enseñanza del Maestro.

El Logos-pedagogo es Cristo. El toma a su cargo la educación cristiana. Tiene cuidado por transformar la vida introduciendo en ella las costumbres cristianas. Si el Logos es el pedagogo, los fieles son los niños. A Clemente le gusta jugar con este aspecto de la imagen. Le permite desarrollar el espíritu de infancia, mezcla de humildad, de sencillez, de sinceridad, de rectitud y de pureza, y también de fragilidad. El niño tiene necesidad de ser protegido, guiado, librado, para encontrar la risa, el juego, la alegría. Tiene los ojos puestos en el Logos, su ejemplo, al que trata de imitar, al que debe asimilar, según el cual debe modelar su comportamiento y aun los actos más insignificantes de su existencia.

Clemente no se contenta con enunciar los principios. Ofrece un verdadero código de decoro cristiano; pasa revista al arte de comer, de beber, de comportarse en la mesa, de no hablar, como se nos ha enseñado en la infancia, con la boca llena. Se fija en el lujo de la vajilla y del mobiliario. Cuando llega en su inventario al dormitorio, habla de la vida sexual. Vuelve de nuevo a la coquetería y a los asuntos de tocador, al abuso con los domésticos (aquí habla a la clase burguesa), y al peligro que para el pudor tienen los baños públicos.



El Alejandrino escribe para un público aristocrático que gustaba del lujo y los placeres. Partiendo del Pedagogo, sería fácil reconstruir la jornada de un rico alejandrino al comienzo del siglo tercero y descubrir en él la pintura de una sociedad rica en dinero y diversiones. El autor mezcla con la moral que desarrolla consejos de simple trato social, donde no siempre evita la trivialidad y el mal gusto. Enseña a erupar, a escupir y a cuidarse los dientes. Es el código del hombre bien educado o, como dice Clemente, del «hombre bien nacido».

Estos consejos prácticos, que visiblemente imita de los moralistas paganos, no deben inducirnos a error. Clemente nunca pierde de vista su objetivo, que es el de inculcar una moral cristiana, según los principios del Evangelio. Todos los principios, tomados del pensamiento griego, son insertados en una perspectiva cristiana, y cristianizados por su relación

La moral de Clemente es exigente, impone una ascesis, que va hasta la cruz y es el prelude de la espiritualidad monástica. Su mérito está en escribir para gente de mundo, sin sacarlos del mundo, pero esclareciendo el sentido y las exigencias de su presencia. Lo hace como San Francisco de Sales, con un atractivo que arrastra. Lejos de enojarse con la naturaleza y la vida, sabe, de paso, gustar de los encantos de la primavera y admirar las praderas en flor.

La tercera tabla del tríptico está constituida por los *Stromata* que se traduce por «Tapices». Mejor se diría Miscelánea o «Variedades», a la manera de Paul Valéry. La obra está inacabada. Algunos capítulos huelen a improvisación y parecen provenir de cursos explicados por Clemente. Teología, filosofía, erudición y apologética se mezclan en ella. Dos temas o dos estribillos sobresalen: las relaciones entre el cristianismo y la filosofía griega, y la descripción de la vida perfecta, que nos presenta el retrato del perfecto



gnóstico, es decir, el creyente llegado a la perfección que nos ofrece un tratado de vida espiritual.

Los ocho libros de los *Stromata* constituyen materialmente una obra considerable; es la más larga escrita hasta entonces en la literatura cristiana. Constituye un verdadero monumento en la historia de las ideas. Es la primera vez que un filósofo cristiano escribe con tanta amplitud sobre la relación entre la fe y el conocimiento, y da al Evangelio derecho de ciudadanía en las grandes filosofías del mundo.

En ella trata el autor las cuestiones más difíciles que nunca han cesado de apasionar a los hombres: relaciones entre la filosofía y la verdad cristiana, estructura del acto de fe, sentido cristiano de la historia, sentido y fines del matrimonio, conocimiento de Dios, simbolismo de la naturaleza y de la Escritura, grados del saber humano, itinerario de la perfección cristiana.

En estas tres obras, Clemente, con los recursos de una ciencia infinitamente más extensa, vuelve al hilo de la obra de Justino. Su ambición es guiar al creyente de la fe al conocimiento: «La fe es la simiente; el conocimiento, el fruto». Clemente extrae la verdad de la Escritura, su libro de cabecera, por medio de la alegoría, utilizada ya por Filón; se trata siempre de dirigirse a la verdad oculta, ir de la letra al espíritu. La homilía *Qué rico puede salvarse* nos presenta un ejemplo.

Este delicioso opúsculo, por su tema, su brevedad, y su tono directo, queda como una de las obras más populares y, podemos añadir, de las más actuales. Clemente comenta en ella la célebre frase de Marcos: «Es más difícil que un rico entre en el reino de los cielos, que un camello pase por el ojo de una aguja». Clemente comienza por distinguir la interpretación de las palabras de Cristo. No hay que tomarlas «carnalmente», sino según el espíritu. Sólo Dios es bueno. Las riquezas nos han sido dadas por su munificencia. Por sí mismas, no son ni buenas ni malas, toman el reflejo de nuestras almas. No son las rique-

zas las que debemos destruir, sino los vicios de nuestro corazón, que desembocan en la avaricia de los unos y en la envidia de los otros. El rico no es más que un usufructuario.

Finalmente, Clemente sitúa la cuestión social en una óptica cristiana, esclareciéndola con la fe. Utiliza la misma moderación con que trataba el tema de la familia o el matrimonio. Se revela como un iniciador de la enseñanza social de la Iglesia.

La importancia Sería difícil exagerar la importancia de Clemente en el desarrollo del cristianismo. Lo presentó a su siglo, apasionado por la filosofía, como la verdadera filosofía, según la frase de Lietzmann, «con un sentimiento de superioridad y de tranquila seguridad».

¿Sois filósofos? Yo lo soy más. Ha sabido conciliar su ideal de cultura y su ideal religioso. En la historia del pensamiento cristiano fue el primer teólogo que puso los fundamentos de una cultura inspirada por la fe y de un humanismo cristiano. Resolvió esta fusión, descubriendo en Cristo al educador del género humano.

Por ello queda como un precursor, un modelo y una fuente a los que tendremos que remontarnos sin cesar para resolver el mismo problema que nos plantea el siglo veinte. Ejerció una influencia y como una seducción en la literatura cristiana. Newman le rindió ese homenaje. Fenelón le comentó sin acertar siempre en su interpretación.

La respuesta de Clemente parece bastante diferente de la de los monjes que poblaron los desiertos, a las puertas de Alejandría. Pero no es menos verdad que la espiritualidad monástica debe también mucho a su enseñanza. Es el padre de la oración continua. Si es verdad que no es un autor fácil, sin embargo recompensa a los que le frecuentan, estimula la reflexión. Acaba por imponérsenos.



El libro del Pedagogo concluye con el himno a Cristo, que es quizá el canto de la escuela de Alejandría. Himno entusiasta que canta a Cristo como Palabra, guía y maestro, que une y alimenta a la asamblea de los santos.

HIMNO A CRISTO SALVADOR (*)

Freno de los potros indómitos,
ala de las aves de vuelo seguro,
gobernalle firme de los navíos,
pastor de los rebaños del rey,
reúne a la muchedumbre
de tus hijos puros;
que ellos alaben con santidad,
que canten con sinceridad,
con labios limpios de malicia,
al Cristo que conduce a sus hijos.

Soberano de los santos,
oh Verbo invencible
del Padre altísimo,
príncipe de sabiduría,
apoyo en las fatigas,
eterna alegría.

Oh Jesús, Salvador
de la raza mortal,
pastor, labrador,
freno y gobernalte,
ala hacia el cielo
de la asamblea de los santos.

Pescador de los hombres
que vienes a salvar;
de la mar del vicio
coges peces puros;
de la ola hostil
les llevas tú a la vida bien-
[aventurada.

Guía a tu rebaño
de ovejas que viven de la
[sabiduría;
conduce, oh Rey,
a tus hijos sin reproche.
Las huellas de Cristo
son el camino del cielo.

(*) *Pedagogo*, 3,12, P. G., 8, 681.

Oh Verbo eterno,
edad sin límite,
luz inmortal,
fuente de misericordia
artífice de la virtud,
vida reverenciada
de los que cantan a Dios.

Oh Cristo Jesús,
Tú eres la leche celestial
de los suaves pechos
de una joven esposa,
de las gracias de tu Sabiduría.

Nosotros, niños pequeños,
que acabamos de saciar
la sed de nuestra tierna boca;
nos henchimos de castidad
abrevándonos
en las fuentes del Espíritu.

Cantemos unidos
cánticos puros,
himnos de lealtad
al Cristo soberano
precio sagrado de la vida
que voz nos da.

Celebremos con corazón sencillo
al Hijo todopoderoso.
Nosotros que hemos nacido de Cristo,
formemos el coro de la paz;
pueblo de la sabiduría,
cantemos todos unidos
al Dios de la paz (27).

(27) Traducción francesa de A. Hamman, revisada por Patrice de La Tour du Pin, aparecida en *Prêtres des premiers chrétiens*, Paris, 1952, núm. 51. Sobre Clemente nos ofrece un estudio de conjunto G. Montdésert, *Clement d'Alexandrie*, Paris, 1944.

Orígenes

Ⓔ / G Ⓜ Ⓝ Ⓟ († 253/54)



Orígenes es uno de los genios más poderosos no solamente de la Iglesia, sino de la Humanidad. En la antigüedad cristiana sólo Agustín podría comparársele. Es difícil determinar qué es lo que más hay que admirar en él: la extensión y la fuerza del saber o el entusiasmo, el ardor del hombre, las cualidades religiosas del cristiano, el alma fogosa del apóstol y del mártir.

Dada la riqueza de sus dotes y la diversidad de sus aspectos es difícil abarcarlo. Se descubre por tramos o más bien, se entrega poco a poco, al final acaba por penetrarlos. Pero os deja la impresión de ser inagotable, de facilitaros sin cesar nuevos descubrimientos, ¡y qué descubrimientos!

No hay autor antiguo del que estemos mejor informados que de Orígenes, y esto gracias al historiador Eusebio, uno de sus más entusiastas admiradores. Su familia era cristiana y acomodada. Su padre, Leónidas, murió mártir. Su hijo fue educado en un clima de fervor religioso y en la perspectiva del martirio. Queda marcado con ello para toda la vida. Decididamente la ciudad de Alejandría reunía lo mejor y lo peor, el lujo y la ascesis, la voluptuosidad y el heroísmo.

El cristiano El niño, bautizado en su juventud, recibió una excelente educación. Había admirado a su padre por la viveza de su inteligencia y por las preguntas que le hacía sobre la Escritura. Cuando arrestan a su padre, él quiere seguirle. Su madre se ve obligada a esconder sus vestidos para impedir que se entregue a los magistrados. Al menos escribió a su padre para exhortarle a la constancia. Esta primera carta anuncia su *Exhortación al martirio*, que es una de sus obras más bellas. Tenía entonces 17 años. Este fervor y esta madurez le retratan.

Después de la muerte de Leónidas, todos los bienes de la casa fueron confiscados, lo cual ocasionó apuros a

la familia. La madre había quedado viuda con siete hijos. Orígenes era el mayor. Una rica cristiana de Alejandría socorrió a la familia. Pero como estaba influenciada por un gnóstico llamado Pablo, Orígenes rechazó su ayuda. La pureza de la fe le parecía el más precioso de todos los bienes.

Orígenes sentía avidez por la ciencia y la ascesis. El fervor de su vida y la precocidad de su saber determinaron al obispo Demetrio a confiar a este joven, aún imberbe, la escuela catequética de Alejandría para instruir a los candidatos al Bautismo. Lejos de aminorar su fervor, Orígenes se impuso las más duras privaciones, renunció por un tiempo a la cultura profana y vendió los muchos manuscritos de autores griegos que había adquirido. Llevó una vida ascética. Y aún fue más lejos.

El joven maestro El joven maestro estaba rodeado en la escuela por seductoras egipcias que se preparaban para recibir el Bautismo. Su talento y su juventud debía hechizar a este público sensible y entusiasta. Turbado quizá por la seducción que ejercía, Orígenes hizo el sacrificio de su virilidad. Una vez más escogió la solución heroica, extrema. Se hizo voluntariamente «eunuco por el reino de los cielos».

El éxito de Orígenes crecía. Paganos y herejes se apiñaban en sus clases. Muchos de sus auditores eran eruditos en filosofía y ciencias profanas. Para poder discutir con ellos, Orígenes siguió los cursos de Amonio Saccas, que enseñaba la filosofía platónica y se dedicó al estudio de Platón y de sus discípulos. El maestro alejandrino da explicaciones sobre esto en una carta, lo que da a entender que fue criticado. El asceta no podía tomar en cuenta los arañazos y continuó dando los cursos.

La escuela, llamada didascalfa, consiguió tal renombre que fue preciso duplicar los cursos. Orígenes con-





fió los principiantes a Heraclas, para reservarse los cursos superiores. Varios viajes interrumpieron su enseñanza. Orígenes fue a Roma, impulsado por el deseo de conocer aquella antigua Iglesia. Fue llamado a consulta a Arabia y se estableció algún tiempo en Palestina, donde el obispo le pidió que diera conferencias bíblicas en la iglesia. Era inaudito el que un laico predicase. El obispo de Alejandría, susceptible, le hizo volver y el joven teólogo siguió sus cursos.

Parece que por esta época Orígenes conoció a un anciano gnóstico, Ambrosio, al que trajo a la ortodoxia. Este hombre, a quien dedica su tratado *Sobre la oración*, disponía de una fortuna considerable. La historia de la Iglesia le debe muchísimo. El puso a disposición de Orígenes un equipo de siete taquígrafos que se relevaban de hora en hora para escribir al dictado de él. Otros tantos copistas y muchachas ejercitadas en la caligrafía, para poner en limpio y difundir sus obras. De esta época datan los trabajos sobre el texto y la interpretación de los libros sagrados.

En el 230, un incidente enojoso puso fin a la enseñanza alejandrina. En Palestina, a donde había vuelto, los obispos de Cesarea y de Jerusalén le ordenaron sacerdote para facilitarle la predicación. Esto levantó un clamor de protesta en Alejandría. El obispo de la ciudad se mostró brutal (Eusebio emplea el bonito eufemismo: «Experimentó sentimientos humanos»). Le declaró privado del sacerdocio y le hizo desterrar.

En Cesarea Orígenes se instaló de forma definitiva en Cesarea, al noroeste de Jerusalén. Abrió una escuela y comenzó de nuevo la enseñanza que no podía ejercer en Egipto, donde su antiguo colaborador, hecho obispo, hizo suyas las medidas tomadas por su predecesor. Orígenes simultanea la enseñanza, la predicación cotidiana, y la composición de sus obras. Durante aquellos años Cesarea es el hogar intelectual más brillante de la cristiandad. Orígenes ha conquistado la plena

madurez de su espíritu en la plenitud de su fe. Es un teólogo universalmente conocido y consultado.

Algunas ausencias interrumpieron la enseñanza. En varias ocasiones marchó a Arabia para dirimir discusiones teológicas. En 1941 se encontró en Toura, cerca del Cairo, un papiro que contenía su discusión con el obispo Heráclides en Arabia. Orígenes había sido invitado como experto. Pregunta al obispo y expone después su modo de ver las relaciones entre el Padre y el Hijo. El texto conserva el tono directo de la conversación. Orígenes muestra en la discusión un tacto perfecto.

En el año 250 estalló una de las más terribles persecuciones, desencadenada por el emperador Decio. El príncipe apuntaba a la cabeza: los obispos y los doctores. Orígenes no podía escapar. Estaba dispuesto. Los años no habían hecho más que intensificar en él el deseo del martirio y su entusiasmo, que jamás se debilitó. Sufrió, cuenta Eusebio, «cadenas, torturas en su cuerpo, torturas de hierros, torturas de prisión en los sótanos de los calabozos. Por varios días tuvo los pies en el cepo hasta el tercer agujero y fue amenazado con fuego. Soportó valientemente todo lo que sus enemigos le infligieron».



El mártir sobrevivió, pero, agotado, murió poco tiempo después, probablemente en Cesarea. Durante años se visitó su tumba en Tiro, al sur del actual Líbano.

El índice bibliográfico minuciosamente compuesto por H. Crouzel reúne el conjunto de obras acerca del escritor, el profesor y el predicador. No se trata del hombre y sin embargo es el hombre el que nos interesa ante todo. Las 2.000 obras de Orígenes nos interesan en función de este hombre, que no fue ante todo un cerebro, sino un ser de carne y hueso, de luz y de fuego.

El hombre no se prostituye. Muestra plena reserva de pudor sobre todo en lo que toca a su fe y a su vida. Es y se mantiene reservado. No es un seductor como Clemente. No es tampoco orador, ignora ese arte. Nunca eleva la voz hasta la elocuencia. Habla en tono de confianza, como lo hacía, más cercano a nosotros, Guardini, siempre en el interior de la Tienda donde Dios une y habla. El Alejandrino ignora el espejismo del Verbo y la magia de las palabras que manejaban con maestría el hombre de Nacianzo y el obispo de Hipona. Su voz es como velada, el fuego se esconde entre la ceniza. «La voz del Alejandrino se parece más bien a esos vientos del desierto, ardientes y secos, que pasan a veces sobre el delta del Nilo, llevada por una pasión que no tiene nada de romántico, un soplo puro, un soplo de fuego» (Urs von Balthasar).

Orígenes, que dictaba y no escribía, está «despojado hasta la pobreza». Este apasionado, este ser de fuego, por una paradoja, consigue que le olviden, se borra y desaparece, como si no fuera más que el intermediario, el introductor encargado de hacer que los dos interlocutores se encuentren: el Verbo de Dios y la Iglesia o el creyente. Nunca penetra con violencia en los corazones, le basta con abrir los caminos, como Juan Bautista, cuya figura retiene con predi-



lección ya que se reconocía en él. El que aplica el oído, oye latir el corazón de este hombre tierno cuando comenta la Escritura. Orígenes se traiciona o se descubre cuando predica, cuando ora, cuando lleva la Palabra, como el pan de la Eucaristía, a los que le escuchan como hambrientos. Los oyentes le sorprenden rezando. Las comisuras de sus labios tiemblan de modo imperceptible, con una emoción que no engaña.

Siente vibrar el corazón de la divina ternura «en el cuerpo de humildad» que son las cartas y los volúmenes de la Escritura. Es el milagro de la multiplicación de los panes que se renueva sin cesar. El misterio de la Encarnación se prolonga y, en Orígenes, provoca el éxtasis.

La obra gigantesca

Ni siquiera se puede tratar de enumerar las obras de Orígenes. Una parte se ha perdido y otra no se encuentra más que en traducciones o en fragmentos. Las arenas de Egipto nos devuelven de vez en cuando algunos restos. Citemos al menos las Hexaplas (o Biblia séxtuple), empresa gigantesca en la que, a seis columnas, Orígenes ofrecía el texto hebreo (en caracteres hebraicos y griegos) y las cuatro versiones griegas de la Biblia. Este trabajo indudablemente nunca ha sido reproducido. El único ejemplar quedó en Cesarea hasta la invasión de los sarracenos, en el siglo cuarto. Eusebio y Jerónimo lo vieron y consultaron.

Otras dos obras no tienen relación directa con la Escritura: *Contra Celso*, es a la vez una refutación del filósofo pagano Celso y una apología del cristianismo. El tratado *de los Principios* es una obra de juventud, compuesta durante los años 225-230. Es una verdadera suma teológica, la primera síntesis en la historia de la teología; esta obra marca una fecha. El autor está influenciado en ella por la filosofía platónica. En ella enseña la apocatástasis o restauración uni-

versal, que será tan reprochada en los siglos posteriores. Hay que notar que las tesis inculpadas no se encuentran ya en las obras de su madurez.

La mayor parte de su obra está consagrada a la exégesis. Está compuesta de escolios, homilias y comentarios; los escolios son simples notas explicativas a pasajes o palabras difíciles, las homilias fueron predicadas a los fieles de Cesarea. De los 574 sermones, sólo 240 se han conservado. Los comentarios son estudios más extensos, de carácter científico, sobre libros de la Escritura. Ninguno nos ha llegado íntegro. Orígenes demuestra en ellos una erudición que abarca todas las ramas: filología, historia, filosofía y teología. No se detiene en el sentido literal, cuyo significado él conoce mejor que nadie, sino que se esfuerza por llegar al sentido espiritual, gracias al método alegórico ya utilizado por Clemente.

De su abundante correspondencia no nos quedan más que dos cartas. Hay que añadir los dos libros pequeños, pero maravillosos, ya mencionados: *La Exhortación al martirio* y el *Tratado sobre la oración*.

ET CUM IN UERBIS ESSE UNDE TUR ERUDITIO CAELI
IN ACTIBUS CARNALIA ET MORTUA OPERACIANT RECTE
VICI TURCS UEL QUAE DICENDI SUNT QUAE DE EXCEL
SIS AD CARNES MORTUAS AD FETIDAS DILABUNTUR
AD HOC REFERENDAE SUNT ACCIPITIS RAPACITAS ET CETERA
RORUM OMNIUM EX QUIBUS QUAE DAM QUAE DAM
SUNT UO LXXII RAPACITIA STUDENTIA QUAE DAM UERA
NON IAM RAPACIA QUAE AM OBSCURITATEM CITENE BRAS
AMANTIA OMNISENIM QUI MALICIAM ODIT LUCEM
ET NON UENIT AD LUCEM UO SIN INOCITATE ET IC SPER
PLEONCS ET CETERA QUAE LXX PRONUNTIABIT IN MU
DA QUIBUS OMNIBUS SPIRITUALINOS OBSERUANTIA
CUSTODIENS ET CIBUM EX MUNDIS ANIMALIBUS
ADPETENS ET IAM IPSI FURI EFFICIALIUR ET
MUNDI PER XPI DNI NOSTRUM PER QUE M
EST D O P X I R I C U M S P I R I T U S A N C T O G L O R I A E T I M P E

Características

¿Cómo caracterizar esta obra, una de las más prodigiosas que haya producido un ser humano? Por no haber llegado al fondo y no haber calado sus internos resortes, unos han deformado y otros han acusado tendenciosamente el pensamiento de Orígenes. Cualquier inspectorcillo eclesiástico de escuelas, anti-origenista, se ufanaba de refutarla: ¡el cabo corrigiendo la estrategia de Napoleón! ¡Qué pendientes!

La obra del Alejandrino brota del mantillo fértil de la Escritura. La palabra de Dios es el centro de su pensamiento, de su inspiración, de su vida. Todo está en ella. Orígenes cae en la cuenta, sin la mediación de ninguna filosofía, con una agudeza que quizá sólo él posee hasta ese punto, de que la Escritura no es un documento sino una Presencia. Busca, con el amor de la Esposa del Cantar de los Cantares, esa presencia que se oculta y que debe descubrir cueste lo que cueste. Para Orígenes, la Escritura es realmente el sacramento de la presencia de Dios en el mundo. Conoce mejor que nadie la envoltura, el sentido literal; nadie en la antigüedad tenía su formación exegetica, que admira incluso a los modernos. Pero lo que le interesa no es aferrarse al vestido, sino encontrar la Palabra encarnada. Esa búsqueda es la explicación y el motivo del método alegórico.

Para dar todo su fruto, el método alegórico debe considerar la Escritura en su relación con el misterio de la Encarnación. El texto «respira», como decía Claudel, la misma presencia que la historia de la Humanidad. Habla del principio al fin del Verbo encarnado. Lutero le compara con los pañales de Belén. Es el Verbo encarnado.

Su penetración exige, más que el estudio, la fe, el trato, la intimidad de Jesús. Lo que le parece más necesario a Orígenes es la oración. «Cuando te apliques a la lectura divina, escribe a Gregorio Taumaturgo, busca cuidadosamente y con espíritu de fe lo que pasa desapercibido a muchos, el espíritu de las

divinas Escrituras. No te contentes con golpear y buscar. Lo más importante para obtener la inteligencia de las letras divinas es la oración».

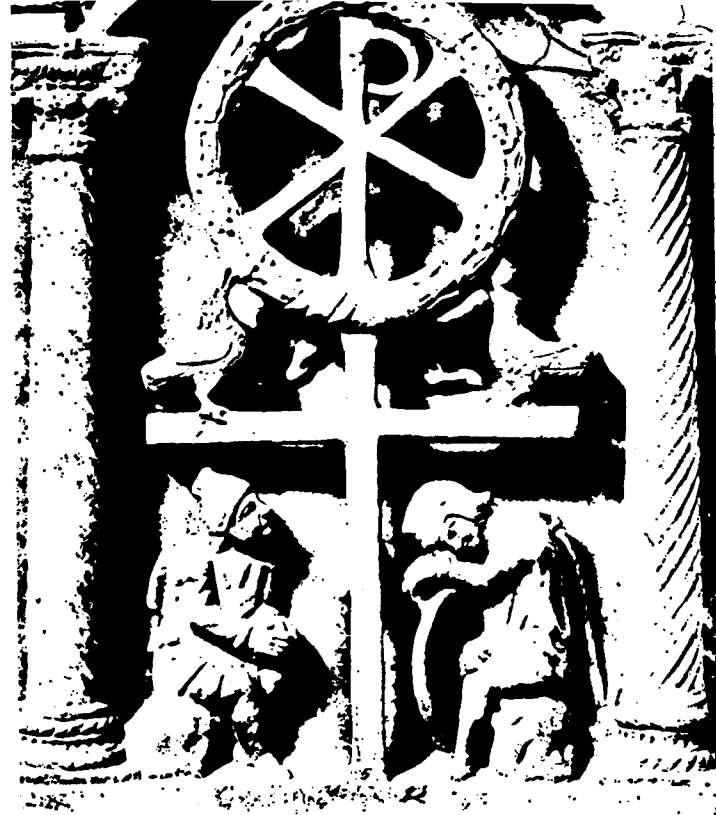
Tanto para el predicador como para la comunidad, la predicación y la lectura de la Escritura deben ser, en sí mismas, una oración en el sentido de búsqueda de la Presencia. Exigen una disponibilidad con respecto a la Palabra viva. La oración salpica sus homilías y sus comentarios. Se dirige habitualmente a Cristo al que invoca como rey, amigo y esposo. Nos demuestra una devoción a la vez viril y discreta, tierna y apasionada. Estas efusiones místicas, lejos de estar al margen de su comentario, son el centro de su pensamiento bíblico, como el reconocimiento de una intuición, de un encuentro.

La palabra de Dios se revela a los hombres por su venida hasta nosotros y hasta el despojo, la kénosis, de la cruz. La fe descubre en la Escritura a Cristo crucificado, cuyo corazón traspasado en la cruz, revela al mundo la ternura infinita que le da vida y consistencia. El misterio del Crucificado acompaña en adelante la marcha a través del desierto e inspira a Orígenes la ascesis que le crucifica.

El hombre de la Iglesia

La presencia de Dios, unida antes al templo material, habita, a partir de la Encarnación, en la humanidad de Jesús presente en la Iglesia. La predicación tiene para Orígenes un valor vital, porque ella es la venida, la manifestación actual de Cristo a la comunidad reunida en su nombre. Este elemento eclesiológico es la segunda clave del pensamiento origeniano.

Orígenes no ha escrito ningún tratado de la Iglesia. Las ideas que le son más queridas, que constituyen la arquitectura de su pensamiento, no están nunca expuestas *ex professo*, sino que se encuentran, como el alma de su pensamiento, diluidas por todas partes. Hay que dejarse penetrar por ellas para percibir las.



«La Iglesia, dice Orígenes, es el cuerpo de Cristo. Tocar a la Iglesia, es tocar la carne de Cristo». El Alejandrino compara el Bautismo, que nos agrega al cuerpo de Cristo, con el contacto directo de la humanidad de Cristo. Esta equivalencia es más que una convicción, es un principio de vida, es su medio vital. Aquí el lector perspicaz descubre el secreto de Orígenes que hace latir su corazón.

«Quisiera ser un hijo de la Iglesia; no ser conocido como el fundador de alguna herejía, sino llevar el nombre de Cristo; quisiera llevar este nombre que es bendición en la tierra. Este es mi deseo: que mi es-



píritu, como mis obras, me den derecho a ser llamado cristiano.

»Si yo, que a los ojos de los demás soy tu mano derecha, yo, que llevo el nombre de sacerdote y tengo por misión anunciar la Palabra, llegase a cometer alguna falta contra la enseñanza de la Iglesia, o contra las normas del Evangelio y convertirme así en escándalo para la Iglesia, que toda la Iglesia, por decisión unánime, me separe, a mí, su derecha, y me eche lejos de ella».

Quando habla de la Iglesia, este místico es de un realismo, de una dureza de lenguaje que sorprende y podría escandalizar a los débiles. Esta dureza viene de la llama que le abrasa. Compara a la Iglesia con Rahab y con María la pecadora. La Iglesia sólo es santa, porque lava sin cesar su pecado en la sangre de la cruz.

Esta doctrina de la Iglesia no tiene nada de esotérico, tiene siempre una dimensión universal, cósmica. Se trata de la creación entera. El Verbo es el alma del mundo. Su acción se desarrolla en todas las escalones del universo. La redención restablece los lazos entre todas las esferas de la creación. Los ángeles son solidarios de los hombres, participan en la oración de la Iglesia.

Con una excepcional conciencia cósmica, Orígenes ora por la transformación universal del cosmos, para que la tierra misma se haga cielo en la reunión y la transfiguración universales. En este sentido, Orígenes interpreta la unión de la nueva Eva con el nuevo Adán, la visión de los huesos de Ezequiel, la pascua eterna en la que Cristo beberá con nosotros el vino real.

Todo fiel participa en calidad de miembro en el misterio de la presencia de Dios y de Cristo en la Escritura, en la Iglesia. El hombre lleva desde su creación la impronta divina. «Todo lo que está dotado de razón participa de esta luz». El alma es el lugar de la elección. Lo mismo que la Iglesia, el hombre es pecador y santo, desgarrado entre la caída y la vuelta.

Camino hacia Dios Su caminar hacia Dios, su éxtasis, es al mismo tiempo un caminar hacia el centro de su ser. La fe le refleja la imagen del Logos y le permite contemplar a Cristo. Le permite descubrir en él el paraíso en el que Dios se pasea. «Así pues, cada justo que imita en cuanto puede al Salvador, es una estatua a imagen del Creador. La realiza contemplando a Dios con corazón puro, haciéndose una réplica de Dios... De este modo el espíritu de Cristo habita, si así lo puedo decir, en sus imágenes».

Hay más que presencia, hay unión mística para la cual Orígenes toma las imágenes de Luz, Voz, Perfume, la de aliento que nos «transforma en Dios», y finalmente la imagen del matrimonio, la unión personal que se realiza en el éxtasis. Esta unión hace aparecer el carácter oblacional de la vida cristiana. La asimilación a Cristo se efectúa progresivamente en el fuego que es puro y purifica la víctima, el cuerpo de Cristo.

Esta ofrenda interior, este desasimiento de todo el ser, que viene a ser su riqueza, encontrará su perfeccionamiento en el cielo, cuando, llegado a su plena estatura, el cuerpo entero, reunido, juntura tras juntura, cantará un himno y dará gracias a Dios. Entonces la creación entera se habrá hecho alabanza y acción de gracias. «Ahí está toda la teología».

Al lector de Orígenes se le impone la fascinación de una presencia que le penetra insensible e irresistiblemente. Todos los que le trataron quedaron marcados por este «hombre de acero», como se le llamó. Los Capadocios fueron los primeros en recoger su herencia. Hilario se deja penetrar por él, Ambrosio le copia, Agustín depende de él. El mismo Jerónimo le ha explotado antes de atacarle indignamente. Los siglos siguientes pueden intentar procesarle, pero todos viven de sus despojos.

Será difícil estimar en demasía a un hombre que, como nota Urs von Balthasar, doscientos años después de Cristo y doscientos años antes que Agustín, ha dado a la teología cristiana la estatura que hoy tiene.

La homilía que presentamos es una obra maestra de finura psicológica y de sensibilidad religiosa, cualidades que han mantenido al texto en toda su juventud y nos hacen experimentar con fuerza el drama de Abraham, dividido entre su amor y su fe.

EL SACRIFICIO DE ABRAHAM (*)

1. Prestad oído, vosotros que habéis venido cerca del Señor, que pretendéis ser fieles; poned gran cuidado en considerar, en el relato que se os ha leído, cómo es puesta a prueba la fe de los fieles. Sucedió, dice la Escritura, después de esto, que Dios probó a Abraham y le dijo: «Abraham, Abraham». Y éste le respondió: «Aquí estoy». Considera cada detalle de la Escritura. Para el que sabe cavar a fondo, cada uno de ellos encierra un tesoro. Donde quizá menos se espera, se ocultan las joyas preciosas de los misterios.

El nombre de Abraham

El hombre del que hablamos se llamaba al principio Abram. En ninguna parte leemos que Dios le haya llamado por ese nombre o le haya dicho: Abram, Abram. Dios no podía llamarle con el nombre que iba a suprimir. Le llama con el nombre que El mismo le ha dado. No se contenta con darle ese nombre, sino que lo repite. A su respuesta: «Aquí estoy», Dios continúa: «Toma a Isaac, tu hijo muy querido al que amas, y ofrécemelo. Vete, añadió, a un lugar elevado y ofrécemelo en holocausto en la montaña que Yo te indicaré».

Dios mismo explicó el nombre de Abraham que le dio: «Pues te he constituido padre de muchos pueblos» (28). Dios le hizo esta promesa cuando no tenía más hijo que Ismael; pero le aseguró que la promesa se realizaría cuando Sara tuviera un hijo. Había encendido en su corazón el amor paternal, no solamente dándole una descendencia, sino haciéndole esperar el cumplimiento de las promesas.

(*) *Homilía 8 sobre el Génesis*. P. G., 12, 203. El texto griego se ha perdido. No queda más que la versión latina de Rufino.

La prueba de Abraham

Y he aquí que ese hijo, objetivo de promesas tan grandes y tan maravillosas, ese hijo, digo, que le ha valido el nombre de Abraham, el Señor le pide que se lo ofrezca en holocausto en uno de los montes.

¿Qué dices Abraham? ¿Qué pensamientos remueven tu corazón? La voz de Dios ha hablado para sacudir tu fe y probarla. ¿Qué dices tú? ¿Qué piensas de ello? ¿Cambias acaso de opinión? ¿Te dice acaso interiormente reflexionando: si la promesa me ha sido dada en Isaac y ahora lo ofrezco en holocausto, no me queda ya promesa que esperar? Quizá pienses más bien: es imposible que el que haya hecho la promesa haya mentido. Pase lo que pase la promesa permanecerá.

Yo, es verdad, soy muy pequeño, no soy quién para escrutar los pensamientos de un tan gran patriarca. Jamás conocería las reflexiones, los sentimientos que agitaron su corazón cuando la voz de Dios le puso a prueba ordenándole inmolar a su hijo único. Pero como el espíritu de los profetas está sometido a los profetas (29), el apóstol Pablo conoció, creo, por el Espíritu, los sentimientos y las reflexiones de Abraham. Los precisa cuando escribe: «En su fe Abraham no dudó cuando ofreció a su hijo único, sobre el que se apoyaba la promesa; se dijo que Dios es suficientemente poderoso como para resucitar a los muertos» (30).

El apóstol, pues, nos ha dado los pensamientos de este hombre de fe; la fe en la resurrección ha aparecido por vez primera con la historia de Isaac. Abraham esperaba que Isaac resucitaria; tuvo fe en que se realizaría lo que aún no se había cumplido. ¿Cómo pueden ser hijos de Abraham los que no creen cumplido en Cristo lo que Abraham creyó deber cumplirse en Isaac? Y, para hablar más claramente aún, Abraham sabía que prefiguraba la verdad que iba a venir, sabía que, de su posteridad nacería Cristo, que sería realmente ofrecido como víctima por el universo entero y resucitaria de entre los muertos.

El hijo muy querido

2. Pero, dice la Escritura: «Dios probó a Abraham y le ordenó: toma a tu hijo muy querido, al que amas. No se contenta con decir: tu hijo, sino que añade muy querido». Bien; pero ¿por qué añadir: el que amas? Piensa en lo dura que es la prueba. Estos apelativos de amor y de ternura repetidos una y otra vez hacen más vivos los sentimientos de un padre: el recuerdo vivo de este amor hace vacilar a las manos del padre que debe inmolar a su hijo; todo el séquito de la carne se dirige contra la fe

(28) *Génesis*, 17,5.

(29) *1 Corintios*, 14,32.

(30) *Hebreos*, 11,17.

del espíritu. En la hora de la prueba, oye: «Toma, sí, a tu hijo muy amado, al que amas, Isaac.»

Pase también, Señor, que hagas memoria de un hijo a su padre, pero llamas muy querido al que mandas inmolar! Es demasiado para el suplicio del padre. Y aún añades: al que amas. Lo cual hace el suplicio para el padre tres veces mayor. ¿Para qué recordar su nombre: Isaac? ¿Podía Abraham ignorar que su hijo muy querido, al que amaba, se llamaba Isaac? ¿Por qué recordarlo en este momento? Para que recordara Abraham que tú le habías dicho: en Isaac radicarás tu descendencia que perpetuará tu nombre (31). En Isaac se realizarán para Ti las promesas. Recuerda el nombre para poner en duda las promesas hechas en ese nombre. Todo ello para probar la fe de Abraham.

Vete a un lugar elevado

3. ¿Qué hay después? Vete, le dijo, a un lugar elevado sobre una de las montañas que Yo te mostraré. Allí inmolarás el holocausto. Considerad detalladamente la progresión de la prueba. Vete a un lugar elevado. ¿Por qué no conducir a Abraham con el hijo a ese lugar elevado y mostrarle la montaña escogida por el Señor y allí mandarle ofrecer su hijo? Pues no: primero se le ha mandado ofrecer al hijo, luego dirigirse a un lugar elevado y allí subir una montaña. ¿Con qué intención?

Para que en el camino, mientras camina, se sienta, a lo largo de todo el recorrido, importunado por sus reflexiones, para que sea atormentado alternativamente por la orden que le oprime y por el amor a su hijo único que se resiste. He aquí por qué debe recorrer el camino y subir la montaña, para darle tiempo a lo largo de todo el trayecto, a enfrentarse con su corazón y con su fe, con el amor a Dios y el amor a la carne, con la alegría de lo presente y la espera de los bienes futuros.

Le es preciso ir a un sitio elevado. No le basta al patriarca para realizar una tan gran obra en nombre del Señor, con dirigirse a un lugar elevado; es necesario que suba una montaña, lo cual quiere decir que le hace falta dejar, llevado por la fe, las cosas de la tierra para subir hacia las de arriba.

El trayecto de Abraham

4. Abraham se levantó temprano, ensilló su asna y cortó la leña para el holocausto. Tomó consigo a su hijo Isaac y dos sirvientes; llegó al lugar que Dios le había fijado al tercer día. Abraham se levantó al amanecer. Al añadir «al amanecer», la Escritura quiere mostrar acaso que el alba de la luz brillaba ya en tu corazón. Ensilló su asna, preparó la leña y tomó a su hijo. No delibera, no apela a efugios, no descubre a nadie sus planes, sino que inmediatamente se pone en camino.

(31) *Génesis*, 21,1.

Y llegó al lugar que Dios le había señalado al tercer día. Por ahora dejo aparte el misterio expresado por el día tercero, para no considerar más que la sabiduría y el designio del que pone a prueba. Los alrededores no tenían montes y todo tenía que acontecer en las cumbres; así, el viaje se prolonga durante tres días, tres días en los que las inquietudes le asedian, en los que su ternura de padre se ve atormentada. Y a lo largo de toda esta espera, el padre puede contemplar detenidamente a su hijo, come con él. En el transcurso de estas noches, el niño abraza a su padre, se acurruca contra su pecho, reposa sobre su corazón. Mirad: la prueba llega a su colmo.

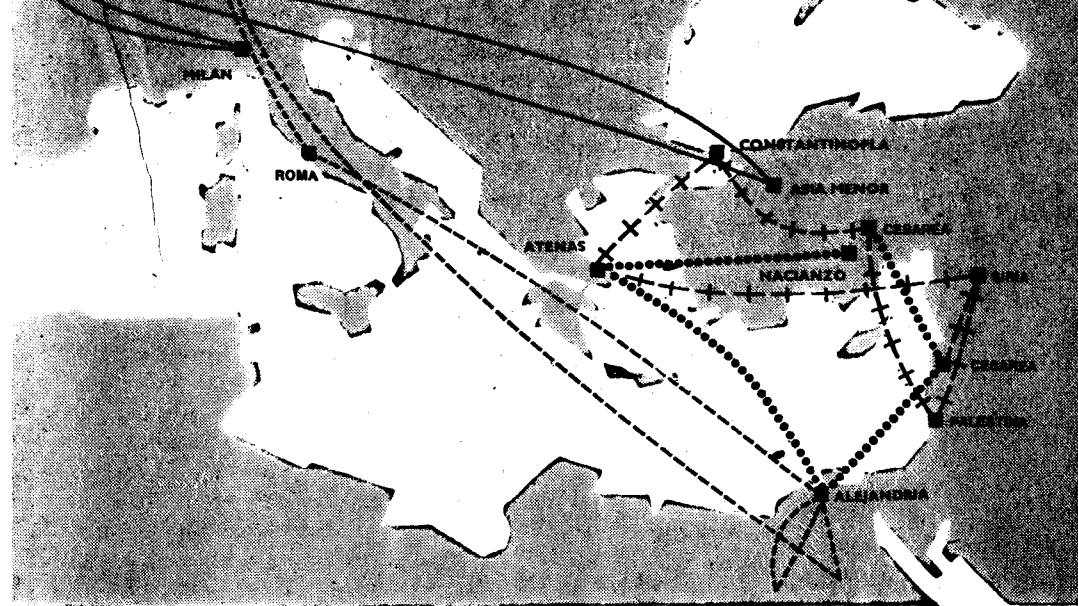
El día tercero está siempre lleno de misterios. El pueblo que sale de Egipto, el tercer día ofrece a Dios su sacrificio, el tercer día se purifica. La resurrección del Señor tuvo lugar el día tercero. Este día encierra otros muchos misterios (32).

(32) Traducción francesa de A. Hamman, aparecida en *Le mystère des Pâques*, col. *Itay*, núm. 10, París, pp. 45-46. Mirada de conjunto por J. Daniélou, *Origène*, París, 1948. Excelente selección detextos hecha por Urs von Balthasar, traducidos al francés: *Esprit et feu*, París, 1960.

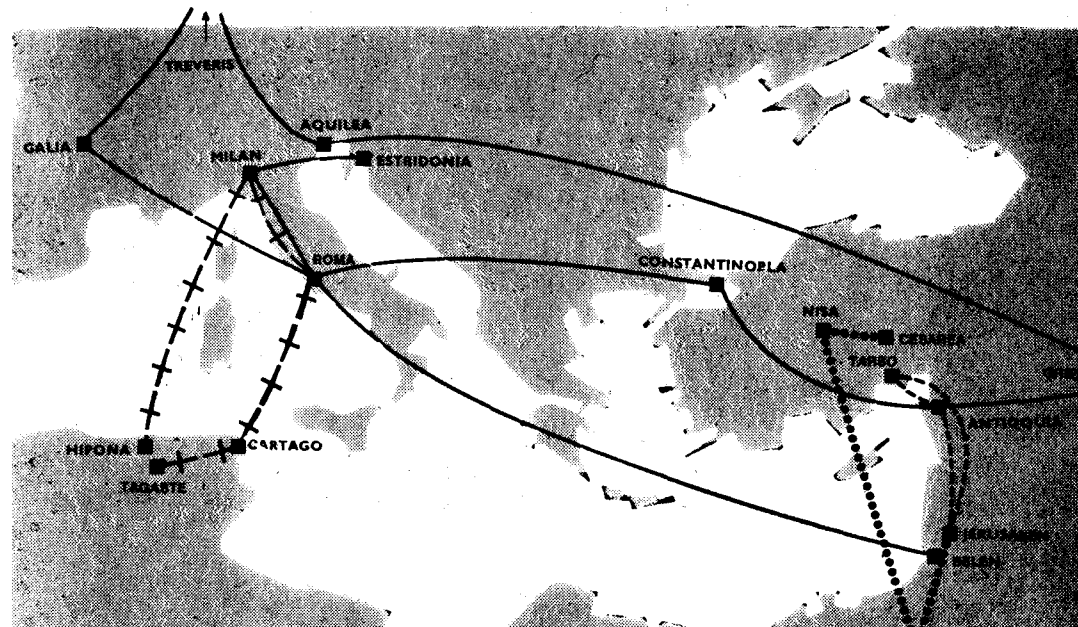
siglo IV

Atanasio de Alejandría
Hilario de Poitiers
Basilio de Cesarea
Gregorio de Nacianzo
Gregorio de Nisa
Efrén
Juan Crisóstomo
Ambrosio de Milán
Jerónimo
Agustín

ITINERARIO DE:
 Atanasio de Alejandría - - - - -
 Hilario de Poitiers = = = = =
 Basilio de Cesarea + + + + +
 Gregorio de Nacianzo ········



ITINERARIO DE:
 Gregorio de Nisa ········
 Cirilo de Jerusalén - - - - -
 Jerónimo = = = = =
 Agustín + + + + +



Las cosas han cambiado con la subida progresiva al poder de Constantino, que ha llegado por fin a ser el único dueño del Imperio. Después de dos siglos de persecución, la Iglesia se hace legal y pronto religión del Estado. El emperador, deseoso de restablecer la unidad y la fuerza sobre bases nuevas, ha caído en la cuenta de que el cristianismo podía ser un buen aliado. El cambio era inaudito, hasta el punto de que los contemporáneos creían asistir a la realización del reino de Dios sobre la tierra.

La realidad iba a ser completamente diferente. La Iglesia liberada de la opresión iba a conocer «una prueba quizá aún más temible que la hostilidad, la protección fácilmente onerosa del Estado». Las grandes personalidades de la Iglesia no tardarán en darse cuenta de la amenaza y oponerse a los sucesores de Constantino. Para medirla baste recordar que el emperador —y no el Papa— se arrogó la iniciativa de convocar el Concilio Ecu­ménico de Nicea que se tuvo en su palacio. El príncipe en persona pronunció el discurso de apertura (algo así como si John Kennedy o Charles de Gaulle hubiera abierto el Concilio Vaticano II). El emperador ni siquiera estaba bautizado.

La intromisión política en el gobierno de la Iglesia amenazar­á gravemente a la ortodoxia. Los emperadores están a merced de obispos cortesanos. Y se ponen a legislar en teología como legislan en política. «La Iglesia se despertará arriana un día», nota Jerónimo desengañado. Los obispos como Atanasio e Hilario están a la altura de los acontecimientos. Ni la intriga, ni el exilio llegarán a forzar el límite de su resistencia. Es el Imperio el que se verá obligado a ceder.

A lo largo de todo este siglo cuarto, los grandes doctores deberán luchar contra las secuelas de la herejía y taponar las fisuras que ésta ha producido en la Iglesia. Los tres Capadocios ocupan lo más precioso de su tiempo y de sus escritos en refutar el error. Cuan-

do Gregorio Nacianceno es obispo de Constantinopla, la Iglesia ortodoxa está formada por un puñado de hombres. Gracias al esfuerzo de los Padres la ortodoxia y la unidad se saldrán con la suya.

En la segunda mitad del siglo florece lo que los historiadores han llamado la edad de oro de los Padres de la Iglesia. Los mayores nombres de la antigüedad cristiana, pastores y teólogos, en Oriente como en Occidente, los encontramos en esta época de intensa fermentación intelectual. Se han formado en las escuelas de la cultura pagana, cultura que ellos ponen al servicio del Evangelio.

«Los Padres del siglo cuarto y de comienzos del quinto representan un momento de equilibrio de especial valor entre la herencia antigua, no muy afectada aún por la decadencia y perfectamente asimilada y, por otra parte, una inspiración cristiana llegada por su parte a su madurez», escribe H. Marrou.

Aunque nacidos en familias profundamente cristianas, la mayor parte de ellos no han recibido el Bautismo hasta la edad adulta. Después de sus estudios han ejercido una profesión profana. Todos los Padres griegos han hecho una especie de noviciado entre los Padres del desierto, después han vuelto a sus ciudades. Eran candidatos propuestos para los cargos, sacerdotes en primer lugar y obispos después. Es una época de grandes obispos para la Iglesia.

La enseñanza cristiana se da por medio de la catequesis y la predicación. Se trata de iluminar el espíritu y formar las costumbres. Los Padres, formados intelectualmente en las escuelas de sus tiempos, toman partido en las controversias teológicas. Sirven a la fe con los recursos de la cultura filosófica. Lejos de limitar su acción a la élite, se mantienen cercanos a su pueblo, a la masa de los pobres y humildes. Nunca pactan con los ricos y los poderosos, sino que les recuerdan los grandes temas de la justicia y del respeto

al hombre, estableciendo así los fundamentos de un orden social cristiano.

Los Padres enriquecen a la Iglesia con todos los recursos del patrimonio griego. Su acción y sus obras abren una nueva era y ponen las bases para una civilización cristiana.

Atanasio de Alejandría

✠ Ⲅ / G ⲛ / ✎ († 373)



Alejandro conoció en la antigüedad cristiana una estirpe de hombres ilustres por su cultura, su acción y su santidad. Allí se sucedieron en el siglo tercero Clemente y Orígenes, que formaron escuela. La ciudad es célebre desde entonces por su tradición teológica.

Atanasio es de una generación más joven. De pequeño conoció la persecución que, lejos de atemorizarle, aceró su carácter hasta la intransigencia, cosa que le reprocharán sus adversarios. Con la inflexibilidad del mártir defenderá la ortodoxia del Concilio de Nicea. Toda su existencia está consagrada a combatir la herejía arriana, que negaba la divinidad de Cristo.

El hombre de Iglesia El futuro obispo de Alejandría no es, como los Padres, un universitario, sino un hombre de Iglesia. «Poco tiempo dio a los estudios, dice Gregorio de Nacianzo, justamente lo necesario para no parecer ignorante».

Nada sabemos de su formación, de sus profesores, de sus estudios. El mismo nos cuenta que algunos de sus maestros murieron durante la persecución. Fue, pues, cristiano. Fue la Iglesia la que formó a Atanasio. En ella hizo su carrera. Es su medio vital, su patria, su familia. El la defenderá con la intrepidez del hijo que defiende a su madre.

Atanasio es más egipcio que griego. Habla corrientemente el copto y lo escribe. Ha nacido en medio de un pueblo al que conoce bien y cuya lengua habla aprendida sin duda en la calle. Tiene al pueblo en sus manos y cuando es preciso lo sabe manejar como un tribuno. Y el pueblo le permanecerá fiel en medio de todas las vicisitudes de su agitada vida. Las dificultades no le vienen de los fieles, sino de los clérigos de las disputas teológicas y de las críticas políticas. Nunca de su comunidad, que le ama. Como alguno de sus sucesores, él nos hace pensar más en un fariseo cristiano o en un funcionario, que en un filósofo.



Esto explica el rigor de su naturaleza intransigente pero hábil, que no retrocede ni ante las maniobras ni ante el chantaje, cuando se trata de hacer triunfar la ortodoxia. ¡Otros tiempos, otras costumbres! Pero las costumbres de Alejandría nunca han sido las costumbres de todo el mundo. También la geografía hace comprensible a los personajes. Nos equivocáramos juzgando a Atanasio o a Cirilo con nuestros escrúpulos.

Como diácono, Atanasio acompaña a su obispo Alejandro al Concilio de Nicea. Toma parte, en el primer Concilio Ecuménico, en la victoria de la fe sobre la herejía de Arrio. Es posible que haya desempeñado un papel doctrinal entre bastidores. Es y seguirá siendo el hombre de Nicea, hasta el punto de identificarse con la causa de la ortodoxia, lo cual servirá para complicar y agravar más de un conflicto.

El obispo Alejandro muere en el 328 sin ocultar que Atanasio era su candidato para sucederle. La elección no se hizo sin dificultad, a pesar de lo que de ella escribe el panegirista Gregorio Nacianceno: su juventud (sólo tenía treinta y dos años), su carácter entero y su clara e intransigente toma de posición en la lucha anti-arriana, no eran un buen augurio. Esta lucha la proseguirá durante toda su existencia, durante cuarenta y cinco años, primero con el apoyo del poder civil y cuando éste traicione la ortodoxia, contra él. Cinco destierros no acabarán con su resistencia, ni debilitarán su energía.

El obispo. Los destierros El nuevo obispo comienza por fortalecer en el corazón de sus fieles la fe de Nicea. Visita toda su diócesis, lo que le dará ocasión para encontrarse con Pacomio, el padre del cenobitismo. Este tenía a Atanasio en gran estima y le llamaba «el Padre de la fe ortodoxa de Cristo».





La lucha empieza desde el 330. El obispo al principio tuvo bastante con los discípulos de Melecio que habían creado un cisma. Les trató con dureza. Le seguían siempre difícil hacer distinción entre los hombres y las opiniones que éstos mantienen. Después, el emperador Constantino, deseoso de apaciguar los ánimos con vistas a su obra de contralización, devolvió su favor a Arrio, después de una nueva profesión de fe. Una carta imperial ordenó que se permitiera a Arrio volver a sus actividades. Atanasio se negó categóricamente. El era el primer afectado, ya que Arrio estaba en Alejandría. Se explicó en una respuesta al emperador: «Es imposible reintegrar en la Iglesia a hombres que contradicen la verdad, fomentan la herejía y contra los cuales ha pronunciado anatema un Concilio general». El obispo no cejó. Comenzaron de nuevo los complots en Alejandría, hasta el punto de que el obispo tuvo que alejarse de la ciudad y ocultarse en un convento del Alto Egipto.

En el 335, aprovechando una peregrinación del emperador a Jerusalén, los adversarios de Atanasio provocaron un sínodo en Tiro, que se hallaba en el trayecto, para reconciliar las disidencias. Requerido el obispo de Alejandría a personarse, vino regañadientes y llevando una cincuentena de obispos egipcios que, por no haber sido convocados, no fueron oídos. La situación era grave, porque muchos de

los obispos presentes le eran hostiles. Atanasio fue acusado de violencia y de ilegalidad. Viendo el giro desfavorable de los acontecimientos, el obispo se fue antes de que se pronunciara la sentencia de deposición.

El intrépido obispo vuelve a aparecer más tarde en Constantinopla, encuentra al emperador en una calle de la capital y le pide ser escuchado. Constantino hace venir a los obispos reunidos en el Concilio de Tiro; éstos olvidan los antiguos agravios, pero acusan a Anatasio de llevar la alta dirección en el mercado de trigo de Egipto y de amenazar con hacer detener las entregas. Constantino, que tenía en la mente malos recuerdos, montó en cólera y desterró al obispo de Alejandría a Tréveris. Este fue el primero de sus cinco destierros.

Con un poco más de flexibilidad y menos dureza asimismo con los melecianos, Atanasio, sin sacrificar nada de sus principios, hubiera podido ayudar a pacificar la situación y no dar motivos a los adversarios que le hicieron aparecer ante el emperador, hasta entonces favorable al obispo, por hombre intratable y causante de desórdenes. Con los años, Atanasio se hará más pacífico. Por el momento, el joven obispo se lanza a la lucha con impetuosidad.

En ausencia de su obispo, Alejandría se vio envuelta en desórdenes. Antonio, el célebre ermitaño, intervino personalmente ante el emperador. Este le contestó que no podía creer que una asamblea tan grande pudiera equivocarse hasta tal punto, que Atanasio era «un insolente, un orgulloso, y hombre de discordia». El obispo tuvo que esperar hasta la muerte de Constantino (337) para volver a su ciudad episcopal.

Desgraciadamente el nuevo obispo se mostró favorable al arrianismo. Atanasio fue destituido de nuevo por el sínodo de Antioquía (339). Se refugió junto al Papa Julio I en Roma, quien le rehabilitó. El obis-





po aprovechó su estancia para atraer a Occidente a la causa de la ortodoxia. No pudo volver a su ciudad hasta el 348. Fue recibido triunfalmente, celebrado y venerado como un confesor de la fe. Allí va a vivir los diez años más bellos y más fecundos de su episcopado.

Los acontecimientos le habían hecho distanciarse del poder imperial. Las intervenciones del emperador en los asuntos de la Iglesia ponían en peligro la ortodoxia. Por eso, Atanasio es el primero que, con una firmeza poco común, reclama la libertad de la Iglesia con respecto al poder.

El obispo de Alejandría renueva en su diócesis el espíritu de Nicea; trabaja en la profundización de la vida cristiana y mantiene con los monjes relaciones fraternales. Se ocupa de la evangelización de Etiopía y Arabia. En esa época de calma redacta algunas de sus obras más importantes.

Diez años más tarde se ve obligado a huir de nuevo y ocultarse entre los anacoretas de los desiertos egipcios por primera vez (356-361). Con el advenimiento de Juliano pudo volver, y el intruso Jorge fue muerto por la multitud. Por segunda vez, bajo el imperio de Juliano, Atanasio es enviado al destierro (362-363). En esta ocasión el obispo se familiariza con el monaquismo; se encuentra con Antonio, el Padre de los monjes, y escribe su biografía que llegará a ser el modelo de la vida religiosa y cristiana, y ejercerá algún influjo en la conversión de Agustín. Atanasio ha captado el alma de este movimiento religioso que ha conmovido a todo Egipto y ha llevado a la soledad del desierto el fervor de los tiempos de persecución. Desde su celda monacal siguió velando por su diócesis, defendiendo la fe de Nicea, siendo el «patriarca invisible de Egipto».

En el año 366, después de un último destierro de cuatro meses, Atanasio puede volver a su ciudad y administrar en paz su diócesis que tan devota le era, hasta

su muerte acaecida en el 373. De los 46 años de su episcopado había pasado veinte en el destierro. Cuando murió este intrépido luchador, la ortodoxia no estaba aún restablecida por todas partes. Pero algunos años más tarde, el nuevo emperador Teodosio impondrá la fe de Nicea a todos sus súbditos. Era el coronamiento de la lucha comenzada por este gran obispo con su acción y sus escritos.

La obra Su obra nació de la lucha. Un hombre de acción, rara vez es hombre de letras. La formación filosófica de Atanasio era nula. Escribe para instruir y convencer. Nos queda una obra de su juventud, compuesta en sus horas de ocio, cuando era secretario de su obispo. *Discursos contra los paganos y sobre la encarnación del Verbo*, es una refutación del paganismo y un descubrimiento del verdadero Dios. El pensamiento no es original, pero el libro se impone por su fogosa unión a Cristo.

La mayor parte de las obras teológicas se esfuerzan en refutar el arrianismo y en defender la fe de Nicea. El obispo de Alejandría tiene conciencia de que se juega la esencia del cristianismo. En primer lugar escribió tres *Discursos contra los arrianos*, que dan una síntesis de la teología trinitaria. Atanasio desarrolla el mismo tema en una serie de cartas.

Este luchador no podía contentarse con exposiciones irónicas. A lo largo de las querellas arrianas se confirma como un violento polemista. Tiene respuestas duras. Egipto no nos ofrece apenas modelos de mansedumbre. Atanasio encuentra una especie de placer en la lucha. El mismo nos confiesa: «No me canso, sino que por el contrario gozo defendiéndome».





Escribió la *Apología contra los arrianos* (348), que publica todos los documentos de la lucha para justificar su actitud. La *Apología a Constancio* es un discurso al emperador, que nunca se pronunció, bello trozo de elocuencia y habilidad. En él no deja nada a la improvisación. Había previsto hasta los movimientos que su discurso debía provocar: «Sonreís, príncipe, y esta sonrisa es un asentimiento».

En las últimas obras sube el tono, el polemista se hace libelista en la *Apología para la huida* (358) y en la *Historia de los arrianos* que dirige a los monjes, y en la que ridiculiza al adversario. Es un proscrito, no tiene nada que perder, ni nadie de quien cuidar. En ella utiliza una ironía hiriente hasta la injusticia. El estilo es vivo y la imagen de gran colorido. Sabe escenificar los episodios y hacer hablar a los personajes. Tiene palabras terribles. Los eunucos que rodean al soberano tienen el don de ejercitar su inspiración viril. «¿Cómo queréis que esa gente, dice él, comprenda algo de la generación del hijo de Dios?»

Atanasio no es solamente el centinela de la ortodoxia, es también el pastor, y qué pastor. Muchas de sus obras espirituales se han perdido. En particular comentarios escriturísticos. Las versiones coptas y siríacas nos han conservado muchas obras pastorales. Entre estas últimas hay que citar las cartas pascuales que son instrucciones episcopales de cuaresma y un tratado *Sobre la virginidad*, en el que multiplica los consejos a las vírgenes de Alejandría. «La virginidad es un jardín cerrado que no es pisado por nadie más que por el jardinero». No hay que perder de vista que las vírgenes vivían en el mundo, como un instituto secular de hoy, viajaban y se arriesgaban a ir a los baños públicos. Conocían, pues, las tentaciones comunes.

Ya hemos tenido ocasión de mencionar la *Vida de San Antonio* (33) donde se encuentra la famosa tenta-

(33) Ver más adelante un extracto, p. 136.

ción que ha sido la alegría de los pintores y ha inspirado la imaginación de los literatos, que la han cargado por transferencia, de una nota erótica. Esta obra es el modelo de las futuras *Vidas de los Santos*.

El hombre

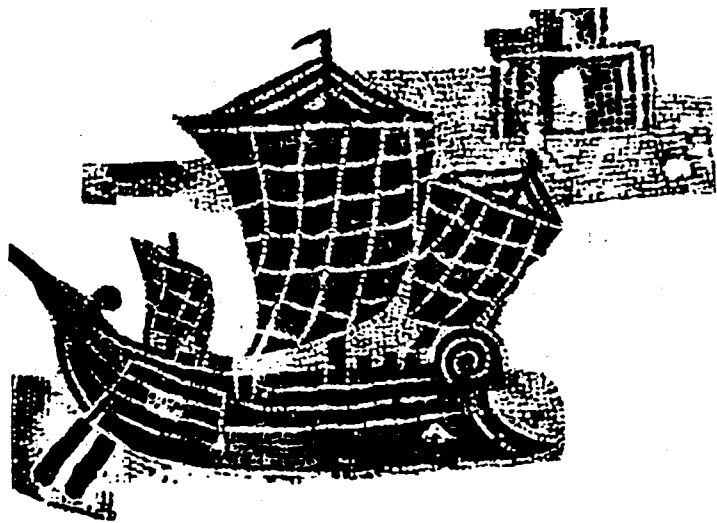
En todas sus obras Atanasio aparece como un luchador. Ama la lucha, pega fuerte, no teme los golpes, está dispuesto a soportarlos y presto a devolverlos multiplicados. Es capaz de emoción y de sensibilidad; nunca cae en lo patético que afecta al mismo Juan Crisóstomo. Es conciso sin sequedad. No pretende conmover sino convencer. Razona y prueba. Procura decir la última palabra.

Admirado por los contemporáneos por la firmeza de una acción que ningún revés ni golpe puede parar, Atanasio fue aclamado en la historia como «pilar de la Iglesia». Su mérito es haber caído en la cuenta del hecho y las consecuencias de la paz de Constantino. Calculó los peligros que para la libertad y la fe traía una Iglesia imperial. Defendió frente a los emperadores y los teólogos políticos, la fe de granito, proclamada en Nicea, y la fidelidad de la Iglesia a su propia misión que es llevar la salvación al mundo.

Para nosotros es difícil ser justos tratándose de tiempos de costumbres rudas. La sangre corrió a menudo en Alejandría. Epifanio dice de Atanasio: «Persuadía, exhortaba, usaba la fuerza y la violencia». Cuando es atacado se defiende. Cuando él es más fuerte, el adversario pasa un mal rato. Es la debilidad de los intrépidos, el no controlar sus fuerzas y sobrepasarse algunas veces; en Atanasio nada respira dulzura. A fuerza de combatir se hace polémico; a fuerza de ser atacado se complace en la apología personal; a fuerza de recibir golpes, acaba por darlos, y fuertes.

El obispo de Alejandría se yergue a menudo solo ante la herejía. ¿Puede acusarse por identificarse con la ortodoxia? Seguro de su derecho, no desperdicia nin-





gún medio para asegurarse la victoria. Ha sabido jugar con habilidad y utilizar medios dudosos. Juliano acusa su espíritu de intriga. Hay que confesar que para el emperador era un sujeto poco cómodo. Cuando cuenta los sucesos es partidista. En su *Apología contra los arrianos*, calla prudentemente los acontecimientos de Tiro.

Este luchador sin matices conoce bien a sus fieles. No es un aristócrata como Basilio, sino un tribuno y un modelo de obispo; se le podría llamar obispo de la resistencia, como al cardenal Saliège. Le preocupa su cargo pastoral y el progreso de sus fieles. Para él la fe no es patrimonio de los círculos cultos tan queridos para Clemente, sino del pueblo menudo. No se preocupa por el refinamiento intelectual. Su teología no es especulación sino firmeza doctrinal, afirmación más que reflexión. El teólogo en Atanasio está íntegramente empeñado en la acción. La misma elocuencia es para él una forma de acción. Es, como su misma persona, sin florituras, lógica, apasionada, poderosa, eficaz.

El obispo de Alejandría pone empeño en descubrir a su pueblo y hacerle amar la ascesis y la virginidad. El mismo cuenta en la *Historia de los arrianos*, cómo «mujeres solteras y dispuestas a contraer matrimonio permanecían vírgenes por Cristo, jóvenes atraídos por el ejemplo ingresaban en la vida monástica, padres e hijos se convencían unos a otros a dedicarse a la práctica de la ascesis. Viudas y huérfanos, antes hambrientos y desnudos, eran vestidos y alimentados ahora por la caridad del pueblo»; ¿hay alegría más reconfortante para un pastor?

Atanasio es de una sola pieza. Estas naturalezas monolíticas provocan las actitudes más contrarias: admiración y amistad de unos, oposición de otros. Este hombre recto tiene más el sentido de lo esencial, que de los matices. El pueblo y los monjes comprendieron que su causa era justa, que sus palabras decían verdad. Seduce no por su encanto, sino por su pasión; convence porque inspira confianza. Es el secreto de su elocuencia irresistible.

Es fuerte sin miramiento, enérgico hasta la violencia. No le reprochéis haber carecido de sensibilidad. Lyautey decía: «No se construye un imperio con doncellas». Atanasio defiende el reino de Dios con la virilidad de los violentos. No se contentó con luchar ruda pero generosamente por la ortodoxia. Se identificó con la causas de Dios hasta el punto de sacrificarlo todo, de aguantarlo todo. La prueba le purifica y le enseña a sufrir en silencio. Este violento que se ha defendido con pasión no hablará más, cuando el Papa Liberio acabe por desautorizarle. Ha pagado con su persona, ha pagado con su vida. Toda su existencia fue una confesión de fe, bronca, ruidosa y total.



La biografía comienza con el descubrimiento de la vida perfecta y sus exigencias. El Padre de los monjes, como más tarde Francisco, oye en la Iglesia la voz del Evangelio y la obedece a la letra. Después se une a los ascetas.

VIDA DE SAN ANTONIO (*)

Nacimiento y educación de Antonio (251-269)

Antonio era egipcio de nacimiento, hijo de padres nobles bastante ricos. Cristianos ellos mismos le educaron cristianamente. De niño fue criado en casa de sus padres y no conoció nada fuera de ellos y la casa. Creciendo y subiendo en edad no quiso aprender las letras para evitar la compañía de otros muchachos. Todo su deseo era, como se ha dicho de Job, vivir con sencillez en su casa. Iba con sus padres a la casa del Señor. De niño no fue perezoso; al avanzar en edad no despreció a sus padres sino que les estaba sumiso; atento a las lecturas, conservaba interiormente su fruto. A pesar de la fortuna bastante considerable de los suyos, el niño no les importunaba por tener una comida abundante y variada, no buscaba en eso el placer. Contento con lo que encontraba, no exigía nada.

Huérano, se desprende de sus bienes

A la muerte de sus padres quedó solo con una hermana pequeña. Con dieciocho años de edad cuidó de la casa y de su hermana. Menos de seis meses después de su luto, yendo como acostumbraba a la iglesia, pensaba en sí mismo, meditaba caminando cómo los Apóstoles dejaron todo por seguir a Cristo, cómo, según *los Hechos de los Apóstoles*, los fieles vendían sus bienes, llevaban el dinero, lo ponían a los pies de los apóstoles, y los daban para utilidad de los necesitados. ¡Qué esperanza ponía en los cielos! Ocupado el corazón con estos pensamientos, entró en la iglesia. Sucedió que se leyó el Evangelio y oyó al Señor que decía al rico:

(*) *Vida de San Antonio*, 1-4.

«Si quieres ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, luego ven y sígueme, tendrás un tesoro en el cielo» (34). Habiendo recibido de Dios el recuerdo de los santos, como si la lectura hubiera sido hecha para él, Antonio salió rápidamente de la iglesia. Los bienes que poseía de sus padres, trescientas labradas de excelente tierra fértil, los regaló a la gente del pueblo para no verse entorpecido por ellos, él o su hermana. Vendió todos los muebles y distribuyó a los pobres el dinero que sacó, salvo una pequeña parte reservada a su hermana.

Sus comienzos en la ascesis

Entrando otra vez en la iglesia oyó en el Evangelio al Señor que decía: «No os preocupéis del mañana» (35). No aguantando más distribuyó esta reserva entre la gente sencilla. Encomendó su hermana a vírgenes conocidas y fieles, la puso en una casa de vírgenes para que fuera educada allí. En cuanto a él, se dio al aprendizaje de la ascesis delante de su casa, atento a sí mismo y sometándose a una dura disciplina. En Egipto no había aún muchos monasterios y el monje no sabía absolutamente nada del desierto. El que quería estar disponible para sí mismo, se ejercitaba no lejos de su mismo pueblo. Vivía entonces en el pueblo vecino un anciano que llevaba vida solitaria desde su juventud. Antonio le vio y le emuló en el bien. Primeramente comenzó por habitar también él en los alrededores del pueblo. Desde allí, cuando oía hablar de algún asceta, como una abeja prudente, le buscaba y no volvía a su propio eremitorio sin haberle visto; habiendo tomado de él como un viático para caminar en la virtud, volvía a su sitio. Así pues, al principio allí permaneció, se afirmó en su resolución de no volver a los bienes de sus padres y de no acordarse de sus amistades. Todo su esfuerzo, toda su aplicación iba dirigida hacia el esfuerzo ascético. Trabajaba con sus manos porque había oído: «El que no trabaja, que no coma» (36). Con una parte de lo que sacaba compraba pan, y lo demás lo daba a los necesitados. Habiendo oído que hay que orar sin cesar en el retiro, oraba continuamente. Estaba tan atento a la lectura que nada de la Escritura se le escapaba, y la memoria le hacía el papel de los libros.

Se instruye junto a otros ascetas y se esfuerza en imitar sus virtudes

Obrando así, Antonio era amado por todos. El mismo se sometía con gusto a los celosos (ascetas) a quienes visitaba y se instruía con ellos sobre la virtud y la ascesis propia de cada uno. En uno contemplaba la amabilidad, en otro la asiduidad a la oración;

(34) *Mateo*, 19,21.

(35) *Mateo*, 6,34.

(36) *2 Tes.*, 3,10.

en éste veía la paciencia, en aquél la caridad hacia el prójimo; de uno subrayaba las vigili- as, de otro la asiduidad en la lectura; admiraba a uno por su constancia, a otro por sus ayunos y su descanso sobre la tierra desnuda. Observaba la mansedumbre de uno, y la grandeza de alma del otro; y en todos observaba a la vez la devoción a Cristo y el amor mutuo. Así, repleto, volvía al sitio donde él mismo se daba a la ascesis, condensando y esforzándose en incorporar en sí las virtudes de todos. De sus contemporáneos no estaba celoso más que en un punto: no serles inferior en lo mejor. Y lo hacía de tal manera que nadie se molestaba por ello, sino que todos se sentían gozosos a causa de él. Todos los habitantes del pueblo y las gentes de bien que tenían contacto con él, al verle así le llamaban amigo de Dios, y unos le amaban como a un hijo, otros como a un hermano (37).

Hilario de Poitiers

† 357



(37) Traducción francesa B. Lavaud, aparecida en *Vies des pères du désert*, col. *Ictys*, núm. 4, París, 1961, pp. 23-26.
Estudio de conjunto antiguo, pero de valor: F. CAVALLERA, *Saint Athanase*, París, 1908.

El primer escritor latino de la Iglesia aparece en las Galias, es Hilario de Poitiers. En el siglo cuarto, según el juicio certero de Plinio, la Galia «es Italia, más bien que una provincia». Desde hacía casi un siglo la evangelización había llegado al Atlántico. Burdeos y sin duda Toulouse tienen obispo desde el siglo tercero. Poitiers les sigue de cerca.

Entre las provincias romanas, Aquitania era considerada en la época constantiniana como uno de los focos más resplandecientes de cultura cuya expansión acabó por llegar a Poitiers. Hilario pertenece a una de las familias patricias de la ciudad, ricas, ansiosas de cultura y más aún de bienestar. Su ideal es «ser rico y no hacer nada», según nota el mismo Hilario.

En busca de Dios Más aún que la nobleza de sangre, Hilario posee la nobleza de alma, que le permitía estar por encima de la mediocridad y buscar algo mejor que una vida culta y fácil. Es de esos hombres exigentes que buscan y toman sus decisiones después de una madura reflexión. Nada les hace desviarse del camino que se han trazado una vez. Animosos sin fanfarronería, son constantes ante la prueba y la adversidad.

La historia ha comparado a menudo a Hilario con Atanasio. Contemporáneos como eran, defienden en la época del arrianismo una misma ortodoxia; uno u otro soportan el destierro lejos de sus fieles por causa de su fe. Mirándoles más de cerca aparecen las diferencias: Atanasio nacido en una familia cristiana es automáticamente hombre de Iglesia, Hilario es un buscador, que encuentra a Dios lentamente. El primero es un pastor excepcional, un hombre de acción; el segundo le supera por el pensamiento y la cultura.

Hilario es un aristócrata en el sentido más noble del término; une la finura a la grandeza de alma, como dice el obispo de Verceil, que le ha juzgado viéndolo actuar. Este hombre de saber no cuida de brillar, sino de convencer. La gracia en él ha desarrollado los ca-



nes más bellos de una naturaleza rica, equilibrada y generosa.

Nacido en el paganismo, Hilario se había casado; es sin duda padre de una hija, si la carta «a su hija Abra» es auténtica. En el comienzo de su tratado de la *Trinidad* se alarga bastante sobre el camino que le condujo hasta el Dios cristiano. En él marca las etapas de sus sucesivos descubrimientos. El libro de Moisés le ofreció «el testimonio que el Dios creador se da a sí mismo en estos términos: *yo soy el que soy...* Yo estaba lleno de admiración por esta perfecta definición de Dios, que traduce en palabras apropiadas a la inteligencia humana el conocimiento incomprensible de Dios».

La lectura de San Juan remata su descubrimiento aclarándole que Dios era Padre y se había revelado por su Verbo hecho carne. «Mi alma recibió con alegría la revelación de este divino misterio. Porque, por la carne me aproximaba a Dios y por la fe era llamado a un nuevo nacimiento. En mi poder estaba obtener la regeneración de lo alto».

La fe que Hilario abraza y que quiere exponer íntegramente no es para él un sistema, sino ante todo una historia, su historia y su descubrimiento. Este espíritu reservado y parco en palabras hasta el punto de desesperar a sus traductores, nos hace aquí la confianza de lo que le es más íntimo. Los arrianos no habían contradicho solamente la doctrina de su Iglesia, sino que le herían en lo que había llegado a ser la razón de su vida, de su esperanza. Violaban la elección de su corazón.

En vano intenta Hilario ocultarse detrás de una frase elíptica, sobria y reprimida; arde en frío. Este espíritu desligado lleva dentro la fuerza de los mansos y la pasión de los silenciosos. Cuando recibió el Bautismo nada en apariencia modifica el curso de su vida.

Se integra sencillamente en la comunidad cristiana de Poitiers y permanece laico. Se consagra a una vida de piedad y al estudio de las Escrituras. Lee con especial interés el Evangelio de Mateo después del de Juan. Hacia el 350 murió el obispo de la ciudad. Ni siquiera conocemos su nombre. ¿Se trataba quizá de Magencio, hermano de Maximino, obispo de Tréveris, cuya casa se refugió Atanasio? No podemos decirlo con certeza. El pueblo cristiano se reunió y, por aclamación escogió para obispo a Hilario. El aceptó con sentido de servicio y de nuevas responsabilidades.

El obispo va directo a lo esencial; en primer lugar se consagra a la predicación. Explica a los fieles el Evangelio de Mateo que acababa de leer, dándoles el sentido espiritual de la letra. Afortunadamente hemos conservado el texto de este comentario. No siempre era fácil seguirle, aun hoy día es difícil entenderlo. Sus fieles más que seguirle le admiraban. Este pueblo de gente sencilla intuye a los hombres de calidad y tiene la nobleza de reconocerlo.

En vano intenta Hilario quedarse con Martín, el futuro apóstol de la Galia, en calidad de diácono. Quizá organizó a sus sacerdotes en comunidad. Vive lejos de Roma y lejos también de las controversias arrianas. El mismo confiesa «no haber oído nunca hablar del símbolo de Nicea, antes de ir al destierro». Poitiers estaba al otro extremo del Imperio. La paz sólo quedaba aplazada.



Hasta el 353, en la Galia nadie se había preocupado de la disputa arriana que desgarraba a Oriente. Sólo el obispo de Tréveris, que había dado asilo a Atanasio, había estado mezclado en la controversia. Hilario se mantuvo al margen de los Concilios de Arlés (353) y de Milán (355), provocados por el emperador Constancio, que habían depuesto de nuevo a Atanasio, uniendo el Occidente a la causa arriana.

En el 355, Hilario se pone a la cabeza del movimiento de resistencia a la acción imperial apoyada por Saturnino de Arles, furriel del arrianismo. ¿Cómo han llegado las cosas hasta ese punto? Nosotros nos vemos reducidos a conjeturas. Lo cierto es que el obispo de Poitiers organiza una reunión de obispos galos y les hace rectificar su decisión de Arlés; éstos se separan de los obispos arrianos y se niegan a condenar a Atanasio. La réplica del emperador no se hizo esperar. Hilario fue desterrado al Asia Menor, al centro de la Turquía de hoy. La prueba se convirtió en provechosa, ya que le permitió familiarizarse con la teología oriental.

El destierro Desde el año 356 al 359, Hilario vive y viaja por el país. «Estoy alegre en mi prisión, ya que la palabra de Dios no puede estar encadenada». A decir verdad, el destierro dejaba al obispo una gran libertad que él utiliza para documentarse. Visita las iglesias, interroga a los obispos, establece comparaciones.

Halla una Iglesia próspera, un clero instruido y elocuente. La teología agitaba la opinión y el mismo pueblo se apasionaba por la controversia. Pasado el primer resplandor Hilario descubre con profundidad la situación religiosa y los estragos del arrianismo.

Ante la confusión doctrinal y la proliferación de los errores se decide a escribir algo con el fin de establecer con claridad la doctrina ortodoxa sobre la Escritura y los argumentos teológicos. Se pone a trabajar inmediatamente y redacta su obra principal, *Sobre la Trinidad*, titulada anteriormente, quizá con más acier-

to, *De la fe contra los arrianos*. Es un monumento teológico como el que no poseía aún Occidente. En él aborda el misterio de Dios con un respeto infinito: «Heme aquí, obligado a aplicar mi torpe palabra para explicar los misterios inenarrables y exponer a los riesgos de la lengua humana, estos misterios que hubiera sido necesario guardarlos en el secreto de nuestras almas». El libro comienza con el relato de su conversión.

Para Hilario la teología no es nunca curiosidad del espíritu, sino acercamiento al Dios vivo. Su concepción merece ser puesta como base de toda investigación teológica digna de la Tradición. Sólo ella pone al resguardo de la esclerosis y de la decadencia llegando, remontando el río, hasta la fuente.

Frecuentando el Oriente, el obispo pierde un poco de su dureza occidental. Emprende una obra de conciliación, a la que le predisponía su naturaleza pacífica, intentando descubrir en las fórmulas promulgadas desde el 325 su parte de verdad. Justifica lo que no es malo y se esfuerza por interpretar de manera ortodoxa lo que es posible. Entra en relaciones con sus adversarios: «Nunca he pensado que fuera criminal entre vistarme con ellos, entrar en sus casas de oración sin compartir su fe, ni esperar que pudieran trabajar con nosotros por la causa de la paz».

Con el trato, constata la parte de verdad que hay en ellos, también la parte de confusión y el abuso de la logomaquia que envenenaba el conflicto arriano. No fue bien visto por los medios ortodoxos, por aquellos que no saben conciliar la verdad con la caridad, la intransigencia en la doctrina con el respeto a las personas. Hilario es tenido como sospechoso y acusado por los intransigentes.

El obispo asiste al sínodo de Seleucia sin conseguir avenencia. Tampoco tuvo más éxito con el emperador, a quien visitó en Constantinopla. Además fue también traicionado por sus propios compatriotas, lo



occidentales, cuya ortodoxia sin embargo había enriquecido. Esto le dolió. Su tristeza la expresa en una elocuente invectiva que muestra la pasión que abrazaba a este hombre calmoso: «Un esclavo, y no digo un esclavo bueno sino regular, no puede soportar que se injurie a su amor; le venga si puede hacerlo. Un soldado defiende a su rey, con peligro de su vida, haciendo de su cuerpo una muralla. Un perro ladra al menor viento, acude a la menor sospecha. Vosotros oís decir que Cristo, el verdadero hijo de Dios, no es Dios. Vuestro silencio es una adhesión a ese blasfemo y os calláis. ¡Qué digo! protestáis contra los que reclaman, unís vuestras voces a los que quieren ahogar las de aquellos».

Hilario es enviado, por fin, a Occidente por los mismos arrianos como «aguafiestas del Oriente». Se consagra a restablecer la fe ortodoxa en Occidente. El destierro y los acontecimientos le habían mostrado la debilidad de las posiciones teológicas frente a un poder fuerte. En el sínodo de París (361), obtiene la excomunión de los dos líderes del arrianismo en la Galia, los obispos de Arlés y de Perigueux. Para los demás obispos una vez más Hilario da pruebas de moderación y juicio, lo cual desagradó a los rigoristas. Su principio fue mantener en sus puestos a los obispos que reconocieran los errores pasados. Esto fue la salvación de la Galia cristiana. «Todo el mundo reconoció, escribe Sulpicio Severo, que nuestra Galia quedó libre de la criminal herejía por el celo de Hilario de Poitiers».

La vuelta a Poitiers Al volver a su ciudad episcopal, Hilario encuentra a Martín, que le describe la derrota de la ortodoxia en el norte de Italia. En el 364, en el momento de advenimiento del nuevo emperador, Valentiniano, el obispo de Poitiers creyó llegado el momento de su intervención en Italia. Organizó en Milán una reunión de obispos italianos, que se esforzó, pero en vano en apartar de la sede episcopal de la ciudad al arriano Auxencio. Este supo mantenerse, gracias a su habilidad, hasta su muerte (373). En tiempos de su sucesor Ambrosio, aún serán sensibles sus daños.

Este fracaso hirió a Hilario. A su vuelta redactó un libelo *Contra Majencio*, donde denunció con valentía la intervención del emperador en materia religiosa. Después de lo cual el obispo se retiró de la escena de la controversia. Hilario pasa los últimos años de su vida en la paz y la tranquilidad. La ortodoxia iba progresando. El obispo podía dedicarse a la meditación de la Biblia. Podía volver a enseñar a los fieles y explicarles el salterio.



El escritor De este período nos queda un comentario de cierto número de salmos. Como Orígenes y Atanasio saca de ellos el sentido espiritual. Los tres libros del salterio que él comenta describen el itinerario del hombre hacia «el descenso del verdadero sábado para el que hay que prepararse». Reunió los documentos que concernían al arrianismo para describir su historia.

Hilario compone himnos litúrgicos para familiarizar a los fieles con la teología, proteger su ortodoxia e incorporarles más íntimamente a las celebraciones. Indudablemente había admirado la riqueza de los cantos de la liturgia oriental y había visto la pobreza y el retraso del Occidente cristiano. Su esfuerzo no fue un éxito. Era demasíadamente hombre de pensamiento como para captar el pulso popular. Ambrosio conseguirá más en Milán. El obispo de Poitiers murió el año 368.

Hilario era un hombre de meditación, capaz de acción y de iniciativa, disponible siempre para Dios y para los hombres. No tenía ambiciones humanas, pero estaba a la altura de las tareas más difíciles. Se entregó al Evangelio sin volver la vista atrás. El cargo episcopal lo recibió con tanta sencillez como hubiera vivido en los puestos inferiores. En él manifestó las cualidades de un jefe, la decisión, la moderación, la suavidad y la firmeza. Nos recuerda a San Cipriano.

Este conductor de hombres se aprovecha de la desgracia. El destierro le instruyó. Sabe observar, sacar consecuencias, pesar una situación. Este implacable adversario del arrianismo hace gala de moderación y delicadeza en presencia de los hombres y de su susceptibilidad. Su personalidad se impone por donde pasa, porque impone confianza y respeto.

Su prestigio era inmenso. Jerónimo dice que su nombre era universalmente conocido y admira el lenguaje de este obispo, calzado de «coturno galo: el resplandor de su confesión, el celo de su vida y el vigor de su elocuencia brillan a través de todo el Imperio romano».

Hilario es un obispo culto. Aunque no conocía el hebreo, el griego lo aprendió en el destierro. Estuvo en contacto con la filosofía. Es un pensador original, más profundo que claro. Se vanagloria de escribir bien. Su lenguaje es vivaz pero elíptico, es amigo del lenguaje bello, pero enemigo del énfasis. Tiene cuidado de la composición y de dar a sus obras un armazón sólido. Si alguna vez se deja arrastrar, se excusa de ello como de una falta.

Este dominio del lenguaje oculta a un hombre sensible y profundamente religioso. Su calidad espiritual se descubre a menudo, cuando la exposición acaba en oración y nos descubre al hombre de Dios (37 b). Cuando se entrega a la discusión teológica es siempre con repugnancia: eso era poner la mano sobre el arca de la alianza. El contacto con el pensamiento oriental a hecho ver mejor a este occidental que Dios no es el objeto, sino el sujeto de la teología. Esta bocanada de aire llegado de Capadocia y de Alejandría, no es el menor de sus méritos. Agustín le ha eclipsado quizá demasiado, pero ha llegado después y se inspira en él. Hilario merecería ser mejor conocido y medido en su justo valor.

Difícilmente se le descubre y los que le descubren no le abandonan ya. El estilo, el pensamiento, es el hombre, y el hombre es grande.



(37 b) Ver el texto que publicamos. Con él se cierra el tratado de la Trinidad.

Dios es la presencia universal y el misterio impenetrable. Lo encontramos en todos los sitios, sin que nuestra inteligencia pueda nunca estrecharle.

PROFESION DE FE (*)

Por el tiempo que me lo permita la vida que Tú me has dado, Padre santo, Dios todopoderoso, quiero proclamarte como el Dios eterno, y como el Padre eterno. No cometeré jamás el ridículo ni la impiedad de establecerme en juez de tu infinito poder y de tus misterios, de anteponer mi débil conocimiento a la noción verdadera de tu infinitud y de la fe en tu eternidad. Jamás afirmaré, pues, que hayas podido existir sin tu Sabiduría, tu Virtus, tu Verbo; el único Dios engendrado, mi Señor, Jesucristo.

La débil e imperfecta palabra humana no ciega los sentimientos de mi naturaleza en lo que a ti toca hasta el punto de reducir mi fe al silencio, falto de posibles palabras. Si ya en nosotros la palabra, la sabiduría y la virtud son la obra de tu movimiento interior, tu Verbo, tu Sabiduría y tu Virtud están en Ti, perfecta generación del Dios perfecto. Permanece eternamente inseparable de Ti, el que aparece en las propiedades así llamadas, como nacido de Ti. Ha nacido de tal manera que no te expresa sino a Ti, su autor; la fe en tu infinitud permanece entera, si afirmamos que ha nacido antes del tiempo eterno.

Ahora ya en las cosas de la naturaleza no conocemos las causas, sin ignorar por ello los efectos. Y cuando nuestra naturaleza ignora hacemos un acto de fe. Cuando miré fijamente a tu cielo con los débiles ojos de mi luz, pensé que no podía ser más que tu cielo. Cuando considero el curso de las estrellas, los giros anuales, las estrellas de la primavera, la estrella del norte, la estrella de la mañana, el cielo donde cada astro juega su propio papel, te descubro a Ti, oh Dios, en este mundo celeste, que mi inteligencia no puede abarcar.

Cuando veo los movimientos maravillosos del mar, no solamente su íntima naturaleza, sino aun el ritmo acompasado de sus aguas, es para mí un misterio. Tengo sin embargo la fe de la razón natural, incluso cuando las apariencias son impenetrables.

(*) Tratado de la Trinidad, 12, 52, 53, 57.

Más allá de los límites de mi inteligencia, encuentro aún tu presencia.

Cuando me vuelvo en espíritu hacia la inmensidad de las tierras que reciben todas las semillas, las hacen germinar por ocultas virtualidades, después vivir y multiplicarse y, una vez multiplicadas, les aseguran en su crecimiento, no encuentro en esto nada que mi inteligencia pueda explicar. Pero mi ignorancia me permite contemplarte mejor, ignoro la naturaleza que está a mi servicio, pero reconozco en ella tu presencia.

Yo mismo no me conozco: pero cuanto menos me conozco más te admiro. Experimento, sin conocerlos, el mecanismo de mi razón y la vida de mi espíritu: y esta experiencia te la debo a Ti, que, más allá de la inteligencia de los principios, das a tu arbitrio, para nuestra alegría, el sentido de la naturaleza profunda. Si te conozco, ignorándome a mí mismo, y si mi conocimiento se trueca en veneración, no quiero en absoluto aminorar en mí la fe en tu omnipotencia, la cual me sobrepasa enormemente. Así, no puedo pretender concebir el origen de tu Hijo, único: sería erigirme en juez de mi Creador y mi Dios.

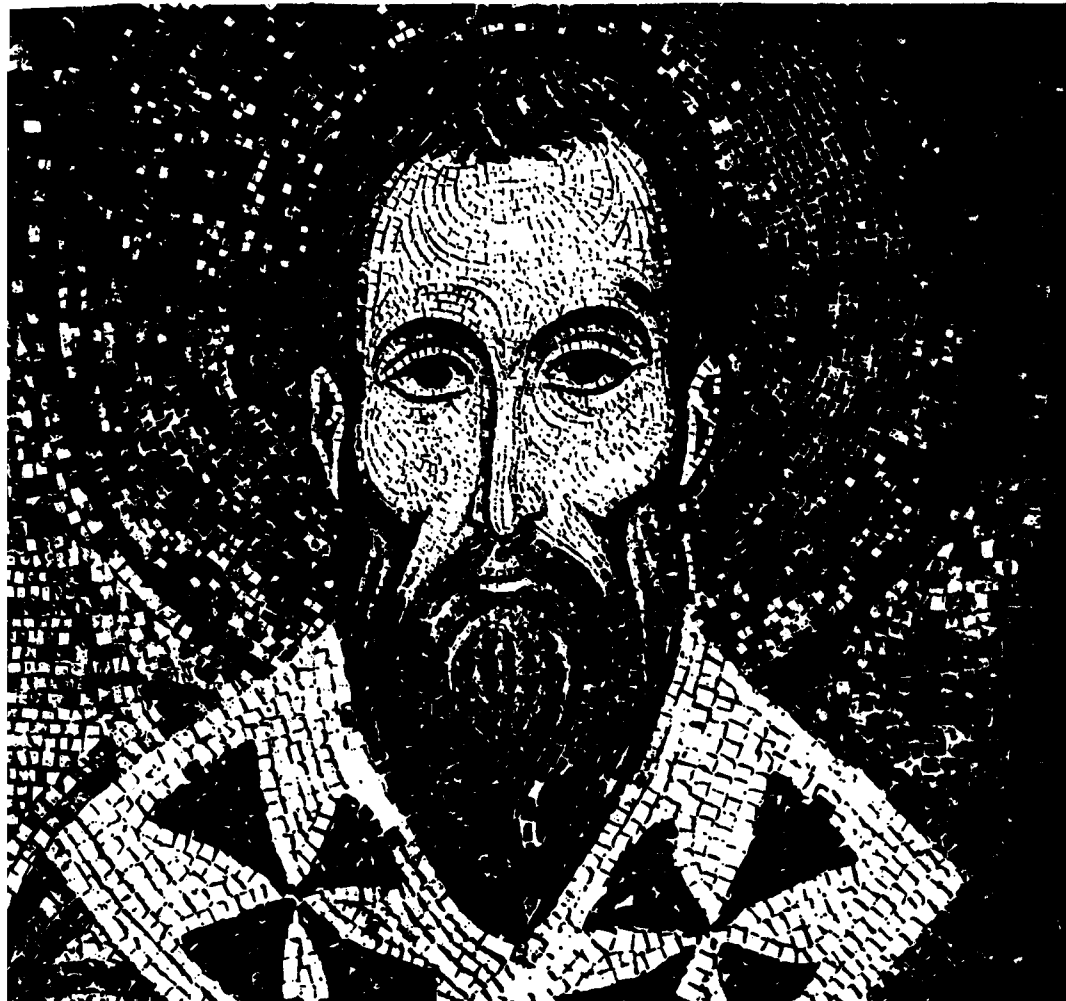
Conserva intacto, te ruego, el respeto de mi fe, y hasta el fin de mi existencia, dame esta conciencia de mi saber, que guarde firmemente lo que poseo, lo que he profesado en el símbolo de fe de mi regeneración, cuando fui bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Concédeme el adorarte, a Ti, Padre nuestro, y a tu Hijo contigo; ser digno del Espíritu Santo, que procede de Ti por el hijo único. Testimonio de mi fe es lo que digo: Padre, todo lo que es mío es tuyo y lo que es tuyo es mío. Señor Jesucristo, que está en Ti, que es tuyo, y está cerca de Ti, sin dejar de ser Dios, que es alabado por los siglos de los siglos. Amén (38).

(38) Traducción francesa de A. Hamman, aparecida en *Les chemins vers Dieu*. Col. *Letys*, núm. 11, París, 1967, pp. 190-191, 194. Biografía antigua ya de A. Largent, París, 1902. Varios temas que hay en preparación van a renovar el tema.

Basilio de Cesarea

7 3 / G 0 / 7 († 379)



La franja del Asia Menor estaba desde tiempos remotos colonizada por la cultura griega, cuando en el interior, Capadocia, el centro de la actual Turquía, era aún un puro esbozo. Las ciudades eran poco numerosas, las costumbres rudas, como el clima de los dilatados inviernos. El país había producido más esclavos que letrados. Los atenienses ironizaban sobre el acento y la pronunciación defectuosa de los capadocios, como un parisino, al escuchar a un alsaciano. El mismo Basilio hablaba lentamente, como queriendo cuidar su dicción corregida en Atenas.



La Capadocia cristiana Los cristianos eran numerosos en el país, desde que Gregorio Taumaturgo, discípulo y amigo de Orígenes, predicó allí el Evangelio. Desde el siglo cuarto Cesarea era una ciudad culta. Como las otras ciudades tenía sus teatros, sus termas y sus fiestas. Las familias aristocráticas enviaban a sus hijos más dotados a las escuelas. Si Capadocia había tardado en cultivarse, ahora tomaba ración doble. Suministró simultáneamente a la Iglesia tres hombres de un valor excepcional: Basilio, su hermano Gregorio de Nisa, y el amigo de Basilio, Gregorio de Nacianzo.

Basilio está marcado desde su nacimiento. Su familia es cristiana desde antiguo. Su padre es un retórico estimado, su madre una mujer de fe. Dos personas tuvieron especial influencia en el joven, su abuela, viuda de un mártir y su hermana mayor, Macrina, una santa.

Basilio no parece haber recibido el Bautismo en su edad temprana. La costumbre de bautizar a los niños se había perdido, lo cual denota en esta época un cierto relajamiento, hasta en las familias más cristianas. El fervor de la época de las persecuciones se ha entibiado.

De naturaleza débil, el mayor de los hijos, se ve rodeado de atenciones. Parece haber sido el hijo pre-

dilecto. Está admirablemente dotado. Su padre es su primer maestro. Después marcha a Cesarea, donde se hace gran amigo de Gregorio Nacianceno. Como más tarde en la edad media, el estudiante peregrinaba de ciudad en ciudad, de escuela en escuela. Basilio frecuenta los maestros de Constantinopla y después los de Atenas, la ciudad universitaria por excelencia, donde el joven capadocio podía admirar el esplendor del Partenón y la suavidad de la luz ática. La amistad de Basilio y Gregorio se hace allí profunda. Desde entonces son inseparables, como dicen los estudiantes.

El joven convertido Basilio ha asimilado profundamente la cultura clásica para cuando vuelve a Cesarea, donde enseña retórica. La vida mundana y el éxito le embriagan. Su hermana vigila. Le hace tomar conciencia de hasta qué punto le ha cogido la vanidad. Basilio finalmente «se despierta como de un sueño profundo, cuenta él mismo. Percibí la maravillosa luz que difundía la verdad del Evangelio» (L. 223).

En este momento sin duda recibió el Bautismo de manos del obispo. Abandona su situación sumergiéndose luego en la soledad para ir a la escuela de monjes de Siria y Palestina; allí se retiraban los convertidos. Basilio lleva una vida de austeridad que agrava su enfermedad de hígado y compromete definitivamente su salud.

A su vuelta, el convertido se instala en un valle apartado, a orillas del Orontes, para vivir la vida monástica. Gregorio se le une allí. Juntos, componen la colección de extractos de Orígenes, que lleva el título de *Filocalia*. La primera obra es un homenaje al genio alejandrino. Basilio redacta en la misma época las dos *Reglas Monásticas*, que fueron de capital importancia en el desarrollo de la vida cenobítica de Oriente. Aun hoy día ellas son la base de la vida religiosa oriental.

En el 362, el joven monje viene para asistir a los últimos momentos del obispo Dianio que le había bautizado. Su sucesor, hombre más rico en bienes que en teología, sintió la necesidad de apoyarse en un auxiliar competente. Ordenó sacerdote a Basilio. A causa de una desavenencia en la que el obispo no tenía las de ganar, Basilio decidió alejarse. El Nacienceno logró un arreglo y su amigo volvió definitivamente a Cesarea, que nunca abandonará.

Muchos eran los problemas que ocupaban su atención desde aquella época. La cuestión social era particularmente grave. Los emperadores del siglo cuarto mejor hubieran hecho si en lugar de mezclarse en cuestiones teológicas hubieran intentado arreglar el problema social. Pero no es esa la costumbre de los dictadores. Los terratenientes explotaban vergozosamente a sus colonos, estado intermedio entre la esclavitud y la libertad. Una vez descontados los tributos y el diezmo, los malos años, ya nada quedaba.

En el tiempo del hambre del 368, fue terrible la miseria. Basilio describe el drama de un padre obligado



a vender a uno de sus hijos para remediar la miseria. La usura era el cáncer de la sociedad. «Las exigencias superan el colmo de la Humanidad. Tú explotas la miseria, haces dinero con las lágrimas, estrangulas al que está desnudo y aplastas al hambriento».

Lo que admira en esta época es la ausencia casi total de clase media, como en los países de América latina, en los que la situación hace pensar espontáneamente. Frente a esta miseria se desplegaba el lujo de los ricos, que era un insulto permanente a la condición de los pobres.

Basilio, que había dado ejemplo distribuyendo sus bienes. Se levanta, como lo hará durante toda la vida, contra una situación social que hería la conciencia cristiana. En su predicación aclara los grandes temas sociales de la igualdad radical de los hombres, de la dignidad de la condición humana y de la legitimidad de la propiedad, pero dentro de unos límites. Su doctrina, equilibrada, no condena la riqueza en sí misma, sino la pasión de poseer. «Poseer más de lo necesario es privar al pobre, es robar».

Nos queda aún todo un conjunto de predicaciones sociales que se imponen por la pureza de su doctrina, la solidez de la argumentación y la vehemencia de la expresión (39). Si bien todo el contexto social ha cambiado, la enseñanza social de Basilio conserva todo su valor y desgraciadamente toda su actualidad. Aceptar aquellas enseñanzas es aceptar el Evangelio de los pobres.

Su comentario sobre el *Hexaémeron* data de esta época. Son nueve sermones de Cuaresma sobre la creación, en los que Basilio esboza el panorama del cosmos. Filosofía y ciencias naturales se mezclan en su descripción, lo cual se explica cuando se conoce la curiosidad de espíritu del pueblo de Cesarea, compuesto por



(39) Publicado en *Riches et pauvres dans l'Église, ancienne*, col. *Itys* núm. 6, París, 1962.

muchos artesanos y obreros. Al satisfacer este hambre intelectual, no se limita a impartir el saber adquirido en Atenas, sino que se gana al público al que introduce en el universo de Dios.

Generalmente permanece fiel al sentido literal, a pesar de su admiración por Orígenes, dispuesto a sacar conclusiones morales que se aplican a las circunstancias de la vida ordinaria. El todo es generalmente pausado y didáctico. Pero sabe elevar el tono cuando quiere conducir a sus oyentes «como a extranjeros, través de las maravillas de esta gran ciudad del universo» (H. 6). Fue uno de los libros más admirados. Ambrosio se inspirará en él algo más tarde.

El obispo A la muerte de Eusebio (370), Basilio es el sucesor más indicado. La elección fue laboriosa. Los adversarios objetaban con su salud deficiente. «¿Os hace falta un atleta o un doctor de la fe?», repuso el anciano obispo de Nacianzo, padre de Gregorio, que hizo aceptar al candidato que se imponía.

Basilio tenía cuarenta años. Su salud era frágil. Gregorio le describe «enflaquecido por los ayunos, demacrado por las vigiliias, que no tenía casi carne ni sangre» (D. 42,44). Pero estaba en plena madurez intelectual y espiritual. Las cualidades del espíritu y del carácter se equilibraban armoniosamente en él. Poseía la clarividencia, la sabiduría y la firmeza de los jefes, estaba hecho para el gobierno.

Tenía el sentido de lo posible y tenía energía para realizarlo. Su firmeza sabía juntar la flexibilidad con la tenacidad. Se mantenía en un punto medio entre la violencia de Atanasio y la astucia de Cirilo. Todas sus cualidades estaban puestas al servicio de la Iglesia y del bien común.

Nueve años de episcopado van a sacar a la luz estas cualidades. Su primera tarea fue defender la fe. A la acción del emperador Valente opone una resistencia

inflexible. Después de la muerte de Atanasio él es quien personifica la ortodoxia. Renunciando a la lucha, el emperador le envía el prefecto Modesto como delegado suyo, el cual le amenaza. No consiguió nada. Falto de argumentos el prefecto le dice:

—Nadie hasta ahora se ha atrevido a hablarme con tal libertad.

—Tú nunca te has entrevistado con un obispo.

El interrogatorio tiene el estilo y la nobleza de las actas de los mártires. Este obispo tenía de hecho sangre de mártir.

El prestigio del obispo era tan grande que el emperador no se atrevió a mandarle al destierro. Aquel dictador era un cobarde. Prefirió utilizar medios indirectos y atacar al obispo de flanco, dividiendo Capadocia para disminuir su autoridad. El obispo no ve más que la desolación a su alrededor. Los herejes se han desencadenado y están protegidos, los fieles perseguidos. Basilio nos describe la situación en una de sus cartas.

«Digamos únicamente lo que llega ya al colmo de la miseria: las poblaciones han abandonado las casas de oración y se reúnen en los desiertos. Espectáculo lastimoso: mujeres, niños y ancianos, todos los débiles en algún sentido, están expuestos a las lluvias más violentas, a la nieve, a los vientos y al hielo de invierno, lo mismo que lo están en el verano al ardor del sol. Y todo esto lo sufren por no haber querido la mala levadura de Arrio».

Aunque el emperador persiga, amenace y castigue Basilio no vacilará. Y no se contenta con luchar, sino que escribe contra el discípulo más violento de Arrio, Eunomio, *Tres libros contra Eunomio* y después un *Tratado sobre el Espíritu Santo*.

Para colmo de desgracias, un cisma desolaba la antigua cristiandad de Antioquía. Para ponerle fin, Basilio, como apóstol de la unidad, escribe primero a



Atanasio y después se dirige al Papa: «Casi todo el Oriente, venerable Padre, se encuentra sacudido por una gran tempestad. El prodigio de vuestra caridad nos ha consolado siempre en el pasado... Ahora se trata de rehacer la amistad de las Iglesias de Dios» (L. 70).

El Papa Dámaso, engañado por un apolinarista llamado Vitalis, no dio respuesta a la carta de Basilio que se sintió profundamente herido. El obispo de Cesarea describió a Dámaso en una carta como «hombre altivo y sublime, que juzgaba desde arriba, y por ello era incapaz de oír a los que le decían la verdad desde la tierra» (L. 215).

La vida cotidiana La actividad diaria de un obispo era pesada en aquella época. Prepara a los catecúmenos para el Bautismo y predica a su pueblo. Los Padres son, ante todo ministros de la palabra de Dios. Basilio tomó a pecho su papel de doctor. Del obispo de Cesarea nos queda una serie de homilías, discursos y panegíricos.

Sabe conciliar los procedimientos de la retórica, en la que ha quedado como maestro, con la claridad de pensamiento y la sobriedad de expresión. El estilo es de una pureza ática. Formado en las escuelas de la sofística, ha utilizado mejor que ningún otro Padre el artificio para el servicio de la verdad.

Basilio es el modelo de pastor, siempre preocupado en sacar el aspecto práctico del mensaje cristiano. Es un moralista, en el noble sentido de la palabra, siempre ansioso por luchar contra los vicios individuales y sociales y forjar las costumbres cristianas en la escuela del Evangelio. Este obispo misionero es un fino sicólogo. «Conocía a fondo los males del hombre y es un médico para las necesidades del alma» ha escrito con acierto Fenelón.

El obispo de Cesarea conoce al hombre. Sabe que los ricos son a menudo piadosos y sobrios, pero raras

mente caritativos. Y escribe: «La virtud que debía serles la más fácil, la caridad, les parece la más difícil» (Hom 7,3). Nos ha dejado una descripción pintoresca, digna de La Bruyere, del hombre airado (Hom 10,2).

Las cuestiones morales y sociales no le impiden abordar temas propiamente teológicos. Lo exigían las disputas arrianas. Basilio conoce el gusto de los capadocios, aun entre la gente sencilla, por la controversia y la argumentación y señala: «Todos los oídos están abiertos para oír hablar de teología y nunca se hartan en la Iglesia de oír esta clase de discursos» (Hom 15,1). El obispo trata las cuestiones teológicas con claridad, penetración y precisión.

Entre las homilías se ha perdido un escrito que merece particular atención, el tratado *A los jóvenes sobre el modo aprovecharse de las letras helénicas*. Quiere enseñar a sus sobrinos, entonces en época de estudios, a hacer uso de los autores paganos y a situarlos en relación con los libros sagrados. El juicio de Basilio sobre la cultura clásica ha sido siempre célebre. En esta literatura, dice él, hay que seguir el ejemplo de las abejas que liban la miel y dejan el veneno. El veredicto equilibrado de Basilio y su amplitud de es-





píritu, han influido profundamente en la actitud de la Iglesia, con respecto a la cultura clásica. El libro adquirió nueva vigencia en tiempos del Renacimiento. Y sigue traducándose en nuestros días.

El obispo social Basilio no se contentó con predicar la justicia social. El dio ejemplo, cambiando el sector de la miseria, en barrio de la caridad. Se consagra a realizaciones concretas. Organiza en los arrabales de Cesarea una ciudad que el pueblo llamó Basifada. El obispo la describe en una carta a Elías, gobernador de Capadocia.

«Quizá digan que hacemos perjuicio al bien público, levantando a nuestro Dios una casa construida, y a su alrededor viviendas, una reservada al jefe, las otras, inferiores y destinadas según el rango a los servidores de Dios, que pueden también ser utilizadas por vosotros y por vuestro séquito. ¿A quién perjudicamos construyendo lugares de amparo para los extranjeros, para los que están de paso, para los que necesitan un alivio, o precisan enfermeras, médicos, y aun para los animales de carga y los que los montan? En estas construcciones es indispensable la concurrencia de los oficios que se necesitan para la vida o los que han sido inventados para hacerla decente.

Son necesarias también otras casas para las industrias, las cuales son otras tantas cosas que contribuyen a la ornamentación del lugar, dicen bien del que nos gobierna y cuyo honor recae sobre él» (L. 74; trad. A. Puech).

Había en ella una hospedería y un asilo de ancianos, con un barrio reservado a las enfermedades contagiosas; en medio de las construcciones se levantaba una iglesia. Se hicieron también viviendas para empleados y obreros. Y finalmente vino a ser una verdadera ciudad obrera con comida popular. A los co-repiscopos, que regían las campiñas, Basilio les anima a que hagan lo mismo en las zonas rurales.

La actividad de Basilio no se limita a la ciudad de Cesarea. A pesar de su precaria salud, visita las parroquias más alejadas, aisladas en las montañas. Cuida la disciplina de sus sacerdotes y pone orden en los abusos y excentricidades de los monjes. Siempre con tacto y sin dureza. Defiende ante el Estado las prerrogativas eclesiásticas. Con riesgo de su reputación acoge a una viuda, perseguida por la excesiva asiduidad de un magistrado. El prefecto, que se declara en favor de su subordinado, llama al obispo ante su tribunal. La noticia corre por la ciudad. Los trabajadores de manufacturas salen de los talleres blandiendo sus herramientas y las mujeres se lanzan a la calle. Toda esta multitud amenazadora invade el palacio para lanzarse sobre el prefecto. A éste no le queda más remedio que solicitar la protección del obispo. Y Basilio tan sereno en la prueba como modesto en el triunfo, una vez más, dijo la última palabra.

Su correspondencia El obispo de Cesarea ejerció una influencia decisiva en la organización del culto. Su nombre queda ligado a la liturgia de San Basilio, que sin duda depende de Antioquía, a la que dio una bella formulación, haciendo de ella una obra maestra de la lengua

griega. Aún hoy día es utilizada por la Iglesia bizantina en algunas festividades.

Por fin su correspondencia, una de las más considerables —cuenta con 300 cartas— nos ofrece el cuadro más vivo de la actividad y la cultura del autor. Nos permite, sobre todo, conocer mejor el secreto del hombre y nos presenta «la imagen de su vida».

A decir verdad su correspondencia se extiende a lo largo de toda su vida, pero dos tercios de ella datan de su episcopado. En las primeras, aún no se ha despojado Basilio de su coquetería literaria. Las personas a quienes se dirigían eran múltiples y variadas. Una carta está dirigida al obispo Ambrosio, otra a los obispos de Italia y de la Galia.

Muchas son cartas a amigos, ya que tenía un sentido muy profundo de la amistad. Sabía consolar, animar y aconsejar. Consuela a amigos, a Padres que han perdido algún ser querido, anima a cristianos, a sacerdotes desanimados o atacados por los herejes, a iglesias privadas de pastor. Reprime escándalos y señala los caminos de la perfección.

Como su amigo Gregorio escribe muchas cartas de recomendación. Está siempre dispuesto a prestar servicio. Defiende a una viuda contra las exacciones,

recomienda a pobres y hambrientos ante algunos dignatarios, intercede por ciudades y por amigos. La correspondencia con el pagano Libanio, célebre retórico, muestra las relaciones que podían existir entre un hombre de Iglesia y un pagano declarado.

Otras cartas tienen por objeto cuestiones teológicas o litúrgicas. Allí encontramos las cuestiones entonces en controversia, como también las relaciones entre la fe y la razón y las fuentes de nuestro conocimiento de Dios. Hay una que recomienda la comunión frecuente y otra que nos describe el oficio de vigilia.

Esta abundante correspondencia nos muestra las cualidades del hombre, la rectitud y el equilibrio de su juicio, su visión realista de las situaciones, su sentido de responsabilidad, así como su firmeza y su sensibilidad. Este jefe, dueño de su emotividad, es a la vez un hombre tierno. Nada tiene de común con el autócrata y con el solitario. Cultiva la amistad, pero está dispuesto a sacrificarla cuando lo exige el bien común o el deber. Tiene necesidad de sentirse respaldado.

Le gusta recibir cartas, pide que le escriban, que le envíen noticias. Encuentra en ello un alivio. Debió sufrir de soledad y aislamiento. Alivia sus penas confiando a otros el sufrimiento que le abrumba. Y este sufrimiento es sobre todo el del prójimo.

El hombre Basilio nos ha dejado confidencias de sus horas de desaliento, cuando le traiciona su amigo Eustato: «Yo tenía oprimido el corazón, la lengua vacilante, las manos sin fuerza, me faltaba el ánimo. He estado a punto de odiar al género humano y dudar de la amistad humana». Esta carta nos dice mucho a este respecto. La prueba duró tres años, en los cuales Basilio sufrió en silencio.

El sufrimiento de los demás le llega a lo más profundo. Lloro con los que lloran. Encuentra la palabra que no engaña y va al corazón porque parte del co-



razón. A una madre que ha perdido a su hijo en la flor de la vida le escribe: «En un principio pensé guardar silencio y no escribirle pensando: los calmantes más efectivos hacen daño al ojo inflamado; las palabras de consuelo importunan al que está sumergido en un abismo de tristeza, en el momento en que la herida está aún sangrando... No ignoro lo que es el corazón de una madre, conozco su delicadeza y su dulzura para con todos, ¡cuánto estará usted sufriendo por la desgracia que le oprime!» (L. 6).

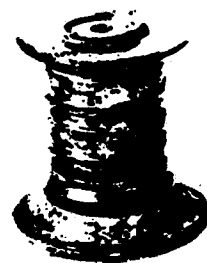
Aquí el estilo es el hombre. Este hombre, consumido por las contrariedades y las austeridades, muere prematuramente, a la edad de cincuenta años, en la que muchos obispos de hoy comienzan su actividad. La victoria está cerca, Basilio no la vio, pero la había preparado. Sus funerales fueron un triunfo. El pueblo caía en la cuenta de la pérdida. Diez años le han bastado para realizar todas sus posibilidades y hacer de él un obispo incomparable.

Un manuscrito de la biblioteca del Vaticano pinta a Basilio alto y delgado; lleva barba de monje, cabeza medio calva, sienes algo profundas y mirada pensativa. Su lenguaje era lento, lo cual él mismo lo atribuye a su torpeza capadocia. Era tan tímido que se resignaba con pesar a las discusiones públicas. Su valor es intrépido no por temperamento sino por servir a la fe. Su vida es una serie de fracasos y contrariedades. Con frecuencia no encontró más que oposición y contradicciones. Demasiado sereno, demasiado conciliador para los violentos y demasiado belicoso para los timoratos y cobardes.

Su naturaleza parecía más apropiada para el recogimiento que para la acción. Pero contrariamente a Juan Crisóstomo no está fuera de su terreno en el papel de obispo y de metropolitano. Este monje, como Ambrosio, tiene talla de gobernante. Si se le compara con Gregorio Nacianceno, gana en dominio de sí mismo y en disciplina de la voluntad, lo que pierde

en imaginación y naturalidad. No tiene alma de tribuno ni el temperamento belicoso de Atanasio: Basilio es más flexible, es el hombre de la moderación y del diálogo al servicio de la ortodoxia. Sólo podría compararse con Ambrosio. Pero el obispo de Milán no tiene ni su cultura ni su potencia teológica.

En la historia de la Iglesia existen hombres comparables al obispo de Cesarea, pero no hay ninguno que le supere. Los contemporáneos espontáneamente le llamaron —sólo a él— el Grande. El paso del tiempo lejos de anular este apelativo lo ha confirmado. Difícilmente estaría mejor merecido.



El rico debe atender a las necesidades de los pobres como a las suyas propias. Poseer más de lo necesario es privar a los pobres. El avaro es un ladrón.

HOMILIA 6 CONTRA LA RIQUEZA (*)

«¿A quién perjudico, dice el avaro, guardándome lo que me pertenece?» ¿Pero cuáles son, dime, los bienes que te pertenecen? ¿De dónde los has sacado? Te pareces al hombre que tomando sitio en el teatro, quisiera impedir a los demás la entrada y exigiera gozar solo del espectáculo al que todos tienen derecho. Así son los ricos, se declaran dueños de los bienes comunes que han acaparado porque ellos fueron los primeros ocupantes. Si no guardara cada uno más que lo necesario para las necesidades corrientes, y lo superfluo lo dejara a los necesitados, la riqueza y la pobreza estarían abolidas. ¿No has salido desnudo del seno de tu madre? ¿No vas a volver desnudo a la tierra? ¿De dónde te vienen estos bienes actuales? Si me respondes: «del azar» eres un impío, pues no reconoces a tu Creador, lleno de ingratitud para con el que te lo ha dado todo. Y si confiesas que son dones de Dios, explícanos la razón de tu fortuna. ¿La debes a la «injusticia» de ese Dios que reparte desigualmente los bienes de la tierra? ¿Por qué eres tú rico y ese es pobre? ¿No es únicamente para que tu bondad y tu acción desinteresada encuentren su recompensa, mientras que el pobre será gratificado con grandes premios prometidos a su paciencia? ¿Y tú que envuelves todos tus bienes en los pliegues de una insaciable avaricia, piensas que no haces daño a nadie privando a tantos desdichados? ¿Qué es un avaro? El que no se contenta con lo necesario. ¿Qué es un ladrón? El que quita a otro lo que le pertenece. Y tú ¿no eres un avaro?, ¿no eres un ladrón? Los bienes cuya gestión se te había encomendado los has acaparado. Al que despoja a un hombre de su ropa se le llama salteador. el que no cubre la desnudez del mendigo cuando realmente puede merece otro nombre?

(*) *Homilias y sermones*, homilía 6,6-8.

El pan que tu guardas pertenece al hambriento. El manto que encierra tus arcas, al desnudo. Al descalzo pertenece el calzado que se pudre en tu casa. Al menesteroso, el dinero que tienes enterrado. Así oprimes a tanta gente que podrías ayudar. Buenos sermones son éstos, dices tú, pero mejor aún es el oro. Parece como discutir de templanza con los libertinos: infamada a su querida y con ello avivaréis su recuerdo y los haréis más enamorados. ¿Cómo pondría ante tus ojos los sufrimientos del pobre, para que sepas a base de qué gemidos acumulas tus tesoros? ¿Qué preciosa te parecerá el día del juicio esta frase: «Venid benditos de mi Padre, recibid como herencia el Reino que os ha sido preparado desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis» (40). Temblores, sudores fríos y tinieblas te invadirán con la noticia de este juicio: «Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, estaba desnudo y no me vestisteis» (41).

No es tu rapacidad lo que se condena aquí, sino tu negativa a repartirlo.

Te he dicho lo que me parecía conforme a tus intereses; si me escuchas, son claros hasta la demasia los bienes que se te ha prometido. De otro modo hay una amenaza escrita. Esperemos que no se realice a tus expensas. Decídetes por la mejor parte, y que tus riquezas se conviertan en precio de tu salvación y te dirijan a los bienes celestiales que se te habrán preparado. Por la gracia del que nos ha llamado a todos a su Reino, para quien sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén (42).

(40) *Mateo*, 25,35-39.

(41) *Ibid.*

(42) Traducción francesa de F. Quéré-Jaulmes, aparecida en *Riches et pauvres dans l'Eglise ancienne*, col. *Ictys*, núm. 6, París, 1962, pp. 75-77.

Ver también S. Giet, *Les idées et l'action sociales de Saint Basile*, París, 1941.

SIGNIFICADO DE LOS SIMBOLOS

Como es costumbre en las Guías Prácticas, hemos caracterizado con unos signos los rasgos especiales de la vida y de la obra de los Padres. He aquí su lista.

Vida



papa



obispo



mártir



misionero peregrino

Obras



obra en griego



obra en latín



obra en siríaco



filósofo



teólogo



numerosas obras



abundante correspondencia



orador



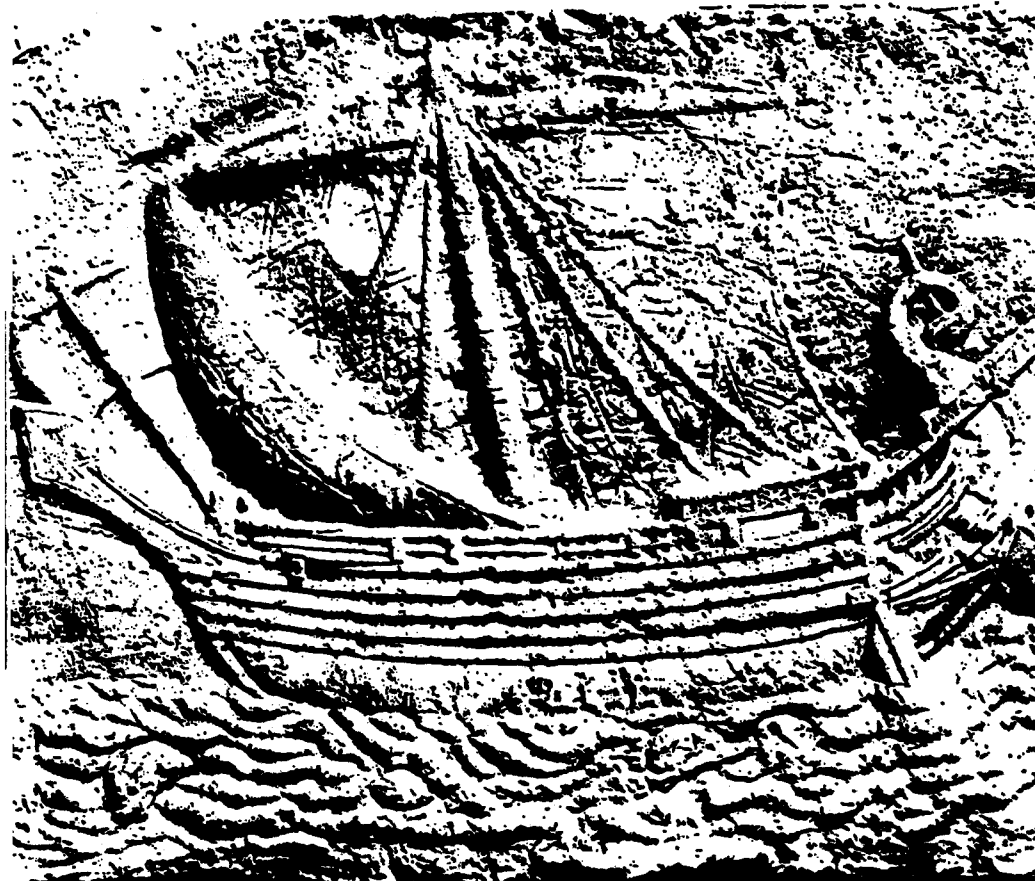
liturgia



poesía

Gregorio Nacianceno

† 389/390 / 28 († 389/390)



La historia se complace en establecer un paralelo entre Gregorio Nacianceno y su amigo Basilio. A decir verdad, estos dos hombres eran lo más diverso que pueda imaginarse: sería como casar la acción y el ensueño, la disciplina y la poesía o el dominio y la sensibilidad. Se completaban a maravilla y se enriquecían mutuamente. Gregorio halló en Basilio la firmeza de carácter que le hacía falta. Nunca se libró de su tutela, presto a quejarse cuando su amigo ejercía su influjo o su autoridad.

No hay biografía más fácil de escribir, dada la cantidad de confidencias que llenan sus escritos. Pero no hay que dejarse engañar por un cierto lirismo literario. Romántico, antes de tiempo, Gregorio no podía escribir sin hablar de sus angustias y de sus sufrimientos. Comparado con Basilio, carece incluso de discreción. No oculta los defectos cuya primera víctima es él. Desarma toda severidad.

Juventud Al igual que Basilio, Gregorio procede de un medio aristocrático de Capadocia. Su familia era adinerada. El padre pertenecía a una secta judeo-pagana, la madre Nonna, era una cristiana notable. Gregorio, que debía tener de ella una sensibilidad algo femenina, habla de su madre en términos exquisitos. Los padres habían estado mucho tiempo sin tener hijos, viviendo desolados.

Nonna hizo todo lo posible por atraer a su marido a la fe. Acabó por vencer, su marido se convirtió y llegó incluso a ser obispo de Nacianzo. El tardío nacimiento de Gregorio, el primer hijo, fue una gran alegría. Su madre lo ofreció y consagró a Dios. No tuvo ninguna dificultad en educar religiosamente a una naturaleza tan flexible, en la que las costumbres paganas no tuvieron ningún influjo y que encontraba en la palabra de Dios «un sabor más rico que la miel». Es una de esas naturalezas privilegiadas a las que no llega el mar de fondo de la pasión. Parecen naturalmente cristianas.



Lo cual no impedía que Gregorio libara todos los tesoros de la cultura que la antigüedad pagana podía ofrecerle, sin sufrir nunca su influencia moral. Más tarde confesará que «tenía un amor ardiente por las letras antes de que sus mejillas tuvieran vello». Jamás traicionará esta pasión, reconciliando así la Iglesia con la poesía y la cultura. Ama a Dios tan espontáneamente como las letras.

Gregorio frecuentó las escuelas más célebres de su época; Cesarea, donde se unió con Basilio, Cesarea de Palestina, Alejandría, y finalmente Atenas. Durante la última travesía por Grecia que fue peligrosa, volvió a hacer, en nombre propio, la promesa hecha por su madre de consagrarse a Dios.

Gregorio amó la vida de estudiante. Se recreó en contar los recuerdos, las «novatadas» de los recién llegados, la variedad de los estudios que nunca pusieron en peligro sus convicciones religiosas. Su amigo Basilio le ayudaba mucho en este aspecto. La filosofía, el lenguaje sobre todo como medio de expresión, la poesía con la que sentía tantas afinidades y en general el estudio, le agradaban y le atraían más que la acción. Tuvo la debilidad de prolongar su estancia en Atenas más tiempo que su amigo, ya que se le quería ofrecer una cátedra de elocuencia. ¿Había encontrado quizá en la enseñanza su verdadera vocación?

A su vuelta de Capadocia, se hizo retórico. «Danzaba para mis amigos», nota él con ironía y sin ilusión, en sus confesiones, llamadas *Poema de mi vida*. Era un orador nato. Su cultura, su sensibilidad, su entusiasmo, todo le servía. Su elocuencia correspondía más al gusto de su época que al de la nuestra, hoy nos parece demasiado ampuloso.

Tenía el alma demasiado madura, y también demasiado inquieta para dejarse llevar por el retintín de las palabras o por el colorido de las imágenes. Desde su vuelta, Gregorio se encuentra solicitado entre la

vida contemplativa y la vida activa. Naturalmente esto le desgarró. Conserva la nostalgia de la vida despreocupada del estudiante; la vida cotidiana con sus sujeciones le exaspera. Durante toda su existencia no cesará de debatirse sin tomar nunca una decisión definitiva. La vida solitaria y la meditación filosófica y espiritual le atraen. «Nada me parece más maravilloso que acallar los sentidos y, fuera de la carne y del mundo, entrar en sí para conversar consigo mismo y con Dios, más allá de las cosas visibles».

Su sensibilidad enfermiza no pudo nunca ser acallada. Tiene necesidad de simpatía, quizá simplemente de público y de presencia, como todos los angustiados. Basilio le atrae en su soledad, pero Gregorio no encuentra provecho en ello. La firmeza de alma le es necesaria y le violenta a la vez. El se resiste.

El cristiano y el obispo

Bajo la presión de sus padres, a los que no quería contrariar, Gregorio acabó por fijarse en Nacianzo. Allí recibió el Bautismo de manos de su padre. Este último era de edad avanzada, un poco superado por su cargo. Sentía la necesidad de apoyarse en una fuerza más joven. La comunidad también lo deseaba. De modo que Gregorio fue ordenado sacerdote por su padre. No le agradó la presión de que fue víctima y más tarde se quejaba de lo que él llamaba la «tiranía». Huyó y se refugió junto a Basilio. ¿Era repugnancia ante las responsabilidades o respeto de la grandeza del sacerdocio? Reconfortado por su amigo volvió meses más tarde, con una herida secreta debida más a su naturaleza que a las circunstancias. Aún conservamos el primer sermón que pronunció a su retorno el día de Pascua del 362 (43). Allí se descubre el hombre, tierno y sensible, pero también teólogo cuidadoso de la fe; su pensamiento lo formula dentro de una experiencia personal.

(43) Lo publicamos más adelante, p. 182.



En adelante su padre podía apoyarse en él. Este hombre sensible y aun irritable, ejerció una influencia pacificadora en el momento que las discusiones teológicas amenazaban con romper la unidad y la paz. Por encima de su sensibilidad, estaba imbuido por una fe que le hizo sacrificar sus gustos para servir y encontrarse a la altura en las tareas más arduas. «Sabía exigirse, cuando era preciso, superarse a sí mismo» (A. Puech).

Cuando, hacia el 371, el emperador Valente dividió Capadocia en dos partes, Basilio, para consolidar su autoridad, multiplicó los sufragáneos y creó para Gregorio el obispado de Sasimes. Una vez más accedió Gregorio por no atreverse a decir que no. Fue consagrado por su amigo, pero no llegó nunca a ocupar su puesto «poblado de extranjeros y vagabundos». Se niega a ir a defender a «las gallinas y a los lechones» escribe, en una carta a Basilio de Cesarea. Cuando diez años más tarde vuelve a acordarse de esto aún no está curado su amargor.

Por el momento, Gregorio queda junto a su padre en Nacianzo. Predica en las festividades litúrgicas y de los santos. De esta época conservamos un extraordinario sermón en favor de los pobres. «Todos somos pobres ante Dios...» (44) El debate riqueza-pobreza está inscrito en el movimiento del hombre hacia Dios. El pobre es la imagen de nuestra condición dentro del mundo y de su misterio. El hombre no puede escapar a la nada y a la ilusión más que encontrando al Dios vivo.

Inestable, el Nacienceno se fugó varias veces. Volvió cuando decayeron las fuerzas de su padre y permaneció junto a él hasta su muerte. Los fieles hubieran querido que él sucediera a su padre. Para escapar a su cerco huyó de nuevo, para darse una vida de retiro y de contemplación.

(44) Publicado en *Riches et pauvres dans l'Eglise ancienne*, col. *Itys*, núm. 6, pp. 105-134.



En Constantinopla Basilio muere el 379. El arrianizante emperador Valente, había caído en la batalla de Andrinópolis el año anterior. Graciano se asocia a Teodosio en la dirección del Imperio; juntos los dos restablecen la ortodoxia. Los desastres que se habían ido acumulando eran graves. En Constantinopla casi todas las Iglesias —Santa Sofía, la iglesia de los Santo Apóstoles— estaban en manos de los herejes. Los católicos no eran más que un pequeño rebaño y sin pastor. Estos se dirigen a Gregorio para que tome su dirección. El acepta. Hacía falta valor. Este hombre tímido era capaz de energía, quizá para convencerse a sí mismo. Gregorio reunió a sus fieles en una capilla, abierta en la casa de un pariente suyo, a la que dio el nombre de Resurrección. Allí pronunció los cinco discursos teológicos que le valieron el sobrenombre de teólogo. En ellos desarrolla la doctrina sobre Dios y sobre la Trinidad, contra los arrianos y sus cómplices.

Son los días en que Jerónimo pasa por la ciudad y puede admirar el talento del capadocio «junto al que los latinos no pueden poner otro igual». La elocuencia y el atractivo de Gregorio causaron admiración. El auditorio aumentó, la clientela se hizo más y más selecta. No se hicieron esperar las dificultades.

Gregorio tuvo una pequeña discusión con la comunidad en la que conspiraba un aventurero llamado Máximo, que se hacía pasar por confesor de la fe. Sus costumbres eran dudosas. El arzobispo de Alejandría le había puesto allí, para que hiciera de caballo de Troya alejandrino en aquel lugar. Con una ingenuidad que iba hasta la credulidad, el obispo le acogió en su casa. El intruso se hizo consagrar de noche por obispos alejandrinos. Le cortaron los cabellos que tenía muy largos, lo cual hizo decir a Gregorio: «Era necesario esquilarse al perro en la sede episcopal». Por la mañana hubo gran tumulto en la capital. Los egipcios tuvieron que replegarse. Su obispo quedó escarmentado con esto y un tanto apaciguado en su pretensión de regir el Imperio cristiano.

Gregorio volvió a sentir la tentación de la huida. Sus fieles le vigilaban. Hicieron mil ruegos. Como el obispo no se dejaba convencer, le dijeron: «Es la Trinidad la que va a irse contigo». Fue un argumento decisivo. Gregorio se quedó.

Cuando el emperador hizo por fin su entrada en Constantinopla, instaló, en medio de un respetable despliegue militar, a Gregorio en Santa Sofía. El cielo estaba gris. Al entrar en la basílica, apareció el sol y toda la iglesia resplandecía de luz. Ante este presagio estallaron gritos: «¡Gregorio obispo!» Pero Gregorio había desaparecido. Desde entonces Santa Sofía será testigo de su elocuencia.

Para poner fin a la herejía y proveer la sede de Constantinopla el emperador convocó un nuevo Concilio (381). Gregorio fue instalado definitivamente en la sede de la capital. El aventurero Máximo, apoyado esta vez por el Papa Dámaso, fue definitivamente desestimado. Cuando el anciano obispo de Antioquía condujo a Gregorio al trono, cuántos evocaron la figura de Basilio que triunfaba al fin en la persona de su amigo. Melecio murió y Gregorio tuvo que presidir desde entonces las sesiones del Concilio. La sucesión de Antioquía fue laboriosa. Una vez más Gregorio intervino como pacificador. No fue escuchado. Finalmente su propio traslado de sede fue impugnado. El nombramiento forzoso de la sede de Sasimes le persiguió toda su vida.

Las deliberaciones del Concilio cansaban a Gregorio: «Los más jóvenes gritaban como una tropa de arrendajos o se cebaban como un enjambre de avispas». Orientales y occidentales se lanzaban la pelota. Esto es muy tradicional.



—Oriente es el que debe mandar, en Oriente es donde nació Cristo.

—Sin duda, respondían los occidentales, pero Oriente es el que le mató.

Gregorio no pudo más. Cansado de luchar, renunció a su cargo en un discurso lleno de dignidad. Se despidió de sus fieles. Se considera viejo, él, el campesino capadocio, trasladado a una ciudad tumultuosa, en la que parece un anciano en medio de los juegos de los adolescentes. Prefiere predicar sobre la Trinidad. Su discurso lo acabó con una célebre peroración que forma parte de todas las antologías:

«Adiós, augusta basílica... Adiós, Santos Apóstoles... Adiós, cátedra pontificia.

»Adiós, célebre ciudad, distinguida por el esplendor de su fe y su amor a Cristo Jesús.

»Adiós Oriente y Occidente, por los que tanto he combatido, y que me habéis costado tantas batallas.

»Adiós, hijos míos, conservad bien el depósito de la fe que se os ha confiado.

»Acordaos de mis sufrimientos; que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo habite en vosotros».

Antes de partir hizo el testamento, cuyo texto aún conservamos. Dejaba toda su fortuna «a la Iglesia católica de Nacianzo, para el cuidado de los pobres que son de la competencia de dicha iglesia». Volvió a la ciudad de su padre, la administró algún tiempo, le dio un obispo y se retiró a la propiedad de su familia en Arianzo, en la que se consagró hasta su muerte a la actividad literaria y a la vida contemplativa. Murió en el 390.

Sus escritos De esta última época tenemos su correspondencia y sus poemas. La mayor parte de sus cartas, en número de 445, fueron redactadas durante su retiro. El mismo reunió una colección para su resobrino. Son generalmente cortas pero cuidadosamente redactadas. Gre-



gorio cultiva el estilo epistolar. Una buena carta para él tiene que tener cuatro cualidades: «Brevedad, claridad, gracia y sencillez».

A un sofista que recibe mal sus observaciones le responde: «Me porté como un ignorante. ¡Qué torpe e incivil he sido! He criticado a un sofista por su orgullo y no he escuchado siquiera la lección de este proverbio banal: un calvo no debe andar a topetazos con un carnero. En adelante sabré quedarme en mi lugar».

Gregorio se revela en su correspondencia. Tiene frases de una delicadeza exquisita para sus amigos: «Yo te respiro más que al aire y no vivo más que para estar contigo» (L. 6). «Cada cual tiene un punto débil: el mío es la amistad y los amigos» (L. 94). «Despierto o dormido, lo que se relaciona contigo me interesa» (L. 171).

Son muchas las cartas de recomendación, porque tenía muchas relaciones y sus intervenciones eran eficaces. El obispo no podía ver un sufrimiento o una necesidad sin socorrerla, dispuesto a verse desengañado por la falta de delicadeza y la ingratitud. Las cartas muestran sobre todo su disponibilidad para con los demás. A este hombre introvertido le abrasaba una caridad que le hacía anticiparse a las necesidades.

La poesía ocupó toda la existencia de Gregorio. Sus principales poemas datan del final de su vida. Responden a una preocupación apologética: probar que la cultura cristiana no está retrasada con respecto a la cultura profana. Además, desde los gnósticos era tradición vulgarizar las doctrinas por medio de la forma

poética. Arrio, para popularizar su enseñanza, había escrito una larga rapsodia llamada *Thalta*. Trabajadores del puerto, marinos y comerciantes de Alejandría tarareaban sus aires por las calles de la ciudad.

Un poeta cristiano

Gregorio compuso, a su vez, treinta y ocho poemas dogmáticos sobre las grandes verdades de la fe. Sus poemas morales son aún mejores. En ellos expresa sus sentimientos íntimos, sus alegrías, sus errores y sus desilusiones. Son meditaciones poéticas a la manera de Lamartine. El poema más largo, *Pro vita sua*, se compone de 1949 versos yámbicos. Es una autobiografía que descubre la vida interior de este corazón inquieto, con una potencia y una sagacidad que hacen pensar en Agustín.

Gregorio se aplicó a renovar las formas del arte poético en una época en la que ésta había envejecido lastimosamente y parecía carecer de alimento. El poeta encuentra en el análisis del hombre cristiano una nueva fuente de inspiración lírica, que nos hace pensar en el Romanticismo.

«Ayer, atormentado por mis penas,
solo, lejos de los demás,
estaba sentado en un sombrío bosque, atormentando mi corazón.

Porque no sé por qué
me gusta este remedio para mi sufrimiento;
distrarme en silencio
con mi propio corazón.

La brisa murmuraba en concierto con los
[pájaros cantores,

y desde lo alto de las ramas regalaba un
[suave torpor,
suave sobre todo para el corazón abatido...
Sin embargo yo llevaba un pesado sufrimiento
como me era dado llevarlo...»

El poeta saca de Homero y Teócrito los temas campesinos. Pero sólo trata de escenificación. Su agitada naturaleza estremecida en la suavidad de la luz griega, percibe las vibraciones en las que la antigüedad con Eurípides, se planteaba el problema de la vida y de la muerte, que quedó sin respuesta. Gregorio lo replantea y le da la respuesta de la esperanza cristiana.

«Si al salir de aquí
una existencia sin fin debe acogerme,
como dicen,
dime tú si la vida no es una muerte
y si la muerte no se convierte para nosotros
[en vida
al contrario de lo que crees» (I, II, 14).

Gregorio es un hombre desgarrado. Confronta su fe con su experiencia, la belleza de la imagen donde Dios se mira con las sombras que le oscurecen. «Por dentro y por fuera ¡cuántos combates en los que se marchita en mí la belleza de tu imagen divina!» (P. I, 1,23). El nacienceno ha vivido, con una sensibilidad cercana a la depresión, la tirantez del hombre entre su visión y la realidad, entre el impulso del alma y la lentitud de la carne, entre la viveza del espíritu y la pesantez del cuerpo, que abre en el corazón una herida incurable.

Ha sentido —y nos lo cuenta— la aspiración a la felicidad inmutable y la inestabilidad de la felicidad efímera que se nos va. «Sabemos así que somos a la vez muy altos y muy bajos, del cielo y de la tierra, efímeros e inmortales, herederos de la luz y del fuego, o de las tinieblas, según nos inclinemos a una parte o a otra» (Ser 14,7).





Más profundamente que los demás, Gregorio sintió el deseo de aproximarse a su Dios y de unirse a él. Percibe mejor la distancia a medida que se acerca. «Tú me llamas, corro hacia ti», y la luz de Dios que se aproxima le hace conocer mejor su miseria.

En esta poesía se respira algo de la oración de los salmos, que había brotado de una búsqueda y de un sufrimiento. También vemos en Gregorio que todos los sucesos de la vida, aun los menores, agudizan su sensibilidad y desarrollan su imaginación. En el discurso pronunciado en Constantinopla, compara su estado de ánimo al mar. Nos hace pensar en la música de Debussy.

La vejez de este hombre siempre enfermizo, en lugar de debilitarle, lleva hasta el paroxismo la conciencia de la tirantez: el deseo de Dios, la torpeza y la miseria de la carne, a las cuales se unen las enfermedades de la edad, los asaltos del demonio y la conciencia del pecado. La melancolía del anciano está sin embargo irisada siempre de esperanza cristiana. «El amor es el más fuerte» como dijo Juana en la hoguera.

La poesía de Gregorio no nos revela solamente el drama del hombre en lucha con su sensibilidad, sino también de un creyente que confronta su fe y su vida. La poesía no es una excrecencia de esta existencia, es su resplandor y su perfeccionamiento. Ella reitera y reúne la teología enseñada en el transcurso de toda su existencia. En él encontramos como en Agustín una teología hecha oración, que se desarrolla en el interior de una experiencia. La contemplación de los misterios cristianos termina en poema: «Oh Trinidad Santa, tú eres la única cuya causa me interesa».

El itinerario del teólogo como del creyente, que de la purificación se eleva hasta la contemplación, descrita ampliamente en sus discursos, la volvemos a encontrar en sus poemas: es la historia de su vida. Lo que confirma el carácter existencial de su teología, en la

que la reflexión progresa al ritmo de la purificación. La teología es para Gregorio descubrimiento de lo sagrado y del misterio y sabiduría que envuelve al hombre íntegramente.

No hay que perder nunca de vista que este poeta es un asceta como lo será más tarde Juan de la Cruz; este teólogo es un místico. Aunque su corazón sea sensible o esté desgarrado, él es inflexible cuando la fe está amenazada o el misterio profanado: este corazón de mujér es entonces de bronce.

Pocos teólogos nos han facilitado una enseñanza tan coherente sobre el sentido de la teología. La Iglesia griega se ha encontrado en él. Sus sermones han sido copiados, ilustrados y enriquecidos con miniaturas como evangelarios. Algunos de sus manuscritos ocupan un lugar excepcional en la historia del arte. La liturgia griega utiliza su predicación y sus poemas. En los sermonarios griegos, ocupa el mismo lugar que Agustín en Occidente. No hay orador que la antigüedad cristiana haya admirado más. El nacienceno representa a la Iglesia griega en Santa María Antica, construida en el foro romano.

Este hombre dividido ha sabido unir en un mismo culto a Dios y las Letras, servir al Uno y a los demás, en el seno de una Iglesia que no había mostrado siempre la misma abertura con respecto a la elocuencia y a la poesía. No siente nunca la división entre Dios y su arte, porque en ella encuentra la presencia del Verbo. Ahí está el secreto de la unidad encontrada. Su canto se une al coro de la creación que rodea a Cristo, su corifeo. Gregorio es el mismo y es él mismo cuando habla a los hombres y cuando habla a Dios.



Primer sermón de Gregorio en el que presenta la vida cristiana como la imitación de la vida de Dios. El cristiano comparte las pruebas, la muerte y la resurrección de Cristo. Esta doctrina se expresa en el ejemplo del anciano obispo de Nacianzo, que entrega a su hijo siguiendo el ejemplo de Abraham.

EL SACRIFICIO SACERDOTAL (*)

El tiempo del perdón

1. ¡Día de resurrección, feliz comienzo! Celebremos radiantes de alegría esta fiesta y démonos el beso de paz. Llamemos «hermanos» a los que nos odian, y no solamente a los amigos que nos han hecho algún favor o han sufrido por nosotros. Perdonemos todo en honor de la resurrección; olvidemos nuestras mutuas ofensas. Yo os perdono la amable violencia que me hicisteis (ahora es cuando la encuentro amable) y la suave manera de forzarme, perdonad también vosotros mi tardanza. Vosotros me la reprocháis: ¿pero quién sabe si no la prefiere Dios a la prisa de otros? Esas dudas ante la llamada de Dios que experimentaron en tiempos pasados el gran Moisés y más tarde Jeremías, valen como la pronta obediencia de Aarón y de Isaías. Basta con que las dos actitudes estén inspiradas por la piedad. Una surge del sentimiento de nuestra debilidad; la otra, del poder del que nos llama.

El nuevo ser

2. Un misterio me ha ungido y a ese misterio no le he quitado más tiempo que el de examinarme. Vuelvo a vosotros en pleno misterio, trayendo conmigo este hermoso día que me ayuda a vencer mis escrúpulos y mi debilidad; y espero que el que hoy ha resucitado entre los muertos, me renovará el espíritu, me revestirá del hombre nuevo y dará a su nueva creación (los que han nacido de Dios), un buen obrero y un buen maestro, presto a morir y a resucitar con Cristo.

(*) Sermón 1 sobre la Pascua. Pronunciado ante el padre de Gregorio que era obispo de Nacianzo y había hecho construir la iglesia de esta ciudad. El había impulsado a su hijo a que le sucediera en su ministerio.

La salvación de antaño

3. Antes se inmolaba el cordero; se ungió con sangre los dinteles de las puertas; Egipto lloraba a sus primogénitos; el Exterminador nos exceptuaba ante ese signo que él respetaba y temía; una sangre preciosa nos protegía. Hoy, purificados, hemos huido de Egipto, del faraón, el cruel soberano, y de sus despiadados gobernadores. Ya no estamos condenados al mortero y al ladrillo, y nadie nos impedirá celebrar, en honor del Señor Dios nuestro, el día en que salimos de Egipto, y celebrarlo no con la vieja levadura de la malicia y de la injusticia, sino con los ázimos de pureza y de verdad, sin llevar nada del impío fermento egipcio.

¿Qué debemos ofrecer a Dios?

4. Ayer, yo estaba crucificado con Cristo; hoy, estoy glorioso con El. Ayer, moría con Cristo; hoy revivo con él. Ayer, estaba sepultado con Cristo; hoy, salgo con El de la tumba. Llevemos pues nuestras primicias al que ha sufrido y resucitado por nosotros. ¿Creéis vosotros que aquí hablo de oro, de plata, de tejidos o de piedras preciosas? ¡Fútiles bienes los de la tierra! No salen del suelo más que para caer casi siempre en manos de malvados, esclavos de aquí abajo y del Príncipe del mundo.

Ofrezcamos, pues, nuestras propias personas: es el presente más precioso a los ojos de Dios y el más próximo a El. Demos a su imagen lo que más se le parece. Reconozcamos nuestra grandeza, honremos nuestro modelo, comprendamos la fuerza de este misterio y las razones de la muerte de Cristo.

5. Seamos como Cristo, ya que Cristo ha sido como nosotros. Seamos dioses para El, ya que El se ha hecho hombre para nosotros. El ha tomado lo peor para darnos lo mejor; se ha hecho pobre para enriquecernos con su pobreza; ha tomado la condición de esclavo para procurarnos la libertad; se ha bajado para exaltarnos; ha sido tentado para vernos triunfar; se ha hecho despreciar para cubrirnos de gloria. Ha muerto para salvarnos. Ha subido al cielo para atraernos hacia sí y esto a nosotros que habíamos rodado por el abismo del pecado.

Demos todo, ofrezcamos todo al que se ha dado como precio, como rescate. Nada daremos tan grande como nosotros mismos, si hemos comprendido estos misterios y nos hemos hecho por El todo lo que El se ha hecho por nosotros.

Un nuevo Abraham

6. El (45) os da un pastor, ya lo veis. Porque tal es su esperanza, su deseo y la gracia que este buen pastor pide a los que tiene bajo su cayado. El da la vida por sus ovejas y se da así dos veces

(45) Gregorio habla aquí de su padre.

más bien que una. De su bastón de ancianidad hace El un bastón del Espíritu. Al templo inanimado une un templo vivo, y a este templo magnífico y celestial añade otro templo, que es quizá mediocre, pero que le ha costado muchos esfuerzos y penas. ¡Que se pueda decir que es digno de El!

Os da todo lo que posee. ¡Cuánta grandeza hay en él o más bien, cuánta ternura para con sus hijos! Os da su vejez, la juventud de un hijo, un templo, un sacerdote, un testador, un heredero y las palabras que le oíais. Y no eran palabras vagas que se disipan en el aire y no hacen más que golpear el oído; no, el Espíritu las ha escrito y las graba sobre tablas de piedra o de carne, con rasgos nada ligeros ni fáciles de borrar, sino que las escribe profundamente, sin tinta, por la gracia.

Las ovejas deben escuchar la voz de su pastor

7. Así es el don de este venerable Abraham, este patriarca, este jefe noble y respetable, morada de todas las virtudes, regla de la santidad, perfección del sacerdocio; él ofrece hoy al Señor, en sacrificio voluntario, a su único hijo, al hijo de la promesa. Vosotros ofreced a Dios y a nosotros mismos una gran docilidad, cuando os llevemos a pacer,

puestos en prados de yerba fresca,
conducidos hacia las aguas del reposo (46).

Conoced bien a vuestro pastor, daos a conocer a él. Escuchad su voz franca y clara a través de la puerta, no obedezcáis al extraño que salta por encima como un ladrón o un traidor. No escuchéis las voces desconocidas que os llevarían subrepticamente lejos de la verdad y os descarriarían por los montes, los desiertos, los barrancos y los demás sitios que el Señor no visita y os alejarían de la verdadera fe, la que proclama que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son más que una sola divinidad y un solo poder. Esa voz la han escuchado siempre mis ovejas; ojalá las sigan escuchando, en lugar de la que acumula engaños e infamias y nos hace perder a nuestro primer y verdadero pastor.

Que podamos todos, pastores y rebaños, pacer y apacentar lejos de esas yerbas venenosas y fatales y ser todos uno en Cristo Jesús, hoy en el descanso celestial. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén (47).

(46) *Salmos*, 23,2.

(47) Traducción francesa de F. Quéré-Jaulmes, aparecida en *le Mystère de Pâques*, col. *Itys*, núm. 10, París, 1965, pp. 91-94.
Dos estudios recientes: P. GALLAY, *La vie de Saint Grégoire*, París, 1943; J. PLAIGNIEUX, *Saint Grégoire de Nazianze, Théologien*, París, 1952.

Gregorio Niseno

† 3 / G † 0 † † † († hacia el 394)





Más misterioso que los otros dos capadocios y también más desconocido, hasta sus últimos años, Gregorio de Nisa aparece hoy, cada vez más, en su verdadera dimensión. Su estrella se agranda. Hay que esperar que algún día se le haga justicia nombrándole doctor de la Iglesia. Su nombramiento dará más brillo a otros nombramientos menos brillantes.

Si Basilio es ante todo un hombre de acción y de gobierno, Gregorio Nacianceno es retórico y poeta, Gregorio Niseno es un místico y, fuera de Orígenes, el primer gran teólogo espiritual de la Iglesia. Hermano de Basilio, pasó por las mismas circunstancias familiares. Pero los hijos de una misma familia no tienen necesariamente que parecerse. La familia de Macrina conoció logros admirables: tres hijos obispos y cuatro santos. Es un buen cuadro de honor. Pero también un fracaso resonante con el segundo hijo, que comenzó como asceta y acabó lamentablemente.

Gregorio es muy diferente a su hermano, que le apabulla un tanto y parece haberle dado un cierto complejo de inferioridad. Para poder hacerle justicia es preciso considerarle en sí mismo.

Su vida Poco sabemos de su juventud y de sus estudios. Gregorio no habla mucho de sí mismo. Sus padres no le costearon como a Basilio los gastos de estudios prolongados. Gregorio no salió de Capadocia. Debíó formarse en las escuelas de Cesarea ¿Era quizá menos amado? Parecía entregado a la Iglesia. De joven, es ya lector. En lugar de comprometerse en el estado eclesiástico se hizo retórico. ¿Hubo en ello vacilación, deseo de confirmar su personalidad o inestabilidad de una naturaleza ansiosa? Es difícil decirlo. Da la impresión de haber sido seducido por la cultura pagana y más particularmente por Libanio, en el momento en que, bajo Juliano, aquella experimenta un nuevo esplendor.

Gregorio se casó con Teosebia, mujer de grandes cualidades sobrenaturales y de vasta cultura, a la que

permanecerá apasionadamente unido. Como Hilario de Poitiers, simultaneó la vida conyugal y episcopal.

No se deberían tomar demasiado a la letra los reproches que se hace en el tratado sobre la virginidad de haber escogido «la vida común»; contienen mucho énfasis. Renunció a la retórica pero no al matrimonio. Permanece casado cuando, alrededor del 371, su hermano le nombró obispo de Nisa, en la región oriental de Capadocia. Su vida conyugal no parece haber obstaculizado su evolución espiritual más que la de Poitiers. Teosebia murió hacia el 385. Poseemos la carta de pésame que le dirigió el obispo de Nacianzo, que calificaba a la difunta de «verdadera santa y verdadera esposa de sacerdote». Gregorio de



Nisa reconoce la legitimidad de las alegrías del matrimonio, de las que nos ha dejado una descripción conmovedora. Las dudas que haya formulado sobre el cuerpo y sobre la vida sexual no parecen venir de su experiencia, si no de su filosofía influenciada por el platonismo.

Estamos poco documentados, por lo demás, sobre la vida de Gregorio. Parece haber vivido con Teosebia, retirado de la vida activa, entregado al estudio y a la vida espiritual, sin juntarse nunca, a pesar de sus llamadas, con su hermano Basilio, que vivía en la soledad. Permaneció en constante relación con su hermana Macrina, con la que estaba muy unida, y que parecía haber heredado el alma de sus abuelas. Esta dirigía una comunidad de mujeres situada en la misma región. Gregorio la llama su «maestra espiritual». En un libro que es una obra maestra de sensibilidad, nos cuenta su vida y su muerte, a la que él asistió.

En esta época y desde el 371, Gregorio ocupaba la sede de Nisa. Aceptó, nos dice él, «forzado» por su hermano Basilio. Este no tenía una confianza absoluta en la capacidad de su hermano para el gobierno. Además Gregorio ni había mostrado mucha diligencia en arreglar la diferencia entre Basilio y un obispo, tío suyo, ni habilidad en apaciguar las dificultades entre su hermano y Gregorio Nacianceno. Pero Basilio tenía necesidad de hombres seguros para su ortodoxia. Gregorio se imponía a todos por su cultura teológica. Si como diplomático era mediocre, su fe era irreprochable y su ciencia universalmente reconocida. Lo cual era necesario en la época de las luchas arrianas.

El pequeño obispado de Nisa no suponía grandes dificultades. Representaba un pequeño arciprestazgo rural de nuestros días. Gregorio acude sin entusiasmo. Hasta se queja de haber sido enviado a un «desierto» y juzga a la población de la villa con poca indulgencia. Gregorio fue un obispo celoso, entregado a su co-



munidad y muy estimado por ella. El teólogo y místico sabe encontrar un lenguaje directo, presentar una enseñanza concreta, cuando predica a sus fieles. El sermón suyo de un día de Epifanía es un modelo de tacto, de sencilla bondad y de catequesis adaptada al auditorio popular (48).

A Gregorio no le olvidaron los arrianizantes. Para deshacerse de él, estos últimos le acusaron de dilapidar los bienes de la Iglesia. Curioso reproche para el que había defendido siempre la causa de los pobres. Fue depuesto por algún tiempo y no pudo volver a su ciudad episcopal hasta después de la muerte del emperador Valente (378). La pequeña ciudad le recibió triunfalmente. Aún se siente conmovido él mismo cuando lo cuenta en una de sus cartas: «Estuvieron a punto de ahogarme por las muestras excesivas de su afecto».

A la muerte de Basilio, Gregorio es el heredero teológico y monástico de su hermano. Esta desaparición parece darle seguridad. En adelante va a desempeñar el primer papel en la defensa de la ortodoxia. Basilio le había impedido mostrar toda su dimensión, no estimándole quizá en su justo valor. Sus temperamentos eran demasiado diferentes y Gregorio de naturaleza demasiado reservada para imponerse.

Sus obras Gregorio comienza a escribir. Su primera obra, *De la creación del hombre*, quiere completar las homilías de su hermano sobre la creación. En ella desarrolla una antropología cristiana, fuertemente impregnada de fisiología platónica. La redacción es concéntrica más que lógica. Las digresiones son numerosas. El autor desarrolla la teología del hombre, imagen y semejanza de Dios. Bajo este aspecto «el hombre no es una maravilla del mundo subalterno, sino una realidad que sin duda sobrepasa en grandeza todo lo que co-

(48) Publicado más adelante, p. 195.

nocemos, ya que sólo él, entre los seres, es semejante a Dios» (De op. hom. Car. ord.) Gregorio muestra de un modo maravilloso la unidad de la Humanidad, desde los primeros hombres a los últimos. La Humanidad no estará acabada más que con el último ser, cuando el Cristo total estreche a la Humanidad total. En el 379 Gregorio participa en un sínodo de Antioquía que busca el acercamiento con los occidentales. Le encargaron una gira de inspección por las iglesias del Ponto. Sebaste, en Armenia, quiere incluso conservar-le como obispo. El acabó por hacer que eligieran a su hermano Pedro. En el 381 participa con su amigo Gregorio Nacianceno en el Concilio de Constantinopla. Está en la cumbre de su carrera. Pronuncia el discurso de apertura. El emperador le designa como responsable de la ortodoxia de toda la diócesis del Ponto. Este título le confería competencia para juzgar de la ortodoxia de todos los obispos: deponer a los arrianos y elevar a los que admitían la doctrina del Concilio de Nicea.

Durante estos últimos años, investido de la confianza imperial, en fecha difícil de precisar, Gregorio fue encargado de varias misiones. Viaja hasta Arabia y visita Jerusalén. Esta confianza no le volvió ni más diplomático ni menos crítico. Tan convencional como se muestra en sus discursos, Gregorio es de un análisis acerbo en sus cartas, cuando cuenta su peregrinación a Jerusalén. «Los desórdenes, cuenta, prosperan allí más que la piedad. Más vale buscar la soledad que la agitación de las peregrinaciones buscadas».



De esta época datan sus escritos más importantes en el campo dogmático, que confirman su autoridad teológica a la vez que, simplemente, su autoridad. Redacta la *Gran catequesis* que da una síntesis doctrinal de las principales verdades de la fe. Es un manual de dogmática que depende del tratado de los *Principios* de Orígenes, pero sin abrazar ciegamente sus tesis. La obra revela el vigor metafísico de Gregorio de Nisa. Escribió también la *Vida de Macrina*, su hermana, de la que ya hemos hablado.

Gregorio no oculta su espíritu de independencia, lo cual no siempre hizo fáciles las relaciones con el sucesor de su hermano. Hace falta virtud para aceptar el ser superado por un subordinado, y la virtud escaseaba un poco en el metropolitano; lo cual provocó desacuerdos.

Durante todo este tiempo, Gregorio fue un orador muy reconocido. La ampulosidad y la retórica de su elocuencia, que hoy día nos desagradan, entusiasmaron a Constantinopla. Allí encontró también una mujer, de las más notables de aquel tiempo, Olimpia, a quien Juan Crisóstomo dirigirá una abundante correspondencia. Allí pronuncia en esa época numerosas oraciones fúnebres, entre ellas la de la joven princesa Pulqueria, en la que describe la desolación de la corte; en ésta pudo inspirarse el tema que Bossuet ha inmortalizado. Habla también en la muerte de la emperatriz Flacilla.

Después, su estrella debe borrarse ante la joven celebridad de Juan Crisóstomo que conoce su primer esplendor. Poco a poco Gregorio es olvidado, relegado de la actualidad. Sufre con ello, lo cual nos vale algunas observaciones de desaliento.

Libre de responsabilidades, Gregorio se vuelve hacia la vida interior. Se depura y se consagra a la teología mística. Experiencia y reflexión le permiten alcanzar en este terreno un dominio y una originalidad incomparable. En esta época escribe sus admirables obras

sobre la *Vida de Moisés* y el *Cantar de los Cantares*, a las que hay que unir su comentario al *Padre Nuestro* y su tratado sobre las *Bienaventuranzas*, obras maestras de la teología mística. Volviendo, en el plano espiritual, a la herencia monástica de su hermano, aporta al monaquismo la doctrina mística que le faltaba, especialmente en su libro *De instituto christiano*.

Gregorio ha llegado ya, como dice él mismo, a la edad de los «cabellos blancos». Siguiendo a Orígenes, describe el avance en la vida espiritual, en los marcos de la *Vida de Moisés* y en el *Cantar de los Cantares*, como una marcha incesante, a través de sucesivas purificaciones, que son otras tantas aberturas a nuevas gracias, hasta el desasimiento total. Allí encontramos las etapas de la vida espiritual, la purificación, la nube y las tinieblas, que utilizarán todos los autores espirituales de la Edad Media. En este total desasimiento, el hombre se abre a Dios, en el éxtasis del puro amor, donde Dios le reconoce como amigo, «lo cual es para mí la perfección de la vida». Aquí el pensador se reviste de místico, la reflexión se apoya en la experiencia. Los gritos que le salen del alma anuncian ya a Santa Teresa de Avila.

En el 394 Gregorio asistió por última vez a un sínodo. Debió morir poco después, quizá en el 395. La historia ha sido injusta con Gregorio Niseno. Su nombre ha sido unido muchas veces a la disputa que atacaba a su maestro Orígenes. Despreciado a menudo, raramente estimado en su justo valor, Gregorio se impone como uno de los espíritus más vigorosos, en una época rica en teólogos.

Su retrato Es difícil trazar el retrato de Gregorio tan poco inclinado a hablar de sí mismo. Sus mismas cartas nos muestran poco de su persona. A lo más, descubrimos en ellas su independencia de espíritu cuando habla de las peregrinaciones. Tiene sentido de la observación y no conoce «ese *mínimum de hipocreesía*» que



afecta a los hombres de religión. Gregorio tiene naturaleza de hombre introvertido, secreto y reservado. No se abre, pero sucede que a veces se muestra de modo estruendoso. Está desprovisto de todo espíritu político, en ocasiones hasta la torpeza. No quiso, ni pudo afirmarse mientras vivía su hermano Basilio. Dedicado a sí mismo, dueño de su pensamiento, y libre de compromisos, se mostró a la altura de sus responsabilidades y de las circunstancias. Consigue la plena madurez de sus posibilidades cuando se retira de la escena, en la hora de los desprendimientos y del profundizamiento espiritual, que es también la hora de la plenitud y del entroje. Se han desvanecido todos los espejismos, ante él está el camino escarpado que le lleva hacia Dios.

Basilio y Gregorio Nacienceno le eclipsaban. Es uno de esos hombres que mejoran al ser conocidos, que no se entregan al primero que llega, sino que son revelados por una asidua frecuentación. Ha sido tachado de platonismo más que ningún otro Padre, lo que ha llevado el descrédito a su obra. Es cierto que había leído íntegramente los autores paganos.

Hay que reconocer su inferioridad literaria. No se ha formado con los métodos de las universidades como sus dos émulos. El es un autodidacta. Un *self-made-man*. Su frase es pesada, recargada, su estilo carece de colorido. No es ningún mago del verbo. Ha sufrido la influencia de la sofística. Su retórica se muestra esclava de las fórmulas escolares. El estilo —y sobre todo el orador— no es el hombre. Hay que buscarlo más allá.

La grandeza de Gregorio está en la potencia de su pensamiento, y en la profundidad de su elaboración teológica, en la que supera a Basilio y al Nacianceno. Es uno de los pensadores más originales de la historia de la Iglesia. Ningún otro Padre del siglo cuarto ha utilizado en la misma medida la filosofía para profundizar en los misterios de la revelación. Si ha sufrido la influencia del pensamiento platónico, también sabe desprenderse de él cuando se trata de expresar la originalidad del mensaje cristiano. Compara la filosofía pagana con la hija del faraón que era estéril. Lo mismo ocurre con la filosofía sin la luz de la revelación: «Aborta antes de llegar al conocimiento de Dios». Sabe que la verdad viene de la Biblia. Su inspiración, como la de su maestro Orígenes, viene de la palabra de Dios.

Gregorio es, en fin, el padre de la teología mística. Es cierto que ha bebido en las fuentes origenianas, pero con la libertad de un espíritu autónomo. Ocupa un lugar importante en la historia de la espiritualidad, que acaba de concedérsele en nuestros días. Une a Filón y Plotino con Dionisio Areopagita y Máximo el Confesor. Influyó profundamente en el monaquismo oriental. La Edad Media occidental que comentaba al pseudo-Dionisio apenas dudaba de que éste dependiera directamente de Gregorio. Así es como, con vestidos prestados, el obispo de Nisa hizo su entrada en Occidente.



Gregorio presenta ejemplos de la Escritura para mostrarnos el cambio de vida que nos impone el Bautismo. Debemos comportarnos como hijos de Dios a pesar de los asaltos del demonio, y cambiar nuestro estilo de vida.

PARA LA FIESTA DE LAS LUCES (*)

Debemos finalizar con los testimonios de la Escritura. Nuestro discurso se prolongaría indefinidamente si quisiéramos enumerar todo para ponerlo en un solo libro. Todos vosotros que os gloriais del don del nuevo nacimiento, y estáis orgullosos de vuestra renovación y de vuestra salvación, mostradme después de esta gracia mística el cambio operado en vuestras costumbres; que yo vea en la pureza de vuestra vida todo lo que habéis mejorado. Lo que cae bajo los sentidos no cambia, la forma del cuerpo permanece igual y nada se modifica en la estructura de la naturaleza visible.

Nos hace falta necesariamente una prueba para discernir al hombre nuevo, nos hacen falta signos para distinguir el nuevo hombre del viejo. Y estos son, me parece, los movimientos libres del alma que se arranca ella misma de la vida pasada para adoptar un nuevo estilo de vida, mostrando claramente a los que viven con ellos el cambio operado y cómo ya no hay huellas del pasado.

He aquí en qué consiste la transformación, si queréis seguirme y conformar vuestra conducta a mis palabras. Antes del Bautismo el hombre era desenfrenado, avaro, ladrón, ofensivo, mentiroso, calumniador y todo lo que proviene de aquí. Ahora hay que ser moderado, satisfecho con lo que se posee, presto a compartirlo con los pobres, amante de la verdad, respetuoso con los demás y amable; en una palabra: debe practicar todo lo que está bien. Como la luz ahuyenta las tinieblas y la blancura a la negrura, las obras de la justicia ahuyentan al hombre viejo. Ya ves cómo Zaqueo con su cambio de vida ahogó en él al publicano: devolvió el cuádruple a los que había perjudicado; distribuyó a los pobres lo que antes les había sacado.

(*) Sermón pronunciado en el 383, P. G., 46, 580.

Otro publicano, el evangelista Mateo, colega de Zaqueo, inmediatamente después de su elección dejó su vida pasada como una máscara. Pablo había sido un perseguidor, por la gracia se hizo apóstol y llevó por Cristo, con espíritu de expiación y de penitencia las injustas cadenas que antes había recibido de la Ley para perseguir a los discípulos del Evangelio.

Ved cómo debe presentarse el nuevo nacimiento, extirparse la costumbre del pecado, así es cómo deben vivir los hijos de Dios, porque la gracia nos hace hijos de Dios. Debemos, pues, contemplar exactamente las cualidades de nuestro Creador de modo que nos modelemos según nuestro Padre para llegar a ser hijos verdaderos y legítimos del que por su gracia nos ha llamado a la adopción. Un hijo desnaturalizado y decaído que, con su conducta, burla la nobleza de su padre, es un reproche viviente. He aquí por qué, creo yo, el Señor en el Evangelio, al trazar nuestra línea de conducta, dice a sus discípulos: *Haced el bien a los que os aborrecen, orad por los que os hieren, y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos* (49). Seréis hijos, dijo, si compartís la bondad del Padre, expresando en vuestro comportamiento y en vuestras actuaciones con el prójimo la bondad de Dios.

Ved por qué, una vez revestidos de la dignidad de hijos, el demonio nos asalta más fuertemente, porque revienta de envidia cuando ve la belleza del hombre nuevo que se encamina hacia la ciudad celeste de la que él ha sido arrojado. Enciende en vosotros tentaciones terribles y se esfuerza por despojaros de vuestras segundas galas como lo había hecho antes con las primeras. Cuando caemos en la cuenta de sus incursiones debemos repetir la frase del apóstol: *Todos los que hemos sido bautizados, hemos sido bautizados en su muerte* (50).

Si, pues, estamos muertos, el pecado está muerto para nosotros, ha sido atravesado por la lanza como lo hizo celosamente Fineas con el perverso. Vete, pues, miserable, quieres despojar a un muerto que antes te había seguido y a quien los placeres pasados habían hecho perder el sentido. Un muerto no tiene ningún atractivo hacia un cuerpo, un muerto no es seducido por las riquezas, un muerto no calumnia, un muerto no miente, no toma lo que no le pertenece, no desprecia a los que encuentra.

Yo he cambiado el estilo de vida. He aprendido a despreciar el mundo, a desdeñar los bienes terrenos y a buscar los bienes de allá arriba. Pablo lo ha dicho: el mundo está crucificado para El y El para el mundo (51). Estas son las palabras de un hombre

(49) *Mateo*, 5,44-45.

(50) *Romanos*, 6,3.

(51) *Gálatas*, 6,14.

verdaderamente regenerado, así es como se expresa el hombre nuevo que se acuerda de la profesión de fe hecha a Dios, recibiendo el misterio, en el que se ha comprometido a despreciar toda pena y todo placer por amor de El.

Esto basta para conmemorar la festividad que el ciclo del año nos presenta. Es conveniente terminar nuestro discurso por aquel que nos hace el don entregándole a cambio un modesto tributo por tantas gracias.

Oración

Tú, Señor, eres verdaderamente un manantial que mana bondad sin cesar, tú que nos has rechazado en tu justicia y que has tenido piedad según tu benevolencia. Tú nos has odiado y te has reconciliado con nosotros, nos has maldecido y nos has bendecido; nos has echado del paraíso y nos has devuelto a él; nos has vestido con modestas hojas de higuera, el traje de nuestra miseria, y nos has echado sobre los hombros la capa de distinción; has abierto la prisión y librado a los condenados, nos has rociado de agua pura y has lavado nuestras manchas.

En adelante, Adán no tendrá por qué enrojecer si le llamas, no tendrá que ocultarse en los arbustos del paraíso bajo el peso de su conciencia. La espada de fuego no cerrará la entrada al paraíso para impedir que entren los que se acercan. Todo se ha trocado en alegría para los herederos del pecado, el paraíso y el cielo están ahora abiertos al hombre. La creación terrestre y supraterrestre antes divididas, se han unido en amistad; nosotros, los hombres, nos hemos puesto de acuerdo con los ángeles y comulgamos en el mismo conocimiento de Dios.

Por todas estas razones, cantemos a Dios el cántico de la alegría que pronunciaron un día labios inspirados:

Mi alma se alegrará a causa del Señor,
porque me ha revestido con los ropajes de salvación
como el esposo se cubre con turbante,
como la casada se adorna con sus galas (52).

El que adorna a la esposa es por supuesto Cristo, que es, que fue y que será; El es bendito ahora y por los siglos. Amén (53).

(52) *Isaías*, 61,10.

(53) Traducción francesa de A. Hamman, aparecida en *Le Baptême*, col. *Ictys*, núm. 5, París, 1962, pp. 165-168. Para la obra y el hombre, ver J. DANIELOU, *Platonisme et théologie mystique*, París, 1954.

Efrén

S O V O († 373)



Estamos tan acostumbrados a seguir la expansión del Evangelio de Oriente a Occidente que acabamos por encontrarla inevitable. Olvidamos el movimiento que llevó la evangelización hacia el Extremo Oriente. Podríamos incluso preguntarnos qué hubiera sido del cristianismo si deliberadamente se hubiera fijado en la India o en la remota China.

La evangelización de Persia

Al menos hay que recordar que el cristianismo se extendió de Antioquía hacia la Siria oriental. A principios del siglo cuarto la Iglesia está sólidamente implantada en la Mesopotamia sasánida. Cruelmente diezmada, deportada hacia Seleucia-Ctesifonte, la Iglesia «persa» siguió desarrollándose en dos mitades, al norte y al sur. Una parte de la población siria, en el momento de la anexión persa, prefirió, como muchas comunidades de hoy puestas en las mismas circunstancias, expatriarse para evitar la autoridad del nuevo dueño.

Santiago de Nísibe gobernaba entonces la iglesia de Nísibe. Era a la vez un asceta y un pastor, que unía la doctrina al ayuno y el trabajo apostólico a la oración. Va a ejercer una duradera influencia en el joven Efrén. Santiago había fundado en Nísibe una escuela teológica, llamada a menudo «la escuela de los persas». Era a la vez un seminario instalado en un monasterio y un centro de estudios, especie de universidad católica, en la que se enseñaban la escritura, la lectura, el canto y las Escrituras. La Biblia leída, transcrita, traducida y cantada, era la base de la enseñanza.

En esta Mesopotamia semítica, vemos aparecer un tipo de enseñanza que hace oficial a la lengua del país, el siríaco, la cultura nacional, y representa un lejano vástago de la cultura y de la literatura judeo-cristianas. La liturgia siria ha conservado el patrimonio de esta Iglesia hasta nuestros días.

Lo que nos choca en la literatura siríaca es la riqueza de su lirismo y la importancia de la poesía. Cuando los sirios traducen a los griegos —y lo hacen mucho en esta época— los desarrollan y los parafrasean. Todo tema es materia de infinitas variaciones. El alma latina se vigila cuando ora, la siria se abandona.

Gracias a las traducciones siríacas conservamos numerosas obras griegas perdidas hasta hoy. La «escuela de los persas», fijada en Nísibe después del desastre militar de Juliano el Apóstata, se trasladó a la ciudad de Edesa. Allí es donde el diácono Efrén le confiere un esplendor incomparable.

Su vida

La vida de Efrén la conocemos poco. No porque carezcamos de biografías, que de hecho tenemos demasiadas, retocadas e interpoladas, hasta tal punto que es difícil distinguir lo verdadero de lo falso. Tanto más, cuanto que los hombres grandes que eran santos se hacían inevitablemente personajes de leyenda y leyendas. El clásico panegírico utilizado por los cristianos podía dispensarse de exactitud histórica. Aquí el fin siempre parece justificar los medios.

Efrén nació hacia el 306. Es, pues, contemporáneo de Hilario y de Basilio, pero también del emperador Constantino el Grande que comenzó a reinar en el 306. Sus padres eran cristianos. De joven sufrió la influencia de Santiago de Nísibe. Aunque llevó vida eremítica, Efrén no vivió entre los monjes más que de modo intermitente. Pero permaneció siempre en relación con los ascetas de Edesa, que ejercieron una profunda influencia sobre él.

El obispo Santiago se quedó con el brillante Efrén, le ordenó diácono y le confió la dirección de la «escuela de los persas». Efrén no abandonó Nísibe más que cuando la ciudad cayó bajo la dominación persa. La leyenda dice que el joven diácono asistió al Concilio de Nicea y después visitó a Basilio de Cesarea.





Las obras de San Efrén presentan aún más dificultades que su biografía. Por una parte no se han conservado más que en traducciones y nunca han tenido una edición crítica, que plantea dificultades a veces insolubles. Especialmente su poesía, utilizada por la liturgia, ha sufrido el impacto de este uso público. Efrén fue copiado, imitado, amplificado, con un afán insaciable que nos sorprende y que hace particularmente difícil el trabajo de la crítica.

Asceta severo, el diácono vivía de pan, cebada y legumbres. «Su cuerpo estaba seco sobre los huesos, parecido a una teja de arcilla». Efrén tenía alma de místico. Y la trasvasó a su poesía que construía sobre el silabismo y el paralelismo. Amó la imagen brillante y los colores vivos. El inagotable lirismo de sus poemas, que cansa a nuestros espíritus impacientes, causó estupor en su país.

La producción literaria de Efrén no carecía totalmente de razones. Se había propuesto neutralizar la influencia de los herejes Marción, Bardesanes y Manes, padre del maniqueísmo, que predicaban un sincretismo religioso influenciado por el mazdeísmo iranio. Bardesanes había compuesto himnos, que eran instrucciones versificadas con estribillo. Efrén hizo lo mismo y compuso los *Memré*, poemas destinados a ser recitados y los *Madrasjé*, himnos para ser cantados. De este modo ejerció una influencia duradera en la liturgia oriental.

Un biógrafo nos cuenta de manera deliciosa y verosímil la pedagogía religiosa del diácono. «Cuando San Efrén vio el gusto que los habitantes de Edesa sentían por los cantos, instituyó la contrapartida de juegos y danzas para jóvenes. Hizo coros de religiosas, a las que hizo aprender himnos divididos en estrofas, con estribillos. En estos himnos metió pensamientos delicados e instrucciones espirituales sobre la Natividad, la Pasión, la Resurrección y la Ascensión, así como sobre los confesores, la penitencia y los difuntos.»



Las vírgenes se reunían los domingos, en las fiestas grandes y en las conmemoraciones de los mártires; y él como un padre, se ponía en medio de ellas y les acompañaba con el arpa. Las dividió en coros para los cantos alternados y les enseñó los diferentes aires musicales, de modo que toda la ciudad se reunió alrededor de él y los adversarios llenos de vergüenza desaparecieron».

Menré y *Madrasjé* son, en principio, narrativos unos y didácticos los otros. En ocasiones el diácono-poeta, con un lirismo completamente oriental, da a estos poemas una forma dramática. Pone en escena un personaje, le da la palabra, hace dialogar a diversas personas, es lo que prelude al misterio litúrgico de la Edad Media. Los diálogos que se establecen entre el auditorio y él, cuando describe la escena del juicio final, la inquietud de las preguntas y la terrible precisión de las respuestas han sido citadas por Vicente

de Beauvais en el siglo trece y fueron conocidas indudablemente por Dante.

Sus obras De Efrén nos quedan comentarios de la Escritura, sermones sobre la fe y sobre el paraíso. En ellos encontramos las tesis preferidas de la teología siria: la maternidad virginal de María, la importancia de la virginidad, la Iglesia y la fe descritas como una vuelta al paraíso. Cuando comenta la Escritura, cuando polemiza o predica, Efrén bebe siempre en las fuentes de la Biblia. Los himnos a María son frecuentemente paráfrasis de citas bíblicas como *Ave Maria*, *Benedicta tu in mulieribus*.

Le gusta desarrollar temas de la fe y de la vida interior. La imagen de la interioridad la ve en los tres reyes que adoran en silencio. A la fe él junta la caridad y la oración. Canta con fervor la plegaria interior. Como la Virgen, ella no debe dejar su morada. «El silencio y la paz velan sobre su umbral».

La oración es un espejo ante tu rostro.
Que sean encuadrados, Señor, tu belleza y tu
[esplendor.
Que no tenga acceso allí el maligno,
para que no deje su marca y su suciedad.
El espejo capta la imagen de quien allí se
[perfila:



¡Que nuestros pensamientos no invadan nues-
[tra oración!
Que puedan imprimirse en ella los movi-
[mientos de tu rostro
y el espejo encuadre tu belleza.

La oración no se separa de la penitencia, que para Efrén es una actitud de vida. La compara a los refugios donde se cobijaban los judíos del Antiguo Testamento, pero con la diferencia de que el cristiano debe seguir siempre en ella. La perspectiva del juicio debe avivar este sentimiento: «Representémonos, Señor, llegados a tu puerta, y que aparezca nuestra penitencia en el umbral».

Pero aquí los interpoladores se han divertido. Han cambiado la penitencia en terror. Nace un cierto masoquismo en una espiritualidad decadente. Cuando la penitencia no se alimenta en los manantiales de la fe, recurre al coco. Esta es también el recurso en los tiempos modernos de los predicadores de baja clase. El psicoanálisis tendría aquí un terreno de fecunda investigación. El crítico se pregunta qué texto se halla interpolado, el psicólogo busca el porqué.

La proliferación de las traducciones y de las falsificaciones muestra la profunda acción ejercida por el diácono Efrén. No se presta más que a los ricos. Pero los interpoladores ciertamente no han enriquecido el patrimonio efréniano. Jerónimo cuenta que el prestigio de Efrén fue tal que sus obras fueron leídas públicamente en algunas iglesias después de la Escritura. Las traducciones griegas, latinas, armenias, georgianas, eslavas, árabes y siro-palestineses, marcan la progresión geográfica de su influencia. Influencia ésta que permanecerá aún viva en la Edad Media.

La inmensa producción teológica y lírica de Efrén hizo que le llamaran «la lira del Espíritu Santo». Su influencia en la liturgia bizantina y en la liturgia siríaca aún perdura.



La pasión de Jesús nos revela su misericordiosa bondad. Hay que glorificarle y buscar cobijo en él.

ORACION A CRISTO DOLIENTE (*)

Caigo a tus rodillas, Señor, para adorarte. Te doy gracias Dios de bondad, te invoco, oh Dios de santidad. Ante Ti doblo mis rodillas.

Tú amas a los hombres y yo te glorifico, oh Cristo, Hijo único y Señor de todas las cosas, que eres el único sin pecado: por mí, pecador e indigno, te has entregado a la muerte, a la muerte de cruz. De este modo has liberado a las almas de las ligaduras del mal. ¿Qué te devolveré yo a cambio de tanta bondad?

¡Gloria a Ti, amigo de los hombres!

¡Gloria a Ti, oh misericordioso!

¡Gloria a Ti, oh magnánimo!

¡Gloria a Ti, que absuelves los pecados!

¡Gloria a Ti, que has venido para salvar nuestras almas!

¡Gloria a Ti, que te has hecho carne
en el seno de la virgen!

¡Gloria a Ti, que fuiste atado!

¡Gloria a Ti, que fuiste flagelado!

¡Gloria a Ti, que fuiste escarnecido!

¡Gloria a Ti, que fuiste clavado a la cruz!

¡Gloria a Ti, que fuiste sepultado y has resucitado!

¡Gloria a Ti, que fuiste predicado a los hombres
y ellos han creído en Ti!

¡Gloria a Ti, que has subido al cielo!

Gloria a Ti, que estás sentado a la derecha del Padre; volverás con la majestad del Padre y de los santos ángeles, para juzgar, en esta hora horrorosa y terrible, a todas las almas que han despreciado tu santa Pasión.

(*) *Sermón sobre los sufrimientos del Salvador*, 9.

Las potencias del cielo se conmoverán, todos los ángeles, los arcángeles, querubines y serafines comparecerán con temor y temblor ante tu gloria; los fundamentos de la tierra se bambolearán y todo lo que respira temblará ante tu soberana majestad.

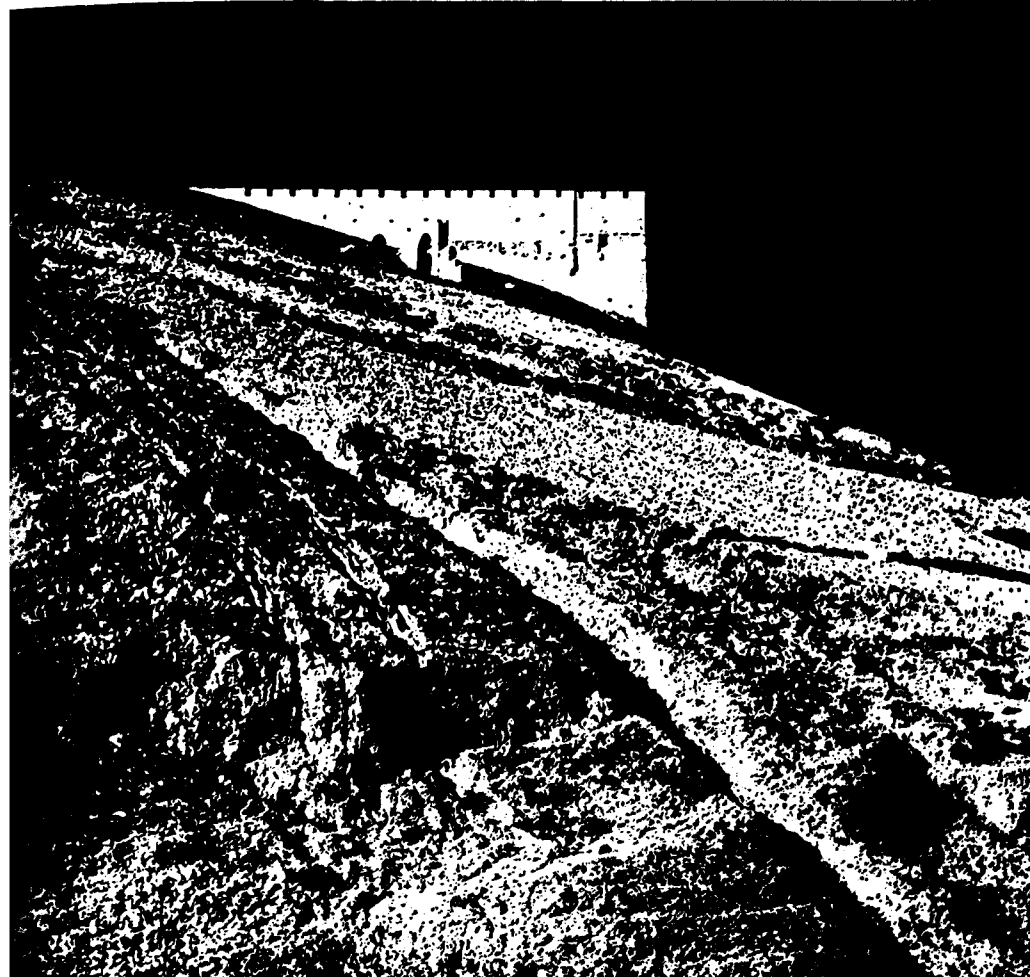
En aquella hora, que tu mano me abrigue bajo tus alas, para salvar mi alma del terrible fuego, del rechinar de dientes, de las tinieblas exteriores y de las lágrimas eternas: que pueda glorificarte cantando:

Gloria al que se ha dignado salvar al pecador, por su misericordiosa bondad (54).

(54) Traducción francesa de A. Hamman, aparecida en *Prêtres des premiers chrétiens*, París, 1952, núm. 269.

Cirilo de Jerusalén

Ი Ბ / Გ Მ († 396)



Sobre el emplazamiento de la Jerusalén judía, los romanos habían construido una nueva ciudad, Aelia Capitolina. El Templo había cedido el sitio al Capitolio, consagrado a las tres divinidades romanas, Júpiter, Juno y Minerva, cuyas huellas son aún hoy visibles. En el sitio donde los cristianos localizaban la crucifixión y la sepultura de Jesús, se levantó el templo de Venus. A pesar de estas transformaciones, los cristianos continuaban viviendo y reuniéndose en la iglesia donde el Señor había celebrado la última cena, agrupados en torno a sus obispos Narciso, Alejandro y sus sucesores. Eusebio, obispo de Cesarea, cuya sede situada entre Jaffa y Haiffa no estaba lejos de los lugares, consagró una serie de obras a la geografía bíblica. Nos cuenta igualmente las pruebas pasadas por la comunidad durante la persecución de Diocleciano, en *los Martires de Palestina*.

Su vida Las cosas cambiaron con el edicto de Milán en el 313. Probablemente este mismo año nació en Jerusalén o en los alrededores de la ciudad, Cirilo, que más tarde iba a esclarecer la sede. Doce años tenía cuando se reunió el Concilio de Nicea. De su familia y de su educación, sabemos muy poco. Debió recibir una buena formación escolar, como lo atestigua su arte oratoria. Si bien improvisa fácilmente, sabe, sin embargo, cuidar el estilo cuando es necesario. A falta de genio, tenía un gran talento.

Los menologios de la liturgia bizantina le describen, no se sabe apoyados en qué tradición, de estatura mediana, tez pálida, cabellos largos, nariz aplastada, cara cuadrada, cejas que continúan en línea recta, y barba blanca espesa en las mejillas, dividida en dos en la barbilla, «parecido en todo a un campesino». Si es cierto que tenía un aspecto un tanto rústico, su espíritu y sus palabras seducirán al auditorio de Tarso, que pasaba por ser una ciudad letrada y exigente.



Su obra permitirá establecer su retrato, mejor que esta descripción probablemente fantástica.

En tiempo de Constantino, Macario era obispo de Jerusalén. Había asistido al Concilio de Nicea y con la autorización del emperador, emprendió las primeras excavaciones que permitieron descubrir el santo sepulcro. Enterado el emperador, hizo construir sobre el calvario una inmensa basílica, precedida de un vestíbulo. Detrás, un gran patio cuadrado, adornado de pórticos conservaba en un edificio especial una reliquia de la Cruz. En la parte oeste, el santo sepulcro se conservaba en una rotonda, la iglesia de la Resurrección (Anástasis). Allí pronunció Cirilo sus famosas catequesis. Aelia volvía a ser Jerusalén.

Macario fue reemplazado por Máximo. Era éste un antiguo luchador que el emperador Maximino Daya había enviado a las minas. De allí había vuelto tuerco y cojo. Una vieja rivalidad oponía la sede de Jerusalén a la del metropolitano de Cesarea. Raramente tenían los dos titulares la misma opinión. Al fin de su vida, Máximo se había entregado totalmente a Atanasio y le festejó a su vuelta de Occidente. Lo que no era del agrado de Acacio, su metropolitano.

Entre el clero de la ciudad se distinguía un sacerdote. Era Cirilo. Su elocuencia gozaba de gran reputación. Siendo simple sacerdote, había reemplazado al obispo, para preparar a los catecúmenos al Bautismo durante la Cuaresma. Estas catequesis, que se han conservado hasta hoy, acreditaron su fama. A la muerte de Máximo, hacia el 350, Cirilo fue instalado según las reglas en la sede de Jerusalén, con el consentimiento del metropolitano.

Al año siguiente, el 7 de mayo del 351, un fenómeno luminoso apareció en el horizonte de Jerusalén y todos reconocieron en él una cruz. Cirilo se dio prisa en contar el suceso al emperador. El prodigio parecía de buen augurio para el nuevo obispo.



Pronto comenzaron los conflictos entre Cirilo y el metropolitano Acacio de Cesarea, al parecer por una cuestión de precedencia, no bien determinada en el Concilio de Nicea, donde no se quiso zanjar la cuestión. Según el historiador Sozomeno, Cirilo no era un sufragáneo fácil. Argüía con el carácter apostólico de su sede para librarse de la autoridad de Acacio. Este último reprochaba a Cirilo el haber vendido objetos sagrados en tiempo de hambre, para socorrer a las necesidades de los fieles. En el teatro se había visto a una actriz vestida con paño ofrecido por Constantino a Macario. El reproche tenía todo el aspecto de una interpretación tendenciosa.

El destierro En realidad Acacio pactaba con los arrianos. Se hallaba muy bien situado en la corte. Y se aprovechó para reunir un sínodo y deponer a Cirilo. Este no era de los que se dejaban manejar. Protestó contra lo que estimaba una decisión injusta, y apeló. Vino Acacio en persona con una patrulla militar, echó al obispo de su sede y, *manu militari*, puso en ella un obispo arriano (357). Cirilo fue desterrado al mismo tiempo que su colega Hilario de Poitiers.

El obispo de Jerusalén se refugia primero en Antioquía, después en Tarso. El obispo de esta última ciudad, Silvano, aunque arrianizante, le recibió bien y le permitió ejercer sus funciones sacerdotales y predicar. Sus predicaciones fueron muy apreciadas.

El Concilio de Seleucia rehabilitó a Cirilo, pero meses más tarde el de Constantinopla, presidido por Acacio en persona, le depuso de nuevo. Cirilo aprovechó, como Atanasio, las medidas tomadas por el emperador Juliano para volver a su ciudad natal, en el 362. Aún le quedaban muchos sufrimientos. Fue expulsado de nuevo por el emperador Valente, lo cual prueba suficientemente que estaba considerado como acérrimo adversario del arrianismo. No recuperó su diócesis hasta el 378. Su destierro había



durado once años. El Concilio de Constantinopla en el 381, en el cual participó, le reconoció solemnemente como obispo legítimo. Había soportado valientemente la persecución por la causa de la fe.

A su vuelta, el obispo tuvo que reparar los desastres que habían acumulado las divisiones y las perturbaciones. El informe que Gregorio Niseno nos ha dejado sobre la Jerusalén de esta época es especialmente sombrío. «Aquí no hay ahora, escribe en el 378, ninguna clase de impureza que no aparezca con descaro. Perversidades, adulterios, robos, idolatrías, envenenamientos, calumnias, crímenes, en pocas palabras, todo género de desórdenes ha establecido aquí su morada».

La ciudad estaba dividida entre arrianos y anti-arrianos. El mismo Cirilo era discutido. Años más tarde, Jerónimo propagará aún los chismes que circulaban sobre el obispo en las colonias monásticas. Se le reprochaba sus relaciones con los arrianos, mientras que el Concilio de Constantinopla, nada sospechoso de arrianismo, afirma del «muy venerable y piadosísimo Cirilo» que había «luchado mucho contra los arrianos».

La verdad es que Cirilo era como Hilario un espíritu moderado y moderador, al que su amor a la ortodoxia no le hacía olvidar, como a ciertos «ultras», las leyes de la caridad y el deseo de la unidad. Los que más fuerte gritan no son siempre los que han sido más puros, ni más valientes en el tiempo de la prueba.

Cirilo pasa los últimos años de su vida restableciendo la unidad y cicatrizando las heridas de los años dolorosos. Su deseo permanente es la unidad en la fe. «El error, le gustaba decir, tiene múltiples formas, pero la verdad no tiene más que un solo rostro». Muere el 18 de marzo del 386. De treinta y ocho años de episcopado, el obispo de Jerusalén había pasado dieciséis en el destierro. León XIII le proclamó doctor de la Iglesia universal en 1893.



El obispo de Jerusalén se vio íntimamente mezclado en la lucha anti-arriana. Las circunstancias, más que el temperamento, hicieron de él un luchador. No parece haber tenido una naturaleza belicosa, pero la lucha con Acacio le empuja hacia la violencia y hace áspero a este hombre pacífico. Esta dureza la inspira la defensa de la fe más que las cuestiones de precedencia. Su carácter aparece más firme que flexible, más áspero que tierno. Esta virilidad se manifiesta a lo largo de toda su predicación. En ella sopla un viento fuerte de alta mar: la fe que ha forjado la Iglesia de los Apóstoles y de los mártires.

El catequista El catequista es lo que mejor conocemos, debido a las 24 catequesis que exponen las verdades de la fe, y después la doctrina de los tres sacramentos de la iniciación cristiana: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. Aquí tenemos un modelo de lo que podía ser la enseñanza religiosa del siglo cuarto. Las ins-



trucciones de Cirilo nos documentan asimismo sobre la liturgia de Jerusalén en esta misma época.

La mayor parte de las 24 catequesis fueron pronunciadas en la basílica del Santo Sepulcro, alguna en la rotunda de la Anátesis. La autenticidad de las cinco últimas, llamadas mistagógicas porque son una introducción a los santos misterios (Bautismo, Confirmación, Eucaristía), ha sido puesta en duda. Las dificultades son serias, pero no han convencido a todos los historiadores.

Las instrucciones comenzaban el primer domingo de Cuaresma y continuaban todos los días, excepto los sábados y domingos, hasta el Bautismo. Se explicaba la Sagrada Escritura, la historia de la salvación en sus principales conexiones y luego el símbolo de los Apóstoles. En la noche pascual los catecúmenos recibían el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. Durante la semana pascual su instrucción se perfeccionaba con la explicación de los ritos de la iniciación cristiana (catequesis mistagógica).

Cirilo consagra sus primeras predicaciones a la conversión. Se trata principalmente de hacer comprender a los candidatos el cambio de vida y de costumbres, el vuelco que representa su opción cristiana. Como en la Didajé, el primer catecismo cristiano, se pone el acento en el carácter moral y existencial de la conversión.

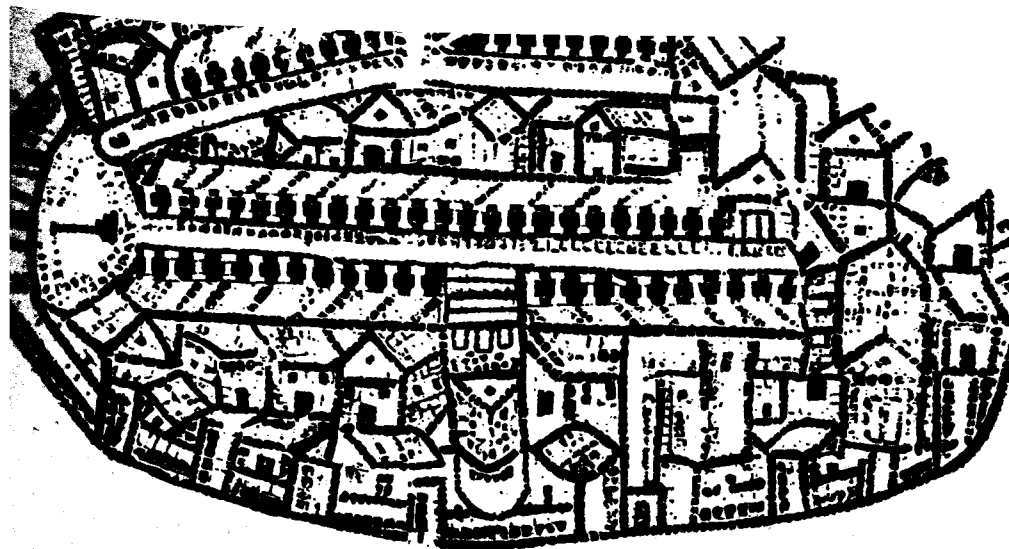
Las catorce catequesis siguientes comentan el símbolo de la fe con sello claramente trinitario. Cirilo no se contenta con enunciar las afirmaciones teológicas a propósito del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino que muestra de forma admirable la prolongación de esta doctrina en la vida del cristiano. El Padre nos introduce en el misterio de Dios y en aquel que hace de nosotros hijos e hijas suyos. Cristo es «nuestro Salvador bajo formas diferentes, según las necesidades de cada uno». El es todo para todos, permaneciendo El mismo lo que es. «El Espíritu nos in-

roduce en el misterio de la Iglesia que él santifica defende». Transforma la vida del creyente. «Imaginaos alguien que vive en la oscuridad; si, por casualidad, ve de repente el sol, su mirada se ilumina y lo que antes no veía lo percibe ahora claramente. Lo mismo ocurre con el que ha sido considerado digno de recibir al Espíritu Santo, tiene el alma iluminada; ve por encima del hombre cosas hasta entonces ignoradas» (Cat. 16,16).

La catequesis de las cinco últimas instrucciones desarrolla la doctrina de los sacramentos de la iniciación cristiana explicando los ritos, que son una lección de cosas para descubrir su significación. El agua expresa el poder de destrucción y de vida. El obispo relacionó cada sacramento con los sucesos y las figuras del Antiguo Testamento, que era el blanco de toda catequesis en el siglo cuarto.

Características El estilo de Cirilo es claro y directo. Una cierta sencilla bondad, una familiaridad en el tono son convenientes para esta catequesis elemental. A veces el tono se eleva, el estilo es más cuidado y Cirilo da muestras de poseer un arte oratorio muy experimentado. De ordinario, su ambición se limita a hacer comprender las verdades de la fe a inteligencias corrientes. Recurre a la imagen y a la comparación. «No esperes a estar ciego para recurrir al médico». Y en otra parte: «Que vuestro espíritu sea forjado, que la dureza de la incredulidad sea abatida con martillo, que caigan las escorias, que quede lo que es puro, que caiga el orfén, que quede el bronce» (2,15).

En otra parte compara la fiesta de Pascua con el nacimiento de la primavera para explicar a los candidatos al Bautismo el nuevo nacimiento. «En esta estación fue creado el hombre, desobedeció, y fue echado del paraíso; también en la misma estación ha encontrado la fe y por la obediencia ha vuelto al paraíso»



La salvación se ha realizado, pues, en la misma estación que la caída, cuando aparecieron las flores y vino el momento de podar la viña» (15,10).

El obispo de Jerusalén conoce al hombre y no se extraña de sus limitaciones o de sus debilidades. Sabe que los motivos de conversión son a veces imperfectos. Este viene a pedir el Bautismo para complacer a su mujer o a un amigo. Poco importa, riguroso para defender la ortodoxia, Cirilo es comprensivo cuando se trata del hombre. «Yo te acepto, a ti, que has venido con un motivo de poco valor, estás destinado a la salvación, así lo espero. Quizá no sabías adónde venías, ni qué redes te iban a atrapar. Te encuentras en las redes de la Iglesia. Déjate coger vivo, no trates de escapar. Es Jesús el que te pesca a anzuelo, no para tu muerte, sino para darte la vida, más allá de tu muerte. El te hace morir y resucitar. En efecto, tú has oído decir al apóstol: *Muertos al pecado, pero vivos para la justicia*. Muere a tus pecados y vive para la justicia; vive desde hoy» (1,5). Enseñanza vigorosa, concreta, siempre al lado de la Escritura, a la que cita como fuente.

La catequesis de Cirilo es equilibrada. No cae en las exageraciones, tan frecuentes de la época, contra el matrimonio y la carne, como las que encontramos en algunas homilías de Juan Crisóstomo. No vitupera al cuerpo sino que prefiere ver en él la maravilla de la creación. Toda esta enseñanza respira un optimismo de buena ley. Cirilo no es solamente un fino observador, sino que se eleva hasta la poesía, cuando canta a las flores y a la primavera.

Cirilo está profundamente nutrido en las Sagradas Escrituras que ha meditado extensamente durante las veladas en su soledad voluntaria a la que hace alusión. Las citas bíblicas le salen con naturalidad. «¿Qué hay que hacer? ¿Cuáles son los frutos de la conversión? *Que el que tiene dos vestidos dé uno al que no tiene*» (4,8).

Sentimos no conservar nada de la predicación de Cirilo después de su vuelta definitiva a Jerusalén. Dos años pasados debieron madurar al catecúmeno y de ser perseguido por ella. Su fe quedó fortalecida, su espíritu se hizo más ágil. La experiencia le había enseñado que la verdad sin caridad era tuerta.

La catequesis de Cirilo conserva hoy todo su valor. Sigue siendo un modelo para el que quiere tomar en serio el «aggiornamento» de la liturgia, sacando la doctrina directamente de las fuentes, hasta hacer de la vida cristiana una conversión continua.



Cirilo da a los catecúmenos una explicación sumaria de los principales ritos de la misa y saca las principales enseñanzas.

EXPLICACION DE LA MISA (*)

DE LA EPISTOLA CATOLICA DE SAN PEDRO: *Rechazad por tanto toda malicia y todo engaño, hipocresías, envidias y toda clase de maledicencias... y lo que sigue* (55).

1. Gracias a la bondad divina, habéis oído en las precedentes asambleas una exposición bastante completa del Bautismo, de la unción, de la recepción del cuerpo y la sangre de Cristo. Ahora es necesario proseguir estas enseñanzas; hoy vamos a coronar el edificio espiritual erigido para provecho vuestro.

2. Las abluciones

Habéis visto al diácono dar la ablución al celebrante y a los sacerdotes colocados alrededor del altar. No se la ha dado para quitarle una mancha corporal; no se trata de eso; no teníamos mancha en el cuerpo al entrar en la Iglesia. Esta ablución sobre las manos simboliza la necesidad que tenéis de purificaros de toda falta y de todo pecado.

Siendo las manos el símbolo de la acción al lavarnos indicamos que nuestras acciones son puras e irreprochables. ¿No has oído al bienaventurado David explicarnos el misterio diciendo: «Lavaré mis manos en la inocencia, y rodearé tu altar, oh Señor» (56) Así pues, el lavatorio de las manos es el símbolo de la remisión de los pecados.

3. Beso de paz

El diácono grita después: «Volveos los unos hacia los otros y abracémonos mutuamente». No creas que este beso es de la misma clase que el que se dan corrientemente los amigos en la plaza

(*) *Catequesis mistagógica*, núm. 5,1-23, P. G., 33, 1.109.

(55) *1 Pedro*, 2,1-10.

(56) *Salmos*, 26,6.

pública. No, no se trata de un beso así. Este opera la fusión de las almas y pretende llegar al olvido total de nuestras injurias. Este beso es signo de que nuestras almas no forman ya más que una y que rechazan todo rencor.

Por eso decía Cristo: «Si presentas tu ofrenda ante el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda ante el altar y ve a reconciliarte con tu hermano, después vuelve y presenta tu ofrenda» (57).

El beso es, pues, una reconciliación y por eso es santo como lo proclama San Pablo al decir: «Saludaos unos a otros con un beso santo» (58). Y San Pedro al decir: «...en un beso de caridad» (59).

4. *Sursum corda*

El sacerdote proclama entonces: «Levantad vuestros corazones». Verdaderamente en esta hora temible es necesario elevar nuestro corazón a Dios y no bajarlo hacia la tierra y hacia los asuntos terrenos. En virtud de estas palabras, el sacerdote nos ordena dejar ahora todos los cuidados referentes al cielo con el Dios de la bondad. En seguida respondéis vosotros: «Lo tenemos levantado hacia el Señor», dando así asentimiento a su orden por medio de la fórmula que vosotros pronunciáis.

Que nadie esté con una disposición tal, que diciendo con su boca: «Lo tenemos levantado hacia el Señor», su pensamiento esté sin embargo ocupado en los cuidados de esta vida. Indudablemente debemos pensar en Dios en todo tiempo, pero si la humana debilidad nos impide pensar sin cesar en él, en este momento es cuando hay que esforzarse, sobre todo, para conseguirlo.

5. Después dice el sacerdote: «Demos gracias al Señor». Realmente tenemos que darle gracias porque, a pesar de nuestra indignidad, nos ha llamado a una gracia semejante, porque, siendo enemigos suyos, nos ha reconciliado con El (60) y porque nos ha juzgado dignos de tener el espíritu de hijos de adopción (61). Vosotros respondéis: «Es digno y justo». Y efectivamente, dando gracias hacemos un acto digno y justo; El, sin embargo, no se ha guiado por la justicia sino que ha ido mucho más allá tratándonos con bondad y juzgándonos dignos de tan grandes bienes.

6. *Andfóra*

Seguidamente mencionamos al cielo, a la tierra, el mar, el sol, la luna, los astros y todas las creaturas racionales e irracionales,

(57) *Mateo*, 5,23-24.
(58) *1 Corintios*, 16,20.
(59) *1 Pedro*, 3,14.
(60) *Romanos*, 5,10.
(61) *Romanos*, 8,15.

visibles e invisibles, ángeles, arcángeles, virtudes, dominaciones, principados, potestades, tronos y querubines que tienen cuatro rostros (62), repitiendo de algún modo el canto de David: «Glorifica conmigo al Señor» (63).

Mencionamos también a los serafines, a los que Isafas contempló en el Espíritu Santo, formando un círculo alrededor del trono de Dios, cubriendo su rostro con dos de sus alas, sus pies con otras dos y volando con las dos restantes mientras dicen: «Santo, Santo, Santo es el Dios de los ejércitos» (64).

Si repetimos esta alabanza de Dios, que nos han transmitido los serafines, es para unirnos al canto de gloria de las milicias celestes.

7. *Invocación al Espíritu o Eptolesis*

Cuando nos hemos santificado por medio de estos himnos espirituales, pedimos al Dios de bondad que envíe al Espíritu Santo sobre las ofrendas colocadas en el altar, para que haga del pan el cuerpo y del vino la sangre de Cristo. Porque todo lo que ha sido tocado por el Espíritu Santo está totalmente santificado y trasmutado.

8. *Oración de intercesión*

Una vez consumado este sacrificio espiritual, este culto incruento, invocamos a Dios sobre esta víctima propiciatoria por la paz común de las Iglesias, por la estabilidad del mundo, por los soberanos, por nuestros soldados y por nuestros aliados, por los enfermos y los afligidos; y de un modo general oramos y ofrecemos esta víctima por todos los que tienen necesidad de ayuda.

9. *Oración por los muertos*

Después hacemos mención de los que han dormido antes que nosotros (en el Señor), primeramente de los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, a fin de que por su plegaria y por su intercesión, reciba Dios nuestra petición; después oramos por nuestros santos padres, nuestros santos obispos difuntos y en general por todos los que nos han precedido en el último sueño, ya que creemos que las almas de aquellos por los que se eleva nuestra oración pueden esperar un gran provecho de la santa víctima que descansa sobre el altar.

10. Quiero convenceros de esto con un ejemplo: ya sé que muchos dicen: «Deje el mundo con o sin pecado, ¿de qué sirve

(62) *Ezequiel*, 10,21.
(63) *Salmos*, 34,4.
(64) *Isafas*, 6,2-3.

a un alma el ser mencionada en esta oración?» Ahora bien, si un rey hubiera desterrado a algunos por haberle ofendido y los familiares de estos tejieran una corona y se la ofrecieran al rey por los que éste había castigado, no les concedería una remisión del castigo? Del mismo modo ofrecemos nuestras oraciones a Dios por los que han dormido antes que nosotros, no tejemos una corona, sino que ofrecemos a Cristo inmolado por nuestras faltas, aplacando para ellos y para nosotros al Dios de bondad.

19. *Comunión*

Hecho esto, el sacerdote dice: «A los santos, las cosas santas». Las cosas santas son las ofrendas colocadas sobre el altar, que han recibido el influjo del Espíritu Santo.

Y vosotros también sois santos, puesto que habéis sido juzgados dignos de recibir el Espíritu Santo. A los santos convienen, pues, las cosas santas. Pero vosotros decís: «Un solo santo, un solo Señor, Jesucristo». Ya que no hay más que uno que sea santo por naturaleza; si también nosotros somos santos, no lo es por naturaleza, sino por participación, por ejercicio y por oración.

20. Entonces oís la voz del cantor que, con una melodía divina, os invita a tomar parte en los santos misterios y os dice: «Gustad y ved qué bueno es el Señor» (65). Para juzgar de El no os fijéis en vuestro paladar corporal sino en vuestra fe inquebrantable. Porque cuando gustáis, no es el pan y el vino lo que se os invita a probar, sino la representación del cuerpo y la sangre de Cristo.

21. Adelantádotte, pues, acércate sin estirar la palma de la mano (66), sin separar los dedos, colocando la mano izquierda debajo de la derecha como un trono para la que va a recibir al Rey, y recibe en el hueco de la mano el cuerpo de Cristo diciendo: «Amén». Santifica tus ojos con precaución al contacto con este cuerpo sagrado, después consúmelo teniendo cuidado de no dejar perder nada de él. Lo que perdieres, ten por seguro que es como si perdieras algo de tus propios miembros.

Dime, si te hubieran dado pepitas de oro, ¿no las guardarías con todas las precauciones posibles, cuidando de no dejar perder nada ni dejarlo estropear? ¿Y no cuidarás con mucha más precaución de no dejar caer ni una migaja de lo que vale más que el oro y las piedras preciosas?

22. Después de haber comulgado el cuerpo de Cristo, acércate ahora al cáliz de su sangre. No extiendas las manos, sino inclínate, di «Amén» a modo de adoración y de veneración y santi-

(65) *Salms*, 34,9. Primer testimonio del canto de este salmo durante la comunión.

(66) El comulgante recibe el cuerpo de Cristo en la mano.

ficarte tomando la sangre de Cristo; enjuga con tu mano la humedad que queda en tus labios y tocándolos con ella santifica tu frente, tus ojos y los otros órganos de tus sentidos. Y mientras esperas a la oración, da gracias a Dios que te ha juzgado digno de participar en semejantes misterios.

23. Conservad intactas estas tradiciones y guardaos puros vosotros mismos de toda ofensa. No os separéis de la comunión, para no privaros por la mancha del pecado, de estos misterios espirituales y sagrados.

Y que el Dios de la paz os santifique totalmente; que todo vuestro ser, cuerpo, alma y espíritu sea conservado sin tacha hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo (67) a quien, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo, pertenece la gloria, el honor y el poder ahora y siempre por los siglos de los siglos. Así sea (68).

(67) 1 *Tesalonicenses*, 5,3

(68) Traducción francesa de H. Delanne, aparecida en la *Initiation chrétienne*, col-
lectys, núm. 7, París, 1963, pp. 51-60.

A. PAULIN, nos ofrece una presentación, *Saint Cyrille de Jérusalem, Catechète*, París, 1960

Juan Crisóstomo

† / G / 2 († 407)



Un monje en la sede de Constantinopla: el drama de Juan, llamado Boca de oro o Crisóstomo, reside en esta paradoja. Si no hubiera sido investido con esta dignidad deseada y temida, hubiera sido un poeta, un director de conciencias, un predicador contagioso. La santidad no le dio sentido político, sino que le volvió intransigente y le impidió siempre prescindir de tenderse con el poder, utilizar las armas que Cirilo de Alejandría sabrá manejar. Pero este último no le ponía a la animosidad de los hábiles y a la persecución de los políticos. Y se prestó a su juego. Muere por haber servido con la intransigencia de los puros. un personaje de Anouilh. En un escenario de la antigüedad, hubiera sido Antígona, en la Iglesia es confesor.

Su vida Juan es hijo de gran ciudad. Nació en la cosmopolita ciudad de Antioquía, la tercera del imperio, a orillas del Orontes. Creció entre la masa abigarrada de las grandes aglomeraciones, suficientemente protegido para no empañar su alma en ella y bastante mezclada con el pueblo como para conocerlo, amarle y establecer un contacto espontáneo con él.

Su familia era culta y poseía bienes raíces. Su padre, un oficial superior, había muerto joven. El niño fue criado por su madre, mujer admirable que a los veintidós años, sacrifica su juventud y renuncia a nuevas posibilidades para consagrarse a su hijo. Ejerció gran influencia sobre él. Ella fue quien provocó un día la reflexión de un retórico sin duda Libanios: «¡Qué mujeres influyentes entre los cristianos!»

Juan no espera hasta pasar el sarampión de la juventud para recibir el Bautismo, sino que lo recibe a los dieciocho años, fecha decisiva que él evocará más tarde en un sermón a unos jóvenes bautizados. Le lee el Evangelio con naturalidad, sin crisis, por la fuerza de la fe que se abre a Dios. En él no hay dificultad



entre Platón y Jesús. Si su cultura es griega su alma es cristiana. En el fondo, no hay un Padre de la Iglesia que esté menos ligado al helenismo.

Terminados sus estudios de cultura general, de retórica y de filosofía, en que fue alumno brillante de Libanios, se estableció en la ciudad, pero pronto renunció a una carrera que se preveía brillante, para recibir las órdenes menores. Quiso marchar al desierto. Pero su madre, que lo había sacrificado todo, se lo impidió. Huyó, pues, de la agitación de Antioquía y se estableció fuera de las puertas de la ciudad para encontrar la paz. Se consagró a la ascesis y al estudio bíblico.

Antioquía era un centro teológico de gran renombre. Juan aprende de Diodoro de Tarso, el maestro indiscutible de la época, la exégesis bíblica, sensible al sentido literal del texto sagrado. Juan desconfiaba tanto de las especulaciones alegóricas, como de las controversias teológicas. Busca en el Evangelio el camino y la llamada de Cristo. El Evangelio de Mateo le es especialmente querido. A San Pablo le profesa una admiración que le impulsa a releer sin cesar sus epístolas. De ellas, sin duda, saca su espíritu misionero que le apartará de la soledad.

A pesar de su madre, Crisóstomo acabó por ir al monte para vivir entre los monjes una vida austera de ayunos y vigiliat, que comprometieron definitivamente su salud. Buscaba la paz interior y el estímulo de las comunidades fervorosas. Muchos escritos ascéticos se remontan a esta época, como el tratado *Contra los adversarios de la vida monástica*.

Juan está desde entonces dispuesto para afrontar la acción misionera. El amor a los demás, más que su salud destrozada, le hacen volver a Antioquía, donde el anciano Melecio le ordena diácono en el 380-381. Entonces escribe el tratado del *Sacerdocio* que ha tenido un extraordinario éxito hasta nuestros días. Es una obra maestra por la elegancia ática de su estilo.

Entonces tenía unos treinta y cuatro años. Cinco años más tarde es ordenado sacerdote. Se consagra a la predicación, supliendo al obispo que era poco dotado para la palabra. Fue el período más feliz de su existencia, el que respondía más exactamente a sus gustos y a sus aptitudes.

Sacerdote ya, predica Durante doce años predica a tiempo y a destiempo, ávido de extirpar las costumbres del paganismo, de refrenar la antigua pasión por el circo, el teatro y las antiguas fiestas paganas. «Un solo hombre, si está inflamado de celo, le gustaba decir, basta para reformar a todo un pueblo».

Tenía un adversario temible. Era preciso delatar los abusos: las faltas de los clérigos, la cohabitación con vírgenes consagradas a Dios, defender a los pobres y denunciar las injusticias sociales. Desarrolla además una intensa actividad literaria, redactando los informes que se le encomiendan, y respondiendo a todos los que le piden consejo. Escribe un tratado para consolar a una viuda joven. El tema y la importancia del sufrimiento se repiten en otras muchas obras.

Siente más predilección por la predicación. A veces, si el pueblo tiene hambre de oírle, predica aun diariamente. «La predicación me cura. Desde el momento

que abro la boca para hablar desaparece mi fatiga». A veces habla de cuestiones discutidas. Explica con preferencia la Sagrada Escritura y la aplica a la vida cotidiana.

La mayor parte de sus homilias comentan el Antiguo y el Nuevo Testamento. Como Basilio, explica el Génesis. Comenta a Isaías y los Salmos. Predica muy a gusto sobre el Evangelio. Y comenta extensamente el de Mateo y el de Juan. San Pablo es su autor preferido, siente afinidad con él. Se le ha llamado el nuevo Pablo. El mismo nos cuenta que relee sus epístolas hasta dos veces por semana, mientras que «muchos ignoran aún el número de las epístolas». Y por desgracia esta observación no ha perdido nada de su actualidad. Su comentario sobre la epístola a los Romanos es su obra maestra.

Nos queda aún una serie de catequesis bautismales que preparaban a los catecúmenos para el Bautismo. Las últimas fueron encontradas por el Padre Wenger en 1955 en el monte Athos. A éstas hay que añadir los sermones para las fiestas litúrgicas. La mayor parte de estas predicaciones se remontan a la época antioqueña.

La lengua es pura, el estilo vivo, las imágenes abundantes. Sus introducciones son particularmente largas. Las digresiones que tanto debían de gustar a los antioqueños a nosotros nos cansan con frecuencia. Algunos sermones duraron dos horas.

Juan Crisóstomo es un orador nato. Conoce el rasgo pintoresco, maneja el sarcasmo, los juegos de palabras (que más tarde le costarán caro) y el apóstrofe directo, franco, apasionado. Este predicador está revestido de moralista, que analiza los secretos del corazón con penetración y con una exquisita sicología. Los cuadros que pintan los caracteres y sobre todo vituperan los vicios, son de un realismo implacable. Describe al hombre encolerizado que patalea, el despertar del





juerguista que no cesa de bostezar, la dama coqueta que hace gala de sus atavíos en la iglesia. El público admira su exactitud en el análisis y lo exterioriza. Una ironía tan chocante, en otro cualquiera, hubiera alejado a los fieles. La gente de Antioquía sabe que Juan no reprende sino para corregir y para convertir.

No está movido más que por su celo y su corazón, y la gente sencilla sabe que es amada por él. Muchas veces defiende a los pobres y a los desgraciados, a los que mueren de hambre y de sed. Nunca ha pactado con el escándalo de la riqueza y del lujo que se exhiben ante los ojos de los pobres. Por eso, la cuestión social la trata continuamente. Y consagra una serie de predicaciones al ejemplo de Job, al sermón de la montaña, al ideal de la comunidad apostólica.

Juan Boca de Oro se alzó con vehemencia contra las calamidades sociales: el lujo y la codicia. Recordó la dignidad del hombre aun cuando sea pobre, y los límites de la propiedad. Sus frases son tajantes: «Hay mulos que pasean fortunas y Cristo muere de hambre ante tu puerta». Muestra a Cristo en el pobre y le hace decir: «Podría alimentarme yo mismo, pero prefiero caminar mendigando, alargar la mano ante tu puerta, para ser alimentado por ti. Por amor a ti es por lo que yo obro así». Se levanta contra la esclavitud y su alienación. «Lo que os voy a decir es terrible, pero es necesario que os lo diga. Poned a Dios en el lugar de vuestros esclavos. Librad a Cristo del hambre, de la necesidad, de las prisiones, de la desnudez. ¿Tembláis?» (69).

Juan comparte la vida del pueblo; conoce sus alegrías y sus angustias. Lo demuestra al predicar la célebre serie de *Homilias sobre las estatuas*, una de sus obras cumbres oratorias, cuando el pueblo, hartado ya de ladrones, derribó las estatuas de la familia imperial,

(69) Los principales textos sobre la cuestión social están traducidos al francés en: *Riches et pauvres dans l'Eglise ancienne*, col. *Letys*, núm. 6, París, 1962, pp. 171-215.

para protestar contra las exacciones del régimen. Juan se aprovecha de ello para exhortar sin aprobar los excesos. No le escatima ni su apoyo ni su simpatía.

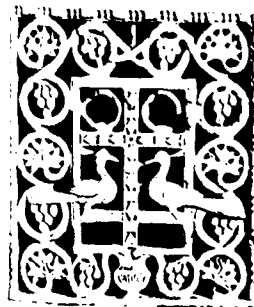
Obispo de Constantinopla

La fama de Juan se había extendido mucho más allá de Antioquía, hasta la nueva capital del imperio. Esa fama va a ser, en lo humano, la causa de su promoción y de su desdicha. La elocuencia y la santidad no son suficientes para triunfar en Constantinopla.

En el año 397 acababa de morir el obispo de la capital, el fastuoso y mediocre Nectario, que había sucedido a Gregorio Nacianceno. Eutropio, ministro todopoderoso del insignificante Arcadio, hizo que se designara a Juan como sucesor de Nectario. Fue preciso emplear un subterfugio para llevar al sacerdote de Antioquía a Constantinopla y arrancarle su consentimiento. El historiador Sozomeno afirma que el Crisóstomo fue arrebatado por sorpresa.

De un día a otro, el popular predicador de Antioquía es elevado al puesto más codiciado del Imperio; es obispo de la capital, primera sede de Oriente y orador de la corte y del emperador. Quizá se había elegido al orador, pero el que se revela es el monje y el pastor. Iba a comenzar la prueba de Juan que no acabaría sino con la soledad y el destierro.

Juan no era para ese cargo. No era ni diplomático ni hombre de mundo. Sus adversarios le acusan de autoritario y duro. El mismo reconoce en el *Tratado sobre el sacerdocio* que era propenso a la vanagloria, accesible a la envidia e inclinado a la cólera. Ciertamente era un hombre incómodo. Tiene la violencia de los mansos, desbordados por los sucesos, exasperados por las resistencias. Juan es reformador por rigor y por temperamento. Cuando la reforma se lo exigía, sabía emplear los modales duros. Quizá fueron las responsabilidades las que le llevaron a la aspereza y a la rigidez.



Juan comienza la reforma por sí mismo. Quita de la casa episcopal el lujo que había acumulado su predecesor. Come solo y lleva, como diría Paladio, «una vida de cíclope». Se acabaron las recepciones suntuosas. Reforma a clérigos y monjes. Funda hospitales y casas de retiro. Emprende la evangelización de los campesinos y se esfuerza por llevar a la ortodoxia a los godos que eran numerosos en aquella región. Combate las sectas heréticas, novacianos y arrianos, con un vigor algo rudo, apoyado por el brazo secular. Comprensivo con el hombre, era intransigente y aun duro con la herejía. Aún nos molesta más su actitud y su intolerancia con los judíos. Juan es antisemita. Habla a menudo contra ellos en la predicación, siempre con una violencia que llega hasta la injusticia. En Constantinopla como en Antioquía, continúa predicando hasta dos veces por semana en ciertas épocas. Se adapta al nuevo público. Su estilo es menos familiar, más cuidado. Ante la resistencia que encuentra se endurece y se obstina. Polemiza contra las diversiones públicas y el lujo de las clases dirigentes, irritando así a los medios influyentes. Sus exigencias morales indisponen a obispos y a clérigos, que se confabulan contra el incómodo monje. La eficacia de su acción — así como el éxito de los complots — dependía en último término de la actitud de la corte imperial. El emperador era un personaje grotesco; su mujer, Eudoxia, todopoderosa.

Las dificultades comenzaron cuando el obispo resistió al autoritario Eutropio, que quería suprimir el derecho de asilo, heredado de los templos paganos. Cuando cayó en desgracia, Eutropio reclamó para sí mismo el derecho de las iglesias que había abolido. Esta fue para Crisóstomo la ocasión de su mayor éxito oratorio. Constantinopla oyó de nuevo el acento y la elocuencia de Demóstenes. Comentó la vanidad de toda la grandeza humana, *vanidad de vanidades y todo vanidad*, en un discurso que permanece aún como la cumbre de la elocuencia: «Era un sueño



nocturno y todo se desvaneció con el día. Eran las flores de primavera. La primavera ha pasado, todas se han marchitado».

La oposición al reformador comenzó por las damas de la corte que influyeron en la emperatriz. Les era fácil encontrar complicidades en Constantinopla y en Egipto.

En el 402 el patriarca de Alejandría tuvo que justificarse en Constantinopla; hábilmente Teófilo dio vuelta a la situación y de acusado se convirtió en acusador. Convocó «el sínodo de la encina», que destituyó a Juan Crisóstomo. El emperador tuvo la debilidad de firmarlo y el obispo fue desterrado. La prueba fue de corta duración. El descontento —una catástrofe, un temblor de tierra o un aborto de la emperatriz— hizo que ésta revocara su decisión. Lo cual nos muestra los arbitrarios procedimientos de la Iglesia del Imperio.

La tregua duró poco. Las celebraciones de carácter pagano con ocasión de la erección de una estatua del emperador, fueron duramente censuradas por el obispo, indudablemente exasperado e irritado. Eudoxia se desembarazó del incómodo predicador. El obispo fue arrestado en la catedral durante la celebración pascual. Después de unas palabras de adiós, Juan salió de su iglesia que ya no volvería a ver más.

El nuevo destierro fue penoso. Fue enviado a una aldea, Cucuso, en la frontera de Armenia. La salud del obispo se había debilitado. El clima era duro. La mayor parte de sus cartas datan de esta época. Nos quedan 236. Este hombre probado, más bien trata de consolar que de ser consolado. En la prueba piensa en los demás. Escribe diecisiete cartas a Olimpias, las más largas y cariñosas. Son las primeras cartas en las que dirige a alguien. Por fin muere antes de llegar al Mar Negro. Sus últimas palabras fueron: «Gloria a Dios por todo». Era el 14 de setiembre del 407.

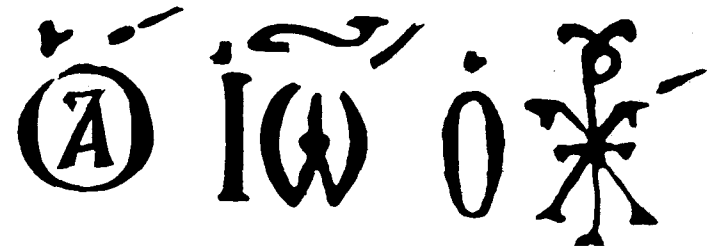
Los contemporáneos nos describen a Juan Crisóstomo, pequeño de estatura, rostro demacrado, frente arrugada y cabeza calva. Tenía la voz débil. Las austeridades habían arruinado definitivamente su salud.

En su palabra está todo el hombre. Le basta hablar para sentirse —gran tentación de los mejores—, habla para instruir, exhortar y reformar, deseosos siempre de combatir las costumbres paganas y de instaurar la moral del Evangelio. Es un reformador, un misionero.

Aunque no es un teólogo original, es sin embargo un incomparable pastor. No tiene el lirismo de Gregorio Nacianceno, ni es jefe y organizador como Basilio el Grande, pero en la perspicacia de su psicología y en la emoción de su elocuencia, supera a todos los demás Padres.

En Antioquía primero y después en Constantinopla, hizo oír, en las horas más sombrías, los acentos que no había oído la antigüedad desde Cicerón y Demóstenes. Su predicación ha desempeñado en la liturgia bizantina el mismo papel que la de Agustín en Occidente.

Ha sido leído, copiado, traducido e imitado. Su predicación ha conservado mayor actualidad que la de los demás Padres. Su predicación moral y social parece escrita en nuestros días. Es un honor para la Iglesia el contar con hombres como Juan Crisóstomo que no han pactado nunca con el poder, con el dinero, y han sabido tomar partido por los pobres. Toda la fe de este hombre está expresada en su palabra. Y esta palabra sigue viva.



El sermón desarrolla el tema bíblico de la sangre, desde la sangre del cordero pascual hasta la sangre que brotó del costado de Cristo. Del costado abierto nació la Iglesia y la Eucaristía.

SERMON A LOS NEOFITOS (*)

¿Quieres conocer el poder de la sangre de Jesucristo? Recordemos la figura que lo anuncia, los antiguos sucesos que ocurrieron en Egipto y que la Escritura nos cuenta. En aquella época que Dios envió la décima plaga a los egipcios y mató a todos los primogénitos durante la noche, porque se impedía salir por fuerza, a su primogénito, el pueblo elegido.

Para no herir al pueblo judío al mismo tiempo que a los egipcios —los dos, habitantes del mismo país— les dio un distintivo signo maravilloso para que tú distingas el poder de la verdad significada. Ya amenaza la cólera de Dios y se teme al ángel exterminador que debe visitar todas las casas. En ese momento da Moisés la orden: «Inmolad un cordero de un año sin defectos y marcad las puertas con su sangre» (70). ¿Cómo? ¿Puede la sangre de un cordero salvar a hombres dotados de razón? Ciertamente, no porque sea sangre, sino porque es figura de la sangre del Maestro. La estatua inanimada del emperador protege, según el derecho antiguo, a todo hombre viviente que se refugia en ella, no porque sea un metal fundido, sino porque representa al emperador. Lo mismo ocurre con la sangre inanimada y la vida del cordero, puede salvar almas humanas, no porque sea sangre, sino porque figura la sangre de Cristo. El ángel exterminador al ver la sangre del cordero sobre las puertas pasó de largo y no se atrevió a entrar, con mayor razón se mantuvo a distancia el enemigo al ver no la sangre del cordero sobre las puertas, sino la verdadera sangre de Cristo en los labios de los fieles, en las puertas de los templos vivos de Dios. Si el ángel temía ya la figura, con mayor razón temerá el demonio la realidad.

(*) Sermón encontrado en Grecia por A. Wenger, publicado en *Sources chrétiennes* número 50.
(70) *Exodo*, 12.

Si quieres conocer aún mejor el poder de la sangre de Cristo, acuérdate de su origen. Ha brotado del costado del Maestro en la cruz. Cuando Jesús expiró, estando aún en la cruz, cuenta la Escritura, vino un soldado y le abrió el costado con una lanza. Salió de él agua y sangre» (71). El agua simboliza el Bautismo, la sangre es figura de la Eucaristía. Por eso se ha escrito: salió sangre y agua, pero primero el agua, después la sangre. En primer lugar somos lavados en el Bautismo y después gratificados con el sacramento eucarístico.

La lanza del soldado abrió el costado y rompió el muro del santo templo. Aquí he encontrado yo un tesoro de gracia. Lo mismo ocurrió con el cordero pascual. Los judíos inmolaban el cordero, y nosotros hemos recogido el fruto de esta figura: del costado brotó sangre y agua.

No pases a pie juntillas sobre este episodio, rico en significaciones y considera otro misterio que se esconde en él. He dicho que el agua y la sangre son símbolos del Bautismo y de la Eucaristía. En los dos sacramentos, el baño del nacimiento nuevo y el misterio de la Eucaristía, que tienen su origen en el costado traspasado de Cristo, está fundada la Iglesia.

De este costado abierto sacó Jesús la Iglesia, como Eva tuvo origen en la costilla de Adán. Por eso pudo escribir San Pablo: «Nosotros somos de su carne y de sus huesos» (72), pensando en la llaga del costado. Dios tomó la costilla de Adán para formar a la mujer y Cristo nos da del mismo modo la sangre y el agua de su costado para formar la Iglesia. Como Dios tomó la costilla de Adán mientras dormía, en éxtasis, Jesús nos da sangre y agua después de haberse dormido en la muerte. Allí el sueño de Adán, aquí el sueño de la muerte.

Ved, pues, hasta qué punto está Cristo unido a su esposa. Ved con qué alimento nos sacia. El mismo es nuestro alimento y nuestro banquete. Como una mujer nutre a su hijo con su leche materna, en cierto modo con su propia sangre, así nutre Cristo sin cesar a los que El ha dado la vida del nuevo nacimiento, al precio de su propia sangre (73).

(71) *Juan*, 19,34.

(72) *Efesios*, 5,30. Al comentar este versículo, Juan Crisóstomo vuelve sobre el mismo tema.

(73) Traducción francesa de A. Hamman, publicada en *Le Baptême*, col. núm. 5, París, 1962, pp. 205-209.
Para un estudio de conjunto, ver A. MOULARD, *Saint Jean Chrysostome*, París, 1949.

Ambrosio de Milán

9/L 2 7 (+397)



Imaginémonos al prefecto de policía de París su-
ciendo mañana al arzobispo de la ciudad y com-
deremos lo que un día pasó a Ambrosio, cuando
governador de Milán. El obispo arriano Auxer-
acaba de morir. Se había mantenido en su pu-
contra viento y marea, hábil en su política e invetera-
en el error. La elección de sucesor se preveía agita-
Se esperaba un choque entre los dos partidos enfra-
tados: los arrianos y los ortodoxos. Ambrosio, enc-
gado del orden, estaba presente, sin duda para ev-
lo peor. No tenía voz en el capítulo ya que no está
aún bautizado sino que era catecúmeno. Una
anónima —quizá fue un niño— gritó: «Ambrosio
obispo», y la unanimidad se hizo en torno a ese m-
bre.

Obispo a pesar suyo

Esta elección no agradó al interesado. Ambrosio
testa, objeto que no es más que un simple catecúmeno
que se le hace violencia. No consiguió nada. Tuvo
que resignarse. Le hicieron obispo a pesar suyo.
bautizado y ocho días más tarde, probablemente
7 de diciembre del 374, consagrado obispo. La Iglesia
de Milán acababa de nombrarse un obispo cuya
fluencia se hará sentir hasta nuestros días.

Nada predisponía a Ambrosio para este cargo e-
ritual. Como Pablo a las puertas de Damasco, ha-
sido él buscado y violentado por el Señor. Era un
cacionario íntegro y profundamente honrado, sin
nifestación de fervor cristiano, ya que hasta bien-
trada la treintena no se había preocupado de recibir
el Bautismo. Era la imagen de la sociedad de su ti-
po, imperfectamente cristianizada.

Ambrosio había nacido en Tréveris, cuando su pa-
dirigía la prefectura pretoriana de las Galias. Su ma-
dre era una de esas cristianas admirables como la de
Juan Crisóstomo o la de Basilio. A la muerte de su
marido se estableció en Roma con sus tres hijos y
niños y una niña, a quien el Papa Liberio dio el

de las vírgenes. El alma y la educadora del hogar era
la madre. En este medio aristocrático pero austero,
Ambrosio lleva una juventud recta, dedicado a los
estudios clásicos y jurídicos. Su carrera es rápida y
brillante, le lleva a los treinta años al primer pue-
to de Milán, la capital. Este joven prefecto había
conseguido con su integridad y su energía la unión
de la ciudad, antes de captarse los sufragios de la
Iglesia.

Comenzaba una nueva vida. Honradamente, con la
conciencia que es ya para él una segunda naturaleza,
aprende Ambrosio su oficio de obispo. No se conten-
ta con hacerse un buen administrador de la Iglesia,
sino que comienza a tomar en serio el cambio de vida
que le impone su nuevo estado. Distribuye su fortuna
entre los pobres y se somete a una vida austera y es-
tudiosa. Se pone bajo la dirección de un sacerdote ex-
perimentado. Simpliciano, que le inicia en los estu-
dios teológicos, lee la Escritura con fervor y se aden-
tra en la escuela de los Padres griegos, sin despreciar
a Filón y a Plotino. Parece ignorar a Tertuliano y a
Cipriano a los que nunca cita.



Su exégesis y su teología están profundamente influenciados por Orígenes, hasta el punto de que muchas veces parece traducirle. Como los alejandrinos, se esfuerza por superar el sentido literal para llegar hasta el sentido espiritual oculto bajo la letra. «Bebe en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, en uno y otro beberás a Cristo».

El pastor Ambrosio es ante todo pastor y padre de sus fieles. A Agustín le gustará pintarle «asediado por una multitud de pobres, hasta el punto de que era difícil llegar hasta él». Este obispo clarividente está consagrado principalmente al ministerio de la palabra. Su obra literaria no es más que su predicación puesta por escrito. Sus tratados dogmáticos y ascéticos no son más que la prolongación del ministerio de la palabra.

El obispo de Milán es el hombre de la Escritura. Comienza por predicar el Evangelio, en especial el de San Lucas, que sin duda parecía presentar menos dificultades. Su comentario ha llegado hasta nosotros. Es la más extensa de las obras del obispo de Milán. En ella depende completamente de Orígenes.

También nos queda una serie de pequeños tratados predicados antes de ser escritos, sobre el paraíso, sobre Caín y Abel, sobre Noé, Abraham, Moisés, Isaac y el alma, José y la vida bienaventurada. El comentario de la creación inspirado en el de Basilio el Grande, fue también predicado durante una Cuaresma.

Muchos de sus escritos provienen de su ministerio de catequista. La iniciación a la fe cristiana, la preparación al Bautismo juegan un papel considerable en la vida del obispo de Milán. Explica a los catecúmenos los sacramentos y la liturgia, refiriéndose a las figuras bíblicas, comentando los ritos del Bautismo y de la misa. Tenemos dos versiones de su catequesis, uno cuidadosamente tratado, otro estenografiado, en los tratados *de los misterios y de los sacramentos*. Pueden en-



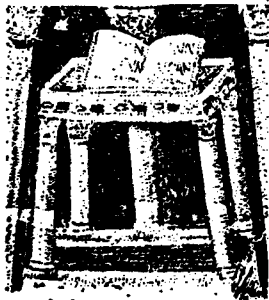
contrarse aquí y allá, para alegría de los historiadores, rastros de la palabra.

Ambrosio fue un maravilloso orador al que Agustín, aunque maestro reconocido en el oficio, no se cansará nunca de escuchar. Pero la predicación de Ambrosio no es más que una parte de su acción litúrgica. El obispo se esfuerza por hacer participar a los fieles en la celebración, creando el canto popular. En Milán introdujo el canto dialogado de los salmos, que había nacido en Antioquía. El mismo escribe himnos y compone melodías inspiradas en los cantos griegos. Algunas de sus composiciones nutren aún hoy la piedad de la Iglesia occidental.

El obispo de Milán sabía por experiencia hasta qué punto era imperfectamente cristiana la sociedad del siglo cuarto. Se consagra a la reforma de las costumbres mostrando las exigencias del Evangelio. Da al Occidente su primer tratado de ética cristiana, el *De officiis*, que toma hasta el nombre de Cicerón. Se inspira en el gran orador latino al que se esfuerza en cristianizar. No rechaza la antigüedad romana, hace referencia a sus poetas, sin caer bien en la cuenta quizá del estado de degradación de las instituciones romanas.

Ambrosio se muestra particularmente cuidadoso de promover la vida cristiana, sobre todo la virginidad, una de las más bellas conquistas del cristianismo sobre las costumbres paganas. Habla de ella con una delicadeza exquisita, que no conocerá Agustín. Jamás una trivialidad, nunca la indiscreción de un Tertuliano. La virginidad, sacada quizá de su devoción mariana, es como la patria de su corazón.

Muchas obras ensalzan la virginidad. Una de ellas está dirigida a su hermana Marcelina, que en Milán había agrupado algunas vírgenes a su alrededor. Ambrosio se consagró igualmente a la pastoral de las viudas y compuso para ellas un tratado espiritual.



El apóstol social El obispo de Milán, cara a una sociedad en que las diferencias de fortuna se muestran incluso en la iglesia, fue un excepcional apóstol social cuya doctrina, demasiado poco conocida, acusa los daños del dinero y los excesos de la propiedad, con rigor de jurista y severidad de moralista. Su audacia sobrepasa que a la del mismo Basilio. Este conservador romano escribe en el *Tratado sobre Nabot*: «Por lo demás no de tus bienes lo que distribuyes a los pobres, sino sólo les devuelves de lo suyo. Porque sólo tú has usado lo que se ha dado a todos para el uso de todos. La tierra pertenece a todos y no a los ricos, pero los que no emplean su propiedad son menos número que los que la emplean. Por eso, lejos de hacer donativos gratuitos, pagas tu deuda».

La historia ha conservado sobre todo la memoria de la actitud de Ambrosio para afirmar la independencia de la Iglesia frente al Estado. La intromisión del poder en los asuntos religiosos había acumulado demasiados males en la época de las querellas arrianas para que el obispo de Milán no recordara un principio demasiado olvidado: «El emperador está en la Iglesia, no encima de ella». Cuando el Evangelio y la justicia son escarnecidos, Ambrosio sabe atacar los sentimientos personales y aun la amistad. Y muestra valor por parte de un antiguo funcionario, servidor del Estado. Al mismo gran Teodosio le ob-



a reconocer el derecho, cuando aquél mandó matar en Tesalónica a siete mil personas, mujeres y niños incluidos, para vengar a un comandante godo muerto en una revuelta. Ambrosio estigmatiza el crimen y excomulga al emperador. Este, en un principio, se resiste, pero después se arrepiente. La noche de Navidad del 390, el emperador más poderoso de la tierra vestido con la túnica de los penitentes, acusa y expía públicamente su pecado antes de ser reintegrado al rebaño. Época de dureza, pero también de grandeza. Cinco años más tarde Ambrosio pronuncia la oración fúnebre del emperador. El no le sobrevive más que dos años.

Este aristócrata romano convertido en padre de los pobres es un milagro del Evangelio en este cuarto siglo decadente. Si hubiera permanecido pagano hubiera acabado quizá su existencia solitario y desengañado, leyendo a Virgilio para alegrar su espíritu, desde la mañana a la noche. El Evangelio hace de este funcionario un servidor de la Iglesia, de este célibe el padre de la familia de los pobres. La fe ha humanizado a este gobernador romano y le ha hecho plenamente hombre, sumergiéndole en plena masa humana. La gracia ha hecho de él un pastor al alcance de los pequeños. Se describió a sí mismo al describir a Cristo «que no buscó la sociedad de los sabios ni la compañía de los juiciosos, sino al pueblo sencillo, que no sabe poner por obra lo que ha oído» (74). Sólo Agustín lo había encontrado algo demasiado episcopal. Quizá Ambrosio desconfiaba de este joven retórico ambicioso, o quería poner a prueba a este africano demasiado apasionado.

El hombre Este romano ponderado oculta una sensibilidad, quizá heredada de su madre y avivada por la fe. Quizá

(74) *Naboth*, 55. Traducción francesa de los Benedictinos de la Rochette, extraída de *Riches et pauvres dans l'Eglise*, col. *Letys*, núm. 6, París, 1962, en la que ha aparecido todo el tratado.





nunca aparece ésta con tanta intensidad como en la oración pronunciada en las exequias del joven emperador Valentiniano II, asesinado en el 392: «Señor y Dios, no se pueden tener mejores deseos para los demás que los que se tienen para uno mismo. Por eso te suplico: no me separes por favor, después de la muerte, de los que tan tiernamente he amado en la tierra».

En ninguna parte descubre mejor Ambrosio el fondo de su alma que en la oración. En ella manifiesta el secreto de su vida. Aun en sus efusiones místicas depende de Orígenes, o más exactamente se halla a sí en él, como los enamorados se hallan a sí en Eurídice. La oración de Ambrosio expresa en tonos ardientes su amor a Jesús y es un anuncio de San Bernardo.

En muchos textos aflora la confianza que traiciona la humildad de corazón, la delicadeza del alma o la sensibilidad que le hacía amar a Virgilio. Cuando este romano reservado da algo que conservaba oculto se descubre como hombre de gran sensibilidad. Como Hilario, quema en frío. Este pastor que sabe acallar su sensibilidad cuando la justicia es escarnecida o la dignidad humana violada, aun cuando lo fuera por un emperador romano, es de una delicadeza exquisita para con los humildes y pecadores.

Del Evangelio de San Lucas ha sacado el respeto al frágil y la ternura para con el pecador. «Concédeme, escribe él, tener compasión cada vez que soy testigo de la caída de un pecador, que no castigue con arrogancia sino que lllore y me aflija». En ningún sitio se abre tanto como en su correspondencia. En ella descubrimos al hombre de acción, su energía, pero también su profunda bondad que tanto sedujo a todos los que le conocieron.

El escritor La obra literaria no nos da la medida exacta de la altura de este hombre. No quiere esto decir que aquella no sea estimable, pero sí es verdad que la forma-

ción filosófica y teológica de Ambrosio era algo improvisada. No tiene ni el vigor teológico ni la imaginación creadora de su discípulo Agustín. Escribe a prisa, sacrifica todo al gusto de la época y su frase carece de originalidad. Estaba demasiado absorbido por sus tareas pastorales como para limar su estilo y hacer verdadera literatura. Las dos versiones que nos quedan de su catequesis sacramental prueban que es capaz de corregir su texto.

Como orador valía más sin duda que como escritor. El tono es familiar, la expresión directa y a veces audaz. Está próximo al pueblo, tiene al auditorio en sus manos. Como diría el mismo Agustín, era un encantador: «Yo me quedaba allí; su palabra mantenía mi atención en suspenso. A decir verdad yo era indiferente, aun desdeñoso en cuanto al fondo de las cosas, pero el encanto de su palabra me cautivaba» (Conf. 5,13).

Como obispo, da toda su medida. Es una de las figuras de pastor más bellas que ha conocido la Iglesia. Es un obispo completo: doctor, pastor, médico, director de conciencias, defensor de la justicia, abogado de los débiles y de los explotados y también misionero que trabaja en la conversión de un pueblo germánico, los marcomanos. Evangelizó a la reina Fregitil que se había dirigido a él. Tuvo la alegría de recibir en la Iglesia a Agustín de Hipona y de marcarle para siempre. Esta diversidad de dones contrasta con la unidad que los reagrupa y los inspira. Rara vez están el ser y la acción tan profunda y sencillamente unidos en un hombre.

Al comienzo del 397, Ambrosio, debilitado, dictó el comentario del salmo 44. Al llegar al verso 24 escribió: «Es duro arrastrar tanto tiempo un cuerpo envuelto ya en las sombras de la muerte. Levántate, Señor, ¿por qué dormir? ¿Me rechazarás para siempre?» Estas fueron sus últimas líneas. El hombre está todo entero en este último grito que es una oración. La altura de Ambrosio como obispo se ha impuesto en los siglos cristianos.

Dios ha hecho el día, Dios ha hecho la noche, no para el pecado sino para el descanso. La fe es una luz sin ocaso.

Jerónimo

✠ / L M ✎ († 420)

HIMNO DE LA TARDE (*)

Oh Dios que creaste el universo
y los cielos; Tú revistes
el día con el resplandor de la luz
la noche con la dulzura del sueño.

El reposo devuelve los miembros
[agotados
a su tarea cotidiana;
él alivia los corazones fatigados
y disipa la angustia de las inquietudes.

Te damos gracias por este día,
a la caída de la noche, hacemos
oraciones y votos
para que vengas en nuestro socorro.

Desde el fondo del corazón te cantamos,
[tamos,
con nuestros más bellos himnos;
te amamos con el más puro amor
y adoramos tu grandeza.

Las horas sombrías de la noche
relevan a la claridad del día,
pero la fe no tiene tinieblas
y la noche es iluminada por ella.

¡Que nuestras almas velen siempre
sin conocer el pecado!
La fe guardará nuestro reposo
de todos los peligros de la noche.

Aparta las sollicitaciones impuras;
sé Tú el reposo constante de nuestros
corazones.
No dejes que el engaño del Maligno
turbe su calma.

Oremos a Cristo y al Padre,
al Espíritu del uno y del otro;
unida, oh poderosa Trinidad,
guarda sin cesar a los que te invocan (75).

(*) *Himnos*, P. L., 16, 1.409.

(75) Traducción francesa de A. Hamman, revisada por Patrice de la Tour du Pin, aparecida en *Prêtres des premiers chrétiens*, París, 1952, núm. 288.

Para un estudio de conjunto, ver J. R. PALANQUE, *Saint Ambroise et l'empire romain*, París, 1933.



Los pintores, Jan van Eyck y Durero, han representado a Jerónimo como hombre de estudios. Está sentado ante un pupitre como los evangelistas de los salterios carolingios. Un león dormita como un gato tumbado ante la mesa. La cabeza está iluminada de rayos, Jerónimo parece inspirado. Un reloj de arena, un sombrero de cardenal y algunos libros completan la decoración. La historia es ligeramente diferente.

«He nacido cristiano, de padres cristianos; desde pequeño he sido amamantado en el catolicismo». Esta noble profesión de fe no debe engañarnos. Jerónimo es durante trece años el hijo único, mimado de esta familia rica, establecida en Estridonia, en la frontera de Yugoslavia e Italia. Sus padres debieron permitirle muchos caprichos. No le hicieron bautizar en espera de que pasara los años alocados de la juventud.



Su vida de estudios

Jerónimo asiste en primer lugar a la escuela local. Es un alumno dotado pero difícil, indisciplinado y revoltoso; inteligencia viva, extraordinaria memoria; carácter sensible, apasionado, suspicaz, celoso. Muy pronto fue enviado a las grandes escuelas de Milán y sobre todo de Roma, para estudiar la gramática, la retórica y la filosofía. Roma seduce a este pequeño provinciano llegado de la lejana Dalmacia: «¡Oh, ciu-



dad poderosa, maestra del mundo, alabada por el Apóstol!»

Se inicia en el lenguaje culto y lee con avidez los clásicos latinos, que forjan su frase y su espíritu. Más tarde criticará a Cicerón pero sólo para convencerse de que ha renunciado a él. Nunca podrá ya repudiar a los maestros que le han formado. Pero Roma y sus escritores están demasiado unidos a sus recuerdos como para mostrar con respecto a ellos la serenidad que mostraron los capadocios para con la antigüedad pagana. El durísimo trabajo no impide divertirse al joven Jerónimo. Parece que lo hizo con la fogosidad de su violenta naturaleza. Amores fáciles y pasajeros, pero cuyo recuerdo le persigue y atormenta aún en el desierto de Calcis. Sus amistades son más profundas. Conoce a Bonosio y a Rufino. Visita las catacumbas con sus compañeros. Roma es también la ciudad de los mártires.

Jerónimo tenía el alma demasiado exigente como para dejarse llevar por lo más fácil. Junto con Bonosio se hace inscribir al comienzo de la Cuaresma del 366 en la lista de los catecúmenos. En la noche de Pascua recibe el Bautismo de manos del Papa Liberio. Iba a comenzar una nueva vida.

Jerónimo marcha a las Galias y se establece en Tréveris, donde sigue sus estudios, pero a la vez descubre la vida monástica. Por fin se decide a entrar en Aquileya para consagrarse a la meditación y a la ascetismo. «Es hora de ocuparse de las cosas de Dios». A pesar del escepticismo de su familia, junto con sus amigos se pone bajo la dirección de Cromacio. Estos se dedican sobre todo al estudio de la Escritura. Este idilio religioso no duró mucho tiempo.

«Una borrasca se abatió», nos cuenta él mismo y la comunidad se dispersó. Jerónimo sufre la prueba con terquedad y no se descorazona. Por él que no queda se pone en camino hacia el Oriente donde los monjes

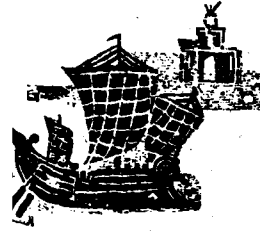
terios hacen florecer los desiertos. Lleva la biblioteca y las notas que había recogido en Roma, echando siempre pestes contra los perseguidores. Esta marcha supone también la ruptura con la familia, lo cual le hace sufrir. Más tarde escribirá a Heliodoro: «Yo he conocido las desgarraduras que tú tanto temes».

Jerónimo en Oriente

La estancia en Oriente permite a Jerónimo completar su formación bíblica en Antioquía y desarrollar sus conocimientos del hebreo. De Antioquía, Jerónimo se interna en el desierto de Calcis poblado de monjes. Va en busca de la soledad, las vigilias, la penitencia y el trabajo. Pero lleva allí su naturaleza y sus gustos. Se siente violentado por su espíritu y su alma, dividido entre las letras profanas y las letras sagradas. «Cuando leía a los profetas me decía: Qué rudos me parecen estos pensamientos y qué descuidados. Y después de una noche pasada en vigilias y oraciones volvía a Virgilio, a Cicerón y a Platón».

Un sueño que dramatizó con gusto vino a sacudir a Jerónimo, como nos cuenta él mismo. Durante un acceso de fiebre: «Fui arrebatado en espíritu y llevado al tribunal del Juez. Vi una luz tan resplandeciente que no me atreví a levantar los ojos». Interrogado sobre la religión: «Soy cristiano, respondí yo. Mientes, arguyó el que presidía, tú no eres cristiano, eres ciceroniano. Donde está tu tesoro allí está tu corazón». Zurbarán ha pintado la escena. Jerónimo con la espalda desnuda ante Cristo Juez. Es azotado por los ángeles, que empuñan látigos de triple correa.

El solitario no había llegado aún al fin de sus penas. Le asaltaron otras tentaciones. La soledad favorece las fantasías. Mal alimentado y mal aposentado, el cuerpo se tomaba el desquite. Le asedia el recuerdo de las bellas bailarinas de Roma. «¡Cuántas veces, estando en el desierto, en esa vasta soledad quemada por los ardores del sol, que no ofrece a los monjes más que una terrible morada, me imaginaba aún en me-



dio de los placeres romanos. Me veía mezclado en los bailes de las jóvenes. Con el rostro empalidecido por los ayunos, mi cuerpo helado ardía de deseos y el fuego del placer chisporroteaba en el cuerpo de un hombre casi muerto. Lo recuerdo. A veces gritaba, de día y de noche. No cesaba de golpear mi pecho. Por eso había cogido horror a mi celda, cómplice de mis desvergonzados pensamientos. Irritado y cruel contra mí mismo, me ocultaba solo en el desierto» (L. 12,7).

El trabajo intelectual le libera. Se sumerge profundamente en el estudio. Aprende el hebreo, «la lengua de las palabras guturales y jadeantes», bajo la dirección de un judío letrado. Esta fue una ascesis más temible que la de los monjes ociosos. Sus ratos libres los ocupa en escribir la vida, o mejor diríamos el panegírico, del ermitaño Pablo de Tebas. «Prefiero su túnica usada a la púrpura de los reyes». Estas biografías son como novelas edificantes al modo de *Quo vadis* o de *Fabiola*, para el pueblo cristiano de entonces, ávido de cosas maravillosas.

En la misma época parece haber redactado la Crónica, en la que tradujo y modificó en parte la obra del historiador Eusebio. Este libro es fundamental para todas las investigaciones sobre el pasado cristiano. En él mezcla gustoso con la historia, sus recuerdos personales y sus rencores. En él anotó la marcha de Melania la Anciana para Jerusalén y proclamó sus virtudes. Este elogio lo tachó cuando se enemistó con ella a propósito del origenismo.

Las querellas del arrianismo y las disputas del cisma de Antioquía vinieron a turbar la paz del desierto y dividir a los monjes. Los ermitaños tomaban parte: «Envueltos en ceniza y saco, excomulgamos a los obispos», ironiza Jerónimo. Finalmente exasperado por estos monjes mugrientos, ignorantes y pendencieros, nuestro héroe hace su equipaje y se vuelve a Antioquía.

Paulino, obispo de la ciudad, le ordena sacerdote; él acepta con pesar, con la condición de poder permanecer fiel a su vocación monástica y conservar plena libertad de movimientos. Comienza a viajar. En el 380-381, se encuentra en Constantinopla para consultar las bibliotecas de la ciudad, que son considerables. Queda hechizado por Gregorio Nacianceno, que le inculca el entusiasmo por Orígenes, cuya erudición le subyuga literalmente. Le llama «el Maestro de la Iglesia desde la era apostólica». Por el fervor que le profesaba traduce veintiocho de sus homilías sobre los profetas Jeremías y Ezequiel. Luego le traicionará con la misma fogosidad.

En Roma Mientras tanto, el Papa Dámaso ha obtenido del emperador la reunión de un nuevo Concilio para el 382. Jerónimo acompaña a Roma al obispo Paulino de Antioquía. Recoge sus cosas y lleva su biblioteca y sus manuscritos a Roma. Tiene treinta y cinco años. Está dispuesto para cumplir una considerable tarea. El Papa Dámaso, erudito y poeta, le estima, le consulta y le toma como secretario.

Pronto se le ocurre un proyecto más importante. Pide a Jerónimo que revise la traducción latina de los Evangelios. Esta tarea, que extenderá a toda la Biblia, va a absorber al erudito durante veinte años, en los que pondrá al servicio de la Iglesia la erudición adquirida durante muchos años de trabajo. Esta traducción se llamará la Vulgata.

Jerónimo va viento en popa. Algunos cuchichean su nombre para el pontificado, al menos lo cuenta él en una carta. Mientras tanto, este misógino viene a ser el consejero bíblico y después el director buscado por algunas nobles damas romanas, como Paula, Marcela y Eustoquio. Les explica la Escritura en las suntuosas villas del Aventino. La austeridad atrae a la mujer piadosa y la llena de seguridad. Esta actividad era



tanto más criticada cuanto más irreprochable era el hombre. Se propalan falsas sospechas. El responde: «Haría menos con mujeres, si los hombres me preguntasen cosas sobre la Escritura». No es esa la experiencia de la Iglesia.

La sociedad elegante de Roma y más aún los clérigos mundanos y perfumados de la ciudad se ceban contra este monje sabio, que viene a turbar una vida tan bien organizada y que, para colmo, les obliga a cambiar la traducción del Nuevo Testamento, a la que la rutina les había acostumbrado. Jerónimo les estigmatiza tratándoles de «asnos bípedos». Los favores del Papa son un privilegio que los cortesanos no perdonan.

Los errores no eran patrimonio de una sola parte. Jerónimo perjudicaba con sus defectos las mejores causas. Su carácter irascible, quisquilloso y su tono burlón —sus retratos de los clérigos mundanos son de una mordacidad que no perdona ni se perdona— le atraen la enemistad. No se contenta con ofrecer la mejilla, sino que devuelve los golpes doblados. Se siente como aliviado cuando ha punzado al adversario con una bellaquería. A Vigilantius (Vigilante) le llama Dormitantius (Dormilón). A Helvidio: «Ya estás satisfecho. Ya eres célebre por tu fechoría». Si bien sus costumbres son inatacables, su lenguaje es demasiado fuerte. Una de las páginas sobre la virginidad, debió hacerle enrojecer a la joven Eustaquia. Quizá tuvo la equivocación de tomar su éxito con las nobles matronas como una competencia psicológica, que faltará siempre a este tosco dalmata. Como otros muchos directores espirituales él era suspicaz. ¿El origen de su disputa con Rufino, no es ante todo una rivalidad de dirigidas? A sus dirigidas les hace compartir las renunciaciones que él se impone, especialmente el celibato, con una aspereza que recuerda a Tertuliano. No tiene mucho tiempo para escribir porque está muy acaparado por las patricias.

Se establece en Belén Cierta es, al menos, que a la muerte prematura de la joven Blelila, la hija de Paula, el rumor público acusa a Jerónimo: La ha matado con los ayunos, se dice. El ambiente se caldea en Roma. Para colmo de desdichas, muere también el Papa Dámaso. El sucesor no se hallaba tan bien dispuesto hacia él, como suele suceder. Bramando contra «la Babilonia» romana, el sabio monje prepara otra vez su equipaje; marcha con su hermano Pauliniano y se embarca para el Oriente, diciéndose con filosofía que «con buena y mala reputación, se llega por fin al reino de los cielos». Le siguen algunas damas de la aristocracia romana, con sus amigas, seguidoras y criadas. Jerónimo se decide a establecerse en Judea. Pero ¿dónde? Rufino y el monasterio de Melania le han precedido en Jerusalén. El pone su mirada en Belén. Con la fortuna de Paula se construyen allí tres monasterios de mujeres. Jerónimo añade un convento de hombres, sobre todo occidentales, que dirige él mismo.

Conservamos los sermones que dirigió a los monjes. En ellos se descubre como un maestro espiritual de piedad vigorosa y de sólida doctrina. No puede evitar los excursus exegéticos y, como muchos oradores sagrados, no sabe acabar. Se sorprende además de que sus oyentes dormiten. Ve con ojos celosos el éxito oratorio de Agustín, como lo cuenta en una carta. En este terreno se siente vencido. Lo reconoce con algo de humor. Como Evagrio, enseña a los monjes a copiar manuscritos, lo cual crea una tradición que honrará a Occidente.

Comienza un largo período de producción literaria que durará más de treinta años, hasta su muerte. El erudito dispone de una rica biblioteca y de un fichero considerable, fruto de sus estudiosas peregrinaciones. En primer lugar traduce el conjunto de libros de la Biblia directamente del hebreo, no ya del texto griego de los Setenta. Es el primer Padre latino que conoce el hebreo. De este modo establece el prin-



cipio de la exégesis científica. Esta refundición total levantó una tormenta contra Jerónimo por haber puesto la mano sobre el texto tradicional. El mismo Agustín se encuentra entre ellos y encontró costosa esta empresa.

El escritor Sus comentarios son pobres de doctrina y descuidados de forma. Jerónimo es un erudito y un humanista, no es ni teólogo ni místico. Se enemistará definitivamente con Orígenes, cuando se haya conseguido a sí mismo plena y lúcidamente, por animosidad contra Rufino. Además su temperamento impulsivo le perjudica. Trabaja demasiado aprisa. No consagra más que dos noches, dice él, al comentario de Abdías y solamente dos semanas para comentar el Evangelio de San Mateo.

Por la misma época (392) escribe su historia de los *Hombres ilustres*. En él establece, siguiendo el modelo de Suetonio, el catálogo, hoy diríamos el diccionario biográfico, de los hombres célebres después de Cris-



to. Es de alguna manera la primera patología de la historia cristiana escrita en latín. Mide a los autores según el grado de su admiración o de su antipatía. Simón Pedro abre la serie, que modestamente se acaba por el mismo Jerónimo. Nunca ha pecado por exceso de modestia.

La correspondencia comprende 117 cartas auténticas. Jerónimo es universalmente consultado. El mismo San Agustín le escribe. Tenemos la respuesta cuya suficiencia hubiera enemistado a los dos para siempre, si Agustín hubiera tenido el carácter de Jerónimo y menos humildad: «Te aconsejo, jovencito, le escribe, que no vengas a la arena de la Sagrada Escritura a provocar a un anciano».

Las cartas pintan al hombre, alternativamente asceta y director espiritual mordaz, de una ironía hiriente, capaz de emoción y de lágrimas. Obra maestra de elegancia, de viveza y a veces de violencia, que ninguna ascesis pudo por desgracia sujetar.

En medio de esta estudiosa soledad Jerónimo es lanzado de nuevo a la lucha por Epifanes, obispo de Salamina, espíritu mezquino e inquisidor nato que, en «su tarro de venenos», donde coleccionaba las herejías, había dado a Orígenes la matrícula 64. El hizo del maestro de Alejandría una interpretación tendenciosa y sin honradez, que sembró la discordia en Palestina, tanto y tan bien que Jerónimo, quemando lo que había adorado, atacó a Orígenes, se enemistó con el obispo de Jerusalén y con su amigo Rufino. Todo ello fruto de un torpe celo.

Siguió luego una oposición, un momento detenida por una tregua, que escandalizó a la Iglesia entera, comenzando por Agustín. Ni la muerte de Rufino (en el 411) desarmó al viejo dálmata, que gritó al saberlo: «El escorpión está aplastado bajo el suelo de Sicilia». Odio ciego y completamente inútil, indigno del anciano asceta, en quien el hombre viejo decididamente se negaba a morir.

Los últimos años de Jerónimo son dolorosos. Su salud es precaria, su vista se oscurece de día en día. Pierde a sus amigos más queridos, en primer lugar a Paula. «Adiós, Paula, dice él, ayuda con tu oración a tu envejecido amigo». Tiene cincuenta y siete años. Después toca el turno a Marcela. Como todo el Occidente, también él se ve afectado por los sucesos políticos, la llegada de los bárbaros y, sobre todo, la caída de Roma, en el 410, tan violentamente sentida por el mundo como antes lo fuera la de Jerusalén. «Roma es asediada. Me falta la voz. Los sollozos cortan mis palabras mientras dicto. La ciudad que se apoderó del mundo ha sido tomada».

A las preocupaciones de fuera se añade su enfermedad. En su comentario a Ezequiel aparece la confianza: «Estas páginas las dicto al tembloroso resplandor de mi lámpara. La exégesis me permite disipar un poco la tristeza de mi alma trastornada. A estas preocupaciones externas se añaden las de mis ojos debilitados por la edad y amenazados por la ceguera, la dificultad de releer a la vacilante claridad de una lámpara los textos hebreos, cuyos caracteres son tan pequeños que se descifran mal aun a la plena luz del día y del sol». Salteadores sarracenos le amenazan y se ve obligado a huir precipitadamente (410-412). La controversia pelagiana reanima su pasión por algún tiempo. La victoria sobre la herejía le vuelve a serenar. Felicita por ello a Agustín, a quien dirige su última carta con la impronta ya de la paz del crepúsculo. La vida le ha despojado progresivamente, despegado un tanto de lo que nos abandona: «El que siempre piensa en morir, escribe, a menudo desprecia todo». Impotente, ciego y aislado, el viejo luchador encontró por fin el reposo del Señor el 30 de setiembre del 410 ó 420.

El hombre Jerónimo se llama a sí mismo «filósofo a la vez que retórico, gramático, dialéctico, experto en hebreo, en

griego y en latín, conocedor de tres lenguas», lo cual para aquella época y para un latino era literalmente maudito. Del hombre de letras tiene sus cualidades y sus defectos, los cuales los muestra con tanto agrado que parece liberarse de todos los complejos. Se preocupa por la elegancia literaria. Es un clásico de la lengua y el tipo del humanista. Su correspondencia es una obra maestra de arte, donde la violencia de la palabra nunca está falta de gusto.

Hasta el fin de su vida une a una ascesis rigurosa una irritabilidad casi enfermiza, una sensibilidad excesiva. En la polémica es hiriente. Si triunfa, aplasta al adversario. Si no, le queda aún su pluma mojada en ácido sulfúrico. Es vanidoso, sensible a la crítica, poco dispuesto a la acogida y a la simpatía. La finura de este dálmata se limita a las cartas y no se extiende nunca al trato con los hombres.

Las nobles damas romanas supieron domesticar a este asceta fogoso, vencéndole en su propio terreno, la Biblia. Su ciencia era reconocida y él no pudo resistirse a aprovecharla. Si con el trato de estas mujeres no aprendió Jerónimo la suavidad evangélica, ellas al menos comprendieron por intuición que este arisco era un hombre sensible e incluso tierno. El mismo que aplasta a Rufino con su sarcasmo llora como un padre a la muerte de Blesila.

Este hombre es tan conmovedor que nos desarma, ya que nunca oculta sus defectos. No tiene unción eclesiástica. En él la fe no ha ocultado al hombre, ni mucho menos. No hay personaje con mayor relieve, con fisonomía más acusada, y palabra más truculenta. Dios se sirve de toda clase de leña para hacer fuego. Algo bueno habrá visto en el asceta de Belén. Este se vuelve lírico cuando habla del misterio de la Natividad y contempla a aquella en quien: «la tierra ha dado su fruto» (75 b).

(75 b) Ver el texto publicado en la página 262.

El amor al trabajo y a la erudición, puesto al servicio de la Escritura, la austeridad de una vida que impone respeto y acalla la calumnia y el amor a la Iglesia que no juega con la ortodoxia hacen que este sabio asceta se imponga a la posteridad. La misericordia de Dios hizo el resto.

A Jerónimo debemos una obra que prestó inmensos servicios a la Iglesia. En vida, como después de su muerte, el monje de Belén es una luz de gran valor. Queda como el pionero del trabajo exegetico, con la condición de completarlo con Orígenes. Su influencia fue grande en la Edad Media, que aceptó el anacronismo que hizo de Jerónimo un cardenal. Fue estimado también entre los hombres del Renacimiento. Erasmo publicó sus obras. Fue la alegría y la inspiración de los pintores del siglo quince al dieciocho. Ningún hombre de la antigüedad se prestaba más a ello. El retrato auténtico del hombre se encuentra en sus escritos.



Jerónimo comenta el relato de Navidad: un pre nace en la miseria, de una madre pobre. El austero monje que habla desde el lugar de los acontecimientos se entrece y se conmueve. La humildad del hijo de Dios nos ha salvado, su pobreza nos ha colmado.

HOMILIA SOBRE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR (*)

Y él lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada (76). Su madre lo recostó. José no osaba tocar a este niño, que acababa que no había nacido de él. Maravillado, feliz, no se atría a tocar al niño. Y le acostó en un pesebre. ¿Por qué un pesebre? Para que se cumpliera el oráculo del profeta Elías:

*Conoce el buey a su dueño
y el asno el pesebre de su amo.*

Y otra parte escribe:

A hombres y bestias salvas Tú, Señor (77).

Si es hombre, come pan. Si eres animal vete al pesebre. *Porque no había sitio para ellos en la posada:* La infidelidad judía había llenado toda la ciudad. Cristo no encuentra lugar en el Santo de los Santos, donde resplandecían el oro, las joyas, la seda y la plata: no, no nació entre el oro y las riquezas, sino en el estiércol, es decir en un pesebre (porque donde está el pesebre está también el esticor), en el fango de nuestros pecados. Nace en un pesebre para levantar a los que yacen en el estiércol:

Del estiércol hace surgir al pobre (78).

Na en el estiércol, donde permaneció Job y donde fue coronado después. *Porque no había sitio para ellos en la posada.* Que se

(*) P. L., Supplementum, vol. II, pp. 188-193. Sermón editado nuevamente por Dom Morin y atribuido por él a San Jerónimo.

(76) Lucas, 2,7.

(77) [Salas, 1,3; Salmos, 36,7.

(78) Salmos, 113,7.

consuelen todos los pobres; José y María, la madre del Señor, no tenían el más mínimo esclavo ni sirviente. Desde Galilea, desde Nazaret, vienen solos sin una bestia de carga; ellos son a la vez amos y sirvientes. Cosa extraña, entran en un establo, no en una ciudad. Su pobreza, tímida, no se atreve a acercarse a los ricos.

Considerad su gran pobreza: van a un establo; no se dice que estuviera en el mismo camino, daba a un pequeño sendero, apartado del camino: no en el camino de la ley, sino en el sendero del Evangelio. Estaban en un sendero apartado. No quedaba más sitio para el nacimiento del Señor que un establo; un establo donde estaban atados bueyes y asnos. ¡Ah, si se me hubiera concedido ver ese establo donde descansó Dios! En realidad, creemos haber honrado a Cristo quitando el pesebre de barro y poniendo uno de plata; pero para mí tiene mucho más valor el que ha sido quitado: la gentilidad necesita la plata y el oro. La fe cristiana necesita el establo de barro. El que ha nacido en este establo condena el oro y la plata. Yo no condeno a los que han creído honrarle con esta riqueza (no condeno tampoco a los que han esculpido los vasos de oro del templo); pero admiro al Maestro que, siendo el creador del mundo, no nace en medio del oro y de la plata, sino en el estiércol...

La ascensión del hombre

Hemos hablado mucho tiempo, hemos oído llorar al niño en el establo, le hemos adorado: adorémosle hoy todos. Levantémosle en nuestros brazos, adoremos al hijo de Dios. Un Dios poderoso que, durante mucho tiempo atronó en el cielo y no salvó nada: lloró y salvó, ¿Por qué os he dicho todo esto? Porque la elevación nunca salva, sino la humildad. El hijo de Dios estaba en el cielo y no era adorado: baja a la tierra y es adorado. Tenía bajo su dominio el sol, la luna, los ángeles y no era adorado: nace en la tierra como hombre, hombre completo, íntegramente hombre para salvar a la tierra entera.

Todo lo que no haya asumido de lo humano, no lo ha salvado: si ha asumido la carne sin asumir el alma, ésta no ha sido salvada. ¿Ha salvado, pues, la parte menor sin asumir lo esencial? Efectivamente se puede decir: «Salvó también el alma asumiéndola; ahora bien, así como el alma es mayor que el cuerpo, los sentidos son la parte principal del alma; si pues no salvó los sentidos, no salvó más que al alma, que es menos importante». Pero quizá digas: «No asumió los sentidos humanos para no introducir en su corazón los vicios del hombre, es decir, los malos pensamientos». Si, pues, no ha podido dominar su propia obra ¿se me reprochará a mí, por no haber podido vencer las fuerzas que él hubiera debido vencer?

... Pero / hemos olvidado nuestro tema y hemos hablado más de o
... que pensábamos hacerlo: el espíritu había dispuesto las cosas
... de modo distinto a la lengua, que nos ha llevado a otra parte.
... Preparémosnos pues para oír al sacerdote y todo lo que hemos di-
... cho tan mal, escuchémosle ahora, con los oídos atentos, bendi-
... ciendo al Señor, a quien sea dada gloria por los siglos de los si-
... glos. Amén (79).

... (79) Traducción francesa de F. Quéré-Jaulmes, aparecida en *le Mystère de Noé*, col.
Letys, vol. 8, París, 1963, pp. 85-86-91.
... Citemos entre las recientes biografías: P. ANTIN, *Essai sur Saint Jérôme*, París, 1951;
... J. STEINMANN, *Saint Jérôme*, 1958.

Agustín de Hipona

† 3 / L O M / D († 430)



La vida de San Agustín está íntimamente ligada a la historia del bajo Imperio. Roma se esfuerza por enderezar una situación política amenazada en el interior y en el exterior, por medio de una dictadura que nos hace pensar en los Estados totalitarios de nuestra época. Este romano de África ha conocido en Cartago, en Roma y en Milán el sobresalto del Imperio. Los bárbaros están a las puertas. En su edad madura —el 24 de agosto del 410— vio la caída de Roma bajo los golpes de los visigodos de Alarico. Sucesos tan grave para los romanos como la toma de Jerusalén el año 70, para los judíos. Agustín muere en un momento en que los vándalos, llegados de las llanuras de Silesia y de Hungría, cercan su ciudad episcopal y ponen fin a la dominación romana en África del Norte (430).

El último de los Padres de la edad de oro, Agustín emerge en aquella tierra romana del otro lado del mar, que había producido en el siglo tercero a Tertuliano y Cipriano. Del primero posee la magia de la palabra, la formación jurídica, del segundo, el alma pastoral; de los dos —y quizá de aquella tierra africana— la finura de espíritu unida a algo de exageración y el orgullo de pertenecer a aquella Iglesia de África, madre de tantos doctores y mártires.

Juventud Agustín nace el 13 de noviembre del 354 en Tagaste (Suk-Ahras), pequeña ciudad de Numidia, en la Argelia de hoy, en la frontera con Túnez. Su familia de la burguesía media, propietaria de tierras ¿era de descendencia romana? Nada nos lo permite afirmar. No vivía muy bien, ya que el Imperio les ahogaba con impuestos. Agustín no podrá seguir sus estudios a no ser con la ayuda de un mecenas que le concede una beca: herida en su amor propio que dejará huella en su espíritu y en su sensibilidad.

Su padre no era cristiano y permanecerá pagano hasta la víspera de su muerte. Dará que sufrir a su espo-



sa por su carácter irascible. La madre, Mónica, es una ferviente cristiana, con su parte de burguesa, que prohibirá a Agustín que se case con la madre de Adeodato, a causa de la diferencia de clase. Le busca una mujer de condición más noble, pero en vano.

El joven Agustín es de espíritu vivo, naturaleza emotiva, sensibilidad excesiva, escolar indisciplinado y demasiado seguro de sus cualidades. Asiste a las primeras clases en Tagaste, después sigue los cursos de un gramático en Madaura, para hacerse retórico. Es impermeable a Homero y al griego. Virgilio hace vibrar su sensibilidad y llora por las desgracias de Dido, como el pequeño estudiante que a los quince años descubre a Lamartine.

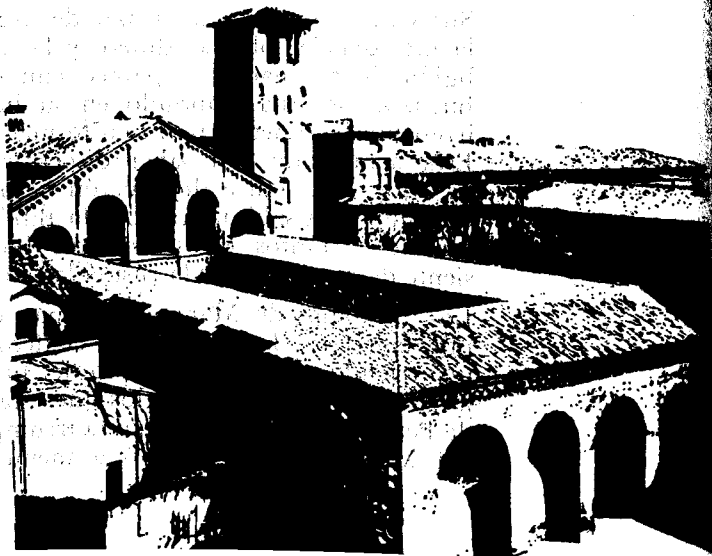
Agustín tiene dieciséis años cuando, falto de dinero, vuelve a su casa. La ociosidad es mala consejera. Se junta con los jóvenes más alborotadores de la ciudad. En el 371, continúa sus estudios de retórica y de derecho en Cartago, donde «la efervescencia de los amores vergonzosos crepitaba como aceite hirviendo». La unión con la Innominada, la madre de Adeodato, le estabiliza afectivamente.

Sus éxitos escolares le llenan de orgullo, desquite de la inteligencia sobre el dinero y las relaciones. La religión de su madre le parece «un cuento de mujer buena». No está tranquilo en su incredulidad. Una irresistible inquietud mora en lo más íntimo de su ser. Está acorralado, sin saber discernir aún las huellas de Dios. La lectura de Cicerón despierta en su alma «el amor a la sabiduría». Lee la Biblia, pero como Jerónimo y tantos otros espíritus fuertes después, se siente desalentado por la rusticidad de su lenguaje.

Los discípulos de Manes le atrapan en sus redes. Explicaban éstos la paradoja y el desorden del mundo recurriendo al doble principio del bien y del mal que lo gobierna. Hacía dos siglos que esta religión, llegada de Persia, el Irán de hoy, había irrumpido en la cuenca del Mediterráneo y puesto a menudo en peligro al

cristianismo. Oyente entusiasta en un principio, Agustín se separa poco a poco de esta mitología desca- llada, cuya falta de rigor doctrinal y cuyo relativismo moral percibe. Su inquietud es demasiado urgente, sus interrogantes sobre los enigmas de la existencia demasiado esenciales como para contentarse durante mucho tiempo con semejante esoterismo.

Mientras tanto, Agustín se hace profesor, primero en Tagaste. Este oficio lo ejerce durante trece años. El éxito de una carrera brillante lleva a este provinciano de Tagaste a Cartago, a Roma y después a Milán, la capital del Imperio romano (384). Agustín es un maestro admirado por sus discípulos a los que él sabe ganarse, y atacado a veces, sobre todo en Cartago como sucede a los mejores. Tenía todo lo necesario para seducir a la juventud, la precocidad, la cultura, el encanto de la palabra, la penetración de los espíritus y de los corazones. Los éxitos resarcan al becarío de antaño y le hacen ambicioso. Hace antesala en Roma con la esperanza de conseguir algún puesto de gobernador. No está ni tranquilo ni satisfecho.



desgarrado por sus deseos y sus aspiraciones de carne y su espíritu. «En las leyes dos hombres.»

Milán será la etapa decisiva en el camino de Agustín hacia Dios. Su madre Mónica se une a él para romper con la madre de Ambrosio, pero el amor. En sus *Confesiones* no ha estado ninguna mujer, ninguna para ella, pero esto no prueba nada. La vida de los sexos parece no haber visto más que lo cual no le permitirá nunca elaborar un concepto del matrimonio que haga justicia a la realidad. Habrá conocido más que el amor el amor, la unión de juventud.

Su conversión En Milán no se habla más que del obispo Ambrosio. Este aristócrata romano hecho pastor de los pequeños y de los pobres, elocuente, ameno y de exquisitos modales, tenía todo lo que podía seducir a Agustín. El joven retórico se reprocha por haber sido atraído en primer lugar por el hombre. ¿No era ello natural? Sigue las predicaciones de Ambrosio, conquistado por el encanto de su palabra. Es un retórico incorregible. Pero con la elocuencia penetra el Evangelio. La lectura de las *Enéadas* orienta definitivamente su evolución intelectual y espiritual, que en él van siempre juntas. Las ambiciones —hombres, dinero, matrimonio— le atraen todavía.

Se multiplican los jalones en su camino hacia Dios. La vida de San Antonio, escrita por San Atanasio, le produce una sacudida descubriéndole el ideal monástico. Su decisión va madurando. No le queda por dar más que un paso. Este paso lo dará Dios, que es quien le busca. El, nunca lo olvidará cuando discuta sobre la gracia con los pelagianos.

Las *Confesiones* nos cuentan la escena que tantas veces ha tentado a los pintores. Agustín ha buscado la soledad. Está en el jardín de su casa en Milán. Lloro con el corazón desgarrado por las contradicciones y



las llamadas. En su desconcierto él ora, llama: «¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?» Siempre se ha visto a sí mismo en el grito del salmista. Y oye la voz de un niño que canta como una estrofa: «*Tolle, lege*: toma, lee». Abre la epístola a los Romanos y lee: «Nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias» (Rom 13,13)

Fue la respuesta de Dios a su llamada. Fue la paz el reposo. Se esparció en su corazón como una luz una seguridad, que disiparon todas las tinieblas de la incertidumbre. A él mismo le parece largo el itinerario que le permitió descubrir a su Señor a los treinta y dos años; el descubrimiento será desde entonces objeto de una incesante acción de gracias. Es el tema de sus *Confesiones*: «Que tarde te he amado, oh belleza siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te he amado. ¡Ah! tú estabas dentro de mí y yo estaba fuera... Me has llamado y tu grito ha forzado mi sordera, has brillado y tu resplandor ha acabado con mi ceguera; has exhalado tu perfume, yo lo he respirado y aquí estoy suspirando detrás de ti; te he saboreado, tengo hambre de Ti, sed de Ti. Me has impresionado y he tomado fuego para la paz que me das». Nunc

amante alguno de la tierra ha encontrado palabras más ardientes.

Algunas semanas aún de enseñanza, y luego el retórico presenta su dimisión. Agustín, con su madre, su hijo y algunos amigos, se retira al campo, a la propiedad de un amigo, en Casicáco, a treinta kilómetros al norte de Milán. Recibe el Bautismo de manos de Ambrosio, la noche pascual del 27 de abril del 387. La Iglesia acogía a un hijo del que se hablaría mucho tiempo al menos en Occidente.

Mónica muere cuando juntos se disponían a volver a Africa. Agustín no vuelve a ver su país hasta el otoño del año siguiente, el 388. Vende las propiedades paternas y agrupa a su alrededor a sus amigos con los que lleva, al modo de Basilio y Gregorio, una vida monástica repartida entre la ascesis y el profundizamiento de su vocación, a la vez filosófica y religiosa. Fe y reflexión caminan juntas en este período feliz de su vida que dura tres años (388-391). Espera la señal de Dios. Y Dios se la da a entender contra su espera.

Un día, en Hipona —la Bona de hoy— Agustín se encuentra en la iglesia. El anciano obispo Valerio propone a la asamblea que elija un sacerdote que le pueda secundar, sobre todo para la predicación. La presencia de Agustín no había pasado desapercibida. No hubo más que un grito: «Agustín, sacerdote». El candidato protesta, se resiste, llora. No hay nada que hacer, está decidida la ordenación.

Le había sido impuesta una nueva forma de ascesis —inesperada— la única que no quería. Tuvo que renunciar a sus queridos estudios y a la alegría de la vida contemplativa, por un ministerio agotador. El intelectual se puso al servicio de la comunidad cristiana, preocupado por los problemas cotidianos, en contacto con la vida y sus miserias. Tal renuncia es siempre rentable para un cristiano. Le permite profundizar en servicio de los hermanos el misterio de

Cristo que, con los suyos, los turbulentos y limitados hiponenses, no forma más que un solo cuerpo.

Obispo de Hipona

Desde entonces su cargo dirigió su meditación y su investigación hacia la Escritura y la Tradición, hacia los problemas de teología y de pastoral. Agustín tiene treinta y cinco años. Cinco años más tarde, sucede a Valerio, en la sede de Hipona, que es la segunda ciudad en importancia de toda Africa, inmediatamente después de Cartago. Su irradiación sobrepasa con mucho esta ciudad. Agustín se convierte en el jefe indiscutible del episcopado africano, el consejero del Occidente cristiano y la conciencia teológica de la Iglesia.

El nuevo obispo es ante todo el servidor de los fieles de Hipona. «No presidir sino servir», le gusta definir el papel de todo obispo. El cargo episcopal era apremiante.

Tenía que presidir diariamente la liturgia y administrar los sacramentos. Predica los domingos, los días de fiesta y aun dos veces por día. Nos quedan casi un millar de sermones y homilias, que representan una de las partes más ricas de su patrimonio literario y demuestran una particular familiaridad con la Biblia, hecha para él una segunda naturaleza. Debe además preparar a los catecúmenos para el Bautismo, administrar los bienes temporales, administrar justicia todas las mañanas, ocuparse de los pobres y de los huérfanos, oprimidos por los poderosos, y desarrollar las obras de caridad, porque la época era dura para los desvalidos, tanto en Hipona como en Antioquía. Son muchas las veces que Agustín se confiesa «agotado bajo el peso de su cargo episcopal».

Se da simultáneamente a su ministerio y a su irremovible vocación teológica, dejando tras sí una herencia de unas 113 obras y 224 cartas. Está mezclado en todas las controversias de Africa y del mundo cris-

tiano. Muere durante el tercer mes en que los vándalos asedian Hipona la Real, el 28 de agosto del año 430.

Su obra

La obra de San Agustín desanima para un análisis, dada su amplitud y su diversidad. Sólo Orígenes puede presentar una producción más considerable. Agustín es alternativamente filósofo, teólogo, exegeta, polemista, orador, educador y catequista. No podemos intentar siquiera enumerar los títulos de sus obras, sería enojoso. Al menos la obra nos permite medir su genio y descubrir la diversidad de sus dones.

La urgencia y la controversia de las cuestiones disputadas son las causantes de gran número de sus obras. Tuvo que entenderse con los maniqueos, los donatistas y los pelagianos que desgarraban a la Iglesia. De algún modo, Agustín es la conciencia de la ortodoxia y se ve constantemente forzado a defender la fe cristiana.

Los maniqueos oponían al Dios único la dualidad de los principios del Bien y del Mal, el principio de la Luz donde habita Dios, el principio de las Tinieblas donde habitan Satanás y sus demonios. Era una vuelta del gnosticismo, combatido ya por Ireneo. Agustín, que por algún tiempo había sido seducido por esta doctrina, la conocía por experiencia y conocía los argumentos que le habían presentado. Responde como el obispo de Lyon, que el mal no es una entidad en sí y que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento son obra de Dios.

El cisma hacía estragos en Africa en forma endémica. Cipriano había tenido que trabajar mucho para mantener la unidad, continuamente amenazada por estos africanos turbulentos y apasionados. El cisma donatista, del nombre del obispo Donato, dividía a Africa desde el 312, oponía Iglesia a Iglesia, obispo a obispo y comunidad a comunidad. Los donatistas eran nu-



merosos en Hipona. Eran reclutados entre la gente pobre, explotada por los ricos propietarios. Y esto añadía a la división un aspecto social.

Agustín escribe una veintena de tratados, de gran lealtad intelectual y también de una gran delicadeza de corazón. En la predicación vuelve muchas veces sobre el tema de la unidad, que le da ocasión para exponer una notable teología de la Iglesia y del Cuerpo Místico, que como Cipriano, compara con la túnica sin costura.

La unidad se rehace finalmente en Hipona, en el 411, gracias a una conferencia presidida por un delegado imperial. Agustín acepta, no sin pena, la coacción del Estado a quien reconoce «un útil terror». Su espíritu era demasiado tolerante como para provocarla. Otros no se privarán de hacerlo a lo largo de los siglos escudándose en él. Luis XIV impondrá la unidad por la fuerza militar.

El pelagianismo ocupa los últimos veinte años de la actividad de Agustín. Pelagio, un monje asceta venido de Bretaña a Roma, reacciona contra la decadencia de las costumbres, enseñando una moral exigente y dura. Ponía el acento en el esfuerzo y en la libertad, hasta el punto de minimizar el papel de la gracia y exagerar el poder de la naturaleza humana.

Agustín acumula obra tras obra, que ocupan dos volúmenes in quarto, para demostrar la concupiscencia, la miseria del hombre abandonado a sí mismo y la necesidad de la gracia, que él conoce por experiencia. Sólo ella había podido arrancarle del hechizo de las «sirenas de la carne». Su experiencia espiritual había profundizado en él la percepción de la ayuda y del misterio de Dios y le había hecho comprender hasta qué punto está dañado el hombre por el pecado del mundo. El obispo de Hipona queda para la posteridad como el doctor de la gracia. No quiere esto decir que su sistema no tenga defectos, pero de todos modos ha percibido con una agudeza excepcional la acción de Dios y la dependencia del hombre inscritas en todas las páginas de la Escritura.

El maestro de Hipona vivió lo suficiente como para asistir a la toma de Roma por los soldados de Alarico. Los paganos culparon a los cristianos de este hundimiento. Los tiempos de catástrofe inspiran al obispo *La Ciudad de Dios*, uno de los libros más leídos y del que se cuentan 580 manuscritos existentes en las bibliotecas de Europa. Trabajó en él durante catorce años, simultaneando esta obra con la redacción de su tratado *Sobre la Trinidad*, la obra más importante a su modo de ver. En *La Ciudad de Dios* plantea el problema de los dos poderes y de la caducidad de las civilizaciones, y desarrolla por vez primera una filosofía cristiana de la historia.

La obra que mejor nos descubre al escritor es su correspondencia; se conservan 226 de sus cartas. No tienen la elegancia ni el mordiente de las de Jerónimo.



Nos muestran una bondad de alma inagotable, que instruye y consuela y una autoridad universalmente consultada sobre las cuestiones más diversas, referentes a la vida y a la doctrina cristianas.

Su obra de oratoria es considerable. Nos quedan cerca de mil sermones y homilias, colección que la sagacidad de los investigadores enriquece incesantemente. Nos queda el Evangelio y la Epístola de Juan comentados a los fieles de Hipona, las *Enarrationes in psalmos*, y las homilias sobre el salterio, donde se manifiestan la doctrina y la calidad espiritual, pero también la piedad de Agustín. Toda su teología se encuentra en su predicación, la simplifica pero nunca la vulgariza.

Agustín está cerca de su pueblo, a quien ama y de quien es amado. Se conocen bien y se perdonan. En ningún sitio aparece mejor la ternura, la inmensa caridad de este hombre, que sacrifica sus gustos personales para servir al rebaño que se le ha confiado. Este retórico prestigioso, tenido como el maestro del arte de la palabra, cuyos artificios conocía a la perfección, renunció a todo esto para acomodarse a su auditorio. Se contenta con los medios populares: la antítesis, la rima sonora, la fórmula que se hace proverbial. La antítesis la maneja hasta el cansancio. Era algo más que el método de su arte; expresaba el fondo de su espíritu: la confrontación de las dos ciudades y la confrontación de los amores, el que le había abrasado antes y el que le abrasaba ahora. La predicación contempla un poco el carácter extremo de su polémica. Hay que corregir sin cesar al polemista con el pastor para conocer al verdadero Agustín.

El hombre vencido por Dios

Lo que impresiona después de tantos siglos, lo que nos hace releer las *Enarrationes* y los sermones, con preferencia sobre las obras polémicas, es que en aquéllas descubrimos a un hombre vencido por Dios, hacia quien levanta los ojos deslumbrados y agradecidos.

Pocos hombres nos son mejor conocidos que el obispo de Hipona. Además de todas sus obras nos quedan las *Revisiones*, donde al final de su vida, repasa toda su obra. Nos quedan sobre todo las *Confesiones*, el relato de su vida hasta el 387, en que «confiesa» a la vez su pecado y la munificencia de Dios. Es uno de los libros más conmovedores de la antigüedad. Pocas obras reflejan más fielmente a su autor y se confunden más con él.

A pesar de lo que se haya dicho, Agustín poseía una constitución sólida, que le permite llegar a los sesenta y seis años a pesar del aplastante peso de su cargo. Es un hombre sensible, a quien la reflexión y la introspección lejos de desecarle el corazón, han profundizado y exacerbado sus vibraciones. Cuando el asceta o el obispo habla de la concupiscencia, su corazón se agita aún con el recuerdo de los lazos que le han aprisionado. La concupiscencia no es para él un concepto, tiene un rostro, una historia.

Este introvertido es un tímido que se entrega más fácilmente a los libros que a los hombres. Con este hombre seductor no es fácil tomar contacto. Pero cuando se entrega es un amigo exquisito. Siempre le queda algo de su origen provinciano y modesto. Falto de la nobleza de sangre, tiene la nobleza de espíritu. Su superioridad se pone de manifiesto por cuanto no hay ningún otro hombre de su temple. Es consciente de su valer, sin buscar en él su seguridad.

En sensible a todo, a los colores del cielo de Africa, al encanto de la música, a la ternura de una mirada, pero también a las alabanzas, a los aplausos que estallan en su catedral y a los honores que se le rinden. El lo reconoce. Y esta humildad nos conmueve más que la ascesis de Jerónimo.

El haber remoloneado demasiado en el camino de su vida y haber amado con amor demasiado carnal —amar para ser amado— explica la austeridad de



su ascesis y los extremismos de su espiritualidad que deja de ser inhumana sólo porque está mejor iluminada sobre la humana fragilidad. Para él, el cristiano es un enfermo que se ignora como tal, o al menos un anciano enfermo, amenazado siempre por la recaída. Durante toda su vida desconfía Agustín de lo sensible, del cuerpo. Se reprocha haber saboreado con gula los cantos de la liturgia. Podría haberse reprochado la gula de la retórica. Sigue siendo retórico incluso cuando habla a Dios. La palabra es una forma de su alma y en último término el signo de la presencia divina.

El místico La experiencia de Agustín se sitúa y le sitúa en la Iglesia, no en una Iglesia abstracta o ideal, sino ante todo en la comunidad de Hipona cuyos rostros y arrugas, cuyas miserias y divisiones conoce. Con ella ora, con ella sufre y con ella peregrina. La experiencia de esta comunidad la traduce al comentar los Salmos, la oración y el alma de la Iglesia, en la que le vemos retratado: «El cuerpo entero de Cristo gime en las pruebas y hasta el fin de los siglos, hasta que las pruebas acaben, este hombre gime y grita hacia Dios y cada uno de nosotros por su parte grita en el cuerpo de este hombre».

Este Dios al acecho de su vida, este Dios presente en sus hermanos, este Dios en lo más íntimo de su alma es también el que espera él alcanzar por encima de todas las búsquedas, hacia el que tiende con todo su ser, abrazado desde ahora por el Amor. Cuántas veces otea el horizonte para ver si viene, para descansar en El y gozarse en El. Esta palabra de gozo, *El*, está desde ahora reservada no sólo a la visión sino a la posesión de Dios.

Agustín se ha descrito a sí mismo bajo la tienda de Dios, «arrebatado por la música interior, arrastrado por su suavidad, que hace callar en él los ruidos de la carne y de la sangre y le encamina hacia la casa de

Dios. Pero sabe que el éxtasis no es más que para un instante.cae en las miserias humanas y diarias.

Gime en su carne frágil. Desde ahora es llevado por una esperanza que es la razón misma de su viaje. «Canta y anda», repite él, Dios está al fin del camino; ya siente la presión de su mano... Cuando habla de esto en sus escritos su mano tiembla.

Tal es este hombre excepcional, demasiado rico para definirlo en una fórmula, demasiado veraz y, aun así, que desarma demasiado para no perdonarle sus excesos y sus limitaciones. No es cuestión de ser completos ni asumir el papel de biógrafos. Nuestro propósito ha sido mostrar cómo nos toca Agustín en la comisura misma de la carne y del espíritu, en nuestro corazón y en nuestra alma.

El maestro de Hipona recogió la herencia de la antigüedad. Contempló la caída del Imperio romano en tiempos apocalípticos. Dio una nueva orientación a la teología de Occidente que sin él difícilmente hubiera existido. En su tiempo es el maestro indiscutible, consultado siempre por la cristiandad entera. Después de su muerte, el Occidente se puso a «agustinizar». El está ahí, siempre, leído, imitado, discutido, inigualado.

Sus discípulos prolongan su eco. Los espíritus críticos acusan sus extremismos, especialmente en el asunto de la predestinación. De esta discusión nació el semi-pelagianismo. Cesáreo de Arlés hace aseguibles sus sermones para la predicación y la instrucción del Occidente cristiano. El es la «autoridad» de los doctores de la Edad Media. Tomás lo integra en su *Suma teológica*; es el maestro incontestable de los doctores franciscanos.

Agustín está aún en el centro de los debates, en tiempo de la Reforma y del Jansenismo, en quien uno y otro se oponen. Sus obras han sido editadas con el

mayor cuidado por los benedictinos de San Maur en el siglo diecisiete. Su edición se enriqueció sin cesar con nuevos textos.

El centenario de la muerte, luego el de su nacimiento, en 1930 y 1954, han suscitado sobre Agustín mayor número de trabajos que sobre ningún otro teólogo. Era justo. Es el maestro de Occidente.

El canto nuevo es el del hombre nuevo. Su canto es la expresión de su amor. Al amar, el hombre se hace canto. El amor es una búsqueda que sólo encuentra su sosiego en Dios.

EL CANTICO NUEVO (*)

1. Se nos invita a cantar al Señor un cántico nuevo. El hombre nuevo conoce este cántico nuevo. El cántico es la expresión de la alegría y, si reflexionamos, es también la expresión del amor. Por lo tanto el que sabe amar la nueva vida sabe cantar este cántico nuevo. ¿Qué es la vida nueva? El cántico nuevo nos incita a buscarla. Porque aquí todo pertenece a la única realeza: el hombre nuevo, el cántico nuevo, el testamento nuevo y cuando cante su cántico nuevo, el nuevo hombre pertenecerá al testamento nuevo.

Le amamos porque El nos ama

2. No hay nadie que no ame: ¿pero qué se ama? No se exige que cesemos de amar, sino que escojamos el objeto de nuestro amor. Ahora bien ¿escogeríamos si no hubiéramos sido escogidos antes? Nosotros no amamos si no hemos sido amado antes. Escuchad al apóstol Juan: El es el que se reclinaba sobre el corazón de su Maestro y que, en esta cena bebía de los secretos celestes. Esta bebida, esta feliz embriaguez le inspiran una frase: «En el comienzo era la Palabra» (80). ¡Sublime humildad! ¡Espiritual embriaguez! Pero este gran inspirado, es decir, este gran predicador (81), entre otros secretos que sacó del corazón del Maestro, dijo éste: «Nosotros le amamos porque El nos ha amado primero» (82). Era mucho conceder al hombre decir cuando hablamos de Dios: Nosotros amamos. Nosotros, ¿a El? Hombres, ¿a Dios? Mortales, ¿al eterno? Pecadores, ¿al justo? Seres frágiles, ¿al inmutable? Creaturas, ¿al creador? Le hemos amado, sí. ¿Pero cómo lo hemos podido? Porque El nos ha amado primero. Trata de ver cómo el hombre puede amar a Dios y no encontra-

(*) P. L., 38, 210-203. Sermón 34 sobre el salmo 149.

(80) *Juan*, 1,1.

(81) Agustín juega con el doble significado de ructare, eruptar y predicar.

(82) 1 *Juan*, 4,10.

rás nada más que esto: Dios nos ha amado el primero. Aquel quien hemos amado se ha dado a sí mismo: El se ha dado para que le amásemos. ¿Qué ha dado para que le amemos? El apóstol Pablo os lo dirá más claramente: «El amor de Dios se ha fundido en nuestros corazones» (83). ¿Por quién? ¿Por nosotros? No. ¿Por quién, pues? Por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.

Un Dios fabricado

Llenos de un testimonio tan grande, amemos a Dios por Dios. Ya que el Espíritu Santo es Dios, amemos a Dios por Dios. ¿Qué más os voy a decir? Amemos a Dios por Dios. El amor de Dios, digo, se ha difundido en nuestros corazones, por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado. Y del hecho de que el Espíritu Santo sea Dios y de que no podamos amar a Dios sino por el Espíritu Santo, se deduce que amamos a Dios por Dios. La conclusión se impone. Juan os lo dirá aún más claramente. «Dios es amor y el que vive en el amor vive en Dios y Dios en él» (84) es decir poco: el amor viene de Dios. Pero ¿quién de nosotros osaría repetir esta frase: Dios es amor? Ha sido pronunciada por alguien que conocía lo que ya poseía. ¿Por qué la imaginación del hombre, por qué su espíritu frívolo le representan a Dios por qué forjan un ídolo en su corazón? ¿Por qué le presentan un Dios imaginario en lugar del Dios que ha merecido encontrarlo? Pero, ¿es Dios? No, pero helo aquí. ¿Por qué esbozar esos contornos? ¿Por qué disponer estos miembros? ¿Por qué trazar estas ágiles líneas? ¿Por qué soñar las bellezas de su cuerpo? Dios es amor. ¿De qué color es el amor? ¿Cuáles son sus formas y sus líneas? Nada vemos de él y sin embargo amamos.

El amor es invisible

4. Me atrevo a declararlo a vuestra caridad (85): busquemos abajo lo que encontraremos arriba. Aun el amor humilde y bajo el amor sucio y vergonzoso que no se une más que a la belleza física, este amor, digo, nos apremia sin embargo y nos eleva hacia los más altos y puros sentimientos. Un hombre sensual libertino ama a una mujer de gran belleza. Está trastornado por la gracia de su cuerpo, pero por dentro, busca una respuesta en su ternura. Si se entera que la mujer le odia, toda la fiebre, todas las ansias que provocaban estos rasgos admirables caen. Ante este ser que le fascinaba, comprueba que siente náuseas; se aleja, lleno de cólera y el objeto de su ternura comienza a inspirar odio. ¿Sin embargo ha sufrido alteración su cuerpo? ¿Se ha

(83) Romanos, 5,5.

(84) Juan, 4,8.

(85) Vuestra Caridad o Vuestra Santidad son fórmulas de cortesía que Agustín dirige con frecuencia a su auditorio.

desvanecido sus encantos? No. Ocurre que él ardía por el objeto que veía y exigía del corazón un sentimiento que no veía. Si por el contrario se da luego cuenta de que ha vuelto el amor, ¡cómo redobla su ardor! Ella le ve, él la ve, pero ninguno ve el amor y sin embargo, es el amor el que se ama, aunque invisible.

Amar a Dios es poseerle

5. Levantaos de esos deseos bajos y permaneced en la luz pura del amor. Tú no ves a Dios: ama, y le posees. ¡Tantos bienes, objetos de viles deseos son amados sin ser poseídos! Se les codicia fuertemente, pero no se les puede poseer inmediatamente. El amor al oro ¿nos da ya su posesión? Muchos lo aman y no lo tienen. Amar grandes y ricas posesiones ¿es tenerlas? Muchos las aman y no las tienen. Amar los honores ¿es poseerlos? Muchos están desprovistos de ellos y revientan por adquirirlos. Se afanan, y a menudo, mueren antes que el éxito haya coronado sus esfuerzos.

Pero Dios se ofrece a nosotros, así de rondón. Amadme, nos dice, y me poseeréis. Porque no podéis amarme sin poseerme.

Un cántico de gloria

6. ¡Oh, hermanos! ¡Oh, hijos! ¡Oh gérmenes católicos! ¡Oh plantas santas y celestes, vosotros que habéis sido regenerados en Jesucristo y nacidos en el cielo, escuchadme, o más bien escuchad por mí: Cantad al Señor un cántico nuevo! Bien, dices, ya canto. Cantas, sí, es verdad que cantas. Te oigo. Pero que tu vida no tenga que atestiguar contra tu lengua. Cantad con la voz, cantad. Cantas, sí, es verdad que cantas. Te oigo. Pero que tu vida no tenga que atestiguar contra tu lengua. Cantad con la voz, cantad con el corazón, cantad con la boca, cantad con la vida, cantad al Señor un cántico nuevo. ¿Pero cómo debéis cantar al que amáis? Indudablemente es al que amas al que quieres cantar. Quieres conocer su gloria para cantarla. Habéis oído: cantad al Señor un cántico nuevo. ¿Queréis conocer su gloria? Su gloria está en la asamblea de los santos. La gloria de aquel a quien se canta no es otra que el cantor. ¿Queréis dar gloria a Dios? Sed vosotros mismos lo que decís. Vosotros sois su gloria si vivís en el bien. Porque su gloria no está en la sinagoga de los judíos, no está en las locuras de los paganos, no está en los errores de los herejes, no está en los aplausos del teatro. ¿Estáis buscando dónde está? Dirigid los ojos a vosotros mismos, sedlo vosotros mismos. Su gloria está en la asamblea de los santos. ¿Sabes de dónde viene tu alegría cuando cantas? Que Israel se alegre en aquel que le ha hecho; e Israel no encuentra otra alegría más que en Dios.

7. Interrogaos, hermanos míos; destruid vuestros escondri-
interiores. Abrid los ojos, considerad el capital de vuestro amor
y aumentad el que hayáis descubierto. Velad sobre este tesoro
para que seáis ricos en vosotros mismos.

Se llaman caros los bienes que tienen gran precio; y no por azar.
Fijaos bien en esta expresión: esto es más caro que eso. ¿Qué
significa «es más caro»? ¿No significa que es de mayor precio?
Si se dice más caro a todo lo que es de un mayor precio, ¿qué
hay más caro que el mismo amor (86), hermanos? ¿Cuál es
vuestro modo de ver su precio? ¿Cómo pagarlo? El precio del
trigo, son tus monedas; el precio de una tierra, es tu dinero;
precio de una piedra preciosa, tu oro; el precio del amor,
mismo. Tú quisieras comprar un campo, una piedra preciosa,
un animal de carga, y para pagarlo, buscas una tierra, miras
tu alrededor. Pero si deseas poseer el amor, no buscas más que
en ti, no te encuentras más que a ti mismo. ¿Qué temes al darte
¿Perderte? Es todo lo contrario, al darte no te pierdes. El amor
mismo se expresa en la Sabiduría y calma con una palabra
inquietud que te provocaba esta frase: «Date a ti mismo». Pero
que si un hombre quisiera venderte un campo te diría: Dame
tu oro; o, a propósito de otras cosas, dame tu moneda, dame
dinero. Escucha lo que te dice el amor por boca de la Sabiduría:
«Hijo, dame tu corazón» (87); «Hijo, dame», dice ella. «¿Qué
«Tu corazón». Estaba mal cuando estaba en ti, cuando era para
ti; tú eras presa de futilidades, de pasiones impuras y funestas.
Quítale de ahí. ¿Dónde llevarlo? ¿Dónde ofrecerlo? Dame tu
corazón. Que sea para mí y no lo perderás. Mira: ¿ha querido
dejar algo en ti que a ti mismo pueda hacerte aún querido para
ti mismo? «¿Amarás al Señor tu Dios, dice él, con todo tu cora-
zón, con toda tu alma y con todo tu pensamiento?» (88) ¿Qué
queda de tu corazón, para que por su medio puedas amarte?
¿Qué queda de tu alma? ¿Y de tu pensamiento? Con todo, dice él
El que te ha hecho, te exige todo entero. Pero no te entristezca
como si hubiera muerto en ti toda tu alegría. Que Israel se ale-
gre, no en sí mismo, sino en aquel que le ha hecho.

¿Qué es amarse?

8. Pero, responderás, si no me queda nada para amarme, ya
que me veo obligado a amar con todo mi corazón, con toda mi
alma y con todo mi pensamiento al que me ha hecho ¿cómo
puedo cumplir el segundo mandamiento que me ordena amar a
mi prójimo como a mí mismo? Pero por eso mismo debes amar a

(86) Literalmente: ¿Qué hay más caro que la caridad? Agustín juega con el origen
común de estas dos palabras: carus; caritas.

(87) Proverbios, 23,26.

(88) Mateo, 22,37.

tu prójimo con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu
pensamiento. ¿Cómo? Amarás a tu prójimo como a ti mismo. A
Dios con todo mí yo mismo: a mí prójimo como a mí mismo.
¿Cómo amarme? ¿Cómo amarte? ¿Quieres saber cómo amarte?
Así te amarás: amando a Dios con toda tu persona. ¿Crees que
ayudas a Dios cuando le amas? ¿Para qué le sirve el amor que tú
le das? Y si no le amas ¿qué perderá él? Tú eres el que ganas al
amarle; estarás donde no puedes morir. Pero dirás aún, ¿cuándo
no me he amado? No, tú no te amabas cuando no amabas a Dios
que te ha hecho. Te odiabas y creías amarte. «El que ama la vio-
lencia, aborrece a su alma» (89).

9. Dirijámonos a nuestro Señor, a nuestro Dios, a nuestro Pa-
dre todopoderoso y con un corazón puro, en la medida de nuestra
pequeñez, démosle las más grandes y las más ardientes gracias.
Supliquemos con toda nuestra alma a su incomparable bondad
que reciba nuestras oraciones que aleje con su poder al enemigo
de nuestras acciones y de nuestros pensamientos, que aumente
nuestra fe, que dirija nuestro espíritu, que le inspire pensamientos
espirituales y que nos lleve a su gloria. Por Jesucristo, su Hijo,
nuestro Señor, que con El vive y reina en la unidad del Espíritu
Santo, por los siglos de los siglos. Amén (90).

(89) Salmo, 11,5.

(90) Traducción francesa de F. Quéré-Jaulmes, aparecida en *le Mystère de Pâques*,
col. *Ictus*, núm. 10, París, 1965, pp. 240-245. Ver también los otros textos en el mismo
volumen y en los otros volúmenes de la colección, que permiten medir la importancia
de Agustín. Presentar una bibliografía es imposible. Bastará con referirse a H. I. MA-
RROU, *Saint Augustin et l'augustinisme*, París, 1957.

siglo V

Cirilo de Alejandría

León Magno

El estudio de los escritores cristianos del siglo quinto nos permite percatarnos de la fosa que les separa de la edad de oro patristica. Un cambio salta a los ojos: desaparecen, sin relevo, las grandes figuras. Ha terminado el gran período de intensa producción teológica. La atención de la Iglesia es solicitada por los sucesos políticos que sacuden el *Orbis romanus*. Jerónimo y Agustín asisten, impotentes, a la toma de Roma por Alarico en el 410. Las grandes invasiones germánicas ocupan la Iglesia de Occidente. Los bárbaros pasan el Rin, se esparcen por lo que era el Imperio y lo conquistan. En el 486, las últimas regiones de las Galias pasan a los francos. Se ha dado vuelta a una página, comienza una nueva historia con nuevos problemas.

El emperador se mantiene en Ravena. Pero sólo tiene el papel de figurón. El Imperio se derrumba. Esta caída engrandece la autoridad de la sede romana. León I aparece como el nuevo rey de Roma. El Imperio de Oriente se defiende mejor contra los enemigos de fuera. A los visigodos de Alarico y a los ostrogodos de Teodorico los desvía hacia Italia. Esta política le permite sobrevivir hasta 1453. La Iglesia oriental es desde entonces tributaria del *basileus*.

Políticamente las dos partes del Imperio se separan y se oponen a lo largo del siglo quinto. La unidad está virtualmente rota y ya no será nunca restablecida más que de manera artificial y efímera. Cada una de las dos mitades de la Iglesia comienza a vivir su propio destino. Un siglo antes Atansio había hecho conocer el Oriente a la Iglesia de Tréveris, Hilario había estudiado la teología griega en la misma Grecia y se había impregnado de ella. Este período de fructuoso intercambio ha terminado definitivamente. En el siglo cuarto, la cultura latina se presentaba aún como una rama brotada del tronco de la cultura helénica. La aristocracia romana conocía el griego. El alto funcionario del Imperio, hecho obispo de Milán,

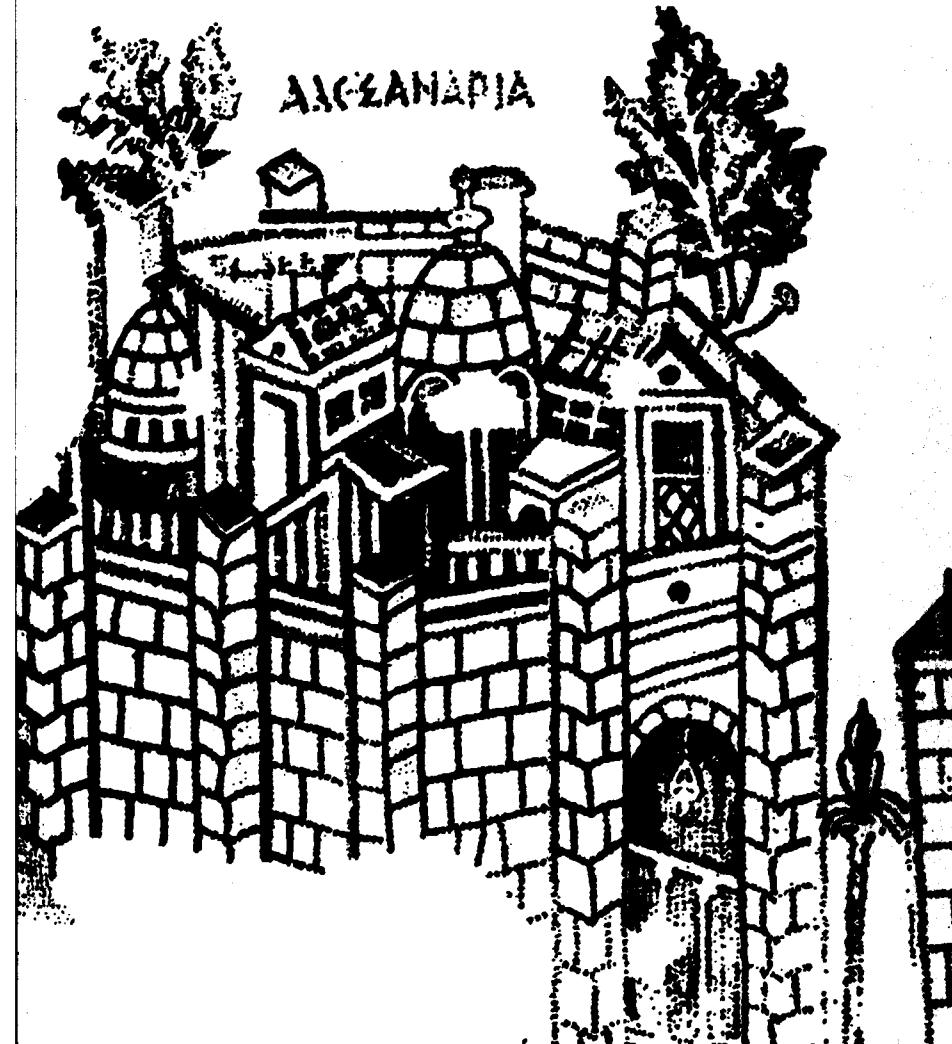
Ambrosio, desmenuza y plagia el pensamiento de los Padres de Oriente que él leía en sus mismos textos. Agustín entiende mal el griego, León Magno lo ignora. La rama latina se ha separado del tronco.

El Occidente latino aprovecha el pensamiento de Agustín que le permite conquistar su autonomía teológica. Han terminado las grandes controversias doctrinales. El Concilio de Calcedonia aparece como un asunto oriental que no interesa a Occidente. Este último se vuelve a sus propios problemas, ascéticos y misioneros. La invasión germánica obliga a la Iglesia a tomar conciencia de su acción evangelizadora: se pasa los bárbaros.

El pensamiento teológico, en Oriente y en Occidente, da impresión de ahogo. Ningún escritor del siglo quinto tiene la estatura del Capadocio. Los nuevos Padres, que son también los últimos, son repetidores más bien que creadores. Ningún teólogo original. Reparten en moneda menuda las riquezas de la edad de oro. Cesáreo de Arlés transmite y repite a Agustín. Cirilo de Alejandría nos aleja de la edad patristica y abre la era del bizantinismo.

Cirilo de Alejandría

7 / G 0 († 444)



Alejandro se había señalado en toda la Iglesia por la lucha en favor de la ortodoxia. Los sucesores de Atanasio permanecen fieles a esta misión doctrinal, pero intentan al mismo tiempo afirmar la autoridad de la sede y, si es posible, regentar el Oriente cristiano. Esta rivalidad había tomado cuerpo en la oposición entre Teófilo y Juan Crisóstomo. Había parecido buena la ocasión para imponer la autoridad de Alejandro sobre Constantinopla y Antioquía a la vez. En el «sínodo de la Encina», en el que Teófilo hizo deponer a Juan Crisóstomo, Teófilo iba acompañado de su sobrino Cirilo, que debía sucederle.

Durante sesenta años la misma familia va a regentar la Iglesia de Egipto. Cirilo era el predilecto de su tío, lo que le predisponía más a la ambición que a la santidad. Teófilo había velado por su formación religiosa y teológica. Su cultura profana no era muy extensa. Prefería la tradición a la filosofía. Seguramente pasó algún tiempo entre los monjes, pero no estaba hecho para la soledad sino para el gobierno. Isidoro de Pelusio le reprochó en una carta el llevar dentro de su corazón el ruido y la confusión de las ciudades.

Obispo Teófilo muere el 412. Le sucede Cirilo. Aún debía ser joven, ya que ocupará la sede durante más de treinta años. Con la sede había heredado las cualidades de su tío, las buenas y las malas. Su ortodoxia y su vida privada eran irreprochables. Había heredado de Teófilo no solamente las ambiciones, sino también los resentimientos. Por eso, a pesar de las intervenciones de Roma, se negó a inscribir en los dípticos (lista de los obispos) utilizados para la liturgia, el nombre de Juan Crisóstomo. Reintegrarlo, había dicho, sería poner de nuevo a Judas en el colegio apostólico.

Cirilo tenía sobre Teófilo una ventaja temible: conocía la teología. Toda su vida permaneció como hombre de estudio, deseoso de destacar la doctrina



de la Escritura y de la tradición. La controversia nestoriana divide su actividad literaria en dos períodos, el primero, hasta el 428, consagrado a la exégesis y a la polémica antiarriana; el segundo, hasta su muerte, ocupado en la refutación del nestorianismo.

La producción exegetica de Cirilo es considerable. En la edición de Migne ocupa seis volúmenes in cuarto. No es la mejor de su obra ni la más original.

El obispo de Alejandro es fiel a la tradición teológica de su ciudad, ilustrada sobre todo, por Atanasio y Didimo el Ciego, cuyo nombre calla, porque había sido laico y discípulo de Orígenes. No matiza lo suficiente como para hacer justicia a Orígenes a quien rechaza por haber imitado «las charlatanerías de los griegos». Por el contrario, se opone a la escuela de Antioquía sin tratar de comprenderla ni de enriquecerse con su método. Tiene un rencor tenaz.

Sus escritos Las grandes obras de Cirilo son polémicas. En ellas le encontramos tal como en realidad es. Le gusta refutar y ventear la herejía. Sus primeros escritos están dirigidos contra los arrianos. Todas sus obras teológicas están escritas contra alguien. No sabe lo que es diálogo y menos aún descubrir la parte de verdad que hay en los adversarios. El es el responsable de la idea que tiene la historia sobre Teodoreto de Ciro.

Más tarde compuso una voluminosa apología: *En favor de la santa religión de los cristianos contra los libros del impío Juliano*. Lo que da a entender que el paganismo permanecía virulento en Egipto aun en el siglo quinto. La obra teológica más clara de Cirilo está consagrada a la refutación de las tesis nestorianas y a demostrar la unidad en Cristo.

Tenaz y aplicado, se preocupa de exponer los misterios de la fe con precisión y claridad. Si es verdad que el pensamiento es firme, el estilo, sin embargo, es monótono y prolijo. Se expresa con más énfasis que ele-

gancia. Se aparta de los grandes clásicos e inaugura la era de la escolástica bizantina.

Cirilo es a la vez teólogo y hombre de acción. Más que pastor es un jefe. Le gusta la lucha y muestra en ella el mismo espíritu temible que en sus afirmaciones doctrinales. Es combativo por naturaleza. Para estar a su aire, necesita adversarios como el orador necesita público. Este será el secreto de sus éxitos, la justificación que da a su modo de proceder.

Sus altercados Apenas nombrado obispo, entra en conflicto con Orestes, prefecto de la ciudad. Ataca a todo el mundo, a los herejes, a los judíos, a los paganos... Es moralmente responsable del inicuo asesinato de una noble pagana, Hípata, que gozaba de la estima universal de los paganos y de los cristianos. Más dolorosa es aún su actitud para con los judíos. Hiérax, un maestro de escuela del que éstos sospechaban sin razón ser un agente provocador del obispo, fue el origen de una revuelta. Amenazados por el obispo, los judíos atacaron a los cristianos durante la noche. Llegado el día, y estimulados por Cirilo, los cristianos replicaron; invadieron las sinagogas, mataron a los judíos que en-



contraron y saquearon sus casas. Este fue el fin de la colonia judía de Alejandría.

Para establecer su autoridad absoluta en Egipto, Cirilo controlaba el comercio de cereales y extendía sus propiedades, apoyándose en la masa de los monjes coptos, rudos e incultos. Este gusto por las actuaciones acabó por provocar resistencias contra el jerarca egipcio. En el 428, algunos monjes egipcios llevaron sus quejas ante Nestorio en Constantinopla. El conflicto que había enfrentado a Teófilo y Juan Crisóstomo iba a repetirse. Nestorio, para colmo, era un antiguo monje de la ciudad rival, Antioquía; hombre moralmente irreprochable, en quien la elocuencia y la impetuosidad podían suscitar fórmulas malhadadas, criticando en particular el título ya antiguo de madre de Dios, dado a María.

Contrariamente a Juan Crisóstomo, el nuevo obispo de Constantinopla cometió también la imprudencia de aventurarse en el terreno teológico. Cirilo, bien aconsejado en este asunto por sus enviados, ventó la herejía, descubrió su punto flaco y tomó la ofensiva, demasiado feliz con la ocasión que se presentaba para hacer callar a los monjes egipcios, intervenir en Constantinopla y humillar a Antioquía.

El adversario de Nestorio Hábilmente, Cirilo escribió una carta muy obsequiosa al Papa Celestino para denunciar los errores de Nestorio. Celestino, que no sabía griego, sin verificar el informe de Cirilo, hizo condenar a Nestorio en un Concilio en Roma y encargó además a Cirilo que fulminara la condenación. La carta a Cirilo no precisa desgraciadamente el error que se imputaba a Nestorio. El obispo de Alejandría, para asegurarse el apoyo de la corte, redactó tres cartas que no le dieron buen resultado. El emperador aplazó la condenación de su obispo e hizo invocar un Concilio general. Lo cual fue aceptado por el Papa.



La convocatoria del emperador pedía que cada provincia estuviera representada por un pequeño número de obispos. Cirilo embarcó a cincuenta con muchos clérigos menores y monjes, encargados de apoyar la causa. En Efeso no se hizo ningún esfuerzo por conseguir una discusión franca. Antes al contrario, el 21 de junio, Cirilo, por su propia autoridad y a pesar de la protesta de setenta y ocho obispos, precipitó los acontecimientos y convocó un Concilio para el día siguiente. Ordenó a Nestorio que asistiera, pero sin intervenir como los demás obispos. Fue condenado en ausencia. Con esta noticia, y preparada por el séquito egipcio, la ciudad de Efeso manifestó ruidosamente su alegría. Cirilo manifestó esta condena a Nestorio con estas palabras: «A Nestorio, nuevo Judas». Decididamente, son muchos los Judas.

En realidad el Concilio no se había acabado. ¿Había comenzado válidamente siquiera? A su llegada, los obispos orientales fueron puestos al corriente de los sucesos. A su vez se reunieron en sínodo con algunos otros obispos que habían rechazado el Concilio de Cirilo y depusieron a Cirilo y al obispo cómplice de Efeso. Finalmente llegaron los legados romanos. Aprobaron la deposición de Nestorio. En los primeros días de agosto se presentó por fin el legado imperial con una carta de Teodosio: «Aprobamos la deposición de Nestorio, de Cirilo y de Memnón, sugeridas por vuestra piedad». La confusión fue completa.

Nestorio y Memnón obedecieron. Cirilo, más diplomático, supo ganarse a la corte, por medio de suntuosos regalos cuya eficacia conocía bien el oriental. Epifanes nos ha conservado el inventario de los regalos: avestruces, tapices, oro y tejidos de seda. El efecto no se hizo esperar. Teodosio convocó en Calcedonia una reunión de delegados, que declaró disuelto el Concilio y que permitió a los obispos regresar a sus países, pero mandó a Cirilo y a Memnón que esperaran en Efeso hasta que se arreglara su situación.

Pero Cirilo navegaba ya hacia Alejandría. Así terminó el Concilio de Efeso.

Incómodo y algo escaldado, por los sucesos, Cirilo comprendía, algo tarde, que había llegado el momento para los compromisos y para las concesiones. Lo hacía más a gusto aún puesto que Nestorio tuvo que retirarse de la escena y vivía en un convento. Fue firmada un acta de unión en la que Cirilo sacrificó sus ideas personales, expresadas en los doce anatemas que había querido imponer a Nestorio. Suscribió la profesión de fe que le envió Juan de Antioquía. Era la paz. Una carta de Cirilo refiere el suceso. Comienza con las palabras que se han hecho célebres: «¡Que se alegren los cielos y se estremezca la tierra!» Desgraciadamente con esta tregua no acabó la querrela, que hubiera podido concluir en una confrontación de la teología antioquena y alejandrina y en la síntesis de dos puntos de vista complementarios. El Oriente quedó dividido y los monofisitas podrán apoyarse en



Cirilo. San Isidoro de Pelusio lo había previsto. Y había escrito a Cirilo la solemne advertencia: «No busquéis vengaros de una injuria personal a expensas de la Iglesia y no nos ocultéis tras una pretendida ortodoxia para provocar lo que quizá sea un cisma interminable». Ni él pensaba que iba a tener tanta razón.

A partir del 433 Cirilo no dio que hablar. «Un silencio tal es elocuente», escribe Newman, purificó los extremismos de una vida de lucha. Sabemos que murió el 27 de junio del 444.

El reinado del tío y del sobrino fue demasiado largo como para que provocaran condolencias a su muerte. Una carta, probablemente apócrifa, atribuida a Teodoro, expresa sin disimulo el alivio egipcio:

«Por fin ya ha llegado la muerte a ese mal hombre. Su marcha alegre a los que quedan vivos, pero habrá afligido a los muertos». La pasión provoca siempre la pasión, hasta la injusticia.

El hombre discutido

Así es la historia de este hombre, uno de los más discutidos y difamados de su tiempo. No hay por qué ocultar sus defectos, la historia los presenta ante los ojos, lo cual hizo decir a Newman con algo de humor: «Cirilo no aceptaría que se juzgara de su santidad según sus actos».

Como hombre tenía la ortodoxia feroz del inquisidor. Implacable con sus adversarios, es poco sensible al respeto que se debe al hombre. Tiene seguidores, pero no amigos. En su carácter no hay nada que suavice esta dureza. Ha introducido el endurecimiento en su teología, que acentúa la autoridad, deseando a toda costa que esa teología comparta su punto de vista. Una verdad más desinteresada y más irónica hubiera servido mejor a la Iglesia.

Las tradicionales pruebas escriturarias las completa con pruebas patrísticas utilizando en la demostración con habilidad, el testimonio de los Padres de la Iglesia junto con el de la Escritura. Paralelamente intro-



duce en la discusión con los arrianos la prueba de la razón, que jugará un papel glorioso en la teología.

A Cirilo le ha perjudicado su espíritu dialéctico y monolítico. Nunca ha sabido discernir en el hereje la parte de verdad, ni las fronteras de las afirmaciones más ortodoxas. Su terminología es defectuosa. La fórmula «única naturaleza» que él quiere sea canonizada por el magisterio, provenía de un apócrifo apolinarista, texto que él creía de Atanasio. De cualquier modo el argumento de autoridad debe ser utilizado con discreción. Tomada a la letra, la fórmula conducía al monofisismo, que no quería admitir en Cristo más que una naturaleza. Será preciso un nuevo Concilio en Calcedonia, en el 451, para dar una enseñanza equilibrada sobre Cristo. Menos pasión en torno a Nestorio hubiera permitido encontrar una solución sin equívoco.

«Teológicamente, dice Newman, es grande. Los católicos de todas las épocas le son deudores». Cirilo sirvió bien a la Iglesia defendiendo la ortodoxia. Pero hubiera servido mejor y quizá hubiera podido salvar la unidad si hubiera tenido la suficiente amplitud de miras para confrontar el punto de vista alejandrino con el antioqueno. Una querrela mal arreglada vuelve a estallar necesariamente.

El obispo de Alejandría es un teólogo penetrante y ortodoxo, aun cuando haya sido víctima de las fórmulas erróneas de Apolinar, que él quiso imponer a Nestorio. Un adversario de su intransigencia hubiera podido hacer correr a sus doce anatemas la misma suerte que hizo él correr a los alegatos de Nestorio. Por eso los monofisitas que dividieron el Oriente se amparan en su autoridad.

Este hombre apasionado provocó la pasión. Aún sigue suscitando juicios afectivos a veces contradictorios. Cirilo se aleja y nos aleja de la era patrística. Abre paso al bizantinismo. Por su dialéctica es el primer escolástico de Oriente. Oriente y Occidente le proclamaron doctor de la Iglesia.

Cirilo comenta el discurso joaneo del Pan de vida. Cristo no tiene su vida por otro, El es vida por naturaleza, dado que ha nacido de quien es la vida: el Padre.

LA SANTA TRINIDAD Y LA ENCARNACION (*)

El sentido de este texto (Juan 6,57) es bastante oscuro y su dificultad no es común: sin embargo no es inaccesible hasta el punto de sobrepasar nuestro entendimiento; hallaremos la solución si razonamos como se debe. Cuando el Hijo dice que ha sido enviado, nos da a entender con ello que se ha encarnado y nada más y cuando nosotros decimos que se ha encarnado, queremos decir que se ha hecho íntegramente hombre. El Padre, dice El, me ha hecho hombre, y puesto que ha nacido del que es vida por naturaleza, yo, el Verbo, vivo en cuanto Dios pero hecho hombre, con mi propia naturaleza he llenado mi templo, es decir mi cuerpo. Del mismo modo *el que come mi carne vivirá por Mí.*

Yo he tomado en Mí la carne mortal, pero desde que he habitado en ella, Yo, que soy vida por naturaleza, ya que procedo del Padre viviente, la he transformado para hacerle vivir mi propia vida. No he sido vencido por la corrupción de la carne; yo soy más bien el que la ha vencido en cuanto Dios. No dudaré en repetirle para seros útil; del mismo modo que, hecho carne (esto es lo que significa haber sido enviado), no dejo de vivir por el Padre vivo, es decir, conservando en mí su naturaleza privilegiada, del mismo modo el que me recibe, tomando su parte de mi carne, vivirá en él pero transformado completamente por Mí, que puedo dar la vida porque he salido, por así decirlo, de la raíz de donde procede la vida, es decir de Dios Padre. Si El atribuye al Padre su encarnación, aunque Salomón declare: *La Sabiduría ha construido su mansión* (91), y Gabriel atribuya a la acción del Espíritu Santo la formación de su cuerpo cuando dice a la Virgen: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te envolverá como una nube* (92), es para dar a entender que la divinidad,

(*) *Comentario de San Juan*, IV, 2, P. G., 73.

(91) *Proverbios*, 1,9.

(92) *Lucas*, 1,35.

siendo una por naturaleza, ya se la considere en el Padre, en el Hijo o en el Espíritu Santo, ninguno de las tres obra por separado sino que lo que queda realizado por uno es de hecho de toda la naturaleza divina. Siendo la Santísima Trinidad una en razón de su misma consustancialidad, no hay más que un solo poder en sus tres personas; todo viene del Padre, por el Hijo, en el Espíritu.

Repetamos una vez lo que hemos dicho muchas veces; repetir las mismas cosas es enojoso pero más seguro. Es la costumbre de Cristo nuestro Salvador, la de atribuir ventajosamente al poder divino todo lo que supera nuestras fuerzas humanas. Se humilló haciéndose hombre, y puesto que tomó la forma de un esclavo, no desprecia su condición. Pero eso no excluye que todo lo haga con el Padre. El que le ha engendrado obra en todo por medio de él según las mismas palabras del Salvador. El Padre que mora en mí está llevando a cabo sus obras (93). Dando, pues, a su vida común con la carne la parte que le toca, adscribe a Dios Padre lo que sobrepasa al humano poder. Ahora bien, construir su templo en el seno de una virgen está por encima del poder del hombre (93 b).

(93) *Juan*, 14,10.

(93 b) Traducción francesa de H. Delanne, aparecida en *la Messe*, col. *Ictys*, núm. 9 París, 1964, pp. 152-154.

Para la doctrina de Cirilo, ver H. du Manoir de Guay, *Dogme et Spiritualité chez Saint Cyrille d'Alexandrie*, París, 1944.



León Magno

👤 / L 🖋️ 📅 († 461)

El año 440, un diácono sucede en Roma al Papa Sixto III. Se llama León. La posteridad espontáneamente le pondrá el sobrenombre de Magno para expresar su significación histórica. León es en algún sentido el último testigo de la era patristica y de la Iglesia antigua. Los últimos Padres de la edad de oro han muerto: Agustín murió el 430 y Cirilo de Alejandría el 444, después de haberse sumido en el silencio.

Pocas cosas sabemos de los años que preceden al pontificado. No conocemos siquiera la fecha de su nacimiento. Probablemente es originario de Toscana, un país que une la moderación a la distinción. En el 418, cuando Agustín cierra definitivamente los ojos en esta vida, León forma parte del clero romano y juega un papel preponderante en la disputa, que agita el sur de las Galias, entre partidarios y adversarios de Agustín. Al año siguiente, Cirilo de Alejandría manda intervenir contra la actuación de Juvenal, obispo de Jerusalén.

Obispo de Roma La elección de León para la sede romana sorprende a los diáconos en las Galias, donde cumple una misión diplomática para la corte de Ravena. Lejos de Roma, en el momento de la muerte de Sixto III y con el consentimiento de todos, León fue elegido para sucederle. Una legación le lleva a la Ciudad Eterna que está en fiesta, donde el recién elegido recibe la consagración episcopal. El pontificado de León, uno de los más largos de la historia del papado, va a durar desde el 440 al 461. Veinte años sobrecargados de sucesos durante los cuales el obispo de Roma va a llevar el antiguo papado al apogeo de su grandeza.

El pontificado de León estaba sometido a una dura prueba. Es la característica de los hombres grandes ponerse sin esfuerzo aparente a la altura de los acontecimientos; no solamente de preverlos sino de dominarlos, y en caso necesario de cambiar de dirección.



El nuevo Papa tenía una idea más alta de su misión. El papado era para él el heredero de la antigua ciudad romana, que providencialmente había afianzado los derroteros de la Iglesia. En adelante la sede de Pedro hacía de Roma el centro de la Iglesia y la cabeza del universo. Al Papa tocaba velar por todas las Iglesias extendidas de Oriente a Occidente. León encuentra no solamente las fórmulas de una «maravillosa plenitud» para expresar esta doctrina, sino que utiliza todas las coyunturas para afirmarlas.

León es ante todo el pastor de la ciudad de Roma. Predica regularmente. Es el primer Papa cuyos sermones han llegado hasta nosotros. Se preocupa por extirpar las costumbres paganas y las supersticiones, en particular las de la astrología, inveteradas en el alma romana. Ataca a los herejes y a los maniqueos, que aún hacen estragos en Roma. Establece cerca de

San Pedro un monasterio para el servicio de Dios bajo la dirección del obispo de Roma.

El Papa fortalece su autoridad en la jurisdicción de su metrópoli y de las provincias más alejadas. Se interesa por los menores incidentes, interviene en los conflictos. Se ocupa de las cualidades requeridas para los candidatos al episcopado, interviene en Sicilia propósito de las fechas para el Bautismo, aporta Nicetas de Aquilea una solución a los problemas suscitados por la invasión bárbara.

Hilario, obispo de Arlés, se esforzó por conservar su jurisdicción sobre todo lo que quedaba de romano en Galia. León se inquieta ante la creciente autoridad de la sede de Arlés y de su titular, a quien le atribuye la segunda intención de querer sustraer los obispos galos-romanos a la autoridad pontificia. El Papa vuelve a poner en su sede al obispo de Besançon, al que Hilario había destituido, y prohíbe a Hilario reunir Concilios fuera de su provincia. El obispo de Arlés es un santo y obedece. La carta que le dirige el Papa está apoyada por un edicto del emperador Valentiniano III, lo cual algunos galicanos como Tillemont y Quesnel han reprochado vivamente al Papa con una debilidad y un recurso inútil a un poder temporal en agonía.

León, lo mismo que Ambrosio, sin duda no cayó en la cuenta del estado de decrepitud del Imperio romano, donde la autoridad títere de Ravena ponía evidencia su impotencia. Constantinopla tomaba relevo. Ante Occidente y ante los bárbaros, el Oriente bizantino se organizaba en imperio cristiano.

Disputas con el Oriente

La ruptura entre Oriente y Occidente, entre Constantinopla y Roma, a pesar de la apariencia de hechos y de las intervenciones romanas, se acentúa bajo el pontificado de León Magno. Los reconocimientos jurídicos disimulan muchas reticencias y deben inducir a error en cuanto a los distanciamientos



sicológicos. El Oriente no se ha sentido casi afectado por la disputa pelagiana que sin embargo se desarrollaba en zona oriental. Los conflictos cristológicos, de Nestorio a Eutiques, son asunto estrictamente oriental. Ningún obispo occidental se interesa por ellos. La autoridad romana no está en juego. Los cismas comienzan y acaban a menudo por el corazón y no por el derecho.

Las dificultades procedentes de Oriente eran sobre todo de orden teológico. La primera carta de León I dirigida a Constantinopla iba destinada al monje Eutiques, que le había comunicado el resurgimiento de la herejía nestoriana. El monje, superior de un monasterio de unos trescientos monjes, era muy escuchado en la corte de Constantinopla. Era el portavoz de los herederos de la teología ciriliana, a los que no había satisfecho el acta de unión del 433. Denunciado oficialmente, el monje había sido condenado el 448 por un Concilio reunido en Constantinopla. Defendido por Dióscoro, sucesor de Cirilo de Alejandría y por el todopoderoso eunuco Crisafio, Eutiques apeló a Roma.

El Papa León intervino en la cuestión discutida, con una carta dogmática dirigida al obispo de Constantinopla que en la historia tomó el nombre de *Tomo a Flaviano*, donde era formulada la doctrina de las dos naturalezas en Cristo con toda la precisión y la claridad necesarias.

Se precipitaron los acontecimientos siguiendo el mismo esquema que en otro tiempo montara Cirilo. Impulsado por Eutiques, Teodosio convoca un concilio, hábilmente organizado por los amigos de Eutiques y presidido por Dióscoro de Alejandría. Este vuelve a utilizar los métodos que tan bien sirvieron a su predecesor, escamotea el documento pontificio, rehabilita a Eutiques y depone a los adversarios. Esta lamentable palinodia es llamada «latrocinio de Efeso», nombre que le dio el mismo Papa.

Había que volver a comenzar todo. Fue convocado un nuevo Concilio en Calcedonia, en la vertiente asiática de la capital. La enseñanza dogmática del Papa León, consignada en el *Tomo a Flaviano*, fue proclamada solemnemente, el 25 de octubre del 451. El Papa aprobó el Concilio, salvo el canon 28, que consagraba una vez más el primado de la sede de Constantinopla, reconocido ya por el Concilio Ecu-
ménico del 381. En vano insistió su delegado permanente en la capital en favor de una transacción, trabajo inútil, el Papa León permaneció inflexible. Oposición «de difícil justificación», escribe monseñor Baffol. Queriendo servir a la sede romana, el Papa perjudica finalmente a la unidad de la catolicidad.

Esta intransigencia no solamente hace difíciles las relaciones entre Oriente y Occidente, sino que les hace evolucionar en direcciones diferentes, abriendo un foso entre ellos. «La unidad no está rota, pero no está para mucho», nota Gustave Bardy.

Los últimos años del pontificado son ensombrecidos por los acontecimientos políticos. El 452, Atila desciende a Italia, devasta Venecia, destruye el puerto de Aquilea y se dispone a marchar sobre Roma. Enloquecido, el grotesco emperador Valentiniano III es obligado a negociar con el rey de los hunos. Y le envía una embajada compuesta por un cónsul, un prefecto y el Papa.

«Atila recibió a la delegación con dignidad, cuenta el historiador Próspero, y se alegró tanto de la presencia del Soberano Pontífice que se decidió a renunciar a la guerra y a retirarse detrás del Danubio, después de haber prometido la paz». La realidad fue más matizada y Atila tuvo cuidado de cubrirse las espaldas. Lo cierto es que la gestión del Papa conmovió a la gente y aumentó su prestigio.

Tres años más tarde, Genserico, que sucedió a Atila, juzga que es el momento favorable para tomar Roma por el mar. Su flota aparece en la desembocadura del



Tiber. El pánico se apodera de Roma. El emperador es asesinado por sus propios soldados. El Papa León, acompañado de su clero, sale al encuentro del rey de los vándalos. Tiene menos suerte que con Atila. Sin embargo obtiene que los invasores no quemaran la ciudad y que los habitantes sean respetados. El saqueo duró catorce días. Carros en apretadas filas, transportaron las riquezas de los templos, de las iglesias y de los palacios.

Al final de su pontificado, León I, que no había querido reconocer el primado de Constantinopla, se vio obligado a contar con el brazo secular para confiarle los destinos del Concilio de Calcedonia, amenazado por los monofisitas que negaban la doble naturaleza en Cristo. Los hechos son a veces más exigentes que las prerrogativas, y los servicios pedidos más comprometedores que las concesiones rehusadas.

León I murió probablemente el 11 de noviembre del 461 y fue enterrado en San Pedro, a la izquierda del pórtico de entrada. Benedicto XIV, en recuerdo de la traslación de sus reliquias, a la que había asistido como canónigo de la basílica, le proclamó doctor de la Iglesia en 1754.

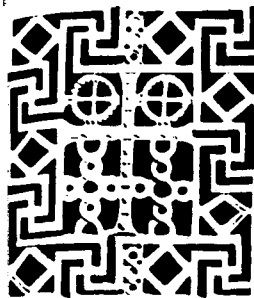
La obra literaria La obra literaria del Papa León está ligada a su pontificado. Se compone de los actos oficiales de su cargo: correspondencia y predicación. Nos quedan 143 cartas, que se escalonan a lo largo de los veinte años de su pontificado y nos permiten seguir su actividad en Italia, Galia, Africa y España. En ellas encontramos numerosas intervenciones del Papa en cuestiones doctrinales y disciplinares. Veinte de ellas están dirigidas a Julián de Quío, su delegado ante el *basileus*.

El Papa León fue el primero en dejarnos una serie importante de sermones, casi un centenar. La mayor parte de sus predicaciones se remonta a los diez primeros años de su pontificado. La mayoría de ellos hacen referencia al año litúrgico: Navidad, Epifanía, Cuaresma y Pascua. Nos da el modelo del sermón litúrgico.

León no es un improvisador. Sus sermones son cuidadosamente escritos antes de ser pronunciados. El Papa cuida la calidad de la forma sin caer por ello en la coquetería literaria. La frase se desarrolla, amplia, majestuosa, real, como una procesión litúrgica. La emoción y la sensibilidad están amaestradas por la serena grandeza de este romano.

Su frase contiene el ritmo y la dignidad de la liturgia que comenta. Cultiva los paralelismos y las antítesis, la asonancia y las cláusulas rítmicas, el período, medido por el *cursus*, que halagan el oído del romano. Cuida la vivacidad y eficacia de la expresión y busca la fórmula lapidaria, cercana al lenguaje litúrgico.

León no es un pensador original. Su cultura es limitada. No tiene comparación con Hilario, Ambrosio o Agustín. Por la filosofía sólo manifiesta desprecio; no tiene reminiscencias clásicas. No conoce el griego, que es molesto en el momento de las querellas cristológicas. Saca su doctrina más de la formulación de la fe y de la tradición que de los autores eclesiásticos que parece haber utilizado poco, fuera de Agustín.



Se contenta con una doctrina elemental, con fórmulas que le parecen definitivas, y no se eleva nunca por encima de las posibilidades del auditorio. Nunca comenta un libro de la Escritura. No es exegeta. A la Biblia no le pide más que citas que atestigüen la doctrina. León carece de curiosidad metafísica y de gusto por escrutar los misterios de la fe. Nunca se mezcla en discusiones teológicas. En él la doctrina trinitaria se reduce a la formulación del Credo.

La calidad de su predicación no está en la originalidad de su pensamiento, ni en la altura de su doctrina, sino en la sonoridad de su lengua y en la solemnidad de su ritmo que amortiguan ciertos tópicos. Una vez traducidos, sus sermones pierden atractivo y parecen poemas reducidos a prosa. Más moralista que sicólogo, León es más apto para resolver casos de conciencia que para sondear en las profundidades del alma.

Es más hombre de razón y de orden, que de corazón y sensibilidad. No tiene nada de la penetración psicológica de Pedro Crisólogo, ni de la bondad de Gregorio Magno.

Es hombre más de acción que de pensamiento, más de gobierno que de reflexión. Ante todo es un jefe. Tiene conciencia de su cargo como obispo de Roma y como sucesor de Pedro.

«Nación consagrada, pueblo escogido, ciudad de sacerdotes y de reyes, dice él de Roma, tú has llegado a ser capital del universo, por la santa sede del bienaventurado Pedro, hasta el punto de imponerte con más universalidad por la religión de Dios que por la dominación de la tierra».

La dignidad que le viene de Pedro, la concibe como un servicio. Este hombre enérgico habla el lenguaje de la voluntad y del esfuerzo que se impone a sí mismo. Afirma y sabe que ningún cristiano puede dispensarse del rigor.

Como hombre de gobierno nada tiene de profeta ni de teólogo de la historia. Careció quizá de imaginación y de genio creador. No percibe los crujidos del Imperio que se derrumba. Parece que no cae en la cuenta de los signos de los tiempos. Vislumbra menos que Ambrosio el fin del Imperio que agoniza ante su mirada. Intransigente por defender las prerrogativas romanas, pone en peligro el primado de Constantinopla reconocido sin embargo por un Concilio Ecuménico y está presto a recurrir al mismo *basileus* para las cuestiones teológicas. Se prestaba a un juego cuyo peligro no parece haber medido. Para defender la ortodoxia en Oriente, pone más confianza en el emperador que en los obispos. Extrema el elogio que hace del emperador hasta reconocerle «una calidad sacerdotal en el alma de obispo». Rinde culto a la autoridad establecida, sin unirle con un espíritu crítico o con la reserva necesaria.

León es demasiado romano para medir la complejidad y la susceptibilidad del Oriente cristiano. Es un gran pontífice que prepara el papado medieval y puede tender un puente sobre el foso que separa Roma de Constantinopla. Del universalismo de la Iglesia ve mejor la unidad y la autoridad que la diversidad y la complejidad.

Dotado de una energía indomable, que las pruebas lejos de abatir, no hacen más que aumentar, hace gala de valor y de perseverancia, de perdón y de humildad. En los sucesos adversos permanece inquebrantable. La serenidad de su alma es de las que dan seguridad. En la altura de su misión se concilia con una humildad que nunca es fingida: «No juzguéis la herencia por la dignidad del heredero». Esta frase penetra el secreto de su vida.

No hay altanería en su intransigencia, ni dureza en su autoridad. Reprende con moderación; quiere que la autoridad se ejerza con discreción. Este aristócrata respeta las personas y las reglas de convivencia social.

Es uno de esos hombres que en un puesto de subalterno atraen la atención y naturalmente se imponen para los cargos de importancia. El mérito de este hombre de Iglesia es la concepción que tuvo de la unidad, de la disciplina de la Iglesia universal y del papel del obispo de Roma en esta unidad. «No es el primer Papa, pero es plenamente Papa».

En el momento en que se disloca el Imperio romano, en que Occidente pasa a manos de los bárbaros y el Oriente cristiano va hacia el cisma, León consolida la única autoridad inmovible en medio de un Imperio a la deriva. «Es un Papa del viejo mundo, dice Batiffol, pero la antigua Iglesia no ha conocido otro más completo ni más grande». León cierra la era patristica. Pero desde ahora el Papa es el rey de Roma.

EL
C
O
PARA

Cristo ha venido para librar a todos. Se ha hecho verdaderamente hombre, sin perder nada de su majestad divina. Reconoce, pues, tu dignidad y recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro.

SERMON DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO (*)

1. Amados hermanos, nuestro Señor ha nacido hoy, alegrémosnos. No está permitido el menor resquicio a la tristeza allí donde nace la vida que aniquila el miedo de la muerte y extiende sobre nosotros la alegría de la eternidad prometida. Que nadie deje de participar en esta dicha; el motivo de la alegría es el mismo para todos: nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, no habiendo encontrado ningún ser humano libre de pecado, ha venido para librarnos a todos. Que se alegre el hombre santo, porque toca ya la recompensa. Que se alegre el pecador porque ha sido llamado al perdón. Que se anime el pagano, porque es invitado a la vida. Efectivamente, el Hijo de Dios, cuando llegó la plenitud de los tiempos que El había fijado en la profundidad de sus insondables designios divinos, ha asumido la naturaleza del hombre para reconciliarle con su Creador; de este modo el diablo, inventor de la muerte, sería vencido por la misma naturaleza que El había vencido. Y esta lucha emprendida por nosotros se desarrolló en una grande y admirable lealtad; porque el Dios todopoderoso se opuso a su cruelísimo enemigo no con el aparato de su majestad, sino revestido solamente de nuestra baja, presentándole la forma y la naturaleza misma que son la herencia de nuestra condición mortal, pero exentos en este caso de todo pecado.

Pero El está exento de pecado

Lo que leemos a propósito del nacimiento ordinario no puede, en efecto, aplicarse aquí. Está escrito: *nadie está limpio de mancha, ni aun el niño de un día* (94). En el nacimiento especial de Cristo no pudo introducirse ni la sombra de la concupiscencia carnal;

(*) *Sermón 21, P. L., 54, p. 190.*
(94) *Job, 14,4.*

no hubo la menor ocasión para que se aplicara la ley del pecado. Una virgen, procedente de la casa real de David, fue escogida para llevar en ella el germen santo, divino y humano a la vez, que ella concibió en su espíritu, antes aún de concebirlo en su cuerpo. Y para que si ignorase el designio divino no se extrañara de sus inauditas consecuencias, conoció de boca de un ángel lo que el Espíritu Santo iba a obrar en ella. La que iba a hacerse madre de Dios no temió que esto fuera con detrimento de su pudor. ¿Cómo no iba a esperar una forma inusitada de concepción aquella a quien se había prometido la eficacia del poder del Altísimo? La fe del alma creyente está además confirmada por el testimonio de un milagro anterior: a Isabel le ha sido dada una fecundidad inesperada: así no podría dudarse de que el que había dado a una mujer estéril la posibilidad de concebir, no se la diera también a una virgen.

Dos naturalezas sin mezcla

2. Así pues, el Verbo de Dios, Dios mismo, Hijo de Dios *quien en el principio estaba con Dios, por quien todo fue hecho y nada sin El* (95), no se ha hecho hombre más que para librar al hombre de la muerte eterna. Y sin disminuir nada de su majestad, se ha inclinado para revestir nuestra baja hasta el punto de que, permaneciendo lo que era y asumiendo lo que no era, unió verdaderamente la forma de esclavo con la forma que le iguala a su Padre. Soldó las naturalezas una con otra de tal modo que la glorificación de la naturaleza inferior no la hizo desaparecer, mientras que la humillación de la naturaleza superior no la disminuyó. Estando, pues, a salvo los caracteres de una y otra sustancias y encontrándose los dos en la misma persona, la Humanidad fue asumida por la majestad, la debilidad por la fuerza, la moralidad por la eternidad. Para saldar la deuda contraída por nuestra condición humana, la naturaleza inviolable se unió a una naturaleza pasible, el verdadero Dios y el verdadero hombre se aliaron en la unidad del Señor. Esto constituía para nosotros el remedio apropiado, ya que de este modo *un solo y mismo mediador entre Dios y los hombres* (96), podía por una parte morir y por otra resucitar. Con todo derecho pues la concepción de nuestra salvación no causó la menor corrupción a la integridad de la Virgen: como había guardado el pudor, engendró la verdad. Un nacimiento así convenía, pues, mis queridos hermanos, a Cristo que es a la vez fuerza y sabiduría de Dios; de este modo se adaptaba a nosotros bajo el aspecto de la Humanidad, al mismo tiempo que nos sobrepasaba por su divinidad.

Si no hubiera sido con absoluta verdad Dios, no hubiera podido traernos el remedio y si no hubiera sido realmente hombre, no

(95) *Juan, 1,1-3.*
(96) *1 Timoteo, 2,5.*

nos hubiera dado ejemplo. En el nacimiento del Señor los ángeles radiantes de alegría cantan: *Gloria a Dios en las alturas* y anuncian: *paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (97). Es que ven construirse la Jerusalén celeste a partir de todas las naciones del mundo. ¡Qué alegría debe sentir la bajeza de los hombres ante una obra tan indecible del amor divino, cuando los ángeles, en su sublimidad, se alegran por ello hasta ese punto!

Grandeza del hombre

3. Así pues, mis queridos hermanos, demos gracias a Dios Padre, por su Hijo en el Espíritu Santo. Este Dios que, por la intensidad de la misericordia con que nos ha amado, se ha apiadado de nosotros y nos ha *vivificado con Cristo y en El, cuando estábamos muertos por el pecado* (98). Así hemos sido hechos y en El una nueva creatura, formados por El de nuevo. *Renunciemos al hombre viejo con todas sus acciones* (99). Hemos recibido participación en el nacimiento de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, cristiano, tu dignidad. Participas de la naturaleza divina, no vuelvas, pues, con tu modo de vivir indigno de tu linaje, a tu antigua deshonra. Acuérdate de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Recuerda que tras haber sido arrancado al poder de las tinieblas, has sido transferido al reino de la luz que es el de Dios. Por el sacramento del Bautismo has sido hecho templo del Espíritu Santo; no rechaces con tus malas acciones a un huésped de esta calidad, ni vuelvas a ponerte bajo la dominación del diablo, porque el precio de tu rescate es la sangre de Cristo. Y el que te ha rescatado con su misericordia te juzgará con su verdad, el cual reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén (100).

(97) *Lucas*, 2,14.

(98) *Efesios*, 2,5.

(99) *Ibid.*, 4,22.

(100) Traducción francesa de los Benedictinos de la Rochette, aparecida en *Mystère de Noël*, col. *Letys*, núm. 8, París, 1963, pp. 120-123.

No existe ninguna otra biografía de San León Magno desde la de A. REGNIER, París 1910. Ver también P. BATIFFOL, *Le Siège Apostolique*, París, 1924.

A lo largo de los cuatro primeros siglos, los Padres de la Iglesia asisten y participan en la victoria progresiva del cristianismo. La religión de Jerusalén llega a la capital romana. Los intrusos conquistan el Imperio que pasa a la Iglesia. Este cambio revolucionario va a extirpar progresivamente el paganismo y salvar además la herencia del pensamiento antiguo.

Las obras de los escritores jalonan las etapas de la penetración cristiana. Los apologistas, Justino e Irineo, defienden la fe amenazada en el interior y en el exterior. Los alejandrinos y los africanos dan a la fe su primera formulación teológica. Oriente aporta filósofos, Occidente retóricos y juristas. El siglo cuarto da plena madurez a esta elaboración. En él se encuentran todos los géneros literarios. Sólo la poesía es pobre. El lirismo está más en la palabra que en el poema. Sólo se exceptúa Gregorio Nacianceno. Pero aun así, es más lírico que poeta. Su poesía no tiene mucha inspiración.

No era necesario construir Constantinopla, en el 330, para unificar la Iglesia de Oriente y Occidente. La Iglesia es una y los intercambios son frecuentes. Cipriano se carteaba con los obispos de Asia como con

los de España. La influencia de Agustín se ejerce en toda la Iglesia. Un siglo más tarde esta unidad está psicológicamente comprometida. Una carta de Nestorio enviada a Roma espera varios meses para encontrar un traductor. La edad de oro de los grandes doctores se aleja, los intercambios son cada vez más raros. Todos se empobrecen.

El que frecuenta mucho a los Padres se admira de su calidad, su presencia humana y también su diversidad. Nada de convencional, nada de la estatua «San Sulpicio». Sus escritos nos los muestran como son: de carne y hueso. Todos comparten una misma fe, la reacción de cada uno es original, personal. En esta orquesta de élites cada uno toca su instrumento, y ¡con qué vibración, con qué sensibilidad y con qué personalidad!

Los Padres de la Iglesia son sobre todo pastores. Su principal actividad es la palabra, la predicación. Está esta patente en los dos genios más admirables, Orígenes y Agustín. Esta primicia de la acción pastoral caracteriza tanto a Oriente como a Occidente, pero con ingredientes propios. El genio de los Padres orientales es intuitivo, especulativo, lírico, el de los occidentales jurídico, pragmático, moral, resumido. Los teólogos griegos subrayan la grandeza del hombre, la teología africana su decadencia. Los primeros desarrollan la divinización del cristiano, los segundos la retribución.

Y aun dentro de esto habría que matizar, más bien que generalizar. Juan Crisóstomo, el más griego de los griegos, es ante todo un sirio hecho griego. De raza conserva la exuberancia y la imaginación. Los capadocios no son los alejandrinos, aunque utilizan a Orígenes con admiración y sanamente. Cirilo termina guiarse por sus impulsos y desprecia la gloria de su país. Las tesis agustinianas sobre la predestinación y la gracia, son pasadas, al llegar a Galia, por la criba de la crítica.

La unidad del Imperio romano había facilitado quizá los intercambios, pero también la herejía arriana. Occidente, libre hasta entonces de las disputas teológicas, se despertó un día siendo arriano. La Iglesia resiste. Las dos grandes víctimas de las represalias imperiales son Atanasio e Hilario, un oriental que va a descubrir el Occidente y un occidental que se familiariza con el pensamiento griego. El año 364, el Imperio se reparte entre Constantinopla y Roma. Esta división, que protegerá a Occidente contra las disputas cristológicas, pesará sobre la Iglesia. Oriente, a pesar de la presencia de Pelagio en Palestina, no se interesará casi por el pelagianismo. Cada continente vive su propia historia. La unidad no deja de existir, pero el foso se va ahondando. Cada uno evoluciona en diferente sentido.

El Imperio cristiano de Bizancio favorece el esfuerzo intelectual. Los Padres de la Iglesia han desaparecido. Comienza un nuevo período iniciado por Cirilo de Alejandría. El bizantinismo crece en el terreno de la patrística. Durante mucho tiempo aún el pueblo oriental se apasiona y se divide por cuestiones teológicas.

Los Concilios marcan una tregua. Después resurge la controversia. En el siglo cuarto se enfrentan los monofisitas y antimonofisitas: Severo de Antioquía († 518) y Leoncio de Bizancio. El argumento de autoridad sustituye a la reflexión personal.

Surgen dos teólogos: el misterioso Pseudo-Dionisio que recoge la herencia patrística griega y la transmite a Occidente; gracias a él, aquella enlaza con la teología medieval. Un siglo después, Máximo el Confesor († 662) más teólogo que pastor, alimentado con la filosofía aristotélica y platónica, que él funde en una síntesis a la vez teológica y espiritual, nos aleja del período de los Padres.

La vida monástica viene a enriquecer el pensamiento oriental, en lugar de los monjes incultos que com-

ponían las tropas de choque de Cirilo, encontraron en Siria y en Palestina un monaquismo «sabio». De este medio salió Máximo del que ya hemos hablado. Un siglo más tarde Juan Moschus († 619) escribe el famoso *Prado espiritual*, obra maestra de lozanía, comparable a las *Floreccillas*.

El Occidente parece agotado después de haber producido a Agustín. El obispo de Hipona, aún más que Ambrosio, es testigo de un trastorno que da al siglo quinto aspecto de apocalipsis. El sueño acaba en pesadilla. El obispo de Milán, aun enfrentándose al emperador, parece no haber caído en la cuenta del peligro que amenazaba ya a la institución. Occidente pasa a los bárbaros. La Iglesia de igual modo, con una vacilación que da la medida de su decepción. De rechazo, la resistencia pagana aún virulenta en el siglo quinto, se desvirtúa con el Imperio. Los paganos parecen retrógrados. Sin embargo, el paganismo perdura en las costumbres.

Surgen dos figuras de obispos a quienes los historiadores no han prestado toda la atención que se merecen. Máximo de Turín († antes del 423), y Pedro Crisólogo († 440-450). Aunque la historia no ha retenido nada de su vida, sus escritos vibran aún con su sensibilidad. Son dos sicólogos que analizan el corazón humano con una finura y una seguridad, que a veces hacen pensar en Newman. Uno y otro censuran la superstición y las costumbres paganas que hacen tantos estragos como las hordas de los hunos. Son místicos, unidos a su pueblo, sensibles a las llamadas más secretas del hombre, a la fraternidad, a las dimensiones cósmicas de la salvación y solícitos por predicar el Evangelio.

Más tardíamente que Oriente, Occidente conoce el ímpetu monástico, que brota aún de manera un tanto anárquica. Braga, en Portugal, es fundado por Martín († 580), que traduce los apotemas de los Padres del desierto. La regla de San Benito da un nuevo

pulso al monaquismo y una legislación que va a ordenar el ímpetu. Gregorio Magno († 604), eco emocionante de la tradición patristica que ilustrará la sede de Roma, es quizá uno de sus hijos.

Galia posee monasterios desde el siglo cuarto. Basta con nombrar a San Martín. Juan Casiano introduce en Lerins los escritos del monaquismo oriental. Vicente de Lerins († antes del 450), monje conventual, es un teólogo vigoroso. Es el primero que ha formulado el principio del progreso doctrinal que se opera por un crecimiento orgánico y que Newman volverá a tratar en el *Desarrollo del dogma*. Cesáreo, otro monje de Lerins, como obispo de Arlés († 543), es «uno de los maestros de la Iglesia gálica, uno de los fundadores de su disciplina y de la cultura que conservaría a través de los siglos de decadencia» (P. Lejay). Hace asequible la predicación de los Padres, sobre todo la de Agustín, para la evangelización de la Galia. Se dirige hacia los bárbaros que le rodean para predicarles el Evangelio. La Iglesia deja que los románticos lloren el pasado y se dirige hacia los nuevos países. Los maestros de la edad media continuarán el trabajo de los Padres.

Se ha dado cuenta Occidente ¿hasta qué punto se ha empobrecido al perder el patrimonio griego? De una y otra parte, la pasión, la presión política y la discusión gratuita ocultaron la gravedad de una división, existente ya antes de ser oficialmente consumada. La discusión versaba sobre disputas teológicas, pero la ruptura era más profunda, alcanzaba a los espíritus, a los corazones...

Si es verdad que sólo estamos al final de la era constantiniana, también es verdad que la Iglesia permanecerá frustrada y mutilada, todo el tiempo que no viva de todas las riquezas de su patrimonio, tanto oriental como occidental, que compone su historia, mejor aún: su alma. La unidad cristiana exige el encuentro de todos.

CUADRO CRONOLOGICO



Historia		Autores
Muerte de Augusto	14	
Advenimiento de Tiberio	52- 56	Epístolas de San Pablo
	64	
Incendio de Roma	95	Carta de Clemente de Roma
Trajano, emperador	98-117	Muerte de Ignacio de Antio- quía (110) ?
Marco Aurelio, emperador	161	
	163	Martirio de Justino de Roma
Aparición del montanismo	v. 170	
	175-177	Mártires de Lyon. Ireneo obispo
	185	Nacimiento de Orígenes
	189	
Víctor I, Papa	193	Clemente enseña en Alejandría
Septimio Severo, emperador	197	Tertuliano: Apologético
	v. 202	Muerte de Ireneo
Comienzo de la persecución	207-208	Tertuliano pasa al montanismo
	231	Orígenes es ordenado sacerdote
	242	
Comienza la predicación de Manes	244	
Plotino en Roma	248	
Decio es proclamado emperador	249-250	
Edicto de persecución	251	Cornelio Papa
	252	Muerte de Orígenes
	256	
Sinodo de Cartago	257-258	Martirio de Cipriano de Cartago
Invasiones bárbaras	284	
Diocleciano, emperador		
Edictos de persecución de Dio- cleciano	303-304	

Edicto de Milán	313
Constantino, único emperador	315
Primer Concilio ecuménico (Nicea)	325
Fundación de Constantinopla	325
Grandes luchas arrianas	328
Constantio, único emperador	330
Juliano el Apóstata, emperador	350
Juliano cae ante los persas	351-361
Teodosio, emperador	351
II Concilio Ecuménico (Constantinopla)	361
Valentiniano, emperador de Occidente	363
Muerte de Teodosio	367
Toma de Roma por Alarico	373
Los vándalos en Africa	374
Tercer Concilio Ecuménico (Efeso)	378
	379
	381
	383
	386
	389
	390
	394
	395
	396
	397
	398
	400
	407
	410
	429
	430
	431
	440
	444

Nacimiento de Hilario de Poitiers
Atanasio, obispo de Alejandría
Hilario, obispo de Poitiers
Muerte de Hilario de Poitiers
Muerte de Efrén
Ambrosio, obispo de Milán
Muerte de Basilio
Muerte del Papa Dámaso
Muerte de Cirilo de Jerusalén
Conversión de Agustín
Jerónimo en Belén
Muerte de Gregorio Nacianceno
Muerte de Gregorio de Nisa
Agustín, obispo de Hipona
Muerte de Ambrosio
Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla
Agustín: Confesiones
Muerte de Juan Crisóstomo
Muerte de Agustín
León Papa
Muerte de Cirilo de Alejandría

Ignacio de Antioquía

Siete cartas, escritas de Esmirna a Efeso, Magnesia, Tralles y luego a Roma; de Tróada a Filadelfia, Esmirna y después al obispo Policarpo.

Justino

De sus muchas obras han llegado hasta nosotros tres: dos apologías, una a *Antonino el Piadoso* y la otra al *Senado*; el *Diálogo con Trifón*.

Ireneo de Lyon

Adversus haereses o *Contra las herejías*; *Demostración de la enseñanza apostólica*.

Clemente de Alejandría

Protréptico o *Exhortación a los griegos*; *Pedagogo*; *Stromatas* o *Tapicerías*; *Qué rico puede salvarse*.

Orígenes

Obras exegéticas: *Hexaplas*; *Escolios*; *Comentarios*; *Homilias*. Obras dogmáticas y polémicas: *De los principios*; *Charla con Heráclides*; *Contra Celso*. Tratados espirituales: *Sobre la oración*; *Exhortación al martirio*. Correspondencia (en gran parte perdida).

Tertuliano

Obras apologéticas: *A las naciones; El Apologético; Contra los judíos*. Escritos dogmáticos y polémicos: *De la proscripción de los herejes; Contra Marción; Contra Praxeas; Tratado del Bautismo*. Obras de moral o de espiritualidad: *A los mártires; De los espectáculos; Sobre la oración; Sobre la penitencia; Del tocado de las mujeres*. De la época montanista: *Exhortación a la castidad; De la monogamia; La corona del soldado*.

Cipriano

Cartas (reunidas 81, de las cuales 65 son de Cipriano): *A Donato; Sobre los lapsi; De la unidad de la Iglesia católica; Sobre la oración del Señor*.

Atanasio

Obras de apología: *Apología contra los arrianos; Apología sobre su huida; Historia de los arrianos a los monjes; Discurso contra los griegos; Tres discursos contra los arrianos*. Otras obras: Correspondencia; *Vida de San Antonio*.

Basilio el Grande

Tres libros *Contra Eunomio; Sobre el Espíritu Santo*; Homilías sobre el Hexaémeron; Reglas monásticas; Correspondencia; *Discursos a los jóvenes sobre una utilización provechosa de las letras griegas*.

Gregorio Nacianceno

Cinco discursos teológicos, que forman parte de sus 4 discursos. 244 cartas; poemas que contienen 18.000 versos.

Gregorio Niseno

12 libros: *Contra Eunomio; De la creación del hombre*. Discurso catequético; 30 cartas; *Vida de Moisés; Sobre el cantar de los cantares; La oración del Señor*.

Cirilo de Jerusalén

24 catequesis, de ellas cinco sobre los misterios cristianos.

Juan Crisóstomo

Considerable obra oratoria: homilías sobre la Escritura, de ellas 90 sobre San Mateo, 88 sobre San Juan, 250 sobre las epístolas paulinas, 21 homilías sobre las estatuas. Numerosos panegíricos. Tratado *Sobre el sacerdocio; Sobre la vanagloria y la educación de los niños*. 224 cartas.

Efrén

Muchos comentarios de libros bíblicos. Numerosos tratados, discursos e himnos, la mayor parte en verso. Sermones, sobre todo tres *sobre la fe*, uno *sobre Nuestro Señor*; 56 madrasjé *contra las herejías*; 15 himnos *sobre el paratso*; 77 *Carmina Nisibena*.

Cirilo de Alejandría

Obras exegéticas: explicación de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, sobre todo el comentario de San Juan. 12 anatemas; *Contra la blasfemia de Nestorio*; Cartas pascuales y homilías, de las cuales la más célebre, que es un elogio a la Madre de Dios, no es auténtica.

Hilario de Poitiers

Comentario de San Mateo; Tratado sobre los salmos; Libro de los misterios; Tratado *de la Trinidad*; Fragmentos históricos; Himnos.

Ambrosio

Tratado sobre el Hexaémeron; diversos opúsculos sobre los personajes bíblicos (Noé, Abraham, José, Nabot);

comentario el Evangelio de San Lucas; *De los oficios de los ministros*; diversos tratados sobre la virginidad y sobre las viudas; tratados sobre los misterios y sobre los sacramentos; himnos litúrgicos.

Jerónimo

Traducción y comentario de los libros de la Biblia; obras históricas; continuación de la crónica de Eusebio. Tres biografías de monjes (Pablo de Tebas, Malco de Calcia, Hilario); *Hombres ilustres*. Homilias y 117 cartas.

Agustín

Las grandes obras: *Confesiones*, *La Ciudad de Dios*, *Tratado de la Trinidad*; obras filosóficas: *Tratado de la Música*, *Soliloquios*, *Sobre el Maestro*. Tratados sobre el Evangelio y las epístolas joanas; exposiciones sobre los salmos (principalmente predicadas); numerosos sermones; obras de controversia: *Contra los maniqueos*, *Contra los Pelagianos* (más de quince tratados); muchas exposiciones sobre la fe cristiana; 270 cartas.

León Magno

96 sermones para las fiestas litúrgicas; 173 cartas de las cuales la más célebre es la carta 28 a Flaviano.

La expresión «Padre de la Iglesia» es comúnmente empleada para designar a los escritores de la antigüedad cristiana que sobresalieron por el esplendor de su doctrina. Se escalonan desde los orígenes del cristianismo hasta el siglo sexto según unos y según otros hasta el séptimo u octavo. La edad de oro se extiende desde la mitad del siglo cuarto hasta la muerte de San León Magno († 461).

Patrología es sinónimo de literatura cristiana antigua. Trata de la vida y las obras de los Padres. El término de patrística se aplica al estudio de la teología y a la historia de las doctrinas de los Padres.

El estudio de los Padres es una vieja tradición francesa. Para convencerse basta con citar dos obras, que se han hecho ya clásicas: L. S. LE NAIN DE TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique*, en 16 vol. aparecidos en París, de 1693 al 1712; y R. CEILLIER, *Histoire Générale des auteurs sacrés et ecclésiastiques*, en 24 vol., aparecidos en París, de 1729 al 1763.

El francés de hoy dispone de obras sólidas y agradables que pueden iniciarles en la lectura de los Padres. Las indicaciones que siguen no pretenden ser exhaustivas, sino simplemente orientadoras.

MANUALES DE INICIACION A LOS PADRES

El lector que quiera completar su conocimiento literario de los Padres dispone de dos obras, de lectura agradable y documentadas, compuestas por universitarios de valía:

P. DE LABRIOLLE, *Histoire de la littérature latine chrétienne* (hasta San Isidoro), París, 1920, reeditada y puesta al día por G. Bardy en 1947.

A. PUECH, *Histoire de la littérature grecque chrétienne* (llega hasta el siglo cuarto), 3 vol., París, 1928 al 1938, revisada por J. Zeiller.

Más recientemente, muchos manuales presentan repertorios concisos y noticias bibliográficas cuidadosamente clasificadas:

F. CAYRE, *Patrologie et histoire de la théologie*, aparecida en 1927 París-Tournai, reeditado constantemente y puesto al día. Sólo el primer volumen y una parte del segundo conciernen a los Padres.

B. ALTANER, *Précis de Patrologie*, nueva traducción francesa, Muhlhouse, 1961. Este manual en un solo volumen, traducido del alemán, con numerosas traducciones extranjeras y puesto constantemente al día es aún hoy día una de las mejores.

J. QUASTEN, *Initiation au Pères de l'Eglise*, París, 1955-1962. Ha aparecido tres volúmenes. Obra aún inacabada y traducida del inglés, nos da además de la historia literaria y doctrinal una selección de textos.

LOS TEXTOS DE LOS PADRES

No hay nada que pueda reemplazar el contacto directo con los escritos de los Padres. La edición de los textos, comenzada en el siglo dieciséis, se ha seguido a lo largo de los siglos diecisiete, dieciocho, en la que se distinguieron los benedictinos de San Mauro, residentes en Saint-Germain-des-Prés en París. Gran parte de sus riquezas las encontramos en los 161 volúmenes de la Patrología griega y los 221 volúmenes de la Patrología latina, publicadas en el siglo diecinueve por J. B. Migne.

Para que no se pierda el lector en este inmenso bosque, vamos a trazarle un itinerario progresivo. La primera antología se la presenta un libro de lectura agradable de G. BARDY, *En lisant les Pères*, París, 1930. Un libro como *Prières des premiers chrétiens* (París, 1952, también en libro de bolsillo, 1962) permite recorrer bajo un ángulo especial la literatura cristiana, desde los orígenes hasta el siglo quinto. Para los grandes autores, hay una selección sugestiva en *l'Évangile commenté par les Pères*, París, 1965.

PRIMERA INICIACION

Eglise d'hier et d'aujourd'hui (París, Editions Ouvrières)

Todo lector podrá comenzar su iniciación con la ayuda de esta colección, dirigida por B. Coutaz. En un centenar de páginas esta colección de vulgarización ofrece un retrato a veces pa-

resco de un Padre en la fe, con una selección de textos cuya traducción es a menudo demasiado amplia.

Es evidentemente difícil reducir la obra de Juan Crisóstomo a las dimensiones de un *digest*. Pero es verdad que muchos de los volúmenes de la colección han sido verdaderos éxitos. Citemos por orden cronológico: Clemente de Roma (J. Colson), Ignacio de Antioquía (J. L. Vial), Cipriano (M. Jourjon), Clemente de Alejandría (P. Valentin), Atanasio (J. M. Leroux), Basilio (J. M. Ronnat), Gregorio de Nacianzo (P. Gallay), Juan Crisóstomo (H. Tardif), Hilario de Poitiers (M. Meslin), Ambrosio (M. Jourjon), Paulino de Nola (Dr. Gorce), Cesáreo de Arles (P. Riché).

Vivante Tradition (París, Editions Freurus)

La colección «quiere contribuir, a su manera, a hacer más presente en el corazón y en la vida de los hombres de nuestro tiempo la total exigencia que tanto ayer como hoy nos presenta la Iglesia de Jesucristo».

Han aparecido tres volúmenes: *Les Pères apostoliques. Hymnes et prières des premiers siècles. Aux sources de la liturgie*. Los textos y extractos están escogidos y traducidos por Lucien Deiss.

Les écrits des saints (Namur, Soleil Levant)

Esta colección, abierta ampliamente a los Padres, marca una nueva etapa en la lectura patristica. Se dirige a un público más reducido, más animoso. La introducción poco desarrollada en beneficio del texto está reducida a lo esencial. Lo que presenta las más de las veces son extractos y a veces presenta el texto de una obra con gran extensión.

Citemos los textos escogidos de Ireneo (A. Garreau), de Cipriano, *Ocho tratados, Cartas* (D. Gorce), Gregorio Nacianceno, *Autobiografía, Poemas, Cartas, Homilias* (P. Gallay y E. L. Devolder), Jerónimo, *Cartas* (J. Labourt y A. Dumas), Agustín, *Sermones sobre San Juan, Homilias sobre los salmos* (M. Pontet, D. Gorce), Ambrosio, *Salmo 118* (D. Gorce), Paulino de Nola, *Poemas, cartas y sermón* (Ch. Piétri), Hilario de Poitiers, *De la Trinidad* (A. Blaise), Gregorio el Grande, *Libro de Job* (R. Wasserlynck y Ph. Delhayé), Máximo el Confesor, *El Misterio de la Salvación* (A. Argyriou y H. I. Dalmais). Entre los textos completos: Juan Crisóstomo, *el libro de la esperanza* (B. H. Vanderberghe y A. M. Malingrey), *el Tratado del sacerdocio* (B. H. Vanderberghe), las *Catequesis* de Cirilo de Jerusalén (J. Bouvet), Vicente de Lerins, *el Communitorium* (M. Meslin).

Ictys. Lettres chrétiennes (París, Ed. du Centurion, Grasset)

Con una cubierta acharolada, amarilla y blanca, con el de Delos como sigla, la colección *Ictys* presenta al gran público la totalidad de los textos esenciales del cristianismo, en una fórmula que une el documento y la iconografía.

Los dos primeros volúmenes suministran la antología más completa de los escritos del judeo-cristianismo y de los Padres apóstólicos. El tercer volumen, *La philosophie passe au Christ*, presenta las obras completas del primer filósofo cristiano, Justino.

A partir del cuarto volumen, la colección se ha orientado hacia los temas patrísticos. Cada volumen está consagrado a un tema y da la información más completa posible. Los escritos están traducidos íntegramente. De este modo, permiten seguir a través de toda la literatura cristiana antigua un tema como los ricos y los pobres, el Bautismo, los sacramentos de la iniciación cristiana, la Eucaristía, el misterio de Navidad o el misterio de la Pascua. El volumen undécimo trata de los caminos hacia Dios. De la colección hemos tomado gran parte de las traducciones de este libro, que nos darán una idea tanto del cuidado puesto en la exactitud, como en la elegancia y la sencillez de estilo.

A NIVEL UNIVERSITARIO

Sources chrétiennes (París, Editions du Cerf)

Los Padres Henri de Lubac y Jean Daniélou crearon la colección *Sources chrétiennes*, en 1942. En un principio, el fin principal de la colección era suministrar la traducción de los Padres apóstólicos. Después se ha orientado progresivamente hacia una edición del texto original, a veces establecida de nuevo, junto con una rigurosa traducción. *Sources chrétiennes* se sitúa actualmente a nivel de la colección Budé.

Las introducciones son habitualmente muy extensas y pretenden aclarar la doctrina de algún texto. No se hace ninguna concesión a la facilidad, ni en la presentación ni en la selección de textos. La colección lleva una buena marcha. Anda ya en su tercer volumen 130.

Bibliothèque augustinienne (París, Ed. Desclée de Brouwer)

En Occidente, San Agustín, como el león, se ha llevado la delantera en la edición mayor. A lo largo del siglo diecinueve, aparecieron traducciones de sus obras completas. Desde 1936, el P. F. C. dirige una nueva edición, encuadrada en tela y de forma

pequeña, que en muchas series va editando las obras completas de San Agustín.

Esta nueva edición da, en cada volumen, texto y traducción, con aparato crítico, cuidada introducción y numerosas anotaciones. Han aparecido ya veinticuatro volúmenes, en cinco de los cuales se encuentran las Confesiones, el tratado de la Trinidad y la Ciudad de Dios.

Muchas obras de los Padres de la Iglesia se encuentran en otras colecciones como la de Budé o la de los clásicos Garnier. Para más precisión, bastará con dirigirse a uno de los manuales de patrología o de literatura ya citados.

NOTA DE LA BIBLIOGRAFIA EN LENGUA CASTELLANA

OBRAS GENERALES

En primer lugar el lector español cuenta con la traducción de dos obras de primera categoría antes indicadas: B. ALTANER, *Patrología*, Espasa-Calpe, Madrid, 1962. J. QUASTEN, *Patrología*, Ed. Católica, B. A. C. (2 vol.), Madrid, 1961.

Trabajos interesantes son: J. MADDOZ, *Segundo decenio de estudios sobre patristica española*, Ed. Fax, Madrid, 1951. J. A. ONRUBIA, *Patrología o estudio de la vida y de las obras de los Padres de la Iglesia*, Palencia, 1911. M. YUS, *Patrología*, Madrid, 1889.

La colección Excelsa, Madrid, 1947, tiene publicados 36 volúmenes de vulgarización de los escritos patrísticos, desde Ignacio de Antioquía hasta San Isidoro.

La Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, tiene publicada toda una selección de obras cristianas en la que tiene buena parte la patrística: *Padres Apostólicos*, de RUIZ BUENO, núm. 65. *Actas de los Mártires*, D. RUIZ BUENO, núm. 75. *Textos eucarísticos primitivos*, J. SOLANO (2 vol.), núm. 88. *Padres Apologistas griegos* (s. II), D. RUIZ BUENO.

OBRAS DE AUTORES EN PARTICULAR

La Biblioteca de Autores Cristianos ha publicado: *Obras de San Agustín* (21 vol.) *Prudencio*, *Etimologías de San Isidoro*, *Obras de San Juan Crisóstomo* (3 vol.), *Obras de San Gregorio Magno*, *Cartas de San Jerónimo* (2 vol.), *Obras de San Cipriano*.

(*) Nota bibliográfica del traductor.

En otras colecciones tenemos: *San Ignacio mártir y sus cartas*, Madrid, 1934. Traducción de la obra de H. YABEN, *San Justo Apologías*, Col. Excelsa, Madrid, 1943. *Orígenes, intérprete de Sagrada Escritura*, CABALLERO CUESTA, Burgos, 1956. *Obras Quinto Septimio Florente Tertuliano*, TR, de PELLICER DE OSSA, Barcelona, 1639. *El Apolagético de Tertuliano*, G. PRADO, Madrid, 1943. *Homilias escogidas de San Basilio el Grande*, Biblioteca de autores griegos y latinos, Barcelona, 1915. *Homilias de San Gregorio Nacianceno*, L. DEL PARAMO, Barcelona, 1916. *Las catequesis de San Cirilo de Jerusalén*, A. UBIERNA, Madrid, 1926. *San Juan Crisóstomo y su influencia social en el imperio bizantino del siglo cuarto*, A. CARRILLO DE ALBORNOZ, Madrid, 1934.

EXPLICACION DE LAS ILUSTRACIONES

(Las cifras remiten a la página)

Cubierta. Un apóstol, marfil del siglo primero.

Ignacio de Antioquía

15. Cartas de Ignacio.
16. El emperador Trajano, moneda romana.
17. El emperador Trajano, estatua romana.
18. Lictores, bajo relieve en mármol, Roma.
19. El martirio de San Ignacio, grabado.
20. Sarcófago cristiano; en el centro: la curación de la hemorroísa.
22. Instrumentos de sacrificio, moneda romana.
24. Inscripción funeraria.

Justino de Roma

29. Justino, grabado de 1615.
30. Filósofo y discípulos, detalle de un sarcófago romano.
31. Pedro y Pablo, motivo que acompaña a un epitafio cristiano.
32. Platón.
33. Vasija en cristal con signos cristianos, época romana.
34. Escena de Bautismo, detalle de un sarcófago cristiano.
35. Baptisterio del siglo cuarto, detalle de un sarcófago cristiano.
36. Manuscrito de la segunda apología.
38. Estatua ecuestre de Marco Aurelio, Roma.

Ireneo de Lyon

41. El antiguo teatro de Lyon.
42. Barco galo, escultura, Tréveris.
43. Cabeza esculpida del cementerio de Palmira, siglos segundo-tercero.
45. Estatua ecuestre de Marco Aurelio, Roma.
47. Simón el Mago, mosaico de Palermo.
48. San Ireneo, obispo, grabado.
49. Cesto de pan, mosaico de Aquilea, siglo cuarto.
50. Adán en el paraíso terrenal, tabla de un díptico en mármol. Siglos cuarto-quinto.
52. El Fénix, símbolo de la Resurrección, mosaico de Dafnisi, siglo quinto.
55. Cáliz de Antioquía, arte bizantino.

Tertuliano

61. Manuscrito del *Apologético*.
63. Africa, moneda romana.
65. Un retórico, estatua romana.
67. Septimio Severo, busto romano.
68. Una joven ante el espejo, escultura hacia el 300 a. d.
69. Joven con velo, escultura antigua.
70. Felicidad y Perpetua, mosaico de Ravena / Símbolo cristiano, escultura de Egipto.

Cipriano de Cartago

75. Cipriano, grabado.
77. Ruinas de Timgad.
79. Sacrificio doméstico, mosaico romano.
81. Tocado de una dama romana, escultura, Tréveris.
82. Escultura de una mesa de altar, Timgad.
85. Jesús llevado ante Pilato, detalle de un sarcófago cristiano, siglo cuarto.
86. Memoria de dos mártires africanos, siglo quinto.

Clemente de Alejandría

89. La ciudad de Alejandría, grabado sacado de la Geografía de Ptolomeo.
90. Papiro.
91. Filósofos y discípulos, sarcófago, siglo tercero.
92. Septimio Severo, busto romano.
93. Nave fenicia, relieve de un sarcófago, época romana.
94. Faro de Alejandría, reconstrucción de Tiersch.
95. Cristo da la ley a Pedro, sarcófago cristiano, hacia el siglo cuarto.
97. Maestro y discípulo, escultura, Tréveris.
98. Crisma, escultura, Arlés.

Orígenes

101. Retrato de Fayoun, arte greco-egipcio, siglo tercero.
103. Carro de viaje, escultura, Tréveris.
104. Un escriba, detalle de un altar romano.
105. Monasterio del desierto de Nitria, Egipto.
106. Tintero y estilete, época romana.
107. San Juan Bautista, mosaico de Istria, siglo sexto.
108. Manuscrito de una traducción latina de los comentarios de Orígenes sobre el *Levítico*.
111. Motivo simbolizando la victoria de Cristo sobre la muerte, detalle de un sarcófago cristiano, siglo cuarto.
112. Paloma con ramo de olivo, mármol, siglo cuarto.

Atanasio de Alejandría

125. Símbolo cristiano, escultura, Egipto.
126. El emperador Constante, moneda romana.
127. San Atanasio, mosaico de Palermo.
128. Monasterio del Alto Egipto / El emperador Constancio, moneda romana.
129. El emperador Constantino el Grande y su esposa la emperatriz Fausta, monedas romanas.
130. Menas, santo nacional de Egipto, copia de un mármol del siglo séptimo.
131. Friso decorativo copto.
132. San Antonio, detalle de una estatua de la iglesia de Arzillières (Marne).
133. El emperador Valente.
134. Barco y faro, mosaico de Ostia.
135. Cruz del estandarte de Constantino, escultura, Arlés.

Hilario de Poitiers

139. Interior del baptisterio de San Juan de Poitiers, siglos cuarto-séptimo.
141. Pareja de aristócratas cristianos, relieve de un sarcófago, fin del siglo cuarto.
142. Sarcófago de Concordius, obispo de Arlés, fin del siglo cuarto.
143. Constancio II, bronce del orden colosal, Roma, siglo cuarto.
145. Paloma con ramo de olivo, mármol, siglo cuarto.
146. La iglesia de San Hilario de Poitiers.
148. Tintero y estilete, época romana.

Basilio de Cesarea

151. Basilio, mosaico de Palermo.
153. El emperador Graciano, moneda romana.

154. Gran «Laura» de Mar Saba, colonia de anacoretas a S. O. de Jerusalén.
155. Detalle del relicario de Santa Isabel (Marburgo/Lahn), siglo trece.
157. El emperador Valente, moneda romana.
159. Emplazamiento de las iglesias rupestres de Capadocia.
160. Cesto de pan, mosaico de Aquilea, siglo cuarto.
162. Belén.
165. Tintero y estilete, época romana.

Gregorio Nacianceno

169. Nave fenicia, relieve de un sarcófago, época romana.
171. Gregorio Nacianceno, grabado.
172. El emperador Valente, moneda romana.
173. El emperador Graciano / El emperador Teodosio, monedas romanas.
175. Detalle de un plano manuscrito de Constantinopla; a la derecha: Santa Sofía.
177. Barco y faro, relieve de un sarcófago romano.
178. Sarcófago de los «Tres Pastores», final del siglo tercero.
180. Crisma, escultura, Arlés.
181. El Buen Pastor, con una flauta, mosaico de Aquilea, siglo cuarto.

Gregorio Niseno

185. Apertura de los ojos del ciego de nacimiento, símbolo de Bautismo, detalle de un sarcófago cristiano del siglo cuarto.
186. Un retórico, estatua romana.
187. Pareja de aristócratas cristianos, relieve de un sarcófago final del siglo cuarto.
188. Adán, rey de la creación, tabla de un díptico en marfil siglos cuarto-quinto.
189. El emperador Valente, moneda romana.
190. De camino en el desierto de Judea.
193. Carro de viaje, escultura época romana.
194. Crisma, mármol, siglo cuarto.

Efrén

199. Efrén, grabado.
200. El emperador Constantino.
201. Juliano el Apóstata, busto romano.
202. Efrén escribiendo, grabado.
203. Músicos, capitel romano.
204. Escenas de la Pasión de Cristo, sarcófago cristiano, siglo cuarto.
205. La Virgen en el trono, marfil, siglo sexto.

Cirilo de Jerusalén

209. Murallas de Jerusalén.
210. Motivo que simboliza el Bautismo, mosaico de Dalmacia, siglo quinto.
211. Crisma en triple imagen, mosaico de un baptisterio de Liguria, fin del siglo quinto.
212. El emperador Valente.
213. Juliano el Apóstata, busto romano.
214. Los penitentes alrededor del Maestro, relieve de un sarcófago cristiano, siglo cuarto.
215. Representación simbólica de la Trinidad, detalle de un sarcófago cristiano.
217. Jerusalén, detalle de un mosaico topográfico de Madaba (Transjordania), siglo sexto.
218. Los muros de Jerusalén, grabado en madera, siglo dieciséis.

Juan Crisóstomo

225. Juan Crisóstomo, mosaico de Palermo.
227. Crisma con cabeza, bronce y huesos, siglo cuarto.
228. Juan Bautista y los evangelistas. Fachada de la catedral en marfil del obispo Maximiano de Ravena.
230. Persona llevando un cesto de pan, mosaico de Aquilea, siglo cuarto.
231. Pavos reales, cruz y pámpanos, escultura, Ravena.
233. Plano manuscrito de la ciudad de Constantinopla.
235. Monograma de San Juan Crisóstomo.

Ambrosio de Milán

239. Ambrosio, obispo, escultura romana.
241. Basílica de San Ambrosio de Milán.
242. El evangelio de Lucas sobre el altar, mosaico de Ravena.
243. Una joven con velo, escultura antigua.
244. Figuras de apóstoles, sarcófago de Anicio Sexto, amigo de Ambrosio.
245. El emperador Teodosio, moneda romana.
246. Ambrosio, mosaico de la basílica San Ambrosio de Milán.
247. Detalle del mosaico precedente.

Jerónimo

250. Jerónimo en el desierto, grabado de Durero.
251. Jerónimo y los evangelistas, grabado del siglo dieciséis.
252. Un alumno, detalle de una escultura de Tréveris.
253. Barco y faro, mosaico de Ostia.
254. Dama de la nobleza romana.
257. Belén.

INTRODUCCION: <i>Esos hombres llamados Padres de la Iglesia</i>	7
SIGLO II	11
Ignacio de Antioquía († hacia el 110)	16
Justino de Roma († hacia el 165)	30
Ireneo de Lyon († hacia el 202)	42
SIGLO III	57
Tertuliano († después del 220)	62
Cipriano de Cartago († hacia el 258)	76
Clemente de Alejandría († antes del 215)	90
Orígenes († 253-54)	102
SIGLO IV	119
Atanasio de Alejandría († 373)	126
Hilario de Poitiers († 367)	140
Basilio de Cesarea († 379)	152
Gregorio Nacianceno († 390)	170
Gregorio Niseno († 394)	186
Efrén († 373)	200
Cirilo de Jerusalén († 386)	210
Juan Crisóstomo († 407)	226
Ambrosio de Milán († 397)	240
Jerónimo († 419-420)	250
Agustín de Hipona († 430)	266

SIGLO V	287
Cirilo de Alejandría († 444)	292
León Magno († 461)	304
CONCLUSION: <i>Las piedras de la Iglesia</i>	317
<i>Cuadro cronológico</i>	323
<i>Principales escritos de los Padres de la Iglesia</i>	325
<i>Para leer a los Padres de la Iglesia</i>	329
<i>Explicación de las ilustraciones</i>	335